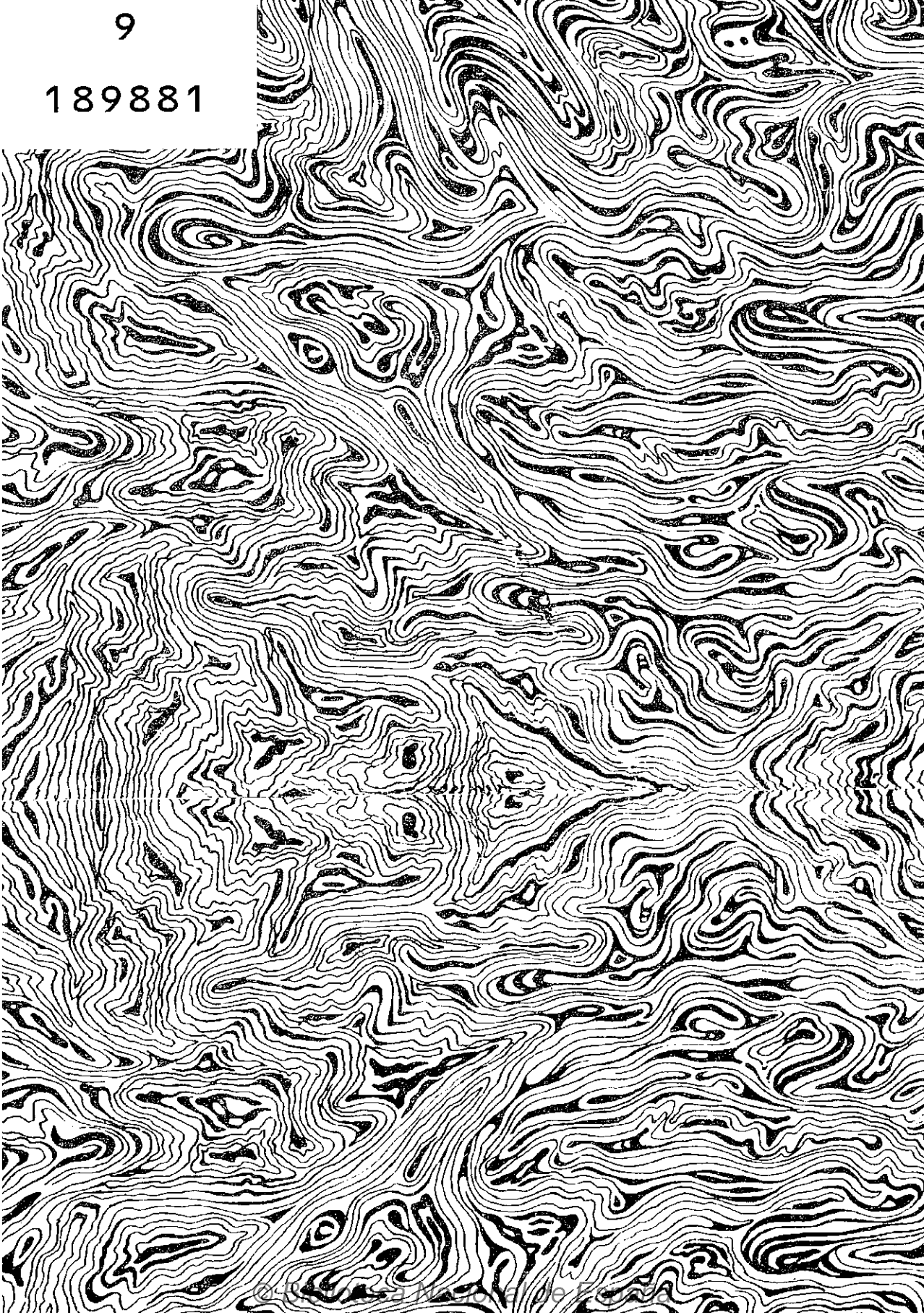
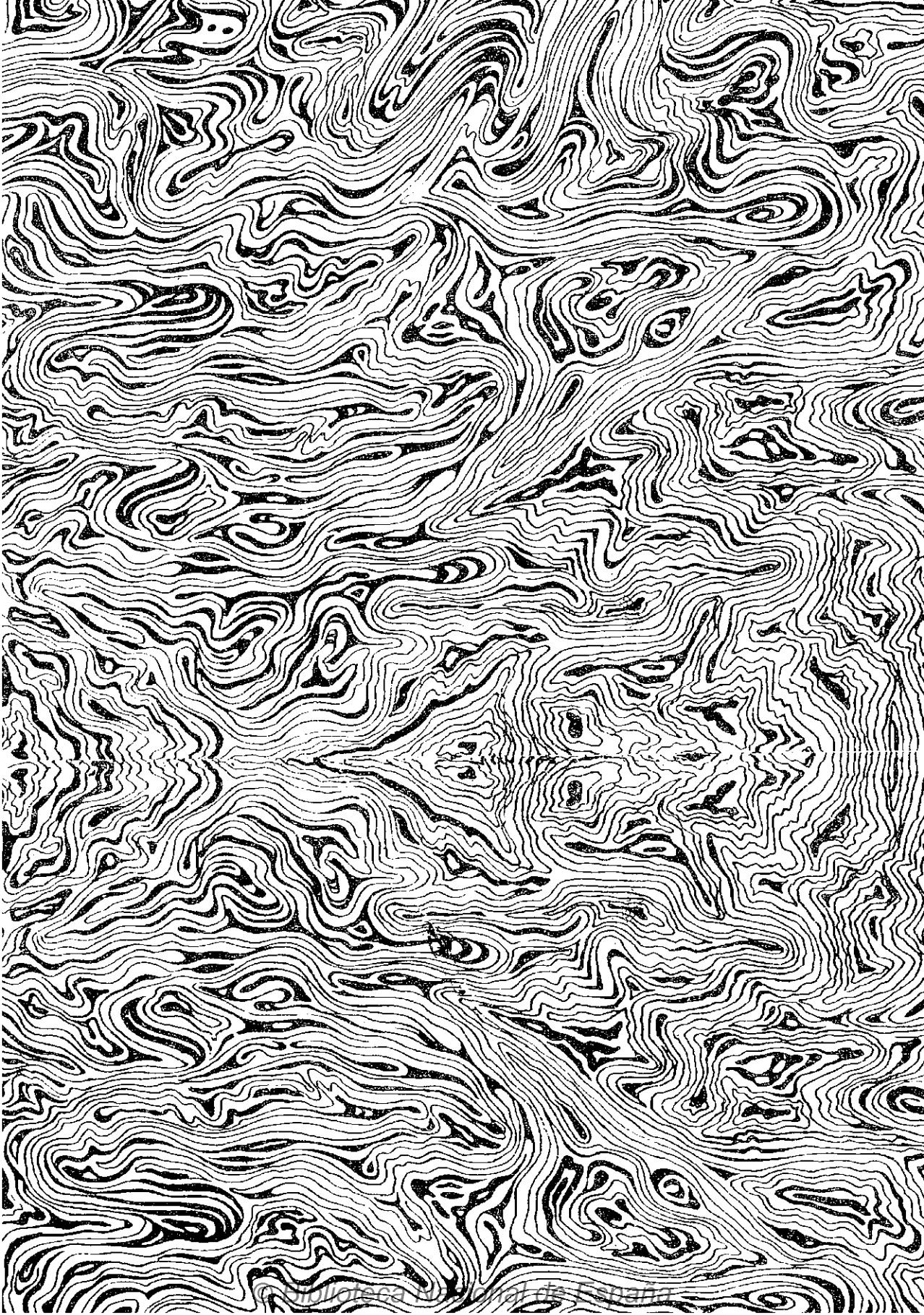


EL DERECHO CARO  
DE LA INDEPENDENCIA  
DE LAS PNAS

9

189881











T. LUCRECIO CARO

9

189881

---

# DE LA NATURALEZA

DE LAS COSAS

---

POEMA EN SEIS CANTOS

TRADUCIDO

POR D. JOSÉ MARCHENA



AÑO DE 1791

Q. 3201771

9  
189.881



## LIBRO PRIMERO

- 1 **E**NGENDRADORA del romano pueblo,  
Placer de hombres y dioses, alma Venus:  
Debajo de la bóveda del cielo,  
Por do giran los astros resbalando,  
Haces poblado el mar, que lleva naves,  
Y las tierras fructíferas fecundas;  
Por tí todo animal es concebido  
Y á la lumbre del sol abre sus ojos;  
De tí, diosa, de tí los vientos huyen;  
10 Cuando tú llegas, huyen los nublados;  
Te da suaves flores varia tierra;  
Las llanuras del mar contigo ríen,  
Y brilla en larga luz el claro cielo.  
Al punto que galana primavera  
La faz descubre, y su fecundo aliento  
Robustece Favonio desatado,  
Primero las ligeras aves cantan  
Tu bienvenida, diosa, porque al punto  
Con el amor sus pechos traspasaste:  
20 En el momento por alegres prados

Retozan los ganados encendidos,  
Y atraviesan la rápida corriente:  
Prendidos del hechizo de tus gracias  
Mueren todos los seres por seguirte  
Hacia do quieres, diosa, conducirlos;  
Por último, en los mares y en las sierras,  
Y en los bosques frondosos de las aves,  
Y en medio de los ríos desbordados,  
Y en medio de los campos que verdecen,  
30 El blando amor metiendo por sus pechos,  
Haces que las especies se propaguen.  
Pues como seas tú la soberana  
De la naturaleza, y por tí sola  
Todos los seres ven la luz del día,  
Y no hay sin tí contento ni belleza,  
Vivamente deseo me acompañes  
En el poema que escribir intento  
De la naturaleza de las cosas,  
Y dedicarle á mi querido Memmio,  
40 Á quien tú, diosa, engalanar quisiste  
En todo tiempo con sublimes prendas:  
Da gracia eterna, diosa, á mis acentos.  
Haz que entre tanto el bélico tumulto  
Y las fatigas de espantosa guerra  
Se suspendan por tierras y por mares;  
Porque puedes tú sola á los humanos  
Hacer que gusten de la paz tranquila;  
Puesto que las batallas y combates  
Dirige Marte, poderoso en armas,  
50 Que arrojado en tu seno placentero,  
Consumido con llaga perdurable,  
La vista en tí clavada, se reclina,  
Con la boca entreabierta, recreando  
Sus ojos de amor ciegos en tí, diosa,  
Sin respirar, colgado de tus labios.

- Ya que descansa en tu sagrado cuerpo,  
Inclinándote un poco hacia su boca,  
Infúndele tú, diosa, blando acento:  
Íncrita medianera de las paces,  
60 Pídesela en favor de los romanos;  
Porque no puedo consagrarme al canto  
Entre las guerras de la patria mía,  
Ni puedo yo sufrir que el noble Memmio  
Su defensa abandone por oírme.  
Óyeme, Memmio, tú con libre oído,  
Y sin cuidados al saber te entrega:  
No desprecies mis dones, trabajados  
En honra tuya con sincero afecto,  
Sin penetrar primero lo que digo:  
70 Porque serán materia de mi canto  
La mansión celestial, sus moradores;  
De qué principios la naturaleza  
Forma todos los seres, cómo crecen,  
Cómo los alimenta y los deshace  
Después de haber perdido su existencia:  
Los elementos que en mi obra llamo  
La materia y los cuerpos genitales,  
Y las semillas, los primeros cuerpos,  
Porque todas las cosas nacen de ellas.  
80 Pues la naturaleza de los dioses  
Debe gozar por sí con paz profunda  
De la inmortalidad: muy apartados  
De los tumultos de la vida humana,  
Sin dolor, sin peligro, enriquecidos  
Por sí mismos, en nada dependientes  
De nosotros; ni acciones virtuosas  
Ni el enojo y la cólera les mueven.  
Cuando la humana vida á nuestros ojos  
Oprimida yacía con infamia  
90 En la tierra por grave fanatismo,

Que desde las mansiones celestiales  
 Alzaba la cabeza amenazando  
 Á los mortales con horrible aspecto,  
 Al punto un varón griego osó el primero  
 Levantar hacia él mortales ojos  
 Y abiertamente declararle guerra:  
 No intimidó á este hombre señalado  
 La fama de los dioses, ni sus rayos,  
 Ni del cielo el colérico murmullo.  
 100 El valor extremado de su alma  
 Se irrita más y más con la codicia  
 De romper el primero los recintos  
 Y de Natura las ferradas puertas.  
 La fuerza vigorosa de su ingenio  
 Triunfa y se lanza más allá los muros  
 Inflamados del mundo, y con su mente  
 Corrió la inmensidad, pues victorioso  
 Nos dice cuáles cosas nacer pueden,  
 Cuáles no pueden, cómo cada cuerpo  
 110 Es limitado por su misma esencia:  
 Por lo que el fanatismo envilecido  
 Á su voz es hollado con desprecio;  
 ¡Nos iguala á los dioses la victorial  
     Mas temo mucho en esto que te digo  
 Pienses acaso no te dé lecciones  
 De impiedad, enseñándote el camino  
 De la maldad: por el contrario, oh Memmio,  
 De acciones execrables y malvadas  
 Fué causa el fanatismo muchas veces:  
 120 Á la manera que en Aulide un tiempo  
 El altar de Diana amancillaron  
 Torpemente en la sangre de Ifigenia  
 La flor de los caudillos de los griegos,  
 Los héroes más famosos de la tierra:  
 Después que rodearon la cabeza

- De la doncella con fatales cintas,  
Que por ambas mejillas la colgaban:  
Cuando vió que su padre entristecido  
Estaba en pié del lado de las aras,  
130 Y junto á él tapando los ministros  
El cuchillo, y que el pueblo derramaba  
En su presencia lágrimas á mares;  
Muda de espanto, la rodilla en tierra  
Como una suplicante desgraciada,  
No la valía en tan fatal momento  
Haber dado al monarca la primera  
De padre el nombre; porque arrebatada  
Por varoniles manos, y temblando,  
Fué llevada al altar, nó como hubiera  
140 En himeneo ilustre acompañada  
Ido á las aras con solemne rito;  
Antes, doncella, en el instante mismo  
De sus bodas cayese degollada  
Á manos de su padre impuramente,  
Como infelice víctima inmolada  
Para dar á la escuadra buen suceso:  
¡Tanta maldad persuade el fanatismo!  
De aterradores cuentos fatigado  
Referidos por todos los poetas,  
150 Quizá huirás de mí también tú, Memmio,  
Juzgándome inventor de sueños vanos  
Que sin cesar toda tu vida agiten,  
Y el temor emponzoñe tu ventura.  
Y con razón; pues si los hombres viesen  
Que cierto fin tenían sus desdichas,  
En alguna manera se armarían,  
Resistirían contra el fanatismo  
Y amenazas terribles de poetas:  
Pero no hay medio alguno de hacer frente,  
160 Porque se han de temer eternas penas

Mas allá de la muerte; no sabemos  
 Cuál es del alma la secreta esencia:  
 Si nace, ó si al contrario se insinúa  
 Al nacer en el cuerpo, y juntamente  
 Muere ella con nosotros; si del Orco  
 Corre vastas lagunas tenebrosas;  
 Si por orden divina va pasando  
 De cuerpo en cuerpo de los otros brutos,  
 Como cantó nuestro Ennio, que el primero  
 170 De las cumbres amenas de Elicona  
 Trajo guirnalda de verdor perenne  
 Que las gentes latinas ensalzaron:  
 À pesar de que en versos inmortales  
 Ennio afirmó los infernales templos,  
 En los que ni los cuerpos, ni las almas,  
 Sino unos macilentos simulacros  
 De figura espantable sólo habitan:  
 Dice que allí del inmortal Homero  
 La sombra vió, que se deshizo en llanto,  
 180 Y los arcanos del saber le expuso.  
     Por lo que antes que entremos en disputa  
 De las cosas de arriba, y expliquemos  
 Del sol y de la luna la carrera;  
 Cómo en la tierra se produce todo;  
 Principalmente con sagaz ingenio  
 Del ánimo y del alma los principios  
 Constitutivos es bien indaguemos;  
 Y por qué los objetos que hemos visto  
 En la dolencia asustan, y en el sueño,  
 190 De modo que parece contemplamos  
 Y hablamos cara á cara con los muertos,  
 Abrazando la tierra ya sus huesos.  
     No se me oculta que en latinas voces  
 Es difícil empresa el explicarte  
 Los inventos oscuros de los griegos,

- Principalmente cuando la pobreza  
De nuestra lengua, y novedad de objeto  
Harán que forme yo vocablos nuevos:  
Pero tu virtud, Memmio, sin embargo,  
200 Y el placer cierto de amistad suave  
Me inducen á sufrir cualquier trabajo  
Y á velar en la calma de las noches,  
Buscando de qué modo y con qué verso  
Pueda en tu mente derramar las luces  
Que todos los secretos te descubran.  
Preciso es que nosotros desterremos  
Estas tinieblas y estos sobresaltos,  
Nó con los rayos de la luz del día,  
Sino pensando en la naturaleza.
- 210 Por un principio suyo empezaremos:  
Ninguna cosa nace de la nada;  
No puede hacerlo la divina esencia:  
Aunque reprime á todos los mortales  
El miedo de manera que se inclinan  
Á creer producidas por los dioses  
Muchas cosas del cielo y de la tierra,  
Por no llegar á comprender sus causas.  
Por lo que cuando hubiéremos probado  
Que de la nada nada puede hacerse,  
220 Entonces quedaremos convencidos  
Del origen que tiene cada cosa;  
Y sin la ayuda de los inmortales  
De qué modo los seres son formados.  
Porque si de la nada fuesen hechos,  
Podría todo género formarse  
De toda cosa sin semilla alguna.  
Los hombres de la mar nacer podrían,  
De la tierra los peces y las aves,  
Lanzáranse del cielo los ganados,  
230 Y las bestias feroces como hijos

De la casualidad habitarían  
Los lugares desiertos y poblados:  
Los mismos frutos no daría el árbol,  
Antes bien diferentes los daría:  
Todos los cuerpos produjeran frutos;  
Pues careciendo de principios ciertos,  
¿A las cosas ¿qué madre señalamos?  
Pero es porque los seres son formados  
De unas ciertas semillas de que nacen  
240 Y salen á la luz; en donde se hallan  
Sus elementos y primeros cuerpos:  
Por lo que esta energía circunscribe  
La generación propia á cada especie.  
Además, ¿por qué causa en primavera  
Vemos nacer la rosa, y en estío  
Los frutos sazonados, y las viñas  
En los días hermosos del otoño?  
Sino porque á su tiempo las semillas  
Determinadamente se reúnen;  
250 Sale la creación si ayuda el tiempo;  
La tierra vigorosa con certeza  
Da á luz sus tiernos hijos: si naciesen  
De la nada, saldrían al momento  
En tiempo incierto y estación contraria:  
Pues que carecerían de principios  
Cuya unión el mal tiempo no impidiera.  
Ni para su incremento cualquier cuerpo  
De tiempo y conjunción de las semillas  
Necesitara, si crecer pudiese  
260 De la nada: pues jóvenes se harían  
En un instante los pequeños niños;  
Y apenas los arbustos asomasen  
De repente á las nubes se alzarían:  
Y vemos que sucede lo contrario,  
Puesto que poco á poco van creciendo,



Imprimiendo un carácter cierto y fijo  
Con su propio crecer á cada especie.  
Venir puedes de aquí en conocimiento  
Que cada cuerpo crece y se sustenta  
270 De su materia propia y de su jugo.  
Además, que la tierra no daría  
Sin ciertas lluvias sus alegres frutos;  
Ni el animal privado de alimento  
Su especie propagara, ni podría  
Conservarse asimismo: antes diremos  
Que muchos elementos son comunes  
Á muchos individuos, así como  
Las letras á los nombres: pues sentemos  
Que sin principios nada existir puede.  
280 ¿Qué impidió, en fin, á la naturaleza  
Para que hombres tamaños nos hiciese  
Que vadear pudiésemos los mares,  
Arrancar con las manos las montañas,  
Y vencer muchos siglos con la vida,  
Sino porque ha fijado los principios  
Para las creaciones de los seres?  
Nada, pues, de la nada puede hacerse,  
Puesto que necesita de semilla  
Cualquiera cosa para ser criada,  
290 Y del aire salir al aura tierna.  
Porque vemos, en fin, aventajarse  
Á los eriales las labradas tierras  
Y mejorar la tierra con cultivo,  
Inferimos de aquí existir en ella  
Partes elementales que nosotros  
Hacemos producir, con el arado  
Los fecundos terrones revolviendo,  
Y sujetando el suelo de la tierra:  
Luego si estos principios no existiesen,  
300 La perfección de suyo adquirirían.

Á esto se junta que naturaleza  
 Nada aniquila, sino que reduce  
 Cada cosa á sus cuerpos primitivos;  
 Si los principios fueran destructibles,  
 De nuestra vista luego arrebatado  
 Cada sér pereciera en el momento;  
 Inútil, pues, sería toda fuerza  
 Que turbase la unión de los principios,  
 Y rompiese sus lazos: pero ahora  
 310 Porque los elementos son eternos  
 Sufrir no puede la naturaleza  
 Ponerlos á la vista destruídos,  
 Sino cuando una fuerza extraordinaria  
 El cuerpo hirió, le penetró y deshizo.  
 Además, que si el tiempo aniquilase  
 Todo lo que arrebatá á nuestros ojos,  
 Acabando con toda la materia,  
 ¿De dónde Venus á sacar volviera  
 Todos los seres á la luz de vida?  
 320 ¿Cómo reproducidos la alma tierra  
 Los alimenta, cómo da incremento,  
 En general los pastos repartiendo?  
 ¿Cómo los ríos y las fuentes bellas  
 De tan lejos al mar tributarían?  
 ¿Cómo el éter sustenta las estrellas?  
 Pues si los elementos son mortales,  
 Tantos siglos y días deberían  
 Haber todas las cosas consumido:  
 Luego son inmortales los principios,  
 330 Si la naturaleza los obliga  
 Á las reproducciones de los seres:  
 Ninguna cosa puede aniquilarse.  
 La misma fuerza y causa últimamente  
 Acabaría con los cuerpos todos  
 Si la materia eterna no tuviera

- Éstos entre sí unidos y enlazados:  
El tacto sólo les daría muerte,  
Porque no siendo eternos sus principios,  
Cualquiera fuerza á aniquilarlos basta:
- 840 Mas como el nexo de sus elementos  
Diferencia los cuerpos unos de otros,  
Y como es la materia indestructible,  
Cada cuerpo subsiste ileso en tanto  
No reciba algún choque, que desuna  
La textura y unión de sus principios:  
Luego no se aniquila cosa alguna;  
Antes bien, destruído cualquier cuerpo,  
Se vuelve á sus primeros elementos.
- En fin, ¿perecen las copiosas lluvias
- 350 Cuando las precipita el padre éter  
En el regazo de la madre tierra?  
Nó: pues hermosos frutos se levantan,  
Los ramos de los árboles verdean,  
Crecen y se desgajan con el fruto.  
Sustentan á los hombres y alimañas,  
De alegres niños pueblan las ciudades,  
Por cualquier parte en las frondosas selvas  
Se oyen los cantos de las aves nuevas,  
Y los rebaños de pacer cansados
- 360 Tienden sus cuerpos por risueños pastos,  
Y sale de sus ubres retestadas  
Copiosa y blanca leche; sus hijuelos  
De pocas fuerzas por la tierna yerba  
Lascivos juguetean, conmovidos  
Del placer de mamar la pura leche:  
Luego ningunos cuerpos se aniquilan;  
Pues la naturaleza los rehace,  
Y con la muerte de unos otro engendra.
- Puesto que te he enseñado que los seres
- 370 No pueden engendrarse de la nada,

Ni pueden á la nada reducirse;  
No mires con recelo mi enseñanza,  
Al ver que con los ojos no podemos  
Descubrir los principios de las cosas;  
Sin embargo es preciso que confieses  
Que hay cuerpos que los ojos no perciben.

La fuerza enfurecida de los vientos  
Revuelve el mar, y las soberbias naves  
Derriba, y desbarata los nublados;  
380 Con torbellino rápido corriendo  
Los campos á la vez, saca de cuajo  
Los corpulentos árboles, sacude  
Con soplo destructor los altos montes;  
El ponto se enfurece con bramidos,  
Y con murmullo aterrador se ensafia.  
De aquí seguramente inferiremos  
Que los vientos son cuerpos invisibles,  
Que barren tierra, mar, y en fin el cielo,  
Y esparcen por el aire los destrozos:  
390 No de otro modo corren y destrozan,  
Que cuando un río de tranquilas aguas  
De repente sus márgenes ensancha  
Enriquecido de copiosas lluvias  
Que de los montes á torrentes bajan  
Amontonando troncos y malezas:  
Ni los robustos puentes la avenida  
Impetüosa sufren de las aguas;  
En larga lluvia rebosando el río,  
Con ímpetu estrellándose en los diques,  
400 Con horroroso estruendo los arranca,  
Y revuelve en sus ondas los peñascos,  
Con furor arrollando todo obstáculo;  
Del mismo modo los furiosos vientos  
Semejantes á un río impetuoso  
Se arrojan sobre un cuerpo, y le sacuden,

- Y le llevan delante con gran fuerza,  
En remolino á veces le arrebatan;  
Mil vueltas le hacen dar á la redonda.  
Diré y repetiré yo que los vientos  
410 Son cuerpos invisibles: sus efectos  
Y su naturaleza nos lo muestran,  
Puesto que emulan á los grandes ríos.  
Sentimos, además, varios olores,  
Y en la nariz tocando no los vemos;  
Ni el calor percibimos, ni los fríos,  
Ni las voces tampoco ver solemos  
Que la naturaleza de los cuerpos  
Es preciso que tenga, porque pueden  
Impeler los sentidos: nada puede  
420 Tocar y ser tocado sino el cuerpo.  
Por último; en las playas resonantes  
Los vestidos colgados se humedecen,  
Y tendidos al sol se enjugan luego:  
Ni cómo se empaparon ver podemos  
Ni cómo se enjugaron con la lumbre:  
En partículas tenues se divide  
El agua de manera que no pueden  
Verse de modo alguno con los ojos.  
Después de cierto número de soles  
430 El anillo se gasta en vuestro dedo,  
El gotear la piedra agujerea,  
La reja del arado ocultamente  
En los sulcos se gasta, y con los pasos  
Los empedrados desgastarse vemos;  
En las puertas también las manos diestras  
De cobreñas estatuas se adelgazan  
Con los besos continuos de unos y otros;  
Pues que gastadas vemos se atenúan:  
Pero no quiso la naturaleza  
440 Descubrirnos su pérdida instantánea,

Celosa de que viesen nuestros ojos  
El lento crecimiento con que obliga  
Á aumentarse los cuerpos cada día,  
Ni cómo se envejecen con el tiempo,  
Ni qué pérdidas tienen los peñascos  
De sales roedoras carcomidos,  
Que á los mares dominan y amenazan:  
Luego sólo obra la naturaleza  
De imperceptibles cuerpos ayudada.  
450 No está ocupado todo por los cuerpos,  
Porque se da vacío entre las cosas:  
Al entenderlo cogerás el fruto,  
Ni andarás entre dudas vacilante,  
Ni de continuo buscarás la esencia,  
Ni desconfiarás de mis escritos.  
Un espacio se da desocupado,  
Impalpable, vacío: el movimiento  
Sin este espacio no concebirías;  
Porque propiedad siendo de los cuerpos  
460 La resistencia, nunca cesarían  
De andar entrechocándose unos y otros:  
Imposible sería el movimiento,  
Pues ningún cuerpo se separaría:  
Por los mares ahora y por las tierras  
Y por los altos cielos, con los ojos  
Vemos mil movimientos diferentes:  
Y sin vacío no tan solamente  
De agitación continua carecieran  
Los cuerpos, mas también ni aun engendrados,  
470 Hubieran sido; porque la materia  
Quieta se hubiera estado eternamente.  
Aunque creamos sólidos los cuerpos,  
Los vemos penetrables: por las rocas  
Copiosas gotas por doquier chorrean;  
Por todo el animal corre el sustento;

Los árboles crecidos dan el fruto  
 En tiempo señalado á manos llenas,  
 Porque la savia desde las raíces  
 Por troncos y por ramas se difunde;  
 480 Y las voces penetran las paredes,  
 Recorren los secretos de las casas;  
 Hasta los huesos nos penetra el frío;  
 Sin vacío los cuerpos no pudieran  
 Trasladarse á otro punto en modo alguno.

En fin ¿cómo unas cosas se aventajan  
 Á las otras en peso, y no en figura?  
 Pues si un vellón de lana pesa tanto  
 Como un cuerpo de plomo, en equilibrio  
 Debe estar la balanza; la materia  
 490 Hace peso hacia abajo; luego queda  
 Sin pesadez por su naturaleza  
 El vacío: pues si me das dos cuerpos  
 En una superficie comprendidos,  
 El más ligero es el de más vacío,  
 El más denso será de mayor peso;  
 La razón nos demuestra claramente  
 Un vacío existir diseminado.

Mas porque nadie pueda seducirte,  
 Me adelanto á ponerte de antemano  
 500 De algunos el capcioso raciocinio.  
 Sostienen que á los peces relucientes  
 Les abre el agua líquidos caminos,  
 Que después el espacio abandonado  
 Se ocupa por la onda retirada:  
 Pueden moverse así y mudar de sitio  
 Todos los demás cuerpos sin vacío.

En razón falsa estriba el argumento;  
 ¿Cómo podrán los peces menearse  
 Si las aguas no dan lugar vacío?  
 510 ¿Cómo refluirán las aguas mismas

Cuando los peces no darán un paso?  
Ó los cuerpos privar de movimiento  
Ó el espacio vacío confesemos  
Que principia á mover todos los cuerpos.

Con rapidez separa tú dos cuerpos  
Planos y que entre sí estén bien unidos,  
Verás cómo se forma allí un vacío  
Que no puede á la vez llenar el aire:  
Le va ocupando todo poco á poco.  
520 Si por fortuna alguno presumiera  
Que de dos superficies separadas  
El espacio intermedio es ocupado  
Del aire condensado anteriormente,  
Se engaña; pues se forma allí un vacío  
Entonces que no hubo antes, y se llena  
El vacío existente: de este modo  
El aire ya no puede condensarse;  
Y aun dado que pudiese como dicen,  
No podría á mi juicio sin vacío  
530 Sus partes recoger y reducirlas  
Á volumen menor: para escaparte  
Cualquier dificultad que me objectares,  
Es preciso confieses el vacío.

Yo podría traerte muchas pruebas  
Que mis razones más acreditasen:  
Á tu penetración estos ensayos  
Son suficientes, si indagando sigues,  
Porque así como muy frecuentemente  
Rastrean las querencias enramadas  
540 De las fieras monteses y los canes,  
Cuando dieron por fin con rastro cierto,  
Así de consecuencia en consecuencia  
Darás en general con los arcanos  
De la naturaleza, y de sus senos  
Sacarás la verdad. No te empereces.



- Si te apartares algo de mi objeto.  
Me atrevo, Memmio, á hacerte esta promesa:  
Se agotarán los grandes manantiales  
Donde he bebido yo largas noticias,  
550 Mi rico pecho dejará primero  
De derramarlas con suave labio,  
Y á paso lento la vejez tardía  
Habrá ocupado todos nuestros miembros,  
Y el principio vital habrá disuelto,  
Primero que por medio de mis versos  
Haya agotado esta materia inmensa.  
    Á nuestros racionios ya volvamos:  
Estriba, pues, toda naturaleza,  
En dos principios: cuerpos, y vacío  
560 En donde aquéllos nadan y se mueven:  
Que existen cuerpos el común sentido  
Lo demuestra; principio irresistible  
Sin el cual la razón abandonada  
De errores en errores se perdiera.  
Si no existiera, pues, aquel espacio  
Que llamamos *Vacío*, no estarían  
Los cuerpos asentados, ni moverse  
Podrían como acabo de decirte.  
    Además del espacio y el vacío  
570 No conocemos en naturaleza  
Una clase tercera independiente  
De los principios dichos: lo que existe  
Es necesariamente de pequeña  
Ó de grande extensión: si lo sintiere  
El tacto, aunque ligera y levemente,  
Debemos colocarlo entre los cuerpos,  
Y al *todo* seguirá. Pero si fuere  
Impalpable, y ninguno de sus puntos  
Á la penetración resistir puede,  
580 Este espacio y lugar llamo *vacío*.

En general los seres son activos;  
 Ó bien á la acción de otros se sujetan,  
 Ó bien el movimiento proporcionan,  
 Y la existencia, pues los cuerpos solos  
 Pueden ser ó activos ó pasivos:  
 Sólo el vacío puede darles sitio:  
 Luego no existe en la naturaleza  
 Más que los cuerpos dichos, y el vacío:  
 No pueden alcanzarlo los sentidos,  
 590 Ni el espíritu humano comprenderlo.  
 Lo que no sea materia ni vacío,  
 Propiedad ó accidente es de uno ó de otro.  
 Las propiedades son inseparables  
 Del sujeto; tan solamente cesan  
 Cuando éste es destruído: así en la piedra  
 Tal es la pesadez, tal en el fuego  
 Es el calor, fluidez tal en el agua,  
 La tangibilidad tal en los cuerpos  
 Y tal su privación en el vacío.  
 600 Los que llamar solemos accidentes,  
 Como la libertad y servidumbre,  
 La pobreza y caudales desmedidos,  
 La paz y guerra, sólo son maneras  
 De ser, que con su ausencia ó su presencia  
 Lo esencial no trastornan del sujeto.  
 El tiempo no subsiste por sí mismo:  
 La existencia continua de los cuerpos  
 Nos hace que distingan los sentidos  
 Lo pasado, presente, y lo futuro;  
 610 Ninguno siente el tiempo por sí mismo,  
 Libre de movimiento y de reposo.  
 En fin, cuando nos dicen haber sido  
 Robada Elena y las troyanas gentes  
 Haber sido con guerra sujetadas,  
 Nadie nos fuerce á confesar que pueden

- Existir por sí mismos estos hechos,  
Después que el tiempo irrevocable hubo  
Los siglos y sucesos engullido;  
Porque en diversos tiempos y regiones  
620 Cuantas cosas pasaron, pasar pueden,  
Mas sin materia, ni lugar ni espacio  
Todo acontecimiento es imposible.  
Sin materia, por fin, y sin vacío,  
La hermosura de Helena nunca hubiera  
Los célebres combates encendido  
De una guerra crúel que fomentaba  
El pecho ardiente de Alejandro frigio:  
No incendiara el caballo de madera  
De Pérgamo las torres sublimadas  
630 Con el parto nocturno de los griegos.  
Ya puedes ver que todos los sucesos  
Que agitan y revuelven nuestro globo  
No existen en verdad como los cuerpos,  
Ni son como el vacío, sino simples  
Cambios de los principios; accidentes  
Que al espacio ó los cuerpos se refieren.  
Llamamos cuerpos á los elementos  
Y á los compuestos que resultan de ellos:  
Los elementos son indestructibles  
640 Porque su solidez triunfa de todo.  
Te costará trabajo persuadirte  
Que existen cuerpos sólidos: el rayo  
Atraviesa los muros así como  
Las voces y los gritos: se caldea  
El hierro si le metes en la fragua;  
Peñas ardiendo arrojan los volcanes;  
El oro se liquida en los crisoles;  
El cobre se derrite como el hielo;  
El frío y el calor de los licores  
650 Sentimos en los vasos que bebemos:

De solidez perfecta no tenemos  
Idea cierta y experiencia clara.  
Mas la razón y la naturaleza  
Esta verdad nos hacen que entendamos:  
Óyeme en pocos versos: los principios  
Que componen el gran todo criado  
Tienen un cuerpo sólido y eterno.  
Después, como los cuerpos y el espacio  
Por su naturaleza son opuestos,  
660 Es preciso que existan uno y otro  
Enteramente puros por sí mismos:  
El vacío repugna todo cuerpo,  
La materia al vacío de sí aleja:  
Luego sólidos son y sin vacío  
Los elementos, los primeros cuerpos.  
Pues que se da en los cuerpos el vacío,  
Deben de partes sólidas cercados  
Estar estos vacíos. Repugnante  
En los cuerpos sería dar vacío,  
670 Si á las paredes que rodean éste  
La solidez quitamos. Las paredes  
El agregado son de la materia:  
Luego como los cuerpos se destruyan,  
Es la materia sólida y eterna.  
Sólido fuera el todo sin vacío:  
Y sin cuerpos que ocupen el espacio  
Vacío inmenso fuera el universo  
Por el contrario. El cuerpo y el espacio  
Son respectivamente muy distintos,  
680 Pues que no existe lleno ni vacío  
Perfecto: los principios y elementos  
Diferencian el lleno del vacío.  
No puede disolverlos choque externo,  
Ni puede penetrar extraña fuerza  
Á su tejido: ni de acción extraña

Pueden recibir daño, como he dicho.  
Mas cómo pueda un cuerpo sin vacío  
Ser roto, dividido ó descompuesto,  
Seguramente yo no lo concibo:  
690 Él es á la humedad inaccesible,  
Al frío y al calor, que son las causas  
Destructoras de todo: así observamos  
Que cuanto más los cuerpos son sujetos  
Á estas causas que van menoscabando,  
Encierran más vacío en su tejido:  
Luego si constan los primeros cuerpos  
De solidez, y no tienen vacío,  
Eternos han de ser forzosamente.  
Si no fuesen eternos, á la nada  
700 Todo el mundo se hubiera reducido:  
Pero como la nada no produce  
Ni aniquila los seres, es preciso  
Que eternos sean los primeros cuerpos,  
Pues los destruyen y los reproducen  
Todos los seres: luego los principios  
La simplicidad sólida contienen,  
Porque sin ella no hubieran podido  
Durante tantos siglos conservarse,  
Ni reparar los seres de continuo.  
710 En fin, si hubiera la naturaleza  
Á límites precisos reducido  
La divisibilidad de la materia,  
Los elementos del gran todo hubieran  
En la revolución de tantos siglos  
Llegado luego á tal acabamiento,  
Que de su unión los cuerpos producidos  
Alcanzar no pudieran su incremento.  
Como un cuerpo más pronto se destruya  
Que lo que tarda el mismo en rehacerse,  
720 Las pérdidas que hubiera padecido

En la edad precedente, irreparables  
 Fueran sin duda alguna en las siguientes:  
 Pero constantemente se reparan  
 De su menoscabar todos los cuerpos,  
 Y los vemos llegar á plazos fijos  
 Á aquella perfección que les compete.  
 La división de la materia tiene  
 Límites invariables y precisos.  
 Solidísimos son los elementos:  
 730 Mas como en todo cuerpo haya vacío,  
 Pueden hacerse blandos como el agua,  
 El aire, tierra y fuego; y al contrario,  
 Si damos que son muelles los principios,  
 El pedernal y el hierro cómo puedan  
 Consistencia tomar no explicaremos.  
 Porque en sus obras la naturaleza  
 Sobre sólidas bases no estribara.  
 Sólidos son y simples los principios,  
 Pues su unión más ó menos apretada  
 740 Resistencia y dureza da á los cuerpos.  
 La duración, por fin, y el crecimiento  
 De los cuerpos há la naturaleza  
 Determinado y su poder medido.  
 No padecen mudanza las especies,  
 Ni las generaciones se varían,  
 Como las clases diferentes de aves  
 Están de ciertas manchas salpicadas;  
 Porque son inmutables las especies.  
 Si admitimos mudanza en los principios  
 750 No sabremos qué pueda producirse  
 Y qué no pueda, y cómo se limitan  
 Los cuerpos, cómo pueden traer los siglos  
 Naturaleza, vida, movimiento,  
 Y las mismas costumbres de los padres.  
 La extremidad de un átomo es un punto

- Tan pequeño, que escapa á los sentidos;  
Debe sin duda carecer de partes:  
Él es el más pequeño de los cuerpos,  
Ni estuvo ni estará jamás aislado;  
760 Es una parte extrema, que juntada  
Con otras y otras partes semejantes,  
Forman así del átomo la esencia.  
Si del átomo, pues, los elementos  
De existencia carecen separados,  
Será su unión tan íntima y estrecha  
Que no hay fuerza capaz de separarlos.  
De simple solidez los elementos  
Y partes muy delgadas se componen;  
Su unión no es un compuesto heterogéneo,  
770 Sino simplicidad eterna. Quiere  
De este modo formar naturaleza  
Los cuerpos, sin que alguna de sus partes  
Separación ó menoscabo sufra.  
Además, si nosotros no admitimos  
De división un término preciso,  
Se compondrán los cuerpos más pequeños  
De infinidad de partes, caminando  
De mitad en mitad al infinito.  
¿Qué diferencia habrá de un cuerpo grande  
780 Al cuerpo más pequeño? Suponiendo  
Que el *todo* es infinito, sin embargo  
De partes infinitas igualmente  
Se compondrán los átomos más breves:  
Mas como la razón no lo comprenda,  
Convencido es preciso que confieses  
Que los simples corpúsculos terminan  
La división y solidez eterna.  
Si la naturaleza creadora  
No acostumbra á reducir los seres  
790 Á sus mínimas partes, no podría

Rehacer unos de otros, destruídos:  
Pues siendo todavía divisibles,  
No podría enlazarse la materia,  
Ni tener pesadez, ni ser chocada,  
Ni encontrarse con otro ni moverse,  
Causas engendradoras de los seres.

Si divisibles fueran los principios  
Al infinito, es fuerza que existieran  
Desde la eternidad cuerpos intactos:  
800 Mas como sean frágiles, no pueden  
Haber por tantos siglos resistido  
Á innumerables choques de continuo.

Y por esta razón los que creyeron  
Que el fuego era el origen de las cosas,  
En un error grosero han incurrido.  
Esta opinión Heráclito defiende  
Como primer caudillo, celebrado  
Por su obscuro lenguaje entre los griegos  
Superficiales, más que por los sabios  
810 Que buscan la verdad: porque los necios  
Aman y admiran más lo que está envuelto  
En misteriosos términos; su oreja  
Suavemente puede ser herida  
Y embelesada con gracioso ruido:  
Y el dulce halago á la verdad prefieren.

Á Heráclito pregunto: ¿de qué modo  
Podrían existir tan varias cosas  
Si del fuego purísimo nacieran?  
Rarificar ó condensar el fuego  
820 De nada serviría, si sus partes  
Se compusiesen de la misma esencia  
Que tiene todo el fuego: reunidos  
Los elementos, fuego más activo  
Tendremos, y más flojo separados:  
Bien condensemos ó rarifiquemos



- El fuego, como habemos ya probado,  
No se pueden formar cuerpos distintos.  
Y si éstos reconocen el vacío,  
Enrarecer y condensar el fuego  
830 Podrán; pero se quedan en silencio  
Viendo se contradicen á sí mismos,  
Y evitan admitir puro vacío;  
Y mientras huyen las dificultades  
Se apartan del camino verdadero.  
El vacío quitado, no reparan  
Que debe condensarse todo cuerpo,  
Y no formar más que uno, cuyas partes  
Condensadas no pueden escaparse  
Como el calor y luz que arroja el fuego:  
840 Luego de partes densas no se forman.  
Porque si en defender ellos se obstinan  
Que las partes del fuego recogidas  
Se apagan y se mudan, á la nada  
El fuego elemental reducirían,  
Y todo nacería de la nada;  
No puede un cuerpo transmutar su esencia  
Sin que deje de ser lo que antes era.  
Deben, pues, conservar los elementos  
Del fuego aquella su naturaleza,  
850 Para que ni los cuerpos se aniquilen  
Ni *el gran todo* renazca de la nada.  
Mas aunque existen en naturaleza  
Algunos cuerpos de inmutable esencia,  
Que con aumentos ó diminuciones  
Y con combinaciones diferentes  
Hacen cambiar la esencia de los cuerpos,  
No son éstos corpúsculos de fuego.  
Añadir ó quitar no importaría,  
Ni cambiarles el orden, pues de fuego  
860 Tendrían todos la naturaleza,

- Y del fuego los cuerpos se engendrarán.  
 Así es como yo pienso que se forman:  
 Existen ciertos cuerpos, cuyo encuentro,  
 Figura, situación y movimiento  
 Y orden forman el fuego; trastornados,  
 Su esencia mudan. Estos elementos  
 Ni son de fuego, ni otra cosa alguna  
 Que pueda enviar cuerpos al sentido,  
 Y palparlos el tacto si se arriman.
- 870 Decir que todo lo compone el fuego,  
 Y que éste es el principio de las cosas,  
 Que es lo mismo que Heráclito establece,  
 Me parece locura consumada.  
 Ataca los sentidos por sí mismos,  
 Los destruye y nos roba la creencia  
 Que pende de los mismos por los cuales  
 El fuego conoció; pues se persuade  
 Que conocen el fuego los sentidos,  
 Y lo demás no cree que es tan claro:
- 880 Muy necio y delirante me parece.  
 ¿Adónde la verdad encontraremos?  
 ¿Quién mejor que el sentido puede hacernos  
 Lo falso distinguir y verdadero?  
 ¿Por qué, pues, quitará alguno los cuerpos,  
 Dejando por principio sólo el fuego,  
 Ó quitándole á éste su existencia,  
 Los demás cuerpos dejará tan sólo?  
 Uno y otro parece igual delirio.  
 Aquellos que creyeron ser el fuego
- 890 La materia y la suma de los cuerpos;  
 Y los que por principio establecieron  
 El aire creador; los que pensaron  
 El agua misma hacer por sí los cuerpos,  
 Y que la tierra lo criaba todo,  
 Y que en cualquiera cuerpo se mudaba,

- En errores grandísimos cayeron.  
Añadamos también los que duplican  
Los elementos, cuando al fuego juntan  
Con el aire, y la tierra con el agua;  
900 Los que aire, tierra, lluvia y fuego tienen  
Por creadores de los cuerpos todos.  
Empédocles, el hijo de Agrigento,  
Va á su frente, nacido en las orillas  
Triangulares de la isla celebrada  
Por las ondas azules del mar Jonio  
Que la baña y rodea con mil vueltas,  
Y que con altas encrespadas olas  
Por un angosto estrecho la divide  
De las playas y términos de Italia.  
910 Aquí habita Caribdis anchurosa,  
Aquí etnéos murmullos amenazan  
De llamas recoger nuevos furores,  
Vomitando un volcán por sus gargantas,  
Y de nuevo lanzar á las estrellas  
Relámpagos de fuego: ciertamente  
Esta región que admiran las naciones,  
Opima en bienes, prodigiosa, grande,  
De valerosos héroes guarnecida,  
No tuvo en sí varón más señalado,  
920 Más asombroso, caro y respetable;  
De su divino pecho las canciones  
Pregonan sus inventos peregrinos,  
Dejándonos en duda si fué humano,  
Ó de inmortal estirpe descendiente.  
Este sabio inmortal, y los nombrados  
Inferiores á él, menos ilustres,  
Divinos inventores de las cosas,  
Sacaron de sus íntimas entrañas  
Oráculos más ciertos y sagrados  
930 Que la Pítia en la trípode de Apolo

Los diera con laureles coronada;  
Mas cual hombres al fin, aunque tan grandes,  
Erraron los principios de las cosas,  
De errores en errores resbalando.

Establecen primero el movimiento,  
Y dejan á los cuerpos sin vacío:  
Cuerpos blandos y raros reconocen  
Tal como el aire, el sol, la tierra, el fuego,  
Animal, vegetal, pero no quieren  
940 Admitir en sus cuerpos el vacío.

Dividen la materia al infinito,  
La sección de los cuerpos no limitan  
Ni en ellos partes mínimas conocen.  
Viendo que de los cuerpos el extremo  
Lo mínimo es que llega á los sentidos,  
Hay que conjeturar que aquel extremo  
Que en el extremo mismo no podemos  
Distinguir, es el mínimo en los cuerpos.

Establecen también principios blandos,  
950 Que nacen y perecen como vemos.  
Ya se hubiera el gran todo aniquilado,  
Los cuerpos renacieran de la nada:  
¡Ya ves cuán grande error y qué delirio!

Enemigos, por fin, son los principios,  
Y de muchas maneras se destruyen;  
Chocándose entre sí se aniquilaran,  
Ó se disiparían cual los rayos,  
Lluvias y vientos por las tempestades.

Si todo se hace de estas cuatro cosas,  
960 Y todo en ellas mismas se resuelve,  
¿Por qué aquéllas tendríamos por principios  
Mejor que no á los cuerpos? pues que mudan  
De esencia y forma y de naturaleza.

Mas si al contrario acaso presumieres  
Que se reune el agua, el fuego, el aire

- Y tierra sin mudarse en modo alguno  
Su misma esencia; de ellos no podría  
Crearse cosa alguna, ya animada,  
Ya inanimada sea como el árbol.
- 970 Una mezcla confusa encontraremos  
De aire, agua, tierra y fuego: nunca pueden  
Estas sustancias concebirse unidas;  
Su propiedad cada una despegara.  
Es necesario que obren los principios  
De un modo clandestino é invisible;  
No sea que dominando demasiado  
Impidan á los cuerpos que se formen  
Conservar su específico carácter.  
Su primer elemento hacen al fuego,
- 980 Que emana según ellos de los cielos;  
De éste se engendra el aire, de aquí el agua,  
Y la tierra del agua es engendrada.  
Retrogradando nacen de la tierra  
Los demás elementos; antes la agua,  
Después el aire; el fuego últimamente;  
Estas transformaciones nunca cesan,  
Bajan desde los cielos á la tierra,  
Desde la tierra hasta los cielos suben:  
No deben hacer esto los principios;
- 990 Es preciso que sean inmutables,  
Porque no se aniquile el universo;  
No puede cuerpo alguno de su esencia  
Los límites pasar sin que al momento  
Deje de ser lo que era; por lo tanto,  
Si se transforman estos elementos  
De continuo, como hemos dicho arriba,  
Es preciso que de otros inmutables  
Se compongan; no sea que á la nada  
Se vea reducido el universo.
- 1000 Establece más bien algunos cuerpos,

De tal naturaleza revestidos,  
 Que si el fuego criasen, hacer pueden  
 Estos mismos el flúido del aire,  
 Y así los demás seres, aumentando  
 Ó bien disminuyendo, los principios,  
 Cambiando situación y movimiento.

Pero es claro, me dices, que los cuerpos  
 Crecen y se sustentan de la tierra:  
 Si la estación al aire no le presta  
 1010 Una temperatura favorable,  
 Y si con frescas lluvias no se mueven  
 Las copas de los árboles, ni ayuda  
 Con sus rayos el Sol las producciones;  
 Ni sembrados, ni arbustos, ni animales  
 Jamás podrán llegar á crecimiento.

Sin duda es cierto; y si á nosotros mismos  
 No nos sustenta un sólido alimento  
 Y bebida suave, nuestros miembros  
 Su brío perderán, y el sentimiento  
 1020 Se acabara del todo en nuestros huesos:  
 Porque nos alimentan ciertos cuerpos  
 Como á las demás cosas, pues mezclados  
 Los principios están, y son comunes  
 De muchos modos á otros muchos cuerpos.  
 De aquí la variedad en el sustento:  
 Mucho importa saber de los principios  
 La mezcla, situación y movimientos  
 Recíprocos; los mismos constituyen  
 El cielo, el mar, la tierra, sol y ríos,  
 1030 Los árboles, los frutos y animales:  
 En cada verso de estos mismos cantos  
 Verás que son comunes muchas letras  
 De muchas voces; debes, sin embargo,  
 Confesar que los versos y palabras  
 Difieren entre sí, ya en la sustancia,

- Ya en el mismo sonido que sentimos:  
Tanto pueden las letras variadas.  
Pero de la materia los principios  
De otros mil modos combinarse pueden  
1040 Para criarse variedad de cosas.  
    La Homeomeria también profundicemos  
    De Anaxágoras, que es así llamada  
    Entre los griegos, y en la lengua patria  
    No permite nombrarla su pobreza;  
    Pero es fácil decirlo con rodeos  
    Y explicar la Homeomeria en su principio.  
    Los huesos, á saber, de huesecitos;  
    Las entrañas se forman de entrañitas;  
    Muchas gotas de sangre congregadas  
1050 Crian la sangre; y piensa que se forma  
    De moléculas de oro el oro mismo;  
    Que se forma la tierra, el fuego, el agua  
    De sus pequeñas partes respectivas,  
    Y que todos los cuerpos son formados  
    De la unión de principios similares.  
    Él no admite vacío en parte alguna,  
    Y los cuerpos divide al infinito:  
    Y yerra en ambas cosas, como aquellos  
    Que antes de él los principios indagaron.  
1060 Establece muy frágiles principios,  
    Si el nombre de principios puede darse  
    Á los que son lo mismo que los cuerpos  
    Endebles, se destruyen y perecen.  
    En un ataque tan violento y fuerte  
    ¿Quién permanecerá? ¿quién de la muerte  
    Cogido, escapará de entre sus garras?  
    ¿El fuego? ¿el agua? ¿el aire? ¿sangre ó huesos?  
    Ninguno de estos cuerpos, según juzgo;  
    Pues son perecederos como aquellos  
1070 Que vemos perecer á nuestros ojos:

Nada puede á la nada reducirse,  
Ni alguna cosa hacerse de la nada,  
Confirman mis probados argumentos.

Por otra parte, como el alimento  
El cuerpo sustentando le engrandece,  
Se sigue que las venas y la sangre,  
Y los huesos y nervios se componen  
De heterogéneas partes: ó sustancias  
Mezcladas dirán ser los alimentos,  
1080 Y que abrazan en sí pequeños nervios,  
Y unas partes de sangre, y huesos, venas:  
Entonces los sustentos y bebidas  
De heterogéneas partes se componen.

Si los cuerpos que nacen de la tierra  
Los contiene además ella en su seno,  
Debe constar de tan diversas partes  
Cuanto sus producciones son diversas:  
De los demás compuestos ratiocino  
Del mismo modo; si la llama y humo  
1090 Y ceniza están dentro en los leños,  
Los leños deben ser heterogéneos.

Un solo medio de defensa tiene  
La opinión vacilante de Anaxágoras:  
Dél se vale, y pretende que los cuerpos  
Encierran en sí mismos los principios  
De todos los demás; pero que aquellos  
Solamente divisan nuestros ojos  
Que están en mayor número mezclados,  
Y ocupan la primera superficie:  
1100 La razón desaprueba este discurso;  
Porque fuera forzoso que los granos  
Cuando son quebrantados con la piedra  
Diesen muestras de sangre, ó bien de partes  
Que alimentan el cuerpo; manaría  
Sangre, si se frotaran dos guijarros:



- Las yerbas destilaran igualmente  
Dulces gotas de leche tan sabrosa  
Como las ubres de lechera oveja:  
Destripando terrones, muchas veces
- 1110 Yerbas encontraríamos y granos  
Y árboles pequeñitos escondidos:  
Hendiendo la madera, en fin, se vieran  
Llamas pequeñas, y ceniza, y humo:  
Mas como la experiencia contradiga  
Estar así revueltos los principios,  
Deben comunes ser á todo cuerpo,  
Y estar diversamente colocados  
En los diversos cuerpos de los seres.  
Pero dirás que en montes empinados
- 1120 Las copas de los árboles robustos  
Del austro proceloso sacudidas  
Se entrechocan y arrojan vivas llamas:  
Es cierto, sí; mas no contienen fuego:  
Una porción de partes inflamables  
Por el frote en un punto reunidas  
El incendio originan de los bosques;  
Si tanto fuego en ellos se escondiera  
No podría un momento refrenarse,  
Consumiera las selvas de continuo,
- 1130 Reduciendo á cenizas todo arbusto.  
Ya ves que importa mucho, como dije,  
El mixto conocer de los principios,  
Saber su movimiento y posiciones,  
Recíprocos; porque los elementos  
Cambiados entre sí ligeramente  
Sacarían el fuego de los leños  
Como si estas palabras *ligna et ignes*  
Sin que sus letras alteremos mucho  
Con distinto sonido pronunciamos.
- 1140 Si crees que no pueden explicarse

Ya, por fin, los fenómenos del mundo,  
Sin que atribuyas á los elementos  
Naturaleza igual á la del cuerpo,  
Perecen los principios de las cosas;  
De modo que den grandes carcajadas  
De una trémula risa conmovidos,  
Y el semblante y mejillas humedezcan  
Llenándolos de lágrimas amargas.

- Escucha las verdades que me falta  
1150 Hacerte conocer por modo claro.  
Bien conozco que son bastante obscuras:  
Pero mi corazón ha sacudido  
Con fuerte tirso la esperanza grande  
De gloria, y juntamente ha derramado  
Suave amor de las musas en mi pecho;  
Del que agitado con briosa mente  
Recorro los lugares apartados,  
De las Piérides antes nunca hollados:  
Agrádame acercarme á fuentes puras,  
1160 Y agotarlas bebiendo, y nuevas flores  
Agrádame coger para guirnalda  
Insigne con que ciña mi cabeza  
De un modo que las musas á ninguno  
Hayan antes las sienes adornado:  
Primero, porque enseño grandes cosas,  
De la superstición rompo los lazos  
Anudados que el ánimo oprimían;  
Después, porque compongo versos claros  
Sobre una cosa oscura, realzando  
1170 Con poética gracia mis escritos.  
De la razón en esto no me aparto:  
Así, cuando los médicos intentan  
Hacer beber á un niño amargo ajenjo,  
Los bordes de la copa untan primero  
Con el licor de miel dulce y dorado,

- Para que seduciendo y engañando  
La impróvida niñez, hasta los labios  
El amargo breva je apure en tanto  
Y engañado no muera, sino que antes  
1180 Convaleciendo así se restablezca;  
Del mismo modo, porque las más veces  
Parece trato yo de asuntos tristes  
Para aquellos que no han jamás pensado,  
Y que al vulgo disgustan de los hombres,  
Con el suave canto de las musas  
Quise explicarte mi sistema todo  
Y enmelarte con música pieria,  
Por si acaso pudiera de este modo  
Tenerte seducido con mis versos,  
1190 Hasta que entera y fiel Naturaleza  
Sin velo ante tus ojos se presente.  
Mas porque te he enseñado que los cuerpos  
De la materia sólidos y eternos  
Giran perpétuamente indestructibles,  
Examinemos hora si la suma  
De éstos es infinita, ó limitada;  
Si también el vacío establecido,  
Este lugar y espacio en que los cuerpos  
Se mueven además es limitado,  
1200 Ó si es profundo, inmenso é infinito.  
Es infinito, pues, de suyo el *todo*,  
Pues aunque extremidad tener debía,  
Como cuerpo ninguno se concibe  
Sin que á él otro cuerpo le termine,  
De modo que la vista claramente  
Más allá de este cuerpo no se extienda,  
Confesemos por fuerza que no hay nada  
Más allá de la *suma*, pues no tiene  
Extremidad, de límites carece.  
1210 El sitio que tú ocupas nada importa,

- Pues que por todas partes un espacio  
Te falta que correr ilimitado.  
Si además el espacio es limitado  
Y alguno se coloca en el extremo  
Y tira alguna flecha voladora,  
¿Deseas que tirada con gran fuerza  
Vuele ligera por llegar al blanco,  
Ó piensas que la impide algún estorbo  
Su vuelo y no la deja ir adelante?
- 1220 Uno ú otro es preciso que confieses.  
Cualquiera que tú elijas, á la fuerza  
Debes quitar los límites al *todo*:  
Porque bien sea obstáculo el que impida  
Y estorbe que la flecha llegue al blanco,  
Ó bien le pase, aquí no se da extremo:  
En donde pongas límites, yo al punto  
Preguntaré qué ha sido de la flecha:  
Jamás encontrarás así el extremo;  
Siempre su inmensidad deja un espacio
- 1230 Que recorra la flecha fugitiva.  
Además, que si la naturaleza  
Hubiera puesto límites al todo,  
Ya la materia con su mismo peso  
Se juntara en los sitios más profundos;  
Debajo de la bóveda del Cielo  
Ninguna cosa se produciría,  
Ni el Cielo ni la luz del Sol naciera;  
Como que la materia toda hundida  
Desde la eternidad amontonada
- 1240 Inerte yacería; pero ahora  
De cierto no reposan los principios,  
Porque ningún lugar profundo existe  
En donde puedan como reunirse  
Y colocar su asiento permanente;  
Y siempre un continuado movimiento

Cría por todas partes nuevos seres,  
Y el infinito suministra siempre  
De una materia activa eterna copia.

Que unos cuerpos, en fin, á otros limitan

- 1250 Claramente lo vemos: las montañas  
El aire circunscribe, á éste los montes;  
Á los mares da límites la tierra,  
Y los mares limitan á las tierras;  
Nada hay que ponga límites al *todo*:  
Porque es de los lugares y el espacio  
Tal la naturaleza, que los ríos  
Clarísimos corriendo eternamente  
Alcanzar con su curso no podrían  
Los límites del mundo en parte alguna;
- 1260 Nada habrían andado: el universo,  
No conociendo límites, por todas  
Partes al infinito se dilata.

Seguramente la naturaleza

Impide que la suma de las cosas  
Pueda circunscribirse ella á sí misma;  
Porque ha hecho que el vacío limitase  
Al cuerpo, éste al vacío; de este modo  
Ha dispuesto su obra ilimitada.

Si el vacío tan sólo ilimitara,

- 1270 Ó hiciese limitada la materia,  
Ni la tierra, ni el mar, ni de los cielos  
Las bóvedas lucientes, ni los hombres,  
Ni de los dioses los sagrados cuerpos  
De existencia gozaran un instante:  
Pues la materia, sacudiendo el yugo,  
Se derramara por vacío inmenso,  
Ó más bien ella nunca concretada  
Ni un sólo cuerpo hubiera producido,  
Por no poderse unir diseminada.

- 1280 Porque seguramente los principios

De la materia no se han colocado  
 Con orden, con razón ni inteligencia  
 Ni han pactado entre sí sus movimientos;  
 Antes diversamente combinados,  
 Desde la eternidad por el espacio  
 Agitados con choques diferentes,  
 Juntas y movimientos van probando,  
 Hasta que se colocan de manera  
 Que esta *suma* criada se mantiene;  
 1290 La cual por muchos siglos conservada,  
 Y puesta en conveniente movimiento,  
 Hace con largas ondas que los ríos  
 Abastezcan los mares insaciables;  
 Que la tierra sus frutos reproduzca  
 Con los rayos del Sol alimentada;  
 Y que reproducidas las especies  
 De los brutos florezcan, y que vivan  
 Los fuegos celestiales resbalando:  
 No sucediera si infinita copia  
 1300 De los principios no estuviera siempre  
 Reparando las pérdidas continuas:  
 Así como los brutos sin sustento  
 Se van aniquilando, y por fin mueren;  
 De la misma manera el *todo* debe  
 Perecer al momento que materia  
 De su recto camino extraviada  
 No suministre pábulo á los cuerpos.  
     No podrían los átomos externos  
 Conservar á la suma congregada;  
 1310 Porque pueden con golpes repetidos  
 Impedir que una parte se desuna,  
 Y dar tiempo á los átomos que lleguen  
 Á completar la suma; algunas veces  
 Á rebotar no obstante precisados  
 Espacio y tiempo dan á los principios

- Para que se desunan libremente:  
Sin cesar es preciso se sucedan  
Los átomos; materia ilimitada  
Supone, pues, esta presión eterna.
- 1320 Guárdate de creer en esto, Memmio,  
Lo que dicen algunos: que los cuerpos  
Se dirigen al centro de la *suma*,  
Y que del mundo la naturaleza  
No es detenida por eternos choques,  
Ni á parte alguna pueden escaparse  
El uno, ú otro extremo, porque todo  
Al centro se dirige. Si creyeres  
Que un sér puede en sí mismo sustentarse:  
Que los cuerpos pesados que tenemos
- 1330 Bajo los pies, gravitan hacia arriba:  
Que en dirección contraria son llevados,  
Como la imagen que en el agua vemos;  
Defiende con razones semejantes  
Que debajo vaguean animales,  
Que no pueden caerse de la tierra  
En las regiones ínfimas, del modo  
Que no pueden al cielo remontarse  
De suyo nuestros cuerpos; y que cuando  
Aquéllos ven el sol, nosotros vemos
- 1340 De noche las estrellas; y alternando  
Parten las estaciones con nosotros;  
Y que igualan sus días á los nuestros,  
Y á las suyas igualan nuestras noches.  
En ficciones groseras han caído  
Y en errores estúpidos los necios,  
Porque en principios falsos se apoyaron:  
Pues en una extensión ilimitada  
No entienden que no puede darse un centro,  
Y aun cuando supongamos que existiera,
- 1350 No se vieran los cuerpos obligados

- Á pararse más bien aquí que en otra  
 Cualquiera parte ó sitio del espacio;  
 Pues la naturaleza del vacío  
 Cede á los cuerpos graves, hacia el centro  
 Se dirijan, ó nó; porque no hay sitio  
 En que los cuerpos una vez llegados  
 Pierdan su pesadez, y se detengan;  
 El vacío á los cuerpos dará paso;  
 Así lo exige su naturaleza:
- 1360 No impedirá la desunión del todo  
 Este deseo que los lleva al centro.  
 También además fingen que hacia el centro  
 No es común la tendencia á todo cuerpo;  
 Los que de tierra ú agua se componen  
 Se dirigen á él, como los mares,  
 Y las que salen de soberbios montes  
 Y lo que encierra en sí cuerpo terrestre:  
 Pero del aire las sutiles auras  
 Y las llamas ligeras se retiran
- 1370 Del centro: que por eso centellea  
 Todo el éter con fuegos y se nutre  
 Del Sol la antorcha en azulado cielo;  
 Porque el calor del centro fugitivo  
 Recoge allí sus fuegos (no pudiera  
 Los animales sustentar la tierra  
 Ni del árbol las ramas hojecieran  
 Si el jugo alimenticio no les diese):  
 Colocan más allá de las estrellas  
 El firmamento, para que los fuegos
- 1380 Del cielo, libres, y del centro huyendo  
 Á la manera de voraces llamas,  
 No traspasen los límites del mundo  
 Y desordenen la naturaleza,  
 Ni el cielo se desplome con sus rayos,  
 Ni se abra la tierra de repente



Debajo de los pies, y nuestros cuerpos  
Caigan en el abismo sepultados,  
Descompuestos, envueltos en ruinas  
De tierra y cielo; así que en un instante  
1390 Más que soledad vasta no quedara,  
Y principios sin fuerza: en cualquier parte  
Que empieces, pues, á disolver los cuerpos  
Te hallarás una puerta siempre franca  
De destrucción, por donde la materia  
Amontonada escapará volando.  
Si estos conocimientos que te ofrece  
Mi humilde musa, hubieres comprendido,  
Porque con una cosa otra se ilustra,  
No te robará el paso obscura noche  
1400 Sin que penetres los secretos hondos  
De la naturaleza: de este modo  
1402 Unas verdades esclarecen otras.

---



## LIBRO II

- 1 **R**EVOLVIENDO los vientos las llanuras  
Del mar, es deleitable desde tierra  
Contemplar el trabajo grande de otro;  
No porque dé contento y alegría  
Ver á otro trabajado, más es grato  
Considerar los males que no tienes:  
Suave también es sin riesgo tuyo  
Mirar grandes ejércitos de guerra  
En batalla ordenados por los campos:  
10 Pero nada hay más grato que ser dueño  
De los templos excelsos guarnecidos  
Por el saber tranquilo de los sabios,  
Desde do puedas distinguir á otros  
Y ver cómo confusos se extravían  
Y buscan el camino de la vida  
Vagabundos, debaten por nobleza,  
Se disputan la palma del ingenio,  
Y de noche y de día no sosiegan  
Por oro amontonar y ser tiranos.  
20 ¡Oh míseros humanos pensamientos!

¡Oh pechos ciegos! ¡entre qué tinieblas  
 Y á qué peligros exponéis la vida,  
 Tan rápida, tan tenue! ¿Por ventura  
 No oís el grito de naturaleza,  
 Que alejando del cuerpo los dolores,  
 De grata sensación el alma cerca,  
 Librándola de miedo y de cuidado?  
 Vemos cuán pocas cosas son precisas  
 Para ahuyentar del cuerpo los dolores,  
 30 Y bañarle en delicias abundantes,  
 Que la naturaleza economiza.  
 Si no se ven magníficas estatuas,  
 De cuyas diestras juveniles cuelguen  
 Lámparas encendidas por las salas  
 Que nocturnos banquetes iluminan,  
 Ni el palacio con plata resplandece,  
 Ni reluce con oro, ni retumba  
 El artesón dorado con las liras;  
 Se desquitan, no obstante, allá tendidos  
 40 En tierna grama, cerca de un arroyo,  
 De algún árbol copudo sombreados,  
 Á cuyo pie disfrutaban los placeres  
 Que cuestan poco; señaladamente  
 Si el tiempo ríe y primavera esparce  
 Flores en la verdura de los campos:  
 Maligna fiebre no saldrá del cuerpo  
 Si en púrpura y bordados te revuelves  
 Con más celeridad que si encamares  
 Entre plebeyas mantas y sayales.  
 50 Porque si la fortuna, el nacimiento,  
 El esplendor del trono hacer no pueden  
 Á nuestro cuerpo bienaventurado,  
 Presumimos que al ánimo tampoco;  
 Si no es que acaso cuando tus legiones  
 Veas que hierven por los anchos valles

- En simulacro y ademán de guerra;  
Cuando veas que el mar tus velas cubren,  
Y que le hacen gemir por todas partes,  
Te figures con esto que aterrada
- 60 La superstición huye con espanto  
Del ánimo, y el miedo de la muerte  
Deja entonces el pecho descuidado.  
Pues si vemos que son ridiculeces  
Y vanidades estas cosas todas;  
Y á la verdad los miedos de los hombres  
Y los cuidados que les van siguiendo  
No temen el estruendo de las armas  
Ni las crüeles lanzas; audazmente  
Se sientan con los reyes y señores:
- 70 Ni sus fulgentes púrpuras respetan,  
Ni sus diádemas de oro; único fruto  
De la ignorancia dudarás que es todo,  
Nuestra vida en tinieblas sepultada?  
Así como los niños temerosos  
Se recelan de todo por la noche;  
Así nosotros tímidos de día  
Nos asustamos de lo mismo á veces  
Que despavorir suele á los muchachos:  
Preciso es que nosotros desterremos
- 80 Estas tinieblas y estos sobresaltos,  
Nó con los rayos de la luz del día,  
Sino pensando en la naturaleza.  
Sígueme siempre tú, y escucha ahora  
Cuál es el movimiento con que engendran  
Y á los cuerpos destruyen los principios  
De la materia, y cuál es el impulso  
Y cuál la rapidez que hace que vuelen  
Por el espacio inmenso sin descanso.
- Porque seguramente la materia
- 90 No es una masa inmóvil, pues que vemos

Disminuirse un cuerpo, y de continuo  
 Manando, se consumen á la larga  
 Y el tiempo nos los roba de la vista;  
 Se conserva sin pérdidas la *suma*:  
 Empobreciendo un cuerpo, los principios  
 Van á enriquecer otro, y envejecen  
 Los unos para que otros reflorezcan;  
 Ni en un sitio se paran; de este modo  
 El universo se renueva siempre,  
 100 Y se prestan la vida los mortales;  
 Crecen unas especies y se acaban:  
 Y en poco tiempo las generaciones  
 Se mudan y la antorcha de la vida  
 Cual ágiles cursores se transmiten.

Si piensas tú que los principios pueden  
 Cesar, y que cesando engendran nuevos  
 Impulsos, la verdad de tí se aleja:  
 Pues movidos en medio del vacío  
 Los principios, es fuerza que obedezcan  
 110 Ó á su gravedad misma, ó al impulso  
 Quizá de causa externa; desde arriba  
 Precipitados, pues, encuentran otros,  
 Que á un lado los apartan de repente;  
 No es maravilla, porque son pesados,  
 Durísimos y sólidos, y nada  
 Les pone estorbo alguno por su espalda.

Y para que del todo te convenzas  
 De que generalmente los principios  
 Están en movimiento, ten presente  
 120 No darse lugar ínfimo en el todo,  
 Donde se paren los primeros cuerpos,  
 Porque inmenso, infinito es el espacio.

No reposan jamás en el vacío  
 Los principios: por su naturaleza  
 En movimiento siempre variado

- Unos á gran distancia son lanzados,  
Otros se apartan menos, y se enlazan  
En el choque. Si es breve su distancia,  
Y se repelen poco, y su tejido
- 130 Se liga íntimamente, constituyen  
Las rocas solidísimas, y el hierro,  
Y una corta porción de otras sustancias  
De esta naturaleza: si al contrario  
El choque los rechaza, y los dispersa,  
Y los hace vagar por el espacio,  
En largos intervalos, nos ofrecen  
Del Sol la luz brillante y aire raso.  
Y vagan además por el vacío  
Muchos que están privados de juntarse,
- 140 Ó que jamás pudieron agregados  
Entrar en el concorde movimiento;  
De lo cual una imagen y figura  
Continuamente hiere nuestros ojos,  
Cuando del Sol los rayos se insinúan  
De través por las piezas tenebrosas.  
Si reparas, verás cómo se agitan  
Átomos infinitos de mil modos  
Por el vacío en el luciente rayo:  
Y en escuadrones, en combate eterno
- 150 Se dan crudas batallas y peleas,  
Y no paran jamás: ya se dividen,  
Y ya continuamente se replegan.  
De aquí puedes sacar que en el vacío  
Eternamente los principios giran:  
Un efecto vulgar puede servirnos  
De modelo y de guía en cosas grandes.  
En los rayos del Sol rápidamente  
Movidos estos cuerpos, fijar deben  
Nuestra atención, pues su girar eterno
- 160 Prueba un choque secreto y clandestino

De los átomos: muchos se extravían,  
Como verás, á un golpe imperceptible;  
Retroceden, y aquí y allí se lanzan  
En toda dirección por todas partes:  
Los principios se mueven por sí mismos  
Y dan el movimiento á aquellos cuerpos  
Que se componen de una masa fina  
Y análoga á sus débiles esfuerzos;  
Los últimos atacan á los cuerpos  
170 Un poco más groseros; de este modo  
De los principios nace el movimiento,  
Y llega á los sentidos de seguida,  
Hasta que los corpúsculos se mueven  
Que en los rayos del Sol vemos nosotros,  
Sin que podamos ver quién los agita.  
Y la movilidad que la materia  
Comunica á los cuerpos, oye, oh Memmio,  
Cuán asombrosa es: cuando derrama  
Primeramente nueva luz la aurora  
180 Por las tierras, y cuando revolando  
En bosques retirados varias aves  
Llenan la soledad y el aire tierno  
De voces armoniosas, ¡cuán de pronto  
El sol nacido suele en este tiempo,  
Esparciendo sus rayos abundantes,  
Adornar con su luz naturaleza!  
Todos lo vemos y nos es muy claro:  
No obstante, estos corpúsculos lucientes  
Que el Sol nos manda, por vacío espacio  
190 No atraviesan; su marcha se retarda  
Dividiendo los flúidos del aire:  
Y como no son átomos aislados,  
Sino especie de masas y hacecillos,  
Encuentran en sí mismos y por fuera  
Causas que los detengan en su marcha.



Al contrario, son sólidos y simples  
Los átomos que cruzan el vacío  
Sin peligro de obstáculos externos.  
Forman ellos un solo y mismo todo,  
200 Y juntando el esfuerzo de sus partes  
Hacia el único blanco de su impulso,  
Deben aventajar en ligereza,  
Y con mayor presteza ser movidos,  
Que los rayos del Sol, y en igual tiempo  
Deben correr mucho mayor espacio  
Que cuando el Sol se lanza por el cielo.  
Pues nadie supondrá que los principios  
Pudieran por sí mismos detenerse  
Ni entre sí calcular el movimiento  
210 Y concertar un plan perfecto y sabio.  
En vano algunos necios imaginan  
Que sin la ciencia y numen de los dioses,  
Tantos efectos producir no puede  
La materia arreglados y precisos,  
Ni las vicisitudes de estaciones  
Y los varios productos de la tierra:  
Ni el suave impulso del amor que mueve  
Por medio del deleite á los mortales,  
Ni el divino placer que da la vida;  
220 Y á propagar les lleva las especies  
Porque el género humano no se extinga.  
Fingen ellos ser obra de los dioses  
Y producción divina todo esto:  
Muy engañados van en su sistema.  
Aunque ignoraran la naturaleza  
De los principios, sin embargo osara  
Con la vista del cielo comprobarte  
Y con otros fenómenos que el mundo  
No ha sido por los dioses fabricado,  
230 Pues es tan deficiente é imperfecto;

Yo te lo aclararé más adelante:

Explicaremos al presente, Memmio,  
Lo que resta decir del movimiento.

- Presumo ya ser tiempo de probarte  
Que no puede subir con fuerza propia  
Ningún cuerpo hacia arriba: no te engañen  
Las llamas, pues que suben aumentadas;  
Y los frutos hermosos de los campos  
Y los árboles crecen hacia arriba,
- 240 Cuanto pueden hacer los cuerpos graves  
Por dirigirse abajo. No de suyo,  
Por una fuerza externa sí, los fuegos  
Saltan á las techumbres de las casas  
Y devoran las vigas y tirantes  
Rápidamente; como nuestra sangre,  
Saliendo de las venas, salta lejos  
Y de púrpura un chorro al aire esparce:  
¿No ves también con cuánta fuerza el agua  
Despide los maderos y las vigas?
- 250 Pues aunque muchos y robustos brazos  
Por hundirlos derechos se revienten,  
El agua con más ímpetu los echa,  
Y hacia arriba los lanza, y por defuera  
La mayor parte asoma y sobresale;  
No dudamos que todos estos cuerpos  
Bajan por el vacío cuanto pueden.  
Así también deben subir las llamas  
Por una fuerza extraña, aunque su peso  
Las haga que descieran cuanto pueden.
- 260 ¿No ves que los nocturnos meteoros  
Largos surcos de fuego van trazando  
Hacia cualquiera parte do les abre  
Naturaleza misma algún sendero?  
¿Que estrellas y luceros caen en tierra?  
El mismo Sol desde los altos cielos

- Derrama su calor por todas partes,  
Y sus rayos esparce por los campos:  
Luego abajo se inclinan sus ardores.  
Por medio de las nubes vuela el rayo;  
270 Con ímpetu se arroja desprendido  
Unas veces aquí, y acullá otras;  
Y el rayo sin cesar hiere la tierra.  
Y has de entender también, ínclito Memmio,  
Que aun cuando en el vacío se dirijan  
Perpendicularmente los principios  
Hacia abajo, no obstante se desvían  
De línea recta en indeterminados  
Tiempos y espacios; pero son tan leves  
Estas declinaciones, que no deben  
280 Apellidarse casi de este modo.  
Pues si no declinaran los principios,  
En el vacío, paralelamente,  
Cayeran como gotas de la lluvia;  
Si no tuvieran su reencuentro y choque,  
Nada criara la naturaleza.  
Y si alguno creyere por ventura  
Que los cuerpos más graves, cuanto tienen  
Mayor velocidad de movimiento,  
Tanto mejor en línea recta pueden  
290 Caer sobre los cuerpos más ligeros,  
Y engendrar con su choque movimientos  
Creadores de seres, se extravía  
De todos los principios racionales.  
Es verdad que en el aire ó en el agua  
Aceleran los cuerpos su caída  
Según su pesadez, porque las aguas  
Y el flúido del aire á todo cuerpo  
No pueden resistir del mismo modo;  
Ceden más fácilmente á los más graves:  
300 Mas no sucede así con el vacío;

Ninguna resistencia opone al cuerpo;  
 Á todos igualmente les da paso:  
 Por lo que los principios, desiguales  
 En sus masas, moverse en el vacío  
 Deberán todos con igual presteza.  
 No pueden, pues, los cuerpos más pesado:  
 Caer encima de los más ligeros,  
 Ni por sí engendrar choques que varíen  
 Sus movimientos, para que por ellos  
 310 Forme los seres la naturaleza.  
     Por lo cual, yo repito ser preciso  
 Que declinen los átomos un poco,  
 Para que no parezca introducimos  
 Movimientos oblicuos, que reprueba  
 La razón verdadera; es evidente,  
 Y ven los ojos, que los cuerpos graves  
 Seguir no pueden dirección oblicua  
 En su caída; pero ¿qué ojo agudo  
 Verá que no se apartan de la recta?  
 320 En fin, si siempre todo movimiento  
 Se encadena y en orden necesario  
 Hace siempre que nazcan unos de otros;  
 Si la declinación de los principios  
 Un movimiento nuevo no produce  
 Que rompa la cadena de los hados,  
 De las causas motrices trastornando  
 La sucesión eterna, ¿de dó viene  
 El que los animales todos gocen  
 De aquesta libertad? ¿de dónde, digo,  
 330 Esta voluntad nace que arrancada  
 Á los hados nos mueve presurosa  
 Do el deleite conduce á cada uno?  
 Además de que nuestros movimientos  
 Ni á tiempos ni á lugares se sujetan  
 Determinadamente; su principio

Es nuestra voluntad; de allí se extienden  
Por los miembros. ¿No ves que en el momento  
Que se abre la barrera, los caballos,  
Ansiosos de volar en la carrera,  
340 No lo pueden hacer tan prontamente  
Como su ardiente espíritu codicia?  
Las moléculas todas esparcidas  
Por los miembros es fuerza que se junten  
Y se agiten por todo nuestro cuerpo,  
Si han de seguir del alma los deseos.  
Ya ves que el movimiento su principio  
Tiene en el corazón, y que procede  
De la voluntad misma: de aquí gira  
Por todo el cuerpo y miembros ciertamente.  
350 No sucede lo mismo cuando andamos  
Impelidos de alguna fuerza extraña  
Y superior; que entonces nuestra masa  
Es arrastrada contra nuestro gusto,  
Hasta que por los miembros reprimiere  
La voluntad extraños movimientos.  
Ya ves también, que aunque una fuerza extraña  
Obligue á andar á muchos mal su grado;  
En nuestro pecho, sin embargo, queda  
Un poder que combate y hace frente,  
360 Á cuyo arbitrio muda la materia  
De dirección, sus ímpetus refrena,  
Y la hace que por fuerza retroceda.  
Esta verdad te obliga á que confieses  
En los principios diferente causa  
De pesadez y choque: de ésta nace  
La libertad, porque nosotros vemos  
Que nada puede hacerse de la nada.  
La pesadez impide ciertamente  
Que todo movimiento sea efecto  
370 Como de fuerza extraña; mas si el alma

En todas sus acciones no es movida  
Por interior necesidad, y si ella  
Como vencida llega á ser sustancia  
Meramente pasiva, esto es efecto  
De declinar los átomos un poco  
Ni en tiempo cierto, ni en lugar preciso.  
Jamás la suma de los elementos  
Más densa fué ó más rara que al presente,  
Pues ni se aumenta ni se disminuye:  
380 Por lo que el movimiento, que ahora tienen,  
En los pasados siglos le tuvieron,  
Y siempre le tendrán en adelante:  
Y los cuerpos que suelen producirse,  
Producidos serán del mismo modo,  
Y existirán y crecerán robustos,  
Y tendrán cualidades convenientes  
Á su naturaleza. Es imposible  
Que á la suma trastorne fuerza alguna,  
Ni se da puerta por la cual se huyan  
390 Y escapen de la masa los principios;  
Ni con incursión súbita en el *todo*  
Penetrar pueden átomos extraños,  
Que, trastornando la naturaleza,  
Todos los movimientos extravíen.  
No es de maravillar que los principios  
Estando en continuado movimiento,  
Parezca estarse quieto el Universo,  
Á excepción de los cuerpos que le tienen  
De suyo propio; pues sentidos nuestros  
400 No pueden percibir los elementos;  
Por lo que si su masa es invisible  
Debe serlo más bien su movimiento,  
Puesto que la distancia nos oculta  
La agitación de cuerpos más sensibles:  
Porque frecuentemente las ovejas

- Paciendo alegres pastos por los cerros  
Trepan por do las llaman y convidan  
Las frescas yerbas, que el rocío esmalta,  
Mientras que los corderos hartos juegan  
410 Y topan blandamente; lo cual todo  
Vemos confusamente desde lejos:  
Parece la verdura del collado  
Contrastar la blancura del ganado.  
Y cuando desplegadas las legiones,  
Numerosas también, cubren los llanos  
Haciendo simulacros de batallas,  
Y en torno dan carreras los corceles,  
Y sacudiendo con esfuerzo y brío  
Traspasan de repente inmensos campos;  
420 El brillo de las armas sube al cielo,  
Reluce con el bronce todo el suelo,  
Y resuena la tierra con los pasos  
De soldados valientes, y los montes,  
Heridos del clamor, lanzan los gritos  
Á las estrellas: sin embargo inmóvil  
Parece estar aquella muchedumbre  
Mirada de la cumbre de algún monte,  
Y ser el brillo propio de la tierra.  
Ora procede que tu mente indague  
430 Las cualidades de los elementos,  
Cuán diferentes sean en sus formas  
Y cuál la variedad de sus figuras:  
No porque haya un gran número que sea  
De formas diferentes; mas los seres  
Que ellos componen nunca se asemejan:  
Tampoco esto es extraño, pues he dicho  
Ser su número inmenso, ilimitado;  
No deben, pues, tener las mismas formas  
Exactamente con igual contorno.  
440 Considera además la raza humana,

Y mudos nadadores escamosos,  
Y los hermosos árboles, y fieras,  
Y variedad de aves que frecuentan  
Los sitios deleitosos de las aguas,  
Las riberas y fuentes y lagunas,  
Y las que corren bosques solitarios  
Con rauda vuelo; en general compara  
Los individuos de cualquier especie,  
Y encontrarás en ellos diferencia:  
460 El hijo no podría de otro modo  
Conocer á la madre, ni ésta al hijo;  
Vemos que se conocen mutuamente,  
Como el hombre conoce sus hijuelos.  
    Porque frecuentemente degollado  
En los hermosos templos de los dióses  
Cae el becerro al lado de las aras  
Turicremas, brotando de su pecho  
De sangre un río ardiente: deshijada  
La madre, empero, aquí y allí corriendo  
460 Por verdes bosques, va estampando en tierra  
Las hendidas pezuñas, registrando  
Con ojo ansioso todos los parajes,  
Por si en alguno á su perdido hijo  
Puede topar; parándose á menudo,  
Llena de quejas el frondoso bosque  
Y el establo revec continuamente,  
Clavada con la pérdida del hijo.  
Ni las yerbas lozanas con rocío,  
Ni tiernos sauces, ni la orilla amena  
470 De ríos espaciosos la deleitan,  
Ni la infunden olvido de su pena:  
Ni por risueños pastos el aspecto  
De los demás becerros á otra parte  
La distraen y la alivian del cuidado:  
¡Tan propio y conocido es lo que busca!



- Conocen además los tiernos chotos  
Con voz temblosa á las cornudas madres,  
Y balantes corderos topadores:  
Y así, guiados por naturaleza,  
480 Á mamar corren las lecheras ubres.  
    Por fin, el trigo, aunque parece el mismo,  
    Alguna diferencia hay en sus formas;  
    Del mismo modo, vemos que las conchas  
    Hermosean el seno de la tierra  
    Por donde el mar la embebedora arena  
    De corva playa alisa con las ondas  
    Suaves. Luego deben los principios  
    Andar bajo de formas diferentes  
    En el vacío por naturaleza,  
490 Puesto que ellos no han sido fabricados  
    Por el arte con formas peculiares.  
    Ya nos es fácil explicar la causa  
    De insinuarse mejor fulmíneo fuego  
    Que el nuestro producido de las teas:  
    Porque puedes decir que se componen  
    Los fuegos celestiales de los rayos  
    De átomos más sutiles, que se cuelan  
    Por poros que no puede entrar el fuego  
    Que hacemos de las leñas y las teas.  
500 ¿Por qué, en fin, á la luz da paso el cuerno  
    Y se la niega al agua? ¿No se forma  
    La luz, acaso, de átomos más finos  
    Que los que forman á las aguas bellas?  
    Se cuele en un instante por el filtro  
    El vino, y el aceite gota á gota;  
    Porque éste se compone de principios  
    Más densos, más unidos y enlazados,  
    Con tanta prontitud no se separa,  
    Pasando lentamente por el filtro.  
510 La miel y leche deliciosamente

Por otra parte el paladar recrean;  
 Pero el amargo ajeno y la centaura  
 Silvestre punzan con sabor ingrato:  
 De modo que conoces fácilmente  
 Que son lisos y esféricos los cuerpos  
 Que nos causan sabores agradables;  
 Que la amargura y aspereza nacen  
 Del conjunto de átomos torcidos  
 Que, fuertemente unidos, acostumbran  
 520 Abrirse paso al paladar, rompiendo  
 Los órganos del gusto con su entrada.  
     El placer y el dolor, últimamente,  
 Que los cuerpos excitan en nosotros  
 Nacen de la figura diferente  
 De sus principios; ni el rechino ingrato  
 De la estridente sierra te figures  
 Que elementos le engendran y producen  
 Tan finos como son las consonancias  
 De cítara armoniosa, que despiertan  
 530 Los dedos de los músicos expertos.  
     Tampoco debes dar la misma forma  
 Á los átomos fétidos que vienen  
 De un cadáver quemado, á los que exhalan  
 En el teatro aromas de Cilicia,  
 Y los olores del pancreo unguento  
 Que embalsama los templos de los dioses.  
     Ni los bellos colores se componen  
 De los mismos principios, si recrean  
 La vista, ó si la punzan de manera  
 540 Que nos hacen llorar, ó la torcemos,  
 Por ser horribles, y de hedionda forma:  
 Luego todos los cuerpos que recrean  
 Y halagan los sentidos son formados  
 De los átomos finos; y al contrario,  
 Los cuerpos que son ásperos, molestos,

De elementos más rudos é imperfectos.

Hay principios también que no son lisos  
Perfectamente, ni del todo corvos,  
Sino erizados de salientes puntas  
550 Que regalar más bien que dañar pueden  
Los sentidos: se cuenta en esta clase  
La fécula y la ínola gustosa.

Y últimamente, las ardientes llamas  
Y los hielos de invierno á los sentidos  
Punzan con aguijones diferentes;  
Esta verdad el tacto nos demuestra:  
El tacto, el tacto, sí: ¡deidades santas!  
Del cuerpo este sentido se declara,  
Ya cuando se insinúa un cuerpo extraño,  
560 Ya cuando nos molesta causa externa:  
Cuando recrea Venus enviando  
Semilla creadora, ó cuando el choque  
Nos inquieta turbando la armonía,  
Y confunde el sentido; como puedes  
Hacer tú la experiencia, si una parte  
Hirieres de tu cuerpo con la mano:  
Luego las diferentes impresiones  
De los objetos deben explicarse  
Por las distintas formas de los átomos.

570 Deben los cuerpos duros y compactos  
Tener unos principios más corvados,  
Más unidos, ramosos y enlazados,  
Cuales son, entre otros, los diamantes,  
Que se burlan de golpes repetidos,  
El duro pedernal y el fuerte hierro,  
Y bronces rechinantes de los quicios.

Empero aquellos líquidos formados  
De cuerpo flúido deben componerse  
De partes alisadas y redondas,  
580 Puesto que no pudiendo entrelazarse

Glóbulos de esta clase, también ruedan  
En un plano inclinado fácilmente.

Los flúidos que ves en un instante  
Disiparse fugaces como el humo,  
Las nieblas y las llamas, no se forman  
De lisos y redondos elementos,  
Puesto que el cuerpo hieren y le punzan,  
Y penetrando los peñascos, deben  
Agudos ser, no corvos sus principios,  
590 Y les daremos puntas más que ganchos.

No debes admirarte cuando veas  
Cuerpos á un tiempo flúidos y amargos,  
Como el agua del mar, pues se componen  
De unos átomos lisos y redondos  
Los flúidos, mezclándose con ellos  
Punzantes elementos, causadores  
De dolor: sin embargo, no es preciso  
Sujetarlos por medio de corchetes;  
Basta que sean redondos y escabrosos,  
600 Que á un mismo tiempo hacia adelante pueden  
Rodar y causar daño á los sentidos.

Para que te convenzas de la mezcla  
De los principios lisos y angulosos  
Que causan la amargura de Neptuno,  
Contemplemos sus partes separadas:  
Filtrándose en el seno de la tierra,  
Endúlzanse las aguas, y se cuelan  
En depósitos dulces: sus principios  
De mayor aspereza se detienen  
610 En los conductos por donde han pasado.

Á esta verdad juntemos también otra  
Que está unida con ella y lo comprueba:  
Y es, que son limitadas las figuras  
De los principios; sin lo cual debieran  
Los átomos tener una grandeza

Ilimitada, pues tan chicos cuerpos  
Pueden variar poco sus figuras:  
Tú debes contemplarlos divididos  
En tres, ó bien en más mínimas partes:  
620 Tal vez cuando las hayas colocado  
De cuantos modos puedas de alto á bajo,  
Pasa las de la izquierda á la derecha;  
Cuando, por fin, hubieres acabado  
De combinar del modo que gustares,  
Si variar quisieres las figuras,  
Es preciso que añadas partes nuevas  
Y otras del mismo modo al infinito.  
Las formas de los átomos no puedes  
Multiplicar sin que el volumen crezca,  
630 Ni atribuirles formas infinitas  
Sin que les des grandeza ilimitada:  
Todo lo cual probé ser imposible.  
Ya las telas riquísimas de Oriente,  
La púrpura brillante Melibea  
Teñida con las conchas de Thesalia,  
Y el pomposo espectáculo que ofrece  
De los pavones la risueña gracia,  
Sobrepujados luego se rindieran  
Al fulgor de más vívidos colores;  
640 Y el olor de la mirra fastidiara,  
Y el sabor de la miel, y el armonioso  
Cisne, y de Febo los divinos cantos,  
Con infame silencio callarían,  
Pues sin interrupción se sucedieran  
Las sensaciones mucho más gustosas.  
Y en las desagradables cualidades  
Llegáramos también al infinito:  
Porque los ojos, la nariz y oídos  
Y el gusto siempre sensación ingrata  
650 Tendrían que sufrir; mas los efectos

Siendo contrarios, y teniendo el *todo*  
Límites ciertos por entrambos lados,  
Es preciso confieses las figuras  
De los átomos ser también finitas.

Por último; hay distancia limitada  
Desde el calor hasta los hielos fríos  
Del invierno, y así reciprocando,  
Frío y calor ocupan los extremos;  
Por grados llena en medio la tibieza  
660 El intervalo que hay; es limitada  
La cualidad sensible de los cuerpos,  
Pues que por ambas partes los limitan,  
De aquí el fuego, de allí el rígido hielo.

Siendo, pues, limitadas las figuras  
De los átomos, debe ser su copia  
En cada clase de ellas infinita:  
Lo inferimos así forzosamente,  
Porque sin ello fuera la materia,  
Contra lo que probamos, limitada.  
670 Prosigamos ahora declarando  
En pocos versos, y con dulce estilo,  
Cómo el *gran todo* á conservar alcanza  
De átomos la infinita muchedumbre  
Por tan continuos choques agitada.

Si ves unas especies reducidas,  
Y observas tú que la Naturaleza  
Es en su producción menos fecunda;  
En otras tierras y en remotos climas  
Ella las multiplica y las completa:  
680 Tal es aquel cuadrúpedo disforme,  
El elefante, armado con su trompa,  
De cuya inmensa copia la India forma  
Trincheras de marfil impenetrables:  
Cuadrúpedos que apenas conocemos.  
Si por acaso en la Naturaleza

- Ha habido un solo cuerpo que no tuvo  
 Igual en todo el mundo; mas no siendo  
 Infinitos los átomos, no puede  
 Existir ni crecer ni alimentarse
- 690 El cuerpo que esos átomos formaron.  
 Supongamos dispersos en la *suma*  
 De un cuerpo los principios limitados:  
 ¿De qué modo podrán ellos juntarse  
 En un piélago vasto de materia?  
 ¿Con qué fuerza, en qué sitio, de qué modo  
 En tanta confusión podrán unirse?  
 No tienen medio alguno de enlazarse.  
 Pero como después de un gran naufragio  
 Lejos suele arrojar el mar los barcos,
- 700 La proa, las antenas, gobernales  
 Y mástiles nadantes, y las jarcias  
 Flotando por las costas de las tierras,  
 Porque vean y aprendan los mortales  
 Esta lección terrible, y huir quieran  
 Las insidias y fuerzas y el engaño  
 De la pérfida mar, y no la crean  
 Cuando con engañosa calma ríe;  
 Si concibes así los elementos  
 Con número finito y limitado,
- 710 Del mismo modo nadarán dispersos  
 Por su misma materia rebatidos  
 Eternamente, sin jamás unirse:  
 Mas si acaso un momento se enlazasen,  
 Esta unión no podrá llegar á colmo  
 Y crecimiento; mas diariamente  
 Vemos las formaciones y progresos  
 De todo cuerpo: luego los principios  
 Vemos con claridad ser infinitos,  
 Pues que conservan las especies todas.
- 720 Así los movimientos destructores

No pueden destruir perfectamente,  
Ni acabar para siempre con los cuerpos;  
Así los movimientos creadores  
No pueden darles duración eterna:  
Desde la eternidad viven en lucha  
Con el mismo poder ambos principios:  
Victorias y derrotas continuadas  
De unos y otros alternan; juntos andan  
La muerte y el vagido que levantan  
730 Los niños cuando ven la luz hermosa:  
Ni tras el día se siguió la noche,  
Ni tras la noche aurora, sin que oyesen  
Vagidos lastimosos confundidos  
Con llantos compañeros de la muerte,  
Y secuaces de tristes funerales.  
    Conviene que con rasgos indelebles  
Este principio en la memoria grabes:  
No haber un solo cuerpo conocido  
En su propia interior naturaleza  
740 Que de una especie sola de principios  
Se forme; ni ninguno que no conste  
De mezcla de principios; cuanto un cuerpo  
Tiene más propiedades, más difieren  
En número y figura sus principios.  
    Porque primero abraza en sí la tierra  
Los elementos de los grandes ríos,  
Que el mar inmenso sin cesar renuevan:  
Tiene también los fuegos subterráneos,  
Que la abrasan á veces encendidos:  
750 Y el ímpetu del Etna se enfurece  
Con vivas llamas: tiene las semillas  
Con que pueda criar la raza humana,  
Y árboles ledos y lucientes frutos:  
Blandas hojas también, y alegres pastos  
Encierra en sí, que de alimento sirvan



- Á las fieras que habitan las montañas.  
Razón por qué ella sola fué llamada  
La gran madre de dioses y animales;  
Criadora también de nuestro cuerpo:
- 760 Los antiguos poetas doctos griegos  
La cantaron subida sobre un carro,  
Dos leones uncidos agitando;  
Dándonos á entender que en el espacio  
La tierra suspendida, no podía  
Tener más firme base que á sí misma:  
Y las fieras al yugo sujetaron,  
Porque los beneficios de los padres  
Deben triunfar aun de los fieros hijos;  
De corona mural la rodearon,
- 770 Porque de plazas fuertes y ciudades  
Toda la redondez está cubierta:  
Y al presente ciñendo esta diadema,  
Con terror de los pueblos paseada  
La imagen es de la divina madre:  
Varias gentes la llaman madre Idea,  
Conforme á los antiguos sacrificios,  
Y en su séquito van catervas frigias,  
Porque dicen que allí la agricultura  
Tuvo su origen y de allí triunfante
- 780 Se extendió por el orbe; son castrados  
Los sacrificadores, porque quieren  
Significar que deben ser tenidos  
Por indignos de dar á la luz bella  
Unos vivos retratos de sí mismos  
Aquellos que faltaren al respeto  
De sus padres, modelos de la diosa,  
Y los que ingratos con sus padres fueren.  
En sus manos resuenan los tambores  
Estrepitosos, y los retumbantes
- 790 Címbalos, y amenazan las trompetas

Con un sonido ronco, y estimula  
La flauta en tono frigio los furores;  
Y empuñan lanzas, de la muerte indicios,  
Para llenar de espanto á los ingratos  
Y á los pechos impíos con la diosa.

Por lo que en tanto que la estatua muda  
En las grandes ciudades paseada  
Ofrece á los mortales en secreto  
El rico manantial de sus favores,  
800 Arrojan al momento por las calles  
Riquezas y dinero á manos llenas;  
Llueven flores y rosas, sombreando  
Á la madre y brillante comitiva.

Un batallón armado, que los griegos  
Llaman Curetas frigios, retozando  
Con pesadas cadenas se sacuden:  
Y bailan á compás, y alegres miran  
La sangre que les corre, y agitando  
Con furor los terríficos penachos  
810 De sus cabezas, traen á la memoria  
Los Curetas dicteos, que ocultaron  
En Creta aquel vagido, según dicen,  
De Jove un tiempo, mientras que giraban  
En leve danza, armados los infantes  
En torno al niño, y á compás herían  
El bronce estrepitoso por el miedo  
De que Saturno no le devorase  
Con su diente crüel, y eternamente  
Hiriese el tierno pecho de la madre:  
820 Por eso la acompaña gente armada;  
Cual si quisiera predicar la Diosa  
Que con las armas y el valor defiendan  
Los hombres á su patria, y sean á un tiempo  
El amparo y la gloria de sus padres.

Esta ficción tan bella y tan galana

La razón verdadera la reprueba;  
 Pues la naturaleza de los dioses  
 Debe gozar por sí con paz profunda  
 De la inmortalidad: de los sucesos  
 830 Humanos apartados y distantes;  
 Sin dolor, sin peligro, enriquecidos  
 Por sí mismos, en nada dependientes  
 De nosotros: ni acciones virtuosas  
 Ni el enojo y la cólera los mueven.  
 Ciertamente la tierra en todo tiempo  
 Carece de sentido, y ella misma  
 Debe las producciones que tenemos  
 De átomos á la varia muchedumbre  
 Que en su seno contiene. Mas si alguno  
 840 Quiere más que se llame al mar Neptuno  
 Y á las mieses poner nombre de Ceres,  
 Y si el nombre de Baco prefiriere  
 Á aquel vocablo propio que tenemos,  
 Concedamos también llamar la tierra  
 Con el nombre de madre de los dioses,  
 Aunque tal madre fabulosa sea.  
 Así, por lo común apacentados  
 En unos mismos prados grey lanuda,  
 La prole belicosa del caballo  
 850 Y ganados cornudos, bajo un clima,  
 Y su sed apagando el mismo río,  
 Son, no obstante, diversas sus especies,  
 Y la naturaleza de sus padres  
 Conservan, imitando sus costumbres:  
 Tanta es la diferencia de las yerbas,  
 Tan grande la del agua de los ríos.  
 Además, que los huesos, sangre, venas,  
 El calor, la humedad, nervios, entrañas,  
 Todo animal componen; y diversas  
 860 Entre sí son tan sólo estas sustancias

Por la diversidad de sus principios.

Los cuerpos combustibles á lo menos  
Contienen los principios de la llama,  
De la luz, de las chispas y ceniza,  
Y del humo. Tu mente sí escudriña  
Los cuerpos todos, todas las sustancias,  
Encontrará que envuelven las semillas  
De muchas cosas, y figuras varias.

Ves, en fin, que gran número de cuerpos  
870 Son á la vez del gusto y del olfato  
Percibidos: cual suelen en los templos  
Expiatorias víctimas que inmoia  
El criminal ansiado á las deidades.

Luego los elementos de los cuerpos  
Difieren entre sí; pues los olores  
Penetran en los órganos por donde  
No penetra el sabor del alimento.  
Y el gusto y el sabor de los manjares  
Por vías muy distintas se introducen:  
880 Nacen de las figuras diferentes  
De los principios estas cualidades;  
Pues que se juntan diferentes formas  
En un solo montón y su tejido,  
De principios mezclados consta el cuerpo.

Y aunque también en estos versos míos  
Observes que las mismas letras vienen  
En la composición de muchos nombres,  
Es forzoso, no obstante, reconozcas  
La diferencia que hay entre las letras  
890 De versos y palabras; pues que tienen  
Muchas letras comunes, y á las veces  
Los componen los mismos elementos,  
Mas la totalidad no es resultado  
De este mismo conjunto; así los cuerpos  
En la naturaleza diferentes,

Aun cuando tengan átomos comunes,  
Diferir pueden entre sí las masas:  
Y con razón diremos que los hombres,  
Los frutos y los árboles hermosos  
900 No constan de los mismos elementos.  
No creamos que puede mutuamente  
Toda especie de átomos unirse;  
Pues se verían monstruos de continuo,  
Existirían hombres medio fieras,  
Y de un animal vivo nacerían  
Frondosos ramos; se unirían sustancias  
Terrestes á marinas; las quimeras,  
Lanzando fuego de su horrible boca,  
Todas las producciones de la tierra  
910 Devastarían: mas si nada de esto  
Se hace claramente, pues los cuerpos,  
Formados todos de elementos fijos,  
Por una cierta fuerza creadora,  
Vemos que pueden conservar su especie  
Particular conforme van creciendo;  
Preciso es que este orden se conserve:  
Porque cada animal saca los jugos  
Que le son más análogos al cuerpo  
De todos los sustentos que le nutren,  
920 Y le dan movimientos convenientes:  
Empero las moléculas extrañas  
Que no han podido unirse, ni animarse,  
Ni consentir vitales movimientos,  
Naturaleza las arroja al suelo,  
Ó por una inacción se libra de ellas.  
Mas por si acaso juzgas que á estas leyes  
Sólo los animales se sujetan,  
En toda producción verás lo mismo;  
Porque como entre sí difieran todas,  
930 Es necesario que sus elementos

De diversas figuras se compongan:  
No porque de figuras diferentes  
Haya muchos principios; antes nunca  
Pueden enteramente parecerse  
Los individuos que resulten de ellos.  
Y así, esta diferencia de principios  
Establece también otra forzosa  
En las distancias, choques, direcciones,  
En encuentros, uniones, movimientos:  
940 Por estas cualidades, no tan sólo  
Distinguimos los cuerpos animales,  
Antes el mar distinguen de la tierra,  
Y el cielo de la tierra diferencian.  
Escucha los discursos indagados  
Con mi dulce trabajo: no te engañes  
Quizá creyendo que los cuerpos tienen  
El color negro, blanco, ó cualquier otro,  
Por ser así también sus elementos;  
Pues ningún color tienen los principios  
950 Que sea semejante ó diferente.  
Si acaso te parece no poderse  
Concebir sin color los elementos,  
Estás muy engañado; pues los ciegos  
De nacimiento, que jamás la lumbre  
Del Sol sus ojos vieron, con el tacto  
Conocen sin embargo desde niños  
Los cuerpos de ningún color teñidos;  
Así también formarnos una idea  
Podemos de los cuerpos primitivos  
960 Sin que tengan colores. Finalmente:  
Cuando tocamos por nosotros mismos  
Á obscuras cualquier cuerpo, no sentimos  
De qué color ó tinte está teñido.  
Juntemos el discurso á la experiencia:  
Pues que todo color seguramente

- Se muda en cualquier otro, los principios  
 No deben padecer estas mudanzas;  
 Inmutables serán forzosamente;  
 Á no ser que la *suma* se aniquile:  
 970 Pues traspasar no puede cuerpo alguno  
 Los límites que tiene, sin que deje  
 De ser lo que antes era; por lo tanto,  
 No atribuyas color á los principios;  
 No sea que *el gran todo* se aniquile.  
 Si ha negado, además, naturaleza  
 Á los *primeros cuerpos* los colores,  
 De formas diferentes los adorna  
 Que producen matices variados  
 De infinitas maneras. Mucho importa  
 980 Considerar la situación y mezcla,  
 Y aquellos movimientos respectivos  
 De los átomos pueden fácilmente  
 Dar la razón por qué los cuerpos mismos  
 Que mostraban poco antes color negro,  
 De repente le cambian en blancura  
 Marmórea: cuando vientos furibundos  
 Revolvieron los mares, por qué causa  
 Blanquean como mármoles sus ondas:  
 Puedes dar por respuesta que en un cuerpo  
 990 Si los principios negros á la vista  
 Se confunden, se alteran y trastruecan,  
 Y huyen algunos de ellos de su puesto,  
 Puede la superficie de este cuerpo  
 Llenarse de blancura relumbrante;  
 En vez de que si fueran azulados  
 Los principios del mar, no blanquearían;  
 Pues de cualquiera modo que perturbes  
 Los cuerpos azulados, jamás pueden  
 Blanquear como el mármol reluciente.  
 1000 Mas si el color del mar puro y sin mezcla

- Resulta de elementos que contengan  
 Colores diferentes, como varias  
 Figuras y otras formas, se hace un todo  
 Cuadrado y uniforme: convenía,  
 Puesto que en el cuadrado se distinguen  
 Muy diversas figuras, que se viesen  
 Así en el mar como en los otros cuerpos  
 Que tienen un color puro y sin mezcla,  
 Colores varios y entre sí diversos.
- 1010 Además, las figuras diferentes  
 Nada estorban, ni impiden el que tenga  
 El todo exteriormente producido  
 Forma cuadrada, mas la diferencia  
 En el color elemental destruye  
 La total unidad de los colores.  
 Se destruye la causa que movía  
 Á suponer principios colorados,  
 Porque lo blanco y negro no resulta  
 De blancos ó de negros elementos,
- 1020 Antes bien de la mezcla diferente  
 De colores; puesto que la blancura  
 De átomos sin color es fácil nazca  
 Mejor que de lo negro ó su contrario.  
 Pues si la luz produce los colores,  
 Y su impresión no admiten los principios,  
 El color en los átomos no cabe:  
 ¿Qué color podrá haber en las tinieblas,  
 Pues que en la misma luz se altera y cambia  
 Conforme son heridos los objetos
- 1030 Por los oblíquos ó directos rayos?  
 No de otro modo que el collar brillante  
 De las plumas que adornan la garganta  
 De las palomas á las veces luce  
 Con encarnado brillo de rubíes,  
 Y á veces entrevera el color verde



De la esmeralda con azul celeste:  
Y del pavón la cola, si embestida  
Es de copiosa luz, del mismo modo,  
Según sus diferentes posiciones,  
1040 Muda colores; luego nacen éstos  
De la caída de la luz: no pueden  
Existir sin la luz, por consiguiente.  
Afectan la pupila el color blanco,  
El negro, ú otro de distinto modo.  
Nada importa saber qué color tengan  
Los cuerpos que tocamos; su figura  
Es lo más esencial: los elementos  
Necesidad no tienen de colores,  
Pero sí de figuras variadas,  
1050 Que exciten sensaciones diferentes.  
Pero si los colores de principios  
No están sujetos á figuras ciertas,  
Y una cualquiera forma de elementos  
Recibir puede los colores todos,  
¿Por qué los cuerpos que resultan de ellos  
No son privilegiados igualmente?  
¿Por qué el color señala las especies?  
Nos deslumbraran, pues, con blancas plumas  
En su vuelo los cuervos de ordinario,  
1060 Y de negro color, ó variado,  
Negros por lo común fueran los cisnes.  
Y cuanto más los cuerpos dividamos  
En partes muy menudas, verás cómo  
Se mueren y se acaban los colores:  
Por eso el oro reducido á polvo,  
La púrpura hilo á hilo deshilada,  
Pierden su brillo y resplandor del todo:  
De aquí puedes sacar que los principios  
Dejan todo el color primeramente  
1070 Que en el estado de átomos se vean.

Y pues forma visible no atribuyes  
 Ni sonido ni olor á todo cuerpo,  
 Porque no todos á la vista hièren  
 Ni afectan al oído ni al olfato,  
 Debemos concluir que algunos de ellos  
 No constan de color, así como otros  
 No conocen olores ni sonidos:  
 Un ánimo sagaz concebir puede  
 Los cuerpos sin color, del mismo modo  
 1080 Que de otras cualidades despojados.  
     Pero no pienses que naturaleza  
     Haya negado sólo los colores  
     Á los principios; el calor y el frío,  
     La tibieza también: y de sonidos  
     Estériles, y ajenos son de jugos:  
     Ningún olor exhalan de sí mismos.  
     Así, cuando compones una esencia  
     De mirra y olorosa mejorana  
     Y de la flor de nardo, que trasciende,  
 1090 Tú la echas un aceite que no tenga  
     Olor alguno ni al olfato envíe  
     Aura suave, porque no corrompa  
     Con su hedor los perfumes de las flores  
     Su vapor, que ha subido en demasía.  
     Y carecen de olores y sonidos  
     Los átomos que forman á los cuerpos,  
     Porque de sí no pueden enviarlos;  
     Ni son sabrosos, fríos, ni calientes,  
     Ni tibios, sin aquellas cualidades  
 1100 Que causan la ruína de los cuerpos,  
     La flexibilidad y la blandura;  
     Corruptibilidad tener no pueden,  
     Fragilidad, ni mezcla de materia  
     Y de vacío, si á naturaleza  
     Queremos dar eternos fundamentos

En los que siempre estribe y se conserve,  
Y al aniquilamiento no se rinda.

Sin embargo, es preciso que confieses  
De átomos insensibles ser formados  
1110 Todos los cuerpos que de sentimiento  
Están dotados; la experiencia misma  
Apoya esta verdad, no solamente,  
Sino que te conduce por la mano  
Y te muestra nacer los animales  
De insensibles recónditas semillas.

Así que vemos del hediondo cieno  
Nacer gusanos vivos cuando ha sido  
Podrida con las lluvias abundantes  
La húmeda tierra: vemos transformados  
1120 Todos los cuerpos; árboles y ríos  
Y los prados risueños se convierten  
En ganados, y en nuestros mismos cuerpos  
Trasfórmase el ganado, y á menudo  
Con nuestro cuerpo aumentanse los bríos  
De alimañas y de aves carniceras.

Así convierte la naturaleza  
Todos los alimentos en sustancias  
Vivas, del mismo modo que transforma  
Áridos leños en fogosas llamas.  
1130 Y ¿dudarás acaso cuánto importa  
Considerar la mezcla de los átomos,  
Su posición y mutuos movimientos?  
¿De qué naturaleza son los cuerpos  
Que el mismo ánimo agitan y conmueven,  
Y en él excitan varias sensaciones,  
Si niegas que produce la materia,  
Insensible por sí, sensibles seres?

Es cierto que las piedras y los leños,  
Aunque la misma tierra se les una,  
1140 No pueden producir el sentimiento

De la vida: por eso no pretendo  
Que los átomos todos sean capaces  
De componer en un momento seres  
Sensibles, pero creo de importancia  
Atender á su número y grandeza,  
Á su orden, su figura y movimiento  
Y situación; pues nada de esto vemos  
En troncos y terrones: sin embargo,  
Por medio de las lluvias, corrompidos  
1150 Estos cuerpos, parecen gusanillos,  
Porque sus elementos, removidos  
Con esta novedad, se unen de modo  
Que deben engendrar los animales.  
En fin, cuando establecen que resulta  
La sensibilidad de los principios  
Sensibles, y que aquéstos son formados  
De otros también sensibles, hacen luego  
Sustancias blandas, pues que está juntada  
La sensibilidad con las entrañas,  
1160 Nervios y venas, y procede todo  
De cuerpos blandos y perecederos.  
Pero aunque sin embargo concedamos  
Una existencia eterna á estos principios,  
Ó ellos deben tener el sentimiento  
En una parte, ó ser animalejos:  
Mas no pueden sentir por sí las partes,  
Y el sentimiento de los otros miembros  
No se les comunica, ni la mano  
Separada del cuerpo, ni una parte,  
1170 En alguna manera siente aislada:  
Luego ellos son perfectos animales,  
Dotados de absoluto sentimiento:  
Pues ¿cómo se podrán llamar principios,  
Y cómo evitarán ellos la muerte,  
Siendo animales como aquellos otros

- Que vemos perecer todos los días?  
Pero aunque concedamos ser posible,  
¿Su conjunción engendrará otra cosa  
Que un pueblo numeroso de animales?  
1180 Así como los hombres, los ganados  
Y alimañas por medio de la Venus  
Engendran hombres, fieras y ganados.  
Pero si acaso dejan los principios  
Su propio sentimiento, y toman otro,  
¿Por qué razón tal cualidad les dimos  
Para quitarla luego por inútil?  
Pues si vemos los huevos de las aves  
En volanderos pájaros mudarse,  
Y en gusanos hervir la tierra cuando  
1190 Por abundantes lluvias fué tomada  
De podredumbre: luego nacer pueden  
De átomos no sensibles sentimientos.  
Y nadie piense que nacer pudiera  
El sentimiento de lo no sensible  
Por alguna mudanza que se hace,  
Como del animal en la naciencia  
Antes que salga fuera, pues más claro  
Vemos que la radiante luz del día  
Que no se verifica nacimiento,  
1200 Sino después de formación interna,  
Ni se cumple en el sér mudanza alguna  
Sin una asociación antecedente.  
De modo que no existe sentimiento  
Antes que el animal formado sea;  
Porque antes de formarse andan dispersos  
Por el aire y las aguas los principios,  
Y por la tierra y fuego: no han tenido  
Reunión, ni vitales movimientos,  
Ni choques de aquel modo conveniente  
1210 Que inflame los sentidos luminosos,

Que al animal custodian y defienden.

Y si un choque más fuerte y poderoso

Que el que puede sufrir su resistencia

Aflige al animal en un instante,

Y confunde á la vez las facultades

Del ánimo y del cuerpo; y los principios

El desorden disuelve, y se suspenden

Del todo los vitales movimientos,

Hasta que la materia sacudida

1220 Rompe del alma los vitales lazos,

Y por todos los poros la echa fuera

Estando derramada por el cuerpo:

¿Qué puede producir un igual choque,

Sino alterar y disolver los cuerpos?

Á las veces sucede, si el ataque

Es menos violento, que los restos

De vital movimiento vencen, triunfan,

Y calman los desórdenes del choque,

Y vuelven nuevamente á sus conductos

1230 Las partes ordenadas que dominan

Ya casi á destructores movimientos

Señores de la máquina, y encienden

El sentimiento ya casi perdido:

Por lo que el alma de las puertas mismas

De la muerte á la vida es revocada

Primero que ceder á los impulsos

Que ya casi á la muerte la arrastraban.

Pues sentimos dolor en nuestro cuerpo,

Cuando de la materia los principios

1240 De alguna fuerza extraña conmovidos

Por las vivas entrañas, por los miembros

Se agitan en desorden; y tenemos

Blando deleite cuando á su orden vuelven:

Inferimos de aquí, que los principios

Ni dolor ni deleite por sí tienen;

- Supuesto que de partes no se forman,  
Cuyo desorden pueda atormentarlos,  
Ó algun fruto coger de alma dulzura;  
Insensibles por tanto son los átomos.
- 1250 Si hemos de dar sensibles elementos,  
En fin, al animal para que sienta,  
Será forzoso, pues, que los principios  
Constitutivos de la raza humana  
Den grandes carcajadas, y que bañen  
Con abundantes lágrimas el rostro,  
Y que penetren los secretos grandes  
De la sabiduría, y que analicen  
Sus propios elementos componentes:  
Pues siendo en su estructura semejantes
- 1260 Á todos los mortales, deben ellos  
Resultar de diversos elementos,  
Y éstos de otros principios, de manera  
Que nunca puedas encontrar el término;  
Yo no me cansaré; siempre que digas  
Reir, hablar y discurrir un cuerpo,  
Es preciso que tengan sus principios  
Las mismas facultades; mas si vemos  
Ser esta pretensión una locura  
Y un gran delirio, y si reir se puede
- 1270 Sin principios risueños, si se puede  
Discurrir y explicarse sabiamente  
Sin sabios y elocuentes elementos;  
¿Por qué seres sensibles no podrían  
Resultar de principios insensibles  
Que carezcan de todo sentimiento?  
Todos, en fin, del aire somos hijos;  
Él es el padre universal de todos;  
Y alma tierra la madre: recibiendo  
De lo alto en gotas líquidas las aguas,
- 1280 Preñada, pare los hermosos frutos

- Y árboles ledos, y la raza humana,  
Y pare toda especie de animales  
Cuando les da alimentos con que todos  
Apacientan sus cuerpos, y disfrutan  
De dulce vida y sin cesar propagan:  
Por lo que con razón madre es llamada.  
Los cuerpos que han salido de su seno  
Los vuelve en sí á abrazar; y la materia  
Enviada del aire es recibida
- 1290 En el espacio etéreo nuevamente:  
No dudes ser eternos los principios,  
Porque nosotros sin cesar los vemos  
Dejar la superficie de los cuerpos,  
Y á las veces nacer y morir luego:  
No destruye la muerte los principios  
Así como los cuerpos; su tejido  
Rompe tan solamente, y los reforma,  
Y nuevas formas y colores nuevos  
Hace que estén tomando de continuo;
- 1300 Los obliga también en un instante  
Á dar y recibir el sentimiento.  
Bien sabes tú cuán importante sea  
Mirar el orden, mezcla y movimientos  
Recíprocos que tienen los principios;  
Pues lo mismo producen mar y cielo,  
La tierra, ríos, sol y las semillas,  
Árboles y animales. De igual modo  
Que en mis versos contemplas diferente  
La combinación y orden de las letras;
- 1310 Pues aunque las palabras se componen  
En parte de los mismos elementos,  
En el orden difieren solamente:  
Así en los cuerpos de Naturaleza  
Si cambian las distancias, direcciones,  
Uniones, gravedades, orden, choques,



- Colocación, reencuentros y figuras,  
Serán los resultados muy diversos.  
    Aplicate ahora á la sabiduría,  
Pues deseo que entiendas las verdades  
1320 Nuevas que va á exponer ante tus ojos  
    Con nuevo orden de cosas: sin embargo,  
    Como tan fácil opinión no haya  
    Que no sea difícil adoptarla  
    Al principio, y nada hay tan admirable  
    Y tan extraordinario en sus principios  
    Que con el tiempo deje de admirarse:  
    Si el color puro y claro de los cielos,  
    Y el que contienen los errantes astros,  
    De sol y luna el brillo luminoso,  
1330 Si fuera todo junto presentado  
    Á los mortales por la vez primera,  
    Como si lo pusieran de repente  
    Y de un golpe á su vista ¿qué podría  
    Decirse comparable á estos objetos?  
    ¿Ó qué nación osara la primera  
    Crear posibles cuadros tan grandiosos?  
    Ninguna á mi entender: ¿mas quién podría  
    Sentir ahora admiración tamaña?  
    De la hartura de ver ya fatigados  
1340 Nadie se digna levantar sus ojos  
    Á la luciente bóveda del cielo.  
    Deja de desechar, despavorido  
    De aquesta novedad, la razón misma;  
    Pésalo tú con juicio más delgado,  
    Abraza mis verdades si son ciertas,  
    Ó armate contra ellas, si son falsas;  
    Con la razón el ánimo examina  
    Lo que hay del otro lado de los muros  
    Del orbe, en los espacios infinitos,  
1350 Hasta do quiera penetrar la mente,

Y el espíritu libre remontarse.  
Primero, como dije, es infinito  
El *gran todo* hacia arriba y hacia abajo,  
Por izquierda y derecha á todos lados:  
Así lo aclama la experiencia misma,  
Y lo declara la naturaleza  
Del infinito: luego si un espacio  
Se extiende ilimitado á todas partes,  
Si semillas sin número movidas  
1360 Por este espacio inmenso nadan siempre  
Desde la eternidad con mil figuras,  
¿Es probable que no se haya criado  
Más que el cielo y el orbe de la tierra;  
Que estén en los espacios ulteriores  
Innumerables átomos ociosos;  
Habiendo especialmente fabricado  
Este mundo por sí naturaleza,  
Y los mismos principios de los cuerpos  
De suyo por acaso reunidos  
1370 Con choques y continuos movimientos  
Enteramente inútiles y vanos  
Masas particulares produjeron  
Como mar, tierra, Cielo y animales?  
¿Quién no ha de confesar racionalmente  
Que forma la materia reunida  
Otros muchos compuestos como éste,  
Que el aire abraza en su recinto inmenso?  
Cuando además materia en abundancia  
Está dispuesta, y un espacio pronto  
1380 Á recibirla, ni su movimiento  
Impide algún estorbo, es claro deben  
Formarse seres; y hay tan grande copia  
De principios, que no pueden contarlos  
Aunque se junten mil generaciones:  
Y si para juntarse en otra parte

- Tienen la fuerza y la naturaleza  
Igual á los principios de este mundo,  
Es preciso confieses que las otras  
Regiones del espacio también tienen  
1390 Sus mundos, varios hombres, y animales.  
Además de esto en la naturaleza  
No hay un solo individuo de su especie  
Que nazca y crezca único y aislado,  
Y que no forme parte de una clase  
Muy numerosa: en especial observa  
Animales y fieras montaraces,  
Hombres y mudos peces escamosos,  
Todos los cuerpos de las varias aves;  
Por lo mismo diremos precisados  
1400 Que el Cielo, Tierra, mar, el Sol y Luna,  
Y todo cuanto existe no son cuerpos,  
É individuos únicos aislados;  
Antes llegan á ser innumerables,  
Porque su duración es limitada,  
Y porque nacen como las especies  
Que constan de infinitos individuos.  
Después del día genital del Mundo,  
Cuando mar, y tierra y Sol también nacieron,  
Al rededor del Mundo y por defuera  
1410 Depositó la *Suma* en emisiones  
Átomos y semillas infinitas,  
Con las que el mar y tierra se aumentasen,  
De do el Cielo tomara la materia  
Que sus altos palacios sustentase  
Tan lejos de las tierras, y saliese  
El aire sin cesar; pues que de todos  
Los puntos del espacio se reparten  
Los acrecentamientos de principios  
Con el choque, y se juntan á sustancias  
1420 De su naturaleza; se une el agua

Al agua, tierra á tierra, el fuego al fuego,  
El aire se une al aire; hasta que todos  
Los seres ha llevado al fin postrero  
De su crecer la poderosa Madre  
Que todo lo creado perfecciona:  
Esto se verifica si repara  
En proporción las pérdidas del cuerpo:  
La vida entonces queda en equilibrio  
Por un momento, y la naturaleza  
1430 Refrena con su fuerza el crecimiento.  
Pues los cuerpos que ves engrandecerse  
Con un feliz aumento, y levantarse  
Lentamente y por grados al estado  
De madurez, adquieren más que pierden:  
Mientras todo el sustento fácilmente .  
Circula por las venas, los conductos  
Ni son tan anchos y diseminados  
Que gasten y disipen mayor parte  
De la que ellos reciben: concedamos  
1440 De los cuerpos las pérdidas ser grandes,  
Hasta llegar á su postrer aumento:  
De allí las fuerzas, el valor y brío  
Se debilitan insensiblemente,  
Y siempre el animal se desmejora,  
Pues las emaciones son mayores,  
Cuando al postrero crecimiento llega,  
Cuanto es mayor la masa de los cuerpos  
Y mayor su extensión: no girarían  
Todos los alimentos por las venas,  
1450 Ni con facilidad: naturaleza  
No puede reparar con mano franca  
Los hilos abundantes de materia  
Que sin cesar escapan de los cuerpos.  
Perecen, sí, de cierto enrarecidos  
Á fuerza de manar, sucumben todos

- Á los eternos choques: pues les faltan  
En su vejez por fin los alimentos,  
Y en esta postración jamás descansan  
Los objetos externos de acabarlos  
1460 Y domarlos con choques destructores.  
    Así también los cercos del *gran todo*  
Por todas partes se vendrán abajo,  
Reducidos á pútridas rüinas;  
Porque todos los cuerpos necesitan  
Ser con los alimentos reparados,  
Renovados también, y sostenidos:  
En vano es todo, porque los conductos  
Por do el sustento pasa, no están siempre  
Aptos á recibir lo necesario,  
1470 Ni la naturaleza suministra  
Todo lo que hace falta. Y ya arrugado  
De vejez está el mundo, y tan cansada  
La tierra que no pare más que apenas  
Ruines animales, la que un tiempo  
Parió fecunda todas las especies,  
Y dió robustos cuerpos á las fieras.  
Pues la cadena de oro, yo no creo  
Que haya del alto cielo descolgado  
Las mortales especies en los campos:  
1480 Ni azotadoras olas de peñascos  
Ni el mar las produjeron: las criara  
La misma tierra, empero sustentadas  
Al presente por ella; y de su grado  
Ella crió además los frutos bellos,  
Y viñedos gustosos á los hombres,  
Suaves frutos, y risueños pastos.  
Ella misma ofreció primeramente  
Producciones, que apenas nos concede  
Llegar á colmo á fuerza de trabajo:  
1490 Consumimos los bueyes y gastamos

Los fuertes brazos de los labradores;  
 Hierro apenas se encuentra para el campo;  
 Tanto se desmejoran las cosechas,  
 Y tanto van creciendo los trabajos:  
 Ya cuántas veces labrador anciano  
 Suspira meneando la cabeza  
 Al ver frustrados todos sus afanes;  
 Y si el pasado tiempo parangona  
 Con el presente, alaba de ordinario  
 1500 La suerte venturosa de sus padres:  
 Se caen continuamente de sus labios  
 Aquellos siglos bienaventurados  
 En que los hombres de piedad henchidos,  
 Más felices, con menos heredades,  
 Recogían cosechas abundosas  
 De aquellos pegujales miserables:  
 No ve que poco á poco todo cuerpo  
 Se va menoscabando, y que se estrellan  
 Contra el tiempo los seres fatigados.  
 1510 Si estas verdades tienes bien grabadas,  
 Libre al momento es la naturaleza,  
 De soberbios señores despojada;  
 Ella misma por sí rige su imperio,  
 Sin dar parte á los dioses. Pechos santos  
 De las deidades que en eterna calma  
 Pasan vida pacífica y serena,  
 Decid ¿quién de vosotros dará leyes  
 Al Universo, y sus valientes riendas  
 Es capaz de llevar entre sus manos?  
 1520 ¿Y hace á la vez rodar todos los Cielos?  
 ¿Y quién con los influjos celestiales  
 En general las tierras fertiliza,  
 Y hace que en todo tiempo nos socorran?  
 ¿Quién suspende las nubes tenebrosas,  
 Del Cielo atruena la mansión serena,

---

Y lanza rayos que regularmente  
Los propios templos vuestros arruinan,  
Y su furor en vano desenvuelven  
En desiertos, y pasan con frecuencia  
1530 Al lado de los hombres criminales  
1531 Y al virtuoso, al inocente matan?





## LIBRO III

- 1 OH tú, ornamento de la griega gente,  
Que llevaste el primero entre tinieblas  
La luz de la verdad, adocrinando  
Sobre los intereses de la vida:  
Yo voy en pos de tí, y estampo ahora  
Mis huellas en las tuyas; no codicio  
Ser tanto tu rival, como imitarte  
Ansío enamorado. ¿Pues acaso  
Entrara en desaffo con los cisnes  
10 La golondrina? ¿ó los temblosos chotos  
Volaran por fortuna en la carrera  
Así como el caballo vigoroso?  
Tú eres el padre y creador de cosas:  
Sí; tú nos das lecciones paternas;  
Y del modo que liban las ovejas  
En los bosques floríferos las mieles,  
Así también nosotros de tus libros  
Bebemos las verdades más preciosas;  
Preciosas, varón ínclito, muy dignas  
20 De tener larga y perdurable vida.

Pues al momento que á gritar empieza  
Tu razón no ser obra de los dioses  
El universo, sin parar escapan  
Los terrores del ánimo; se extienden  
Los límites del mundo; en el vacío  
Veo formarse el universo; veo  
La corte celestial y las moradas  
Tranquilas de los dioses, que agitadas  
No por los vientos son, ni los nublados  
30 Con aguacero enturbian, ni la nieve  
Que el recio temporal ha condensado  
Con blancos copos al caer las mancha;  
Y cúbre las un éter siempre claro,  
Y ríe con luz larga derramada.  
Bienes pródiga da naturaleza  
Á las inteligencias celestiales:  
Ni un instante siquiera es perturbada  
La paz de sus espíritus divinos:  
La mansión infernal desaparece,  
40 Por el contrario; ni la tierra impide  
Que contemplen debajo de sus plantas  
En el vacío las escenas varias.  
Un divino placer y horror sagrado  
Se apoderan de mí considerando  
Estos grandes objetos que tu esfuerzo  
Hizo patentes descorriendo el velo  
Con que naturaleza se cubría.  
Y puesto que hasta aquí las cualidades  
De los principios te hemos explicado,  
50 Sus formas diferentes, movimientos  
Que recíprocamente experimenta  
La materia agitada de continuo,  
Y cómo cada sér se forma de ella:  
Ya, según esto, aclararán mis versos  
De ánimo y alma la naturaleza,

- Y con toda violencia extirparemos  
De raíz aquel miedo de Aqueronte  
Que en su origen la humana vida turba,  
Que todo lo rodea en negra muerte,  
60 Que no deja gozar á los mortales  
De líquido solaz deleite puro.  
Y aunque muchos dirán ser más temible  
La infamia y el dolor que los abismos  
De la muerte; que es la naturaleza  
Del ánimo lo mismo que la sangre  
Ellos dicen saber; por consiguiente,  
Que ellos no necesitan las lecciones  
De razón nuestra, debes convencerte  
Que un deseo de gloria, ó si te agrada  
70 Más bien, la vanidad los lisonjea,  
Pues por convencimiento no lo saben:  
Los mismos desterrados de su patria,  
Proscriptos de la vista de los hombres,  
Amancillados con delito infame  
Viven últimamente rodeados  
De muy amargas penas; y hacen honras  
Do arrastraron su mísera existencia;  
Y degolladas las ovejas negras,  
Las ofrecen á dioses infernales:  
80 Con más viveza adversidad despierta  
Ideas religiosas en sus almas.  
Los peligros descubren á los hombres,  
Les dan á conocer los infortunios,  
Pues entonces por fin del hondo pecho  
Son proferidas voces verdaderas:  
La máscara se quita, y queda el hombre.  
La avaricia, por fin, y ambición ciega,  
Que obligan á los hombres miserables  
Á violar torpemente la justicia,  
90 Y emprenden y acompañan las maldades,

Á las veces sujetos noche y día  
Á afán penoso por hacer fortuna,  
Estas miserias de la vida alientan  
Con miedo de la muerte en casi todos.  
La ignominia, el desprecio y la indigencia  
Se apartan de tranquila y dulce vida,  
Y abren casi las puertas de la muerte:  
Entre tanto los hombres, agitados  
De falso miedo, quieren escaparse  
100 De precursores lúgubres; cimentan  
En sangre ciudadana su fortuna,  
Y avarientos tesoros amontonan,  
Maldad sobre maldad acumulando;  
En la fúnebre pompa del hermano  
Alégranse crüeles, y aborrecen  
Y temen los banquetes consanguíneos.  
El mismo miedo de la muerte roe  
Al envidioso en general; le pone  
Á la vista los grandes de la tierra,  
110 Llenos de distinción y poderío;  
En vileza y en cieno revolcados  
Ellos mismos se quejan; se desviven  
Por una estatua ó vano nombre algunos.  
Á otros inspira el miedo de la muerte  
Un odio tal hacia la luz y vida,  
Que con pecho angustiado se dan muerte;  
Olvidados sin duda que este miedo  
Es manantial de penas y cuidados;  
Que este miedo persigue la inocencia,  
120 Que éste rompe los lazos amistosos,  
Que éste se burla de naturaleza,  
Pues que á sus caros padres y á su patria  
Han vendido los hombres muchas veces  
Por huir las mansiones infernales.  
Los muchachos á obscuras tembletean

- Y se asustan de todo en claro día.  
¡Somos la diversión de unos terrores  
Tan frívolos y vanos! desterremos  
Estas tinieblas y estos sobresaltos,  
130 No con los rayos de la luz del día,  
Sino pensando en la naturaleza.  
Establezco que el ánimo ante todo,  
Á quien inteligencia de ordinario  
Llamamos, en el cual está sentado  
El consejo y el régimen de vida,  
Es una parte real de nuestro cuerpo,  
Como los pies y manos y los ojos:  
Sin embargo de que una turba inmensa  
De sabios han creído firmemente  
140 No tener en el hombre sitio fijo  
El sentimiento; empero que del cuerpo  
Era habitud vital en cierto modo,  
Llamada por los griegos *armonía*,  
Porque anima la máquina, y no tiene  
Lugar determinado: y siendo un modo  
De ser la sanidad que goza el cuerpo,  
Y no una parte dél, del mismo modo  
Al ánimo no asignan sitio cierto:  
En lo que me parece van errados.  
150 Porque frecuentemente sufre el cuerpo,  
Su cubierta exterior, cuando el principio  
Interior se solaza: y al contrario,  
Si el ánimo es comido de pesares,  
Se regocija el cuerpo todo entero:  
Así cuando en el pie dolor sentimos,  
No padece ninguno la cabeza.  
Cuando además los miembros entregados  
Á blando sueño, y el pesado cuerpo  
En momentos de calma sumergido  
160 Está sin sentimiento, hay en nosotros

- Otro principio que en el mismo tiempo  
 Es agitado de infinitos modos,  
 Y experimenta en sí las alegrías  
 Y cuidados estériles del pecho.  
 Para que puedas conocer ahora  
 Que el alma también queda en nuestros miembros  
 Aun cuando se trastorne la armonía,  
 Sucede que después que se ha perdido  
 Una parte del cuerpo, el sentimiento
- 170 Anima sin embargo nuestros miembros,  
 Y perdiendo el calor algunas partes,  
 Y el aire respirando simplemente  
 Al momento las venas desampara  
 Y deja sólo huesos, de do infiero  
 No hacer igual papel en nuestro cuerpo  
 Todas las partes de que se compone,  
 Ni todas le conservan igualmente:  
 En aire y en calor la vida estriba:  
 El aire y el calor son los postreros
- 180 Que dejan nuestros miembros moribundos.  
 Mas puesto que del ánimo y del alma  
 Hemos hallado la naturaleza  
 Como parte del hombre, da á los griegos  
 Su palabra *armonía*, que sin duda  
 Trajeron de la cumbre melodiosa  
 Del Helicón ó de otra cualquier parte:  
 Guárdensela por mí, yo se la cedo:  
 Hagan de este vocablo sus delicias:  
 Comprende lo demás que voy diciendo.
- 190 Ahora digo que el ánimo y el alma  
 Están íntimamente entre sí unidos  
 Y una sustancia forman por sí propios;  
 Pero al juicio tenemos como jefe,  
 Él domina en el cuerpo bajo el nombre  
 De inteligencia y ánimo, y en medio

Del pecho tiene su morada fija:  
El miedo y el pavor aquí palpitan,  
En derredor halagan los placeres,  
La sensibilidad aquí hace asiento,  
200 Y la parte del ánimo, extendida  
Por todo el cuerpo, espera los mandatos  
Con que la hace mover, la inteligencia:  
Consigo mismo él solo se entretiene,  
Y goza de placer en los momentos  
En que el cuerpo y el ánimo no prueban  
Alguna sensación: y á la manera  
Que el dolor siente el ojo, ó la cabeza,  
Sin ser atormentado todo el cuerpo,  
Así el ánimo á veces abatido  
210 Es de melancolía, y animado  
Es por el regocijo, sin que el alma  
Alguna novedad sienta en los miembros:  
Si el espíritu empero por el cuerpo  
De miedo más vehemente es poseído,  
Vemos que el alma entera toma parte,  
Palidez y sudor á un tiempo embisten,  
La lengua balbucea y la voz falta,  
Ofúscase la vista, el oído zumba,  
Aplómanse los miembros: muere el hombre  
220 Por un terror del ánimo á menudo.  
De aquí cualquiera fácilmente entiende  
La íntima misión de ánimo y alma,  
Pues comunica al cuerpo el mismo golpe  
Que del espíritu ella ha recibido.  
Esta razón enseña ser corpórea  
De ánimo y alma la naturaleza;  
Pues si hacen que se muevan nuestros miembros,  
Si nos arrancan del profundo sueño,  
Y si el color del rostro ellos alteran,  
230 Y á todo el hombre rigen y gobiernan,

Estas operaciones sin contacto  
No se pueden hacer, ni ciertamente  
El contacto sin cuerpo; ¿por ventura  
Negaremos que el ánimo y el alma  
Son de una corporal naturaleza?  
Ves, además, que el alma toma parte  
En todas las funciones que hace el cuerpo,  
Y se las comunican mutuamente,  
Si no daña á la vida horrible fuerza  
240 De la muerte, si el choque no desune  
Los huesos y los nervios; sin embargo  
Viene la languidez y un abandono  
Suave de los miembros, y una grata  
Propensión de caer, á que se siguen  
Esfuerzos combatidos á las veces  
De incierta voluntad de enderezarse:  
Luego del alma la naturaleza  
Es corporal, puesto que experimenta  
Todas las impresiones de los cuerpos.  
250 Voy á enseñarte ahora cuáles sean  
De esta alma los principios, y qué especie  
De átomos la componen y la forman.  
Primeramente, digo ser compuesta  
De unos sutilísimos principios  
Y muy delgados: convendrás en esto,  
Si atiendes á la grande ligereza  
Con la que se decide y obra el alma:  
No nos presenta la Naturaleza  
Más activos los cuerpos; luego debe  
260 Esta movilidad extraordinaria  
Componerse toda ella de elementos  
Los más redondos y los más delgados,  
Que puedan obligarla á que se mueva  
Al más ligero impulso, pues si el agua  
Por causa ligerísima se mueve,



- Tiene átomos volubles y pequeños;  
La miel es más tardía, y más pesada,  
Su licor de difícil corrimiento,  
Pues sus partes se ligan y se traban  
270 Porque no son tan lisas y sutiles  
Y redondas. Disipa en un instante  
Un crecido montón de adormideras  
El soplo más ligero, y no lo hace  
Con un montón de piedras y hacecillos  
De lanzas: luego es proporcionada  
Á lo chico y lo fino de los cuerpos  
La movilidad de ellos: consistencia  
Tienen tanto mayor cuanto se forman  
De elementos groseros y angulosos.  
280 El alma así, que de naturaleza  
Tan móvil es, debe constar de cuerpos  
Los más pequeños, lisos y redondos;  
Mas de una vez conocerás, lo bueno,  
Lo útil é importante de mi aserto.  
Te aclarará también otra experiencia  
Cuán delicada es la Naturaleza,  
Y cuán fino el tejido de este agente,  
Y á qué espacio tan corto se ciñera  
Si fuera condensable esta sustancia.  
290 Cuando el quieto reposo de la muerte  
Llega á coger á un hombre, y se retiran  
El ánimo y el alma por los miembros,  
Nada verás perder de peso y forma,  
Á excepción del calor y sentimiento:  
Por lo que esta sustancia que ha ligado  
Á las vísceras, nervios y á las venas  
Naturaleza, debe componerse  
De partes minutísimas: no causa  
Diminución alguna su salida,  
300 Ni por la superficie ni en la masa

De los cuerpos: así cuando de Baco  
La flor se ha disipado, y ha perdido  
El perfume suave sus olores,  
Ó los jugos salieron de algún cuerpo,  
No parecen menores á la vista,  
Ni mucho más ligeros; pues los jugos  
Y los olores no son más que partes  
Muy sutiles del cuerpo; lo repito,  
Que el alma y el espíritu se forman  
310 De átomos muy ligeros, pues huyendo  
No roban peso alguno de los cuerpos.  
No hemos de presumir que sea el alma  
Una sustancia simple; pues exhalan  
Los moribundos un ligero soplo  
Revuelto con calor; éste no puede  
Sin el aire existir, porque sus partes,  
Si no llegan á estar muy bien unidas,  
Es preciso se cuelen por los poros  
Las moléculas de aire; pues hallamos  
320 Ser ya del alma la Naturaleza  
Por los tres elementos producida.  
Pero todo esto junto no es bastante  
Para que se produzca el sentimiento:  
No es concebible, pues, que alguno de éstos  
Pueda hacer movimientos sensitivos  
Que en juego pongan el entendimiento;  
Y así les damos un principio cuarto:  
Éste no tiene nombre conocido,  
No hay otro más movable, ni más fino,  
330 Ni más pulido entre los elementos.  
Él imprime el primero en nuestros miembros  
Movimiento de vida: él es movido  
Primeramente por tener perfecta  
Pequeñez de principios: al momento  
Él al calor, al soplo comunica

Y al aire el movimiento, y en seguida  
En general la máquina se mueve:  
La sangre entonces bate: entonces se hacen  
En general las vísceras sensibles:  
340 Por último, los huesos y medulas  
De placer ó dolor son afectados.  
Penetrar el dolor aquí no puede  
Ni algún mal violento sin que cause  
En la máquina toda tal desorden  
Que no encuentre la vida más asilo,  
Y toda el alma sale descompuesta  
Por los poros del cuerpo; felizmente  
Limitan estos choques destructores  
Sus impresiones en la superficie  
350 De los cuerpos: la vida conservamos.  
Codiciando yo ahora el explicarte  
Por qué secreto lazo, ó por qué mezcla  
Estos cuatro elementos se combinan  
Y formar pueden un sensible todo,  
Contra mi voluntad no lo permite  
De nuestra lengua patria la pobreza:  
Yo te haré como pueda un fiel bosquejo:  
Mezclados entre sí los elementos  
De estos cuatro principios, de concierto  
360 Se mueven, sin que puedan separarse  
Ni en parte ejercitar sus facultades  
Sino como potencias diferentes  
De un mismo todo único; y del modo  
Que en las entrañas de los animales  
Un olor, un color y sabor propio  
Hay por lo general, aunque resulte  
De estas tres cualidades reunidas  
Una misma sustancia; de este modo  
Aire, calor y soplo, agente ciego,  
370 Una naturaleza forman juntos

Con esta fuerza activa que principia  
Á darles movimiento y hace nazca  
Por la máquina toda el sentimiento:  
Se oculta, pues, este primer agente  
En lo más interior de nuestros cuerpos;  
Partes más interiores no tenemos:  
Es alma de nuestra alma, á la manera  
Que el alma y el espíritu se juntan  
En nuestros miembros y en el cuerpo todo  
380 Secretamente, porque son formados  
De pocos y pequeños elementos;  
Este principio así, falto de nombre,  
De átomos sutilísimos compuesto,  
En el fondo se oculta de nosotros,  
Y él es el alma de la misma alma,  
Y señorea por el cuerpo todo:  
El viento, el aire y el calor no pueden  
Producir de este modo en nuestros miembros  
La vida sin estar ellos mezclados;  
390 Y aunque domine, ó sea dominado  
Uno de estos principios por los otros,  
Juntos deben de hacer un solo todo  
Para que no perezca el sentimiento,  
Porque no rompan los vitales lazos  
Obrando cada uno separado.  
Aquel calor la cólera fomenta,  
Da también á la sangre efervescencia,  
Y arrojan fuego los airados ojos:  
En el alma hay también mucha aura fría,  
400 Compañera del miedo, que en los miembros  
Excita horror, y hace temblar el cuerpo:  
El aire, el más templado de los cuatro,  
Es el que tranquiliza nuestros pechos  
Y serena el semblante: predomina  
En los pechos coléricos fogosos

- El calor, pues se airan fácilmente.  
La furia violenta de leones  
Así es principalmente, cuyos pechos  
Se rompen con rugidos espantosos,  
410 Ni su pecho coléricos tumultos  
Puede ya recoger: por el contrario,  
El viento yela el alma de los ciervos,  
Que excita un aire frío en sus entrañas  
Con mayor rapidez, y por sus miembros  
Hace que un general temblor se mueva.  
Mas la naturaleza de los bueyes  
Vive con aire mucho más templado.  
Ni la hacha de la cólera aplicando  
La causa daño, ni jamás la ofusca  
420 Con los negros vapores de sus sombras,  
Ni el helado pavón la pone torpe  
Con tiros penetrantes: tiene el medio  
Entre los ciervos y leones fieros.  
La raza humana así es constituida;  
Aun cuando perfeccione á ciertos hombres  
La educación, no puede sin embargo  
Borrar ella los rasgos dominantes  
Que en el alma grabó la misma mano  
De la naturaleza: no es posible  
430 De ella arrancar el germen de los vicios:  
De vehemente cólera arrastrado  
Éste se precipita, aquél tentado  
Es de la timidez, y aquel tercero  
Se compadece más de lo que debe.  
Hay en los caracteres diferencias  
Esenciales, también en las costumbres,  
Que son un resultado cuyas causas  
Secretas explicarte yo no puedo;  
440 Tampoco hallo los nombres suficientes  
Á las figuras de los elementos

De que esta variedad es producida:  
Me parece poder asegurarte  
Que no pudiendo reflexión y estudio  
Destruir los vestigios primitivos,  
Los debilitan tanto, que podemos  
Pasar la vida bienaventurada  
Con que los altos Dioses se deleitan.

La cubierta del alma es nuestro cuerpo,  
Y ella misma del cuerpo es centinela  
450 Y causa de salud; pues que se unen  
Entre sí mismas estas dos sustancias  
Con raíces comunes, no se puede  
Una de otra apartar sin destruirlas.  
Si al incienso quitar su olor no es fácil  
Sin que perezca su naturaleza;  
De la misma manera es imposible  
Quitar de todo el cuerpo ánimo y alma  
Sin que las dos sustancias se disuelvan.  
De esta manera la Naturaleza  
460 Ha unido íntimamente sus principios  
En el instante mismo de formarlas,  
Y sujetólas á la misma suerte:  
No pueden, pues, obrar ni sentir ellas  
Sin darse mutuo auxilio: reunidos,  
Empero, sus comunes movimientos,  
Nos encienden la antorcha de la vida.  
Ni se engendra ni crece por sí el cuerpo,  
Ni después de la muerte sobrevive.  
Pues aquellas partículas de fuego  
470 Que contiene en sí el agua cuando hierve,  
Pueden generalmente evaporarse  
Sin que se descomponga la misma agua  
Por esta causa: pero no así pueden  
Los miembros resistir desamparados  
La salida del alma; su tejido

Se rompe y se empodrece por entero,  
 Y mutuamente el peso de la vida  
 Aprenden á llevar desde muy tiernas  
 Estas sustancias en el vientre mismo  
 480 De las madres; no pueden separarse  
 Sin perecer: y pues que están unidas  
 Mutuamente entre sí por conservarse,  
 Claro verás que su naturaleza  
 Debe en unión recíproca estrecharse.  
 Si alguno al cuerpo el sentimiento niega,  
 Y cree que recibe aquél el alma  
 Por estar derramada en todo el cuerpo,  
 Ataca abiertamente la evidencia.  
 ¿Quién dirá el modo de sentir el cuerpo,  
 490 Sino porque está unido con el alma,  
 Como nos ha enseñado la experiencia?  
 El alma retirada, queda el cuerpo  
 De todo sentimiento despojado:  
 Pierde en la vida lo que no era suyo,  
 Y le roba la muerte mayor presa.  
 Pretender que los ojos nada vean,  
 Y que el alma divisa los objetos  
 Á través de aberturas, es delirio:  
 Los sentidos nos dicen lo contrario;  
 500 Porque trae y recoge simulacros  
 El sentido en el órgano. Y á veces,  
 Cuando fijar la vista no podemos  
 En objetos brillantes, porque altera  
 Sus funciones la luz bastante viva,  
 ¿Diremos que las puertas por do vemos  
 Experimentan sensación penosa?  
 Si esta suposición es admitida,  
 El alma ya verá mejor sin ojos,  
 Libre de estos estorbos de las puertas.  
 510 Ni del varón Demócrito presumas

Seguir el voto santo, que nos dice  
Corresponder á cada un elemento  
Del cuerpo otro del alma, y que esta mezcla  
El lazo de los órganos compone;  
Puesto que si del alma los principios  
Más delicados son que los del cuerpo  
Y vísceras, en número no exceden:  
Y con economía están partidos,  
Y únicamente asegurar pudieras  
520 Que entre los más pequeños elementos,  
Cuantos pueden causarnos sensaciones,  
Hay divididas otras tantas partes  
Del alma en nuestros miembros: no sentimos  
El polvo que se pega á nuestro cuerpo  
Y el afeite aplicado á nuestros miembros,  
Ni el rocío nocturno, ni los hilos  
Delgados de la araña, cuando andamos,  
No sentimos meternos en sus redes,  
Ni la camisa vieja que el insecto  
530 Sobre nuestras cabezas caer deja,  
Ni las plumas de aves, ni pelusas  
Volantes, cuya extrema ligereza  
Hace caer á veces lentamente;  
Tampoco el paso de rastrero insecto,  
Ni de los pies la huella señalada  
Que dejan los insectos y mosquitos  
En nuestro cuerpo; pues primeramente  
Es preciso se ponga en movimiento  
De átomos gran copia por el cuerpo,  
540 Primero que los átomos del alma  
Á tan grandes distancias colocados  
Puedan sentir aquellas impresiones  
Y puedan reunirse, entrechocarse  
Y alternativamente repelerse.  
El espíritu es la esencial base



De la vida; por él nos conservamos  
Mucho mejor que por el alma misma:  
Sin espíritu y juicio ni un momento  
Puede el alma quedar en nuestros miembros;  
550 Sus más pequeñas partes se disipan,  
Sigue á su compañero por los aires  
Y deja sólo los helados miembros  
El frío de la muerte: queda vivo  
El hombre que conserva el juicio sano  
Y el espíritu: el cuerpo sin embargo  
Podrá ser mutilado, y su alma en parte  
Y sus miembros perder; mas vive el tronco,  
Y goza auras etéreas de la vida:  
Si no es de toda el alma despojado,  
560 Cualquier pequeña parte que subsista  
Será bastante para darle vida:  
Por eso, aun cuando fueren desgarradas  
Las partes que rodean á los ojos,  
Si permanece intacta la pupila,  
La potencia de ver está en su fuerza;  
Como no hieras tú la cuenca entera,  
Y cortes sólo las vecinas partes,  
Y aisladamente dejes la pupila,  
No dañará la vista: mas si un poco  
570 Dañan del ojo aquella parte media,  
Aunque por otra parte transparente  
Estuviere la órbita sin daño,  
Apágase la luz en el instante,  
Y siguen las tinieblas: estas leyes  
Unen siempre el espíritu y el alma.  
Proseguiré diciéndote en canciones  
Dignas de que te ocupen mientras vivas,  
Que nacen los espíritus, y mueren  
Con nuestro cuerpo las ligeras almas;  
580 De un penoso trabajo prolongado

Mi canto es dulce fruto: bajo un nombre  
Procura reunir estas sustancias,  
Pues juntas forman un compuesto solo:  
Y cuando te enseñare, verbi gracia,  
Ser el alma mortal, cree que digo  
Ser mortal el espíritu como ella.

Primeramente, porque te he enseñado  
Constar el alma de pequeños cuerpos,  
Y de elementos mucho más delgados  
590 Que los del agua, ó nubes, ó del humo;  
Puesto que en ligereza se aventaja,  
Y muévase con un ligero impulso,  
Como que obran los mismos simulacros  
De las nubes y el humo sobre el alma:  
Pues simulacros son de estos objetos  
El humo y el vapor que en sueños vemos  
Exhalarse y subir de los altares.  
Por todas partes ves correr el agua  
Cuando se hace pedazos algún vaso;  
600 Pues si las nubes y humo se disipan  
Por los aires, persuádete que el alma  
Se disipa saliendo de los miembros,  
Y que sus elementos se disuelven  
Y perecen más pronto y velozmente.

Siendo del alma el cuerpo como vaso,  
Por un mortal ataque descompuesto,  
Ó perdida la sangre, enrarecido,  
No puede detener su retirada.  
¿Podrás tú persuadirte la detenga  
610 El aire, que es un flúido más raro?

Nacer, crecer y envejecer sentimos  
El alma juntamente con el cuerpo:  
Un cuerpo quebradizo y delicado  
Sirve desde la infancia como cuna  
A un ánimo tan débil como el alma:

Y los miembros la edad robusteciendo,  
El consejo también se robustece,  
Y el ánimo sus fuerzas va aumentando:  
Después, cuando el esfuerzo poderoso  
620 De los años el cuerpo ha quebrantado,  
Y, el brío entorpecido, decayeron  
Las fuerzas de los miembros, el ingenio  
Claudica, y el espíritu y la lengua  
Delira, y faltan todos los resortes  
De la máquina á un tiempo; luego el alma  
También se descompone y se disipa  
Como el humo en los aires, pues la vemos  
Nacer y acrecentarse con el cuerpo  
Y sucumbir al tiempo fatigada.  
630 Como del mismo cuerpo se apoderan  
Dolor agudo, enfermedades graves,  
Del espíritu así el espanto y duelo  
Y molestos cuidados: luego debe  
Partícipe como él ser de la muerte.  
La razón se perturba en las dolencias  
Del cuerpo muchas veces: se apodera  
Del alma la demencia y el delirio:  
Y á veces un letargo profundísimo  
La hunde en un sopor alto y eterno,  
640 Los párpados se caen y la cabeza:  
Ni oye las voces, ni conoce el rostro  
De aquellos que llamándola á la vida  
La cercan y rodean derramando  
Lágrimas en el rostro y las mejillas.  
Es preciso confieses se disuelve  
El ánimo también, pues le penetran  
Los contagios del mal; amaestrado  
Nos há el acabamiento de otros muchos;  
Dolor y enfermedad, entrambos juntos,  
650 Son los fabricantes de la muerte.

¿Por qué razón, en fin, luego que el vino,  
Este licor ardiente, ha poseído  
Un hombre penetrando por sus venas,  
Y su ardor escondió metido en ellas,  
Están sus miembros graves y pesados,  
Sus pies entorpecidos tartalean,  
La lengua torpe, y embriagada el alma,  
Fluctuantes los ojos, gritos, llantos  
Y riñas y pependencias van creciendo,  
660 Y lo demás que á la embriaguez se sigue?  
Del vino, pues, la fuerte violencia  
Ataca el alma en nuestro mismo cuerpo.  
Luego si puede una cualquier sustancia  
Perturbarse embargada, es necesario  
Que de inmortalidad esté privada,  
Y que perezca, hallándose ella expuesta  
Á una causa más fuerte irresistible.  
De un accidente súbito atacado  
Un hombre, cae en tierra á nuestra vista  
670 Como herido de rayo: espumajea,  
Gime y tiemblan sus miembros,  
Se enfurece, se atiesa, y el resuello  
Apenas puede echar y se fatiga;  
Con inquietud se vuelve á todos lados:  
Del mal la violencia, derramada  
Por los miembros, sin duda al alma llega,  
Y la trastorna: así en el mar salado  
La fuerza impetuosa de los vientos  
Hace hiervan las ondas espumosas.  
680 Dolor es quien arranca los gemidos;  
Los elementos de la voz echados  
Á un tiempo, de tropel se precipitan  
Por el conducto que avezado hubiera  
La familiar costumbre á despedirlos.  
La demencia proviene de que el alma

Y espíritu se turban; separados  
Con la fuerza del mal, sus facultades  
Ejercen en desorden: pero cuando  
El humor que causaba la dolencia  
690 Otro giro tomó, y en escondrijos  
El humor corrompido se metiera,  
Como tambaleando se levanta,  
Recobra poco á poco los sentidos,  
Y vuelve á su razón: luego si tantas  
Enfermedades en el cuerpo mismo  
Al alma oprimen con oprobio y mengua,  
¿Te podrás persuadir que sin el cuerpo  
Pueda el alma vivir allá en el aire  
Enmedio de los vientos y borrascas?  
700 Y pues que vemos que se cura el alma  
Como el enfermo cuerpo, y que ella puede  
Restablecerse con la medicina;  
Esto presagia ser mortal el alma.  
Como toda sustancia conocida  
El alma viene á ser: es imposible  
Mudar su estado sin juntar las partes,  
Bien se las quiten, bien se las traspongan.  
Pero si es inmortal una sustancia,  
Jamás permite el alterar su orden,  
710 Ni sufre se acreciente ó disminuya  
El número que tiene de principios:  
Porque todo aquel sér que ha traspasado  
Los límites prescritos á su esencia  
Haciendo mutaciones, deja al punto  
De ser lo que antes era: luego el alma,  
Ó bien enferme, ó bien ya convalezca,  
Da señales de muerte, como he dicho.  
Tan fuertemente la verdad ataca  
Al error, y le cierra la salida,  
720 Y con raciocinar sólido y sabio

Se alza triunfante del sofisma vano.

Vemos, en fin, la consunción del hombre  
Por grados á las veces; y sus miembros  
Pierden uno tras otro el sentimiento.

Ante todo los pies, uñas y dedos  
De lívido color vemos cogidos;  
En seguida los pies y piernas mueren;  
Las huellas de la helada muerte ganan  
Después por grados los restantes miembros.

730 Así que, pues el alma se divide,  
Ni al mismo tiempo puede existir toda,  
Como mortal debemos reputarla.  
Si acaso piensas que ella misma puede  
Interiormente reunir sus partes,  
Y recogerlas todas en un punto,  
Dando á todos los miembros sentimiento,  
Parece que el lugar donde se junta  
Tanta copia de átomos debía  
De mayor sentimiento estar dotado.

740 Pues como nada de esto se perciba,  
Es preciso, como antes afirmamos,  
Que el alma separada de sí misma  
Perezca derramada por afuera.  
Aunque una falsedad te concedamos  
Suponiendo que el alma se recoge  
En el cuerpo de aquellos moribundos  
Que por grados la vida van perdiendo,  
Debe no obstante ser mortal el alma.  
No importa que esparcida por los aires  
750 Perezca el alma, ó en ocultas partes  
Se embrutezca, si el hombre va perdiendo  
Gradüalmente vida y sentimiento.

Y supuesto que el alma es una parte  
Del hombre, y que ella ocupa sitio cierto,  
Así como los ojos, las orejas

- Y los demás sentidos que nos guían;  
Y no pudiendo separadamente  
Existir, ni sentir la mano, el ojo  
Ó la nariz fuera de nuestro cuerpo,  
760 Antes bien al instante se corrompen;  
Por sí existir tampoco puede el alma  
Sin el cuerpo, que viene á ser su vaso,  
Ú otra cosa más íntima, pues juntos  
Forman tan solamente una sustancia.  
Últimamente; unidos cuerpo y alma,  
Se conservan y existen mutuamente:  
Porque el alma del cuerpo separada  
No produce vitales movimientos  
Aisladamente, ni sin alma el cuerpo  
770 Existe y ejercita los sentidos.  
Y si arrancado de raíz un ojo,  
Separado del cuerpo enteramente,  
No puede distinguir objeto alguno;  
El alma y el espíritu no pueden  
Por sí del mismo modo alguna cosa.  
Los elementos, pues, diseminados  
Por venas, huesos, vísceras y nervios,  
Dentro de todo el cuerpo prisioneros,  
No pueden apartarse libremente  
780 Á unas grandes distancias, y encerrados  
Ejercen los vitales movimientos;  
Los que no existen fugitiva el alma  
Fuera del cuerpo, echada por los aires,  
Por no estar ya sujetos sus principios:  
Aire animado podría ser el alma,  
Si estrecharse pudiera el alma misma,  
Y su actividad fuera tan ceñida  
Como lo era antes en el mismo cuerpo.  
Repito, pues: disuelta la cubierta  
790 De todo el cuerpo, y las vitales auras

Fuera del cuerpo echadas, se disuelve  
Del ánimo y del alma el sentimiento,  
Como que son efectos de una causa.

No pudiendo sufrir, en fin, el cuerpo  
La partida del alma sin que exhale  
Fétido olor después de corrompido,  
¿Dudas que el alma descompuesta escape  
De lo íntimo del cuerpo como humo?  
Y qué ¡tan grande alteración del cuerpo,  
800 De sola corrupción originada,  
Y su ruina general no anuncian  
Que el alma de su puesto fué arrojada,  
Y que sus partes por los miembros manan  
Por los conductos que hay en todo el cuerpo?  
Esto comprueba haber salido el alma  
Dividida primero por los miembros,  
Y que en el mismo cuerpo descompuesta,  
En el flúido aire después nada.

Aun no dejando el alma muchas veces  
810 La mansión de la vida, trastornada  
Por alguna violenta sacudida,  
Parece va á marchar; todos los miembros  
Se aflojan, y el semblante desfallece  
Como en la postrer hora, y vacilantes  
Todos los miembros caen de exangüe cuerpo.  
Este estado presenta un desmayado  
Ó un hombre que perdió el conocimiento:  
Terrible ataque, en que las fuerzas todas  
Desea recoger por conservarse  
820 La máquina, pues cae el alma entera,  
Y se desploma con el cuerpo entonces;  
Y pereciera, si llegase el choque  
Á hacerse más violento. Últimamente:  
¿Crearás que escapada de los miembros,  
Sin poder resistir ataque externo,



- Sin defensa ni abrigo, existir pueda,  
No digo eternamente, un solo instante?  
Ni un moribundo siente cuando sale  
El alma libremente de su cuerpo,  
830 Por la garganta al paladar subiendo:  
Pero en el mismo sitio ella perece  
En que naturaleza la pusiera,  
Así como perecen los sentidos.  
Si ella fuera inmortal no se quejara  
Sintiendo disolverse con la muerte:  
Antes con alegría se partiera,  
Y saldría del cuerpo á la manera  
Que deja sus despojos la culebra  
Ó cuernos elevados ciervo añoso.  
840 La sensibilidad y el raciocinio  
¿Por qué razón, en fin, ni en la cabeza  
Ni en los pies ó las manos jamás nacen?  
¿Por qué se unen en sitio y región cierta,  
Sinó porque les dió naturaleza  
Á entrambos un lugar determinado  
Para nacer en él y conservarse?  
Así de muchos modos lo ha dispuesto  
En favor ella de los miembros todos,  
Para que nunca su orden invirtiesen.  
850 Los efectos y causas se encadenan  
Con tanta proporción; pues ni la llama  
Tuvo costumbre de nacer en ríos,  
Ni el hielo acostumbró á salir del fuego.  
Pero si el alma por naturaleza  
Es inmortal, y si de nuestro cuerpo  
Separada, conserva el sentimiento,  
Á mi entender la das cinco sentidos:  
No podemos nosotros figurarnos  
Vagar en Aqueronte de otro modo  
860 Las almas de los muertos, como hicieron

Los antiguos poetas y pintores,  
Que las imaginaron con sentidos.

Pero no puede el alma sin el cuerpo  
Tener ojos, narices, ni aun las manos;  
Ni sentir, ni existir sin alma pueden  
La lengua y las orejas por sí mismas.

Y pues sentimos por el cuerpo todo  
De vida el sentimiento difundido,  
Y en general le vemos animado;  
870 Si alguna fuerza el tronco separando  
Con un rápido golpe de repente,  
Sin duda á un tiempo el alma dividiera,  
Y junta con el cuerpo la tumbara  
Cortada en dos mitades. La sustancia  
Que se divide en partes nos declara  
Nó ser eterna su naturaleza.

Dicen que cortan los falcados carros  
Los miembros del guerrero encarnizado  
Con tanta rapidez en la pelea,  
880 Que se ve palpar aquella parte  
Cortada por el suelo antes que el alma  
Cogida del dolor su falta sienta:  
Bien la celeridad del mal la robe  
El sentimiento, ó bien que el alma entera  
Con el recio combate enardecida  
Lo restante del cuerpo sólo emplea  
En dar ó prevenir mortales golpes.  
Su brazo izquierdo y su broquel perdidos  
Por entre los caballos, otro ignora  
890 Haberse destrozado por las ruedas  
Y las hoces rapaces. Presuroso  
Los muros escalando, éste no advierte  
Que en tierra se cayó su mano diestra:  
Aquel otro procura levantarse  
En la pierna cortada, cuando al lado

- Agita el moribundo pie los dedos  
En el suelo. Y cortada la cabeza,  
Calor y vida el tronco conservando,  
Un semblante animado guarda en tierra
- 900 Y los ojos abiertos mientras fueron  
Las reliquias del alma disipadas.  
Si quieres dividir en muchas partes  
La cola de serpiente corpulenta,  
La cual vibra amenazas por su lengua,  
Verás atormentarse cada parte  
Con la reciente herida aisladamente,  
Y la verás llenar de podre el suelo,  
Y la parte anterior con furia herida,  
Á sí misma se daña por la espalda
- 910 Con propio diente, de dolor rabiando.  
¿Diremos, por ventura, que hay un alma  
En cada trozo de estos? ¿No sería  
Llenar un animal de muchas almas?  
Luego fué con el cuerpo dividida  
La única alma que había: pues mortales  
Entrambas son, puesto que se dividen.  
Si el alma es de inmortal naturaleza,  
Si al nacer en el cuerpo se insinúa,  
¿Cómo es que no podemos acordarnos
- 920 De la vida pasada, ni tenemos  
De los antiguos hechos resto alguno?  
Si el alma padeció tan gran mudanza  
Que se olvidó de los pasados hechos,  
Yo creo que este estado se parece  
Á la muerte; confiesa, pues, que el alma  
De otro tiempo murió, y la del presente  
Ha llegado á formarse nuevamente.
- Si ya perfecto el cuerpo, se insinuase  
En nosotros el alma al mismo tiempo
- 930 Que somos engendrados y pisamos

El umbral de la vida, no la vieras  
Con los miembros crecer y con el cuerpo  
En nuestra misma sangre: antes debía  
Como en jaula vivir para sí misma,  
Separada del cuerpo que ella anima:  
Digamos sin cesar tener origen  
Las almas, sin librarse de la muerte.  
Es imposible que sustancia extraña  
Con tanta intimidad pudiese unirse  
940 Á nuestros cuerpos contra la experiencia;  
Por venas, nervios, vísceras y huesos  
Extenderse de modo, que aun los dientes  
Participan de cierto sentimiento,  
Como lo indica el mal y tiritona  
Que causa el agua fría que bebemos  
Y la piedra mascada en el sustento.  
Añádase que, como estrechamente  
Está unida á la máquina, no puede,  
Sin que primero se disuelva toda,  
950 El alma verse libre de los nervios  
Y de los huesos y articulaciones.  
Porque si crees tú que el alma corre  
Como flúido extraño por los miembros,  
Perecerá más pronto con el cuerpo;  
Puesto que la fluidez es un estado  
De disolverse un cuerpo y darle muerte:  
Por tanto, nuestro cuerpo se reparte.  
Si colando en los miembros los sustentos  
Toman de suyo otra naturaleza;  
960 El ánimo y el alma así, aunque enteros,  
Cuando penetran en reciente cuerpo,  
Deben descomponerse circulando;  
Por todos los conductos esparcidas  
Sus partículas, dentro de los miembros  
Forman un alma nueva, nueva reina

- De nuestro cuerpo, hija de la primera,  
Que repartida entonces por los miembros,  
Perece: por lo cual no está privada  
De nacimiento, ni de muerte exenta.
- 970 ¿Quedan por fin, ó no, semillas de alma  
En exánime cuerpo? pues si quedan,  
Por inmortal no puede ser tenida;  
Con pérdida de partes se ha alejado:  
Mas si al contrario con enteros miembros  
Robada se fugó, de tal manera  
Que no deja en el cuerpo parte alguna,  
¿Por qué razón podridas las entrañas,  
Un cadaver da vida á los gusanos?  
¿Cómo tan grande copia de animales
- 980 Despojados de huesos y de sangre  
Se ve bullir por los hinchados miembros?  
Si crees que las almas de gusanos  
Como extrañas sustancias han podido  
Juntarse por fortuna con sus cuerpos;  
Si tantas almas súbito allegadas  
Después de la partida de una sola  
No te proponen reflexión alguna;  
Á una cuestión responde, sin embargo,  
Que es preciso te hagamos: ¿cada una
- 990 De estas almas escoge la semilla  
Que ella quiere animar, y se fabrica  
Alguna habitación para sí misma,  
Ó en los cuerpos formados se insinúan?  
Yo no encuentro razón para que se hagan  
Su prisión ellas mismas con trabajo,  
Las que sin cuerpo vuelan al abrigo  
De enfermedad, de frío, de hambre y males  
Que le han cabido al cuerpo por herencia,  
Y que el alma en unión experimenta:
- 1000 Mas demos que les sea ventajoso

Un cuerpo fabricarse y habitarle;  
 Yo no sé cómo pueden hacer esto:  
 Luego cuerpos y miembros no fabrican  
 Las almas para sí, ni se insinúan  
 En cuerpos hechos: dame tú lecciones  
 De cómo están unidos cuerpo y alma.  
 ¿Por qué el bravo león, en fin, conserva  
 Lo feroz de su especie? ¿por qué heredan  
 Las zorras el ardid, la huída el ciervo?  
 1010 ¿Y sus miembros agita el pavor patrio?  
 ¿Por qué espirituales afecciones  
 Que nacen y se engendran con nosotros,  
 Sinó porque el espíritu, teniendo  
 Su germen y elementos como el cuerpo,  
 Crecen con todo él al mismo tiempo,  
 Y del alma se van desenvolviendo  
 Las cualidades? pues si inmortal fuese,  
 Si de uno en otro cuerpo se pasara,  
 Andarian revueltas las costumbres  
 1020 De las bestias: se viera con frecuencia  
 Huir de Hircania el perro la embestida  
 De algun ciervo cornudo, y temblaría  
 Gavilán fugitivo por los aires  
 De la paloma: fuera el hombre necio,  
 Y el bruto sábiamente discurriera.  
 En vano intentan por salir del paso  
 Que por ser inmortal se muda el alma  
 Mudado el cuerpo; todo sér mudable  
 Se disuelve y perece sin remedio,  
 1030 Porque desordenadas y traspuestas  
 Sus partes son: luego las almas deben  
 Desatarse en los miembros, y morirse,  
 Sin quedar parte suya con el cuerpo.  
 Si dicen que las almas de los hombres  
 Se pasan siempre á miembros humanales,

- Preguntaré, no obstante, ¿por qué causa  
 Se puede volver necia un alma sabia?  
 No hay niño alguno que prudente sea,  
 Ni tiene el potro la destreza y brío
- 1040 Del bruto belicoso: el alma tiene  
 Su germen propio, que se desenvuelve  
 Y juntamente con el cuerpo crece.  
 Dirán, en fin, por última salida,  
 Que ella rejuvenece en tierno cuerpo;  
 La confinas mortal forzosamente,  
 Pues no puede sufrir tan gran mudanza  
 El alma por los miembros, sin que pierda  
 La vida y sentimiento que antes tuvo.  
 ¿Cómo robustecida con el cuerpo
- 1060 Podrá junto con él tocar el alma  
 La flor gustosa de la edad que anhela,  
 Si no nace con él? ¿Por qué desea  
 Abandonar en la vejez sus miembros?  
 ¿Teme acaso quedarse ella encerrada  
 En un cuerpo podrido, ó que se hunda  
 Su vieja casa sobre sí cansada?  
 Empero lo inmortal no corre riesgo.  
 Ridículo es, en fin, imaginarse  
 Estar prontas al coito las almas,
- 1060 Y á partos de animales, como enjambres  
 De inmortales sustancias esperando  
 Mortales miembros, y entre sí luchando  
 Por entrar en el cuerpo la primera  
 Cada cual de ellas, ó entre sí conciertan,  
 Por evitar disputas, que se meta  
 La que con más presteza se acercare.  
 Ni el árbol en el aire, ni las nubes  
 En el profundo mar, existir pueden,  
 Ni en los campos vivir pueden los peces,
- 1070 Ni se puede dar sangre en la madera,

Ni jugo en piedras: tiene lugar cierto  
 Cada sér donde crezca y donde exista:  
 No puede el alma así nacer aislada,  
 Y no puede existir sin sangre y nervios:  
 Con más razón podría estar el alma  
 En la cabeza ú hombros, ó talones,  
 Y pudiera nacer en cualquier parte,  
 Y en el mismo hombre y vaso se quedara.  
 Pues si estamos seguros tiene el alma  
 1080 Y espíritu en el cuerpo lugar fijo,  
 En donde pueden ir creciendo á un tiempo  
 Y tener existencia, afirmaremos  
 Que no pueden nacer y durar fuera:  
 Luego cuando la máquina perece,  
 Preciso es que también perezca el alma.  
 Si es locura el juntar mortal á eterno,  
 Y suponer que están en armonía,  
 Haciendo mutuamente sus funciones;  
 ¿Se puede imaginar más ardua cosa,  
 1090 Más distinta y opuesta que juntarse  
 Una perpetua é inmortal sustancia  
 Con la mortal, haciéndolas que sufran  
 En mutua unión borrascas espantosas?  
 Pero subsiste un cuerpo eternamente  
 Porque su solidez resiste el choque;  
 Él es impenetrable, indisoluble,  
 Como los elementos de materia  
 Cuya naturaleza he declarado:  
 Ó porque no se halla expuesto al choque,  
 1100 Como el vacío, este impalpable espacio  
 Donde la destructora acción se pierde:  
 Ó porque algún espacio no le cerca  
 Que pueda contener en cierto modo  
 Sus reliquias disueltas, como el *todo*  
 Cuyas partes no escapan por defuera,



- Ni hay cuerpos que las choquen y desunan:  
Pero del alma la naturaleza  
No es de algún cuerpo sólido compuesta,  
Porque hay vacío, como te he enseñado:  
1110 No lo es como vacío, pues hay cuerpos  
En la *suma* infinita, que atacando  
Con violencia y rapidez, la pueden  
Trastornar y ponerla en gran peligro.  
Existe de seguro espacio inmenso  
Do sus elementales partes pueden  
Ser dispersadas, ó de cualquier modo  
El alma perecer: no se han cerrado  
Las puertas de la muerte para el alma.  
Si inmortal puede ser esta sustancia,  
1120 Sin peligro de causas destructoras,  
Será porque estas causas no la toquen  
Ó porque antes que lleguen se rechazan,  
Sin que podamos percibir el daño;  
Pues los males del cuerpo el alma enferman,  
Y la consume á veces lo futuro,  
Y la fatiga con cuidado y miedo,  
Y los pasados crímenes la roen:  
Junta á esto el furor propio del alma  
Y un olvido absoluto de las cosas,  
1130 Y hundirse en negras ondas del letargo.  
La muerte nada es, ni nos importa,  
Puesto que es de mortal naturaleza:  
Y á la manera que en el tiempo antiguo  
No sentimos nosotros el conflicto  
Cuando el Cartaginés con grandes fuerzas  
Llegó por todas partes á embestirnos;  
Cuando tembló todo el romano imperio  
Con trépido tumulto, sacudido  
De horrible guerra en los profundos aires;  
1140 Cuando el género humano en mar y tierra

Suspenso estuvo sobre cuál de entrambos  
Vendría á subyugarle; pues lo mismo,  
Luego que no existamos, y la muerte  
Hubiere separado cuerpo y alma,  
Los que forman unidos nuestra esencia,  
Nada podrá sin duda acaecernos  
Y darnos sentimiento, no existiendo:  
Aunque el mar se revuelva con la tierra,  
Y aunque se junte el mar con las estrellas.  
1150 Y aunque el alma y espíritu tuvieran  
Sensaciones después de divididos,  
Interés no tomáramos en ello;  
Siendo nosotros sólo el resultado  
Del enlace y unión del alma y cuerpo:  
Ni aunque después de muertos recogiese  
Nuestra materia el tiempo, y la juntase  
Segunda vez como al presente se halla,  
Y á la luz de la vida nos volviese,  
Este renacimiento nada fuera  
1160 Siendo una vez cortada la existencia.  
Ninguno de nosotros se molesta  
Por lo que un tiempo fué, ni se entristece  
Por los sujetos que ha de hacer el tiempo  
De la materia nuestra. Pues si miras  
La inmensidad de los pasados siglos  
Y la asombrosa variedad que tienen  
Todos los movimientos de materia,  
Podrás tú conocer muy fácilmente  
Que en el orden actual se han combinado  
1170 Más de una vez los mismos elementos.  
Esto no lo comprende la memoria,  
Porque ha mediado pausa en nuestra vida  
Y se han extraviado los principios  
De nuestras almas con los movimientos  
Nuevos enteramente á los sentidos.

- No hay, pues, por qué temer desgracia alguna  
Si se vive aquel tiempo que podría  
Dejarse ésta sentir. Como la muerte,  
Quitando de la vista aquel sujeto  
1180 Á quien pueden caber los infortunios  
Que sufrimos nosotros al presente,  
Su existencia anterior del todo anula,  
Nada debe temer; ni desgraciado  
Se puede hacer el hombre que no existe:  
Y aquel á quien robó la eterna muerte  
Una vida mortal, se halla lo mismo  
Que si nunca jamás nacido hubiera.
- Por eso, cuando veas indignarse  
Un hombre por la suerte que le espera  
1190 Después de muerto, por servir de pasto  
Á los gusanos, ó por ser quemado,  
Ó desgarrado con ferinos dientes,  
No es en verdad sincero, y en su pecho  
No advierte la inquietud mal desenvuelta:  
Si le oimos no duda que la muerte  
Acabe en él cualquiera sentimiento:  
Pero no es consiguiente, me parece:  
No muere todo él, y sin saberlo  
Deja subsistir siempre parte suya.
- 1200 Pues cuando en vida llega á imaginarse  
Que será desgarrado su cadáver  
Por las aves y fieras, se lamenta  
De su mismo infortunio y desventura;  
Porque no se despoja de sí mismo  
Ni del caído cuerpo se retira  
Bastante el infeliz, y se figura  
Que existe aún, y sin dejar su lado,  
Le anima con su propio sentimiento:  
Porque si es ciertamente una desgracia  
1210 En la muerte servir de pasto á fieras,

- Encuentro yo no ser menos sensible  
Ser tostado con fuegos y con llamas,  
Ó ahogado con la miel, ó bien transido  
De frío, cuando yace en el sepulcro  
De mármol frío, y ser pisoteado  
Además de oprimido con la tierra.
- No te verá ya, empero, alegre casa,  
No te verá la esposa virtuosa,  
Ni los dulces hijuelos al encuentro
- 1220 Saldrán corriendo á arrebatár tus besos  
De tácita dulzura hinchendo el pecho:  
Ni á tí, ni á tus amigos escudarte  
Podrás jamás con tus gloriosos hechos:  
«¡Infeliz! ¡Oh infeliz! dicen; un día  
Fatal te roba todas las delicias  
De la vida feliz»; pero no añaden:  
«Ya no te queda sentimiento alguno».
- Si esta verdad tuvieran bien sabida,  
Y siguiera la práctica á sus dichos,
- 1230 De gran pena y de miedo se librarán.  
En un sopor tus párpados sumidos  
Con la muerte, en los siglos venideros  
No te molestarán seguramente  
Dolores melancólicos: empero  
Al lado de las lúgubres hogueras  
Derramaremos lágrimas á mares  
Nosotros sobre tí, ya hecho ceniza;  
Ni el tiempo borraré de nuestro pecho  
El eterno dolor: Si preguntamos
- 1240 Qué significa amor tan acendrado,  
Si todo pára en sueño y en reposo,  
¿Á qué podrinos en perpetuo llanto?  
También de corazón dicen los hombres  
En los convites, con la copa en mano  
Y sombreando el rostro las guirnaldas:

- «Entreguémonos, pues, al regocijo;  
 El fruto del placer se pasa luégo;  
 Muy pronto va á dejarnos para siempre».  
 El mal primero que en la muerte temen
- 1250 Es que á los miserables los abraze  
 La sed, y los devore la sequía,  
 Ó los moleste otro cualquier deseo.  
 Nadie á sí y á la vida echa de menos  
 Cuando en sueño reposan cuerpo y alma:  
 Pues aunque este reposo eterno sea,  
 Ni nos moleste falta de existencia,  
 No se han extraviado, sin embargo,  
 Tan lejos los sensibles movimientos  
 Durante el sueño, que, despierto el hombre,
- 1260 No pueda colocarlos como antes.  
 Pues la muerte supone mucho menos  
 Que el sueño, si es posible tenga grados  
 La nada, ¿por qué causa más desorden  
 Y confusión la muerte en los principios,  
 Y no permite que despierte el hombre  
 Que una vez consiguió reposo frío?  
 Si de repente, en fin, la voz alzara  
 Naturaleza, y estas reprensiones  
 Á cualquier de nosotros dirigiera:
- 1270 «¿Por qué ¡oh mortal! te desesperas tanto?  
 ¿Por qué te das á llanto desmedido?  
 ¿Por qué gimes y lloras tú la muerte?  
 Si la pasada vida te fué grata,  
 Si como en vaso agujereado y roto  
 No fueron derramados tus placeres,  
 É ingrata pereció tu dicha entera,  
 ¿Por qué no te retiras de la vida  
 Cual de la mesa el convidado ahito,  
 Oh necio, y tomas el seguro puerto
- 1280 Con ánimo tranquilo? Si, al contrario,

- Has dejado escapar todos los bienes  
 Que se te han ofrecido, y si la vida  
 Te sirve de disgusto, ¿por qué anhelas  
 Multiplicar los infelices días  
 Que en igual desplacer serán pasados?  
 ¿Por qué no pones término á tus penas,  
 Y á tu vida más bien? pues yo no puedo  
 Inventar nuevos modos de deleite  
 Por más esfuerzos que haga: siempre ofrezco  
 1290 Unos mismos placeres: si tu cuerpo  
 No se halla aún marchito con los años,  
 Ni tus ajados miembros se consumen,  
 Verás, no obstante, los objetos mismos,  
 Aun cuando en tu vivir salgas triunfante  
 De los futuros siglos, y aunque nunca  
 Á tu vida la muerte sujetare».
- ¿Qué responder á la naturaleza,  
 Sinó que es justo el pleito que nos pone,  
 Y es clara la verdad de sus palabras?
- 1300 Mas si sumido alguno en la miseria  
 Al pié de su sepulcro se lamenta,  
 ¿No será su clamor mucho más justo,  
 Y nos reprenderá con voz robusta?  
 «Vete de aquí, insensato, con tus llantos;  
 No me importunes más con tus quejidos».
- Á este otro, empero, que los años rinden,  
 Que en sus últimos días aún se queja:  
 «¡Insaciable, dirá, tú que has gozado  
 De todos los placeres de la vida,  
 1310 Aún te arrastras en ella! consumido  
 En los deseos del placer ausente,  
 Despreciaste el actual, y así tu vida  
 Se deslizó imperfecta y disgustada,  
 Y sin pensarlo se paró la muerte  
 En tu misma cabeza, antes que lleno

- Y satisfecho de la vida puedas  
 Retirarte: la hora es ya llegada:  
 Deja tú mis presentes; no son propios  
 De la edad tuya: deja resignado  
 1320 Que gocen otros, como es ley forzosa.»  
 Con razón, á mi ver, reprendería,  
 Y con razón se lo echaría en cara,  
 Porque á la juventud el puesto cede  
 La vejez ahuyentada, y es preciso  
 Que unos seres con otros se reparen:  
 Ninguna cosa cae en el abismo,  
 Ni en el Tártaro negro: es necesario  
 Que esta generación propague otra:  
 Muy pronto pasarán amontonados,  
 1330 Y en pos de tí caminarán: los seres  
 Desaparecerán hora existentes,  
 Como aquellos que hubiesen precedido.  
 Siempre nacen los seres unos de otros,  
 Y á nadie en propiedad se da la vida;  
 El uso de ella se concede á todos.  
 Mira también los siglos infinitos  
 Que han precedido á nuestro nacimiento  
 Y nada son para la vida nuestra.  
 Naturaleza en ellos nos ofrece  
 1340 Como un espejo del futuro tiempo.  
 Por último, después de nuestra muerte  
 ¿Hay algo aquí de horrible y enfadoso?  
 ¿No es más seguro que un profundo sueño?  
 Y hallamos en la vida ciertamente  
 Cualquier horror que en Aquerón profundo  
 Dicen haber. El infelice Tántalo  
 De espanto helado bajo enorme peña  
 Amenazante teme como es fama;  
 Vano temor de dioses irritados  
 1350 É incertidumbre de futura suerte

Acongoja al varón supersticioso  
Mucho más que ese trémulo peñasco.

Tampoco á Ticio en Aquerón tendido  
Devoran aves; ni en su vasto pecho  
Algo que escudriñar encontrarían  
Por una eternidad seguramente,  
Aunque nueve yugadas ocupasen  
Sus miembros y su vasta corpulencia,  
Ó aunque toda la tierra él ocupara:  
1360 Ni un eterno dolor sufrir podría,  
Ni ser su cuerpo pasto perdurable:  
Para nosotros es de cierto Ticio  
Aquel á quien amor ha derribado;  
Éste es despedazado por las aves,  
Y á éste consume pena roedora;  
Ó rasgan los cuidados sus entrañas  
De otra cualquier pasión con el deseo.

En la vida tenemos á la vista  
Á Sisifo también, el cual se obstina  
1370 En pretender del pueblo las segures  
Crüeles y los fasces, se retira  
Desatendido siempre y con tristeza:  
El pretender el mando, que no es nada,  
Sin conseguirlo nunca, y de continuo  
Sufrir duro trabajo por lograrlo,  
Esto es mover la peña con ahinco  
De un monte hacia la cima, la cual rueda  
Sin embargo otra vez; desde la cumbre  
Busca precipitada las llanuras.

1380 Estar apacentando siempre el hombre  
Á su alma colmándola de bienes  
Sin hartarse jamás; ver de estaciones  
La vuelta anual, y recoger los frutos;  
Embrüagarse en sus dulzuras varias,  
Y con estas ventajas no saciarse,



Esto es á mi entender, según nos cuentan,  
Echar el agua jóvenes doncellas  
En vaso agujereado sin llenarle.  
Empero ya las Furias y Cerbero,  
1390 Y tenebroso Tártaro, lanzando  
Horribles llamaradas por sus bocas,  
Ni existen, ni existir pueden de cierto.  
Porque aquí los insignes malhechores  
Con miedo igual á sus delitos pagan  
Su merecido, y lastan sus maldades  
La cárcel, y el horrible precipicio  
De la roca Tarpeya, los azotes,  
La tortura, la pez, columna, teas,  
Láminas, y si faltan los verdugos,  
1400 Sobresaltada la conciencia misma  
Su corazón desgarrá á latigazos  
Y martiriza con remordimientos.  
La incertidumbre de futura suerte  
No puede en tanto ver, ni sabe cuándo  
Tendrán por fin un término sus males,  
Y temen que se agraven en la muerte:  
La vida es el infierno de los necios.

. . . . .  
Puedes también decirte tú á tí mismo,  
Hombre injusto, á las veces: «el buen Anco  
1410 Perdió también la lumbré de sus ojos,  
Teniendo más virtudes que tú tienes:»  
Murieron muchos reyes y señores  
Que dominaron gentes poderosas:  
Murió también, y abandonó su alma  
El cuerpo moribundo de aquel mismo  
Que antiguamente anduvo por los mares,  
Y enseñó á caminar á sus legiones  
Y á marchar sobre el mar hondo y salado,  
Y despreció la cólera del Ponto,

- 1420 Desafiando bramadoras olas.  
Escipión, aquel rayo de la guerra,  
El terror de Cartago, dió sus huesos  
Á la tierra cual siervo de vil precio:  
Los inventores de las ciencias y artes,  
También los compañeros de las Musas,  
Y el mismo Homero, soberano de ellos,  
En el mismo reposo que los otros  
Dormido se quedó: y últimamente,  
Cuando sintió Demócrito caduco
- 1430 Que iba ya la vejez debilitando  
Los resortes del alma, salió el mismo  
Á ofrecer á la muerte su cabeza  
De propia voluntad: murió Epicuro  
Que en ingenio venció á la raza humana,  
Y eclipsó todos los brillantes genios  
Como el naciente sol á las estrellas.  
¿Y de morir tú dudas, y te indignas,  
Tú á quien la vida es muerte continuada,  
Sintiéndote morir á cada instante?
- 1440 Que pasas grande parte de la vida  
En dormir y roncar, aunque despierto,  
Y siempre en sueños ves, y traes inquieta  
El alma con quiméricos terrores?  
Ni puedes dar á veces con la causa  
De tu dolencia, cuando miserable  
Te rodea inquietud devoradora,  
Y pierdes la cabeza é irresoluto  
En el incierto error del alma vagas.  
Si fuera fácil conocer los hombres
- 1450 Estas causas del mal que el pecho oprimen  
Con su tamaña mole, como sienten  
El peso abrumador que los aplana,  
Tan desgraciada vida no pasaran,  
Ni se les viera andar en busca siempre

De aquello que no saben que desean,  
Mudando de lugar, como si fuera  
Posible descargarse de aquel peso.

- Uno á las veces deja su palacio  
Por huir del fastidio de su casa,  
1460 Y al momento se vuelve, no encontrando  
Algún alivio fuera á sus pesares:  
Corre á sus tierras otro á rienda suelta,  
Como á apagar el fuego de su casa;  
Se disgusta de pronto cuando apenas  
Los umbrales pisó, ó se rinde al sueño  
Y procura olvidarse de sí mismo,  
Ó vuelve á la ciudad de nuevo al punto:  
Cada uno á sí se huye de este modo:  
Mas no puede evitarse; se importuna,  
1470 Y siempre se atormenta vanamente:  
Porque enfermo, no sabe la dolencia  
Que padece; si bien la conociera,  
Dejando á un lado ya todo remedio,  
Antes se dedicara á la noticia  
De la naturaleza de las cosas,  
Supuesto que tratamos al presente  
Nó del destino sólo de una hora,  
Sino de aquel estado perdurable  
Que sigue á los mortales en la muerte.  
1480 ¿Qué tamaño deseo de la vida  
Mal fundado, por último, nos fuerza  
Á temblar en peligros tan dudosos?  
El plazo de la vida está marcado  
Á todos los mortales: no es posible  
Huir la muerte sin partirnos luego.  
Además, que viviendo mucho tiempo,  
La misma tierra siempre habitaremos,  
Ni con vivir nuevo placer se inventa;  
El bien que no tenemos nos parece

- 1490 El mayor bien de todos: conseguido,  
Suspiramos por otro; y anhelantes,  
Deseo sucesivo de la vida  
Nos aprisiona siempre: incertidumbre  
Hay de lo porvenir y de la suerte  
Que nos prepara y trae la edad futura.  
    Ni por más que alarguemos nuestra vida  
Algún tiempo robamos á la muerte;  
Sus víctimas seremos sin remedio:  
Si la revolución de muchos siglos  
1500 Fuese posible ver, eterna muerte  
No por eso dejara de aguardarnos;  
Y aquel que acaba de cubrir la tierra  
No estará muerto ya por menos tiempo  
1504 Que el otro que murió mil años antes.

## LIBRO IV

- 1 **L**OS sitios retirados del Pierio  
Recorro, por ninguna planta hollados:  
Me es gustoso llegar á íntegras fuentes,  
Y agotarlas del todo; y me da gusto,  
Cortando nuevas flores, rodearme  
Las sienes con guirnalda brilladora,  
Con que no hayan ceñido la cabeza  
De vate alguno las divinas musas:  
Primero, porque enseño cosas grandes,  
10 Y trato de romper los fuertes nudos  
De la superstición agobiadora;  
Después, porque tratando las materias  
De suyo obscuras con pieria gracia,  
Hago versos tan claros: ni me aparto  
De la razón en esto: á la manera  
Que cuando intenta el médico á los niños  
Dar el ajenjo ingrato, se prepara  
Untándoles los bordes de la copa  
Con dulce y pura miel, para que pasen  
20 Sus inocentes labios engañados

El amargo brebaje del ajenjo,  
Y la salud les torne aqeste engaño,  
Y dé vigor y fuerza al débil cuerpo;  
Así yo ahora, pareciendo austera  
Y nueva y repugnante esta doctrina  
Al común de los hombres, exponerte  
Quise nuestro sistema con canciones  
Suaves de las Musas, y endulzarle  
Con el rico sabor de poesía:  
30 ¡Si por fortuna sujetar pudiera  
Tu alma de este modo con enlabios  
Armónicos, en tanto que penetras  
El misterio profundo de las cosas  
Y en tal estudio el ánimo engrandesces!  
De los átomos, pues, las cualidades  
Y la diversidad de sus figuras  
Antes he demostrado, y cómo giran  
De suyo eternamente en el espacio  
Los dichos elementos de las cosas,  
40 Y cómo pueden producirse de ellos  
Todos los seres: puesto que he enseñado  
Cuál es del alma la naturaleza,  
Y á qué principios debe su existencia,  
La actividad que tiene unida al cuerpo,  
Y cómo en sus primeros elementos  
Se resuelve después de separada;  
Ahora daré principio á una materia  
Que se une íntimamente á lo que he expuesto.  
Digo que existen cuerpos á quien llamo  
50 Simulacros, especies de membranas,  
Que, de las superficies de los cuerpos  
Desprendidos, voltean por el aire  
Al azar, de continuo, noche y día,  
Y el espíritu agitan con terrores,  
Nos hacen ver figuras monstruosas

- Y espectros y fantasmas horrorosos  
Que el sueño nos arrancan muchas veces:  
No creamos quizá que de Aqueronte  
Las almas huyen, y las sombras vuelan  
60 Entre los vivos; ni después de muertos  
Puede quedar alguna parte nuestra,  
Cuando el cuerpo y el alma separados  
Se vuelven á sus propios elementos.  
Pues de la superficie de los cuerpos  
Digo salir efigies y figuras  
De gran delicadeza, que llamamos  
Membranas, ó cortezas, porque tienen  
La misma forma y la apariencia misma  
Que los cuerpos de donde se separan  
70 Para andar por los aires esparcidas.  
El hombre más estúpido bien puede  
Conocer la existencia de estos cuerpos:  
Primero, porque existen muchos seres  
Cuyas emanaciones son muy claras:  
En unos se difunden libremente  
Sus partes separadas, como el humo  
Que sale de la leña, y los vapores  
Que despiden los fuegos: una tela  
En otros viene á ser mejor urdida;  
80 Así en Estío dejan las cigarras  
Las túnicas añosas, y desprenden  
Los nacientes becerros las membranas,  
Y la serpiente lúbrica en las zarzas  
Se despoja también de su camisa,  
Pues vemos los zarzales coronados  
Con aquellos despojos voladores:  
Y puesto que sucede lo que digo,  
Debe la superficie de los cuerpos  
Enviarnos imágenes iguales,  
90 Aunque sutiles; porque de otro modo

No se puede explicar cuál es la causa  
De que existan figuras tan groseras,  
Más bien que las sutiles y delgadas,  
Siendo la superficie de los cuerpos  
De infinitos corpúsculos compuesta,  
Los que apartados pueden conservarse  
En el orden y forma que tenían,  
Y arrojarse con tanta ligereza  
Cuanto menos obstáculos se oponen,  
100 Por ser tan delicados y sutiles  
Y estar en superficie colocados.

Porque vemos salir seguramente  
Partículas sin número, no sólo  
De lo interior del cuerpo, como dije,  
Antes bien de su misma superficie,  
Como el color. Esto hacen las cortinas  
Amarillas y negras y encarnadas  
Que cuelgan de las vigas y columnas,  
Y flotan en teatros espaciosos;  
110 Porque allí con sus brillos tembladores  
Espectador y escena toda embisten,  
Y á senadores, dioses y matronas  
De móvil luz coloran: más vistoso  
Y encantador al ojo es su reflejo  
La luz robando al día, si el recinto  
Del teatro cerrare exactamente.

Luego enviando de la superficie  
Colores estos lienzos, todo cuerpo  
Debe enviar también efigies finas,  
120 Pues de la superficie salen ambas.

Tenemos así ya señales ciertas  
De las formas que vuelan por el aire  
Con tan finos contornos que no pueden  
Verse tomadas separadamente.

Si además el olor, calor, el humo



- Y otras emanaciones semejantes  
Aquí y allí se esparcen, es por causa  
Que de adentro del cuerpo desprendidas  
No encuentran su salida en línea recta;  
130 Por sendas tortuosas se dividen,  
Por medio de las cuales se abren paso:  
De los colores la sutil membrana  
Que sale de la misma superficie  
No puede ser de obstáculo rasgada.  
En fin, los simulacros que observamos  
En espejos, en agua, en brilladuras,  
Siendo de todo punto semejantes  
Á los objetos que ellos representan,  
Por sus mismas imágenes se forman.  
140 Luego ya no hay razón para que existan  
Las efigies groseras de los cuerpos  
Mejor que aquellas otras delicadas.  
Porque todos los cuerpos nos envían  
Similares imágenes delgadas,  
Que nadie puede ver aisladamente;  
Antes sus emisiones reflejadas,  
Y juntas, de continuo por espejos,  
Los órganos nos hieren: de otro modo  
No fuera tan exacta y adecuada  
150 La completa visión de los objetos.  
La grande sutileza de la imagen  
Voy á explicarte, porque sus principios  
Son infinitamente más delgados  
Y más imperceptibles á la vista  
Que los mismos corpúsculos que empiezan  
Á no poderse ver. Atiende en breve,  
Por dejarte del todo convencido,  
De qué delicadeza están dotados  
De la materia toda los principios.  
160 Existen animales tan exiguos

- Que es invisible el tercio de su grueso:  
 ¿Qué será un intestino de su cuerpo?  
 ¿Cómo su corazón? ¿Cómo sus ojos?  
 ¿Qué de sus miembros y articulaciones?  
 ¡Cuánta delicadeza! ¿Concibieras  
 Un tejido más fino y delicado  
 Como es preciso tengan los principios  
 Que el alma y el espíritu componen?  
 Si mueves blandamente aquellas plantas  
 170 Que olor subido exhalan, la penase,  
 El abrotano acerbo, ajeno amargo  
 Y la centaura ingrata, al punto sientes  
 La existencia de muchos simulacros  
 Que vuelan de mil modos sin esfuerzo,  
 É imperceptibles. Pero cuán pequeña  
 Sea la imagen comparada al cuerpo  
 De que ella emana, no puede ninguno  
 Apreciar ni explicar bastantemente.  
 Mas para que quizá no te persuadas  
 180 Que vagan sólo aquellos simulacros  
 Que emanan de los cuerpos; por sí mismos  
 Se forman también otros, y se ponen  
 En aquella región llamada el aire,  
 Do se remontan bajo muchas formas,  
 Mudan á cada instante de figura,  
 Y de mil modos el aspecto tornan.  
 Así á las veces vemos congregarse  
 Las nubes por lo alto en un instante,  
 Enlutando la hermosa faz del cielo,  
 190 Con movimiento al aire festejando:  
 Parecen ser gigantes espantosos  
 Que vuelan y derraman á lo lejos  
 La oscuridad: ó bien grandes montañas  
 Y peñas arrancadas de los montes  
 Que preceden al sol ó que le siguen;

En fin, un monstruo que amontona nubes  
Y las va derramando á todas partes.  
¡Con cuánta prontitud, cuán fácilmente  
Ahora se forman estos simulacros,  
200 Y con cuánta abundancia se desprenden  
Y fluyen sin cesar de los objetos!  
Las superficies de los cuerpos todos  
Son como emanaciones perenales  
Que llegadas á objetos exteriores  
Penetran unos, como los vestidos,  
En otros se dividen sin que puedan  
Reflejarnos la imagen, como en leños  
Y ásperas rocas; pero no es lo mismo  
Si encuentran cuerpo denso y alisado,  
210 Así como el espejo, pues no pueden  
Atravesarle como los tejidos,  
Y no se descomponen sin que hayan  
Sido primeramente reflejados  
Enteros por la plana superficie.  
Por esto nos envían simulacros  
Los cuerpos lisos: y en cualquiera tiempo  
Y con cualquiera prontitud que opongas  
Á éstos el espejo, allí al momento  
Aparece su imagen: sacaremos  
220 Que fluyen de su misma superficie  
Sin cesar los tejidos delicados,  
Y sutiles figuras: luego al punto  
Se forman infinitos simulacros,  
Y á su pronto nacer nada equivale.  
Si debe derramar en cierto modo  
Luz abundante el sol en poco tiempo  
Para que en claridad rebose todo  
Perpétuamente; así del mismo modo  
Es preciso que salgan de los cuerpos  
230 De pronto amontonados simulacros

En todas partes de infinitos modos;  
Si se vuelve el espejo á cualquier lado,  
Con su forma y color se ve el objeto.

    Cuando el cielo purísimo estuviere  
Se enluta y obscurece de repente  
Por todas partes, tanto que pensaras  
Haber abandonado las tinieblas  
El Aqueronte por llenar á una  
Las bóvedas inmensas de los cielos:  
240 Formada así la noche tenebrosa  
Por los nublados, vemos suspendido  
Horrible espanto encima de nosotros  
Bajo infinitas formas: mas ninguno  
Puede explicar la relación pequeña  
Que estos espectros tienen con su imagen.

    Yo en muy breves canciones armoniosas  
Declararé al presente el movimiento  
De aquestos simulacros velocísimos,  
Con cuánta agilidad corren los aires,  
250 Y los grandes espacios que atraviesan  
En un instante, hacia cualquiera parte  
Que su diversa dirección los lleva:  
Á la manera que el acento débil  
Del cisne más recrea las orejas  
Que aquel clamor ingrato de las grullas  
Por la región del aire derramado.

    Observemos que deben ser veloces  
Los cuerpos que de suyo son ligeros  
Y formados de átomos sutiles:  
260 La luz del sol y su calor entre ellos,  
Pues se forman de finos elementos;  
Los que empujados fácilmente pasan  
Los intersticios de aire sacudidos  
Por el siguiente choque: cuando al punto  
Luz á la luz sucede, y se acelera

La suma ligereza de los rayos,  
Con nueva agitación de los siguientes.  
Por la misma razón los simulacros  
Deben correr espacios increíbles  
270 En un momento; pues primeramente  
Un posterior impulso de continuo  
Sacude los corpúsculos sutiles;  
Siendo además tan fino su tejido,  
Fácilmente penetran cualquier cuerpo  
Y por los huecos de aire así se cuelan.  
Si vemos los corpúsculos nacidos  
De las mismas entrañas de los cuerpos  
Esparcirse de pronto, á la manera  
Que la luz y el calor del Sol lo hacen  
280 Por toda la extensión de la atmosfera  
En un instante y por el mar y tierras  
Se derraman y al cielo se remontan  
Y le bañan de luz por todas partes  
Tirándole con suma ligereza,  
¿Cómo no ves que ya los simulacros  
Que de la superficie se desprenden,  
Su emisión ningún cuerpo retardando,  
Deben abalanzarse más ligeros  
Y atravesar mucho mayor espacio  
290 En tiempo igual al que la luz emplea  
Del sol en extenderse por el cielo?  
Quiero también poner una experiencia  
Que compruebe la suma ligereza  
Con que se mueven estos simulacros:  
Si pones al sereno una agua clara,  
En ella vienen á pintarse luego  
El estrellado cielo y las lumbreras  
Rutilantes del mundo: pues la imagen  
Ya ves cuán poco tiempo necesita  
300 Para llegar del cielo hasta la tierra.

Por lo cual es preciso que confieses  
Las emisiones de los simulacros  
Que hieren muchos ojos y producen  
La visión: en efecto, los olores  
De ciertos cuerpos son emanaciones  
Continuas: de este modo emana el frío  
De los flúidos; calor del sol emana,  
Y la sal que se come las riberas  
Del mar emana: y los sonidos varios  
810 Sin cesar por el aire van volando:  
Cierta sabor salado afecta el gusto  
Cuando nos paseamos en la playa;  
Y si miramos preparar ajenjos  
Sentimos amargor: tanta certeza  
Tenemos de que envían emisiones  
De sí todos los cuerpos de continuo,  
Que á todas partes giran sin pararse,  
Y sin interrumpir jamás su flujo,  
Pues tenemos continuas sensaciones,  
320 Ver, oler y aun oír podemos siempre.  
Si tocamos á oscuras algún cuerpo  
De una cierta figura, conocemos  
Ser el mismo que vimos por el día;  
Es preciso también que el tacto y vista  
Excite semejante mecanismo:  
Si un cuadrado tocamos, por ejemplo,  
Y nos excita sensación á oscuras,  
¿Qué otro objeto afectando nuestra vista  
Podrá durante el día presentarse,  
330 Si no es que sea su cuadrada imagen?  
Luego por medio de la imagen vemos;  
Sin ellas no podemos ver los cuerpos.  
Giran los simulacros de que hablamos  
Y en toda dirección se arrojan siempre:  
Mas como sólo vemos con los ojos,

A do los dirigimos nos los hieren  
Con su color y forma los objetos,  
Y la imagen nos hace que veamos  
La distancia que media hasta las cosas,  
340 Porque al salir impele y echa el aire  
Que media entre la imagen y los ojos;  
Por el tacto del aire conmovidos,  
Y lame en cierto modo la pupila,  
Y en modo rapidísimo se aleja:  
Entonces la distancia conocemos.

Cuanto más prolongada es la columna  
Que agitada delante toca al paso  
Nuestros ojos, parece más distante  
Cualquier objeto; y este mecanismo  
350 De rara y portentosa ligereza  
Nos hace ver objetos y distancias.

No debe sorprenderte que nos hieran  
Los ojos simulacros invisibles,  
Y no obstante se vean los objetos:  
Porque generalmente no sentimos  
Las moléculas de aire que recrea,  
Ni del frío que punza fuertemente  
Cada uno de por sí, más bien sentimos  
Todas las impresiones reunidas:  
360 Las sentimos obrar sobre nosotros  
Como objetos que afectan nuestros cuerpos  
Con un choque exterior. Cuando ponemos  
Sobre una piedra el dedo, los extremos  
Tocamos del color y superficie:  
Sentimos solamente la dureza,  
Propiedad de la masa de la piedra.

Oye por qué razón se ve la imagen  
Mas allá del espejo y bien distante:  
No de otro modo vemos los objetos  
370 Por fuera de las casas ciertamente

Cuando por sí la puerta proporciona  
Veamos claramente lo que pasa  
Por la parte de afuera; dos columnas  
De aire, pues, entonces se interponen;  
La una entre ojo y puerta, á la que sigue  
La imagen de la puerta y de los cuerpos  
De adentro por derecha y por izquierda:  
La otra, á quien precede luz externa,  
Y que viene á pasar por nuestros ojos,  
380 Es seguida también de los objetos  
Que se ven ciertamente por afuera.  
Lo mismo hace el espejo: de su imagen  
La proyección llegando á nuestros ojos,  
Echa delante de ella el aire puesto  
Entre su superficie y nuestra vista;  
Y la impresión de esta columna de aire  
Hace sintamos de antemano aquella  
Imagen del espejo: mas al punto  
Que percibimos el espejo mismo,  
390 Llega á dar en su luna nuestra imagen,  
La cual no es reflejada á nuestros ojos  
Sino después de haber hecho que pase  
Otra columna de aire sobre el ojo,  
Que es impelida por la imagen nuestra:  
Por eso ves la imagen tan distante  
Del espejo: no debes admirarte,  
De dos columnas de aire siendo efecto.  
Si la parte derecha de un objeto  
Vemos en los espejos á la izquierda,  
400 Consiste en que después de haber tocado  
La superficie plana del espejo,  
Sufre la imagen antes que se vuelva,  
Una mudanza que el envés refleja  
Bajo el aspecto mismo que tenía  
Su derecha. Y si entonces aplicando



- Una máscara térrea antes de seca  
Á algún poste ó columna, se pudiese  
Hacer que sin perder su antigua forma  
Sus partes saledizas se volvieran  
410 En sí mismas á entrar, y que en seguida  
Se ordenasen de nuevo para afuera,  
Por necesaria ley sucedería  
El estar colocado á mano izquierda  
El ojo de derecha, y al contrario.  
La imagen pasa de uno en otro espejo  
De manera que suele presentarnos  
Cinco ó seis simulacros: los objetos  
Por detrás en el fondo colocados,  
Aunque están muy oblicuos y distantes,  
420 Á fuerza de continuas reflexiones  
Salen del fondo, al parecer formados,  
Por los muchos espejos en un cuarto.  
Pasa la imagen de un espejo á otro;  
Si el primero la pone á mano izquierda,  
La refleja el segundo á la derecha;  
Vuelve el tercero su primera cara.  
Los espejos también de muchos lados  
Hacen ver los objetos con la cara  
Que les es presentada; bien ya sea  
430 Porque la imagen llega transmitida  
De un espejo en el otro á nuestra vista  
Después de padecer dos reflexiones;  
Bien porque sobre sí rueda la imagen  
Cuando viene á nosotros; pues la obliga  
La misma curvatura de los lados  
Á dar la vuelta entera hacia nosotros.  
Parece entran y salen igualmente  
Con nosotros también los simulacros  
Imitando los gestos y actitudes,  
440 Pues la parte que dejas del espejo

No puede hacer que vuelva ya la imagen,  
Porque Natura sabia y providente  
De reflexión el ángulo dispuso  
Que fuese siempre igual al de incidencia.

Los ojos huyen los brillantes cuerpos  
Evitando mirarlos; también ciega  
El sol si se le mira de hito en hito;  
Porque además que tiene propia fuerza,  
Sus simulacros, de los altos cielos  
450 Lanzados á través de un aire puro,  
Rápidamente hieren nuestros ojos,  
Sus organizaciones perturbando:  
Un vivo resplandor quema los ojos  
Frecuentemente, puesto que contiene  
De moléculas ígneas grande copia,  
Cuando al entrar causan dolor en ellos.

Los ictericos ven cualquier objeto  
Amarilleado, porque de sus cuerpos  
Emanan abundantes las semillas  
460 De amarillez, que se unen en el aire  
De los objetos con los simulacros,  
Y tienen los humores de sus ojos  
Gran copia de partículas mezcladas  
Que pintan amarillos los objetos.

Se ven desde lo obscuro los objetos  
Que están en medio de la luz; sin duda  
El aire tenebroso más cercano  
Metiéndose en el órgano el primero,  
Y cogiéndole abierto, es al instante  
470 Seguido de aire claro, que despeja  
Los ojos y disipa las tinieblas  
Por más móvil, sutil y poderoso.

En el momento que de luz llenara  
Las vías de los ojos este aire,  
Y abrió las que obstruían las tinieblas,

- Al punto se introducen simulacros  
De cuerpos puestos á la luz, y vemos.  
Viniendo de la luz es imposible  
Ver en la obscuridad, por el contrario:
- 480 Porque llegando el aire tenebroso  
Y más denso el segundo, llena á un tiempo  
Y cierra los conductos de los ojos,  
Sin que puedan pasar los simulacros  
De los cuerpos que llegan á la vista.  
Si á lo lejos parece son redondas  
De las ciudades las cuadradas torres,  
Consiste en que todo ángulo parece  
Obtuso desde lejos; ó diremos  
Mejor que no se ve; su acción se acaba:
- 490 Tampoco llega el golpe á nuestros ojos,  
Pues son debilitados en gran trecho  
Los simulacros por continuos choques  
Del aire; y cuando el ángulo gastado  
Llegó á hacerse insensible, se ve sólo  
Como un montón cilíndrico de piedras:  
No así cuerpos redondos á la vista  
Nos aparecen, mas con una forma  
Confusa en cierto modo é imperfecta.  
También parece que en el sol se mueve
- 500 Nuestra sombra siguiendo nuestros pasos,  
É imitando los gestos; si creyeres  
Poder andar y remedar los gestos  
Un aire que de toda luz carece,  
Un aire que solemos llamar sombra:  
Siendo la tierra sucesivamente  
Privada de la luz del sol ó herida  
Según que nuestros cuerpos van andando  
Cierran el paso, ó le abren á sus rayos,  
Se nos figura que la misma sombra
- 510 Viene en pos de nosotros: consistiendo

La luz en unos rayos sucesivos  
 Que mueren y renacen de continuo,  
 Como si se devana lana al fuego,  
 Fácil es concebir cómo la tierra  
 Se despoja de luz y se rellena.

Sin embargo, tampoco concedemos  
 Que los ojos padecen aquí engaños;  
 El ver la luz y sombra do las haya  
 Es propio de los ojos: ¿por ventura  
 520 Es ó no ciertamente la luz misma?  
 ¿Y la misma la sombra que se pasa?  
 ¿Ó sucede más bien como hemos dicho?  
 La razón debe sólo decidirlo,  
 En fin, no pueden conocer los ojos  
 Á la naturaleza de los cuerpos;  
 Por lo mismo no quieras imputarle  
 Los errores del ánimo nacidos.

La nave donde vamos embarcados  
 Navega pareciendo estarse quieta,  
 530 Y aquella que está inmóvil en la rada  
 Creemos la arrebatada corriente:  
 Y parece que campos y colinas  
 Huyen hacia la popa, hinchando el viento  
 Á lo largo de aquéllos nuestras velas:  
 Y parece que todas las estrellas  
 En las etéreas bóvedas clavadas  
 Inmóviles están; tienen no obstante  
 Continuo movimiento, pues que nacen  
 Para reveer una lejana puesta,  
 540 Después que con su claro cuerpo el cielo  
 Midieron: sol y luna estacionarios  
 De la misma manera nos parecen,  
 Aunque sus movimientos nos declara  
 La razón por sí misma; y las montañas  
 Que dominan los mares, entre quienes

- Pasarían escuadras libremente,  
 Un mismo todo ofrecen desde lejos,  
 Y aunque estén muy distantes unas de otras,  
 Ofrecen sin embargo á nuestros ojos  
 550 Una grande isla congregadas todas.  
     Y están tan persuadidos los muchachos  
 Que la pieza se mueve á la redonda,  
 Y en derredor moverse las columnas,  
 Que temen acabando de dar vueltas  
 Que los sepulte el techo en sus ruínas.  
     Cuando principia ya naturaleza  
 Á remontar los fuegos tembladores  
 Del encarnado sol, y á levantarle  
 Sobre la cima de los montes, tiene  
 560 Al parecer en ella el sol reposo,  
 Tocándola de cerca con su fuego;  
 Apenas distan ellos de nosotros  
 Dos mil ó cuando más quinientos tiros  
 De saeta ó de dardo: inmensos mares  
 Entre el sol y los montes se comprenden  
 Debajo de las bóvedas celestes;  
 Y se hallan á otro lado de estos mares  
 Infinitas regiones habitadas  
 De hombres y de animales diferentes.  
 570 Empero un charco de agua que no tenga  
 Más que una pulgada de profundo,  
 Estancada en las piedras de la calle  
 Debajo de los pies, hace veamos  
 El espacio tan vasto, que separa  
 El cielo de la tierra por encima  
 De nosotros: creyéramos que el globo,  
 De parte á parte atravesado, ofrece  
 Otros nuevos nublados á la vista,  
 Y á los ojos presenta un nuevo cielo,  
 580 Y otros cuerpos hundidos en las tierras

Vemos en este espacio prodigioso.

Si se nos para en medio de algún río  
El arrogante bruto, y si bajamos  
La vista hacia la rápida corriente,  
Parece que una fuerza arrastra el cuerpo  
Del inmóvil caballo río arriba,  
Y por cualquiera parte que miremos  
Nos parece que son así arrastrados  
En general los cuerpos velozmente,  
590 Y suben la corriente de este modo.

Un pórtico formado de columnas  
Paralelas é iguales en altura,  
Mirado en su largor desde un extremo,  
Se angosta poco á poco como en cono,  
El techo se deprime hacia la tierra,  
Y el lado izquierdo júntase al derecho,  
Hasta que no descubren más los ojos  
Que el ángulo confuso de su cono.

Del seno de los mares ven que sale  
600 El sol los marineros; y se pone  
Y sepulta su luz también en ellos;  
Sus ojos no ven más que cielo y agua;  
No debes tú tachar de mentirosos  
Ligeramente en todo á sus sentidos.

Los ignorantes de la mar se creen  
Ver deformes y rotos los navíos  
En el ponto sus olas resistiendo:  
La parte del timón y de los remos  
Que sobresale por el agua es recta,  
610 Y la parte que está dentro del agua  
Parece que se dobla, y se levanta  
En línea horizontal, que en cierto modo  
Flota por refracción sobre las aguas.

Cuando llevan los vientos por el aire  
En medio de la noche claras nubes,

- Parece que los fuegos celestiales  
Se van contra las nubes resbalando  
Y que con una dirección contraria  
Al curso natural ruedan sobre ellas.
- 620 Si apretamos un ojo con la mano  
Por la parte inferior, parecen dobles  
Los objetos que vemos: la luz doble,  
Doble el rico menaje, y que los hombres  
Tienen doblada cara y doble cuerpo.  
    Cuando el sueño por fin los miembros ata  
    Con un dulce sopor, y cuando el cuerpo  
    En profundo reposo está tendido,  
    Entonces nos parece estar despiertos,  
    Y hacer también de nuestros miembros uso;
- 630 Creemos ver el Sol y luz del día  
En medio de la noche tenebrosa:  
Y en una pieza estrecha y bien cerrada  
Mudar de climas, mares, montes, ríos,  
Y atravesar á pie llanuras grandes;  
Y en el profundo y general silencio  
De la noche parece oír sonidos,  
Y silenciosos responder acordes.  
    Vemos, en algún modo sorprendidos,  
    Semejantes fenómenos, que tienden
- 640 Todos á destruir la confianza  
Debida á los sentidos, pero en vano:  
El engaño proviene en nuestra parte  
De los juicios del alma que nosotros  
Pintamos con aquellas relaciones  
De los sentidos, suponiendo visto  
Aquello que los órganos no vieron;  
Porque la distinción de relaciones  
Evidentes de inciertas conjeturas  
Que el ánimo de suyo nos asocia
- 650 Es la cosa más rara y excelente.

Si alguno dice no saberse nada,  
 Si se puede saber él mismo ignora,  
 Supuesto que confiesa nada sabe:  
 ¿Quién podrá disputar con quien impugna  
 Las nociones más claras y evidentes?  
 No obstante, aun cuando yo le concediera  
 Por cosa cierta no saberse nada,  
 De qué modo aprendió le preguntara  
 Saber y no saber qué cosa sea,  
 660 Sin que jamás lo cierto haya encontrado;  
 Y cómo se formó el conocimiento  
 De falso y verdadero, y de qué modo  
 Distingue la certeza de la duda.

Encontrarás que nace la noticia  
 De la verdad de los sentidos mismos,  
 Que al error nunca pueden inducirnos,  
 Que merecen muy grande confianza,  
 Porque, según la fuerza y energía,  
 Si oponen la verdad, pueden lo falso  
 670 Destruir. ¿Pues en dónde encontraremos  
 Conductor más seguro que el sentido?  
 Dirás, que en estos órganos falaces  
 Fundada la razón. ¿Podrá contra ellos  
 Deponer la razón, que su existencia  
 Enteramente á los sentidos debe?  
 ¿Que no es más que un error si engañan ellos?  
 ¿Argüirán los oídos á los ojos?  
 ¿El tacto á los oídos? ¿á este tacto  
 Con argumentos refutar podrían  
 680 Por ventura el olfato, el gusto, ú ojos?  
 Pues no sucede así, según yo creo:  
 Tiene cada sentido sus funciones,  
 Tiene sus facultades separadas,  
 Y es preciso inspeccione así un sentido  
 Lo blando ó duro, lo caliente ó frío:



Distingue otro el olor de los colores:  
Los sabores, olores y sonidos  
Su propio tribunal tienen aparte:  
No pueden mutuamente los sentidos  
690 Rectificarse; ni ellos á sí mismos  
Reprenderse podrán, puesto que siempre  
Merecerán la misma confianza:  
Inferimos de aquí que en cualquier tiempo  
Serán sus relaciones verdaderas.

Si no pudiera la razón decirnos  
Cómo se ven redondos desde lejos  
Los objetos que cerca son cuadrados,  
Nos es más ventajoso sin embargo  
Dar en defecto de solución cierta  
700 Falsa razón de esta apariencia doble,  
Que soltar la evidencia de las manos,  
Y destruir la confianza toda,  
Y arrancar de raíz la base entera  
En que conservación y vida estriban:  
Pues la razón no sólo se arruina,  
Sino también la misma vida al punto,  
Si no osares creer á los sentidos  
Y huir de aquellos sitios peligrosos  
Y los demás objetos que nos dañen,  
710 Y buscar los que traen utilidades.  
Vana declamación es el discurso  
Que contra los sentidos se dirige.

Pues en la construcción de un edificio  
Se sirve el arquitecto de una regla  
Mal formada, y si no guarda la escuadra  
La perpendicular, si se ladea  
El nivel de su asiento hacia una parte,  
Es preciso que salga el edificio  
Muy lleno de defectos, ladeado,  
720 Hundido, sin nivel, sin proporciones:

- Parecerá amenaza desplomarse  
Ya alguna parte dél; seguramente  
Todo se vendrá abajo, porque ha sido  
Mal dirigido desde sus principios:  
Así en la relación de los sentidos  
Si no hay seguridad y confianza,  
Los juicios que formares es preciso  
Te salgan todos falsos é ilusorios.  
Es cosa fácil explicar el cómo
- 730 Son afectados los demás sentidos  
Por el objeto propio á cada uno:  
El sonido y la voz se oyen primero  
Cuando sus elementos insinuados  
En el oído, el órgano tocaron,  
Porque de corporal naturaleza  
Debemos confesar que se componen  
El sonido y la voz, puesto que impelen  
Los sentidos. La voz frecuentemente  
Lastima la garganta, y los clamores
- 740 La tráquea irritan; porque los principios  
De la voz, en gran número saliendo  
Rápidamente fuera, llenan luego  
El estrecho conducto, desgarrando  
El orificio y lastimando el paso  
Por do la voz escapa por los aires.  
Así que las palabras y las voces  
Constan de corporales elementos,  
Supuesto que nos pueden hacer daño.  
Bien sabes tú cuánto destruye el cuerpo,
- 750 Cuánto se debilitan fuerza y nervios  
De los que conversaron largamente  
Desde que asoma la brillante aurora  
Hasta la sombra de la oscura noche,  
Si ha sido la disputa acalorada.  
Es corpórea la voz, puesto que pierde

- El parlero gran parte de sustancia.  
La aspereza de voz y la dulzura  
Nacen de la figura de los átomos;  
Pues no hieren lo mismo los oídos  
760 Cuando los graves y profundos toques  
Oímos del clarín, y en ronco estruendo  
Retumban las bocinas retorcidas,  
Y los cisnes nacidos en los valles  
Frescos del Helicón con voz de llanto  
Entonan su lamentos armoniosos.  
Al punto que nosotros despedimos  
De lo íntimo del pecho los sonidos  
Á lo interior del paladar, la lengua,  
De las palabras móvil formadora,  
770 Las articula, y modifica en parte  
La inflexión de los labios; y si es corto  
El espacio que corre aquel sonido  
Para llegar al órgano, se oyen  
También perfectamente las palabras,  
Las articulaciones se distinguen  
Porque sus inflexiones y carácter  
La voz conserva: pero si el espacio  
Que se interpone es demasiado largo,  
Confunde las palabras el mucho aire,  
780 Y se pierde la voz atravesando:  
Luego pueden oirse los sonidos  
Sin distinguir qué dicen las palabras:  
Tan confusa y revuelta la voz llega.  
De todo el pueblo hiere los oídos  
Con un solo pregón el pregonero:  
Una voz sola se divide al punto  
En otras infinitas repartida  
Por todos los oídos, distinguiendo  
Las articulaciones y sonidos.  
790 Las voces que no llegan al oído

Mueren desvanecidas por los aires,  
Continuando su marcha; ó estrelladas  
En algún cuerpo sólido, el sonido  
Repiten rechazadas; muchas veces  
Engañan reflejando la palabra,  
Así como la imagen el espejo.  
Bien enterado tú de lo que digo,  
Puedes á los demás y á tí explicarte  
Cómo en las soledades los peñascos  
800 Repiten las palabras por su orden  
Y en articulación cuando buscamos  
Entre montes opacos los perdidos  
Compañeros, llamándolos á voces.  
Sitios he visto yo que repetían  
Seis ó siete palabras, diciendo una:  
Las palabras así de cerro en cerro  
Reflejadas muy bien se distinguían.  
Los pueblos comarcanos se figuran  
Que las ninfas habitan estos sitios,  
810 Y caprípedos sátiros, diciendo  
Los faunos ser, que en estas soledades  
Interrumpen la calma silenciosa  
Con su nocturno estrépito y retozo,  
Y que hieren las cuerdas con destreza,  
Que acompaña la flauta bien tocada:  
Y aseguran sentir los campesinos  
Cuando Pan, agitando en su cabeza  
Anfibia la corona de los pinos,  
Recorre con sus labios retorcidos  
820 Los caramillos, porque nunca deja  
De sonar canción rústica la flauta.  
Otros muchos prodigios de esta clase  
Refieren, y los venden por milagros,  
Bien porque no se mire aquella tierra  
Que habitan ellos como abandonada

De los dioses, ó bien sean movidos  
De otra cualquier razón, como que *toda*  
*La raza humana fábulas ansía.*

- Luego ya no debemos admirarnos  
830 Que lleguen y nos hieran el oído  
Las voces por los sitios do no pueden  
Los ojos percibir á los objetos:  
Con las puertas cerradas nos hablamos:  
Todos lo vemos, pues sin duda alguna  
Libremente la voz puede meterse  
Por conductos sinuosos de los cuerpos:  
Se niegan á esta acción los simulacros;  
Así, pues, se dividen si los poros  
No están en línea recta como aquellos  
840 Del vidrio que la imagen atraviesa.  
Se divide la voz por todos lados,  
Pues nacen espontáneas unas de otras;  
Una sola produce muchas voces,  
Como la chispa se divide en muchas.  
La voz penetra al sitio más oculto:  
Se oye tan bien detrás del que está hablando  
Como en todas las piezas inmediatas.  
Los simulacros llegan á los ojos  
En línea recta desde los objetos.  
850 Nadie puede mirar sobre sí mismo;  
Se oyen fuera las voces, al contrario;  
Sin embargo, también esta voz misma  
Se embota penetrando las paredes,  
Y nos llega confusa á los oídos:  
Más bien oímos ruido que palabras.  
Algo más complicado y trabajoso  
Es declarar cómo los jugos obran  
Sobre la lengua y paladar: sentimos  
Primero los sabores en la boca  
860 Cuando exprimimos al mascar el jugo

- Del alimento, al modo del que aprieta  
 Y hace salir el agua de una esponja.  
 Exprimidos así todos los jugos,  
 Del paladar se cuelan por los poros  
 Y vías complicadas de la lengua.  
 Hieren suavemente si se forman  
 De flúidos y lisos elementos,  
 Y por la húmeda estancia de la lengua  
 Van excitando general deleite.
- 870 El paladar nos punzan y laceran  
 Si sus átomos son más angulosos.  
 Al fin, el paladar es do sentimos  
 El placer del sabor. Los alimentos,  
 Cuando por el esófago cayeron,  
 Cuando se distribuyen por los miembros,  
 Ningún placer se siente: nada importa  
 Con qué vianda se alimenta el cuerpo,  
 Con tal que esté cocida la que comas  
 Para poder colarse por los miembros,
- 880 El estómago habiendo humedecido.  
 Explicaré al presente por qué causa  
 No convienen los mismos alimentos  
 Á cualquiera animal generalmente,  
 Y por qué el alimento que es amargo  
 Para unos animales, puede á otros  
 Parecer gustosísimo: es tan grande  
 La diferencia y variedad en esto,  
 Que lo que es alimento para unos  
 Fué para otros un veneno activo.
- 890 También vemos morir á la serpiente  
 Humedecida con saliva humana,  
 Y se devora con sus mismos dientes:  
 El eléboro da la muerte al hombre,  
 Y las cabras engorda y codornices.  
 Para poder saber en qué consiste

Ni apartes de tu mente lo que he dicho,  
Ser muy diversas las combinaciones  
De átomos formadores de los seres.  
Siendo desemejantes ciertamente  
900 En lo exterior los animales todos,  
Con formas y contornos variados,  
Deben diferenciarse en la figura,  
Con mucha más razón, de sus principios;  
Debe haber en sus poros diferencia,  
En vías, é intersticios de los miembros,  
De boca y paladar generalmente:  
Más ancho debe ser ó más estrecho,  
Muchos triangulares, ó cuadrados,  
Redondos ó polígonos muy varios;  
910 Pues deben las figuras de los poros  
Variar en razón de la figura  
Y el vario movimiento de los átomos,  
Y deben variar las de las vías  
En razón del tejido que las cerca.  
Así, cuando los mismos alimentos  
Gustan á un animal, y al otro amargan,  
Es porque fácilmente se insinúa  
Jugo en el paladar de los primeros  
Bajo una forma lisa y redondeada,  
920 Y al contrario, lastima la garganta  
De los otros, por ser muy escabroso.  
Estos conocimientos facilitan  
La solución de otro cualquier problema:  
Así cuando la bilis dominante  
Enciende calentura, ó acarrea  
Otra cualquiera causa la dolencia,  
Ya se trastorna entonces la armonía  
Del cuerpo en general, se desordenan  
Todas las posituras de elementos:  
930 Los corpúsculos que antes se juntaban

Con los órganos, rompen su armonía,  
Y pasan los que excitan los dolores.  
El gusto de la miel, en fin, resulta  
De entrambos elementos, como he dicho.

Trataremos ahora de qué modo  
Hierde un cuerpo oloroso nuestro olfato.  
Precisamente existen muchos cuerpos  
Que despiden olores infinitos;  
Que éstos fluyen y corren, y se esparcen  
940 De continuo debemos presumirnos:  
Que es mayor ó menor su analogía  
Con unos animales que con otros  
Según la diferencia de figuras:  
El olor de la miel desde muy lejos  
Convida á las abejas, y á los buitres  
Convidan los cadáveres podridos,  
Y los galgos se van en pos del rastro:  
El guarda del romano Capitolio,  
El blanco ganso, humano olor ventea:  
950 Así el olor que es propio á cada especie  
Dirige el animal á pastos buenos,  
Y le hace huir mortífero veneno,  
Conservándose así los animales.

Porque la actividad de los olores  
Que llegan á tocarnos el olfato  
Puede circunscribirse más ó menos;  
Sin embargo no llegan á extenderse  
Tanto como la voz y los sonidos,  
Y mucho menos que los simulacros  
960 Por quienes todos los objetos vemos;  
Extraviados llegan lentamente,  
Perecen poco á poco descompuestos  
En medio de los aires fácilmente,  
Porque apenas exhalan las sustancias  
De lo más interior emanaciones:



- Como declara el ver que todo cuerpo  
Exhala y fluye olores más subidos  
Cuando es molido ó arrojado al fuego.  
Claramente se ve que son más gruesos
- 970 Los principios que forman los olores  
Que aquellos que componen el sonido,  
Porque el olor no pasa las paredes,  
Por do voz y sonidos se entran luego:  
Por lo que no es tan fácil el que atines  
Dónde se halla el olor, porque en los aires  
Su acción apagan las continuas pausas;  
No corren á decirnos de dó vienen:  
El perro así se pierde y busca al rastro.  
Estos efectos no son peculiares
- 980 En realidad de olores y sabores:  
Las imágenes mismas de los seres  
Y colores no están proporcionadas  
Á los órganos todos de manera  
Que no haya cuerpos cuya vista cause  
Un más vivo dolor que la de otros.  
Sacudiendo á la noche con las alas  
De esta manera el gallo, que acostumbra  
Aplaudir á la aurora con voz clara,  
No le resisten rápidos leones
- 990 Ni le pueden mirar; luego al momento  
Huyen de él, porque emanan de sus miembros  
Átomos que, metidos en los ojos  
De los leones, su pupila hieren,  
Y tal dolor excitan, que no pueden  
Resistir el coraje y valentía;  
Cuando dañar no pueden nuestros ojos,  
Ó porque no penetran los principios,  
Ó porque, introducidos, les dan paso  
Francamente los ojos de manera
- 1000 Que no pueden herirlos al volverse.

Ora con brevedad decirte quiero  
Qué cuerpos dan al alma movimiento  
Y de dónde la vienen sus ideas.  
Digo que vagan muchos simulacros  
En toda dirección con muchas formas,  
Tan sutiles, que se unen fácilmente  
Si llegan á encontrarse por los aires,  
Como el hilo de araña y panes de oro;  
Porque aun exceden en delicadeza  
1010 Á las efigies por las cuales vemos  
Los objetos, supuesto que se meten  
Por todos los conductos de los cuerpos,  
Y dan interiormente movimiento  
Del alma á la sustancia delicada,  
Y la ponen en juego sus funciones.  
Los centauros, Scilas y Cerberos  
Y fantasmas de muertos así vemos,  
Cuyos huesos abraza en sí la tierra:  
Pues la atmósfera hierve en simulacros;  
1020 De suyo unos se forman en el aire,  
Otros emanan de los varios cuerpos,  
De dos especies juntas constan otros.  
La imagen de un centauro no se forma  
Seguramente de un centauro vivo:  
No ha criado jamás naturaleza  
Semejante animal; es un compuesto  
De simulacros de caballo y hombre  
Que el *acaso* juntó; y cual dicho habemos  
Su tejido sutil y delicado  
1030 La reunión al momento facilita:  
Como esta imagen se combinan otras,  
Que por su extraordinaria ligereza  
El alma afectan al primer impulso,  
Porque el ánimo mismo es delicado,  
Y de movilidad extraordinaria.

- Es una prueba cierta de lo dicho  
Parecerse en un todo los objetos  
Que el alma mira á los que ven los ojos,  
Porque nacen del mismo mecanismo:
- 1040 Si enseñé que veía yo leones  
Con el auxilio de los simulacros  
Que llegando nos hieren en los ojos,  
Se infiere que igualmente el alma mueven  
Los demás simulacros de leones,  
Que ve tan bien como los mismos ojos.  
No de otro modo el alma está despierta  
Cuando se extendió el sueño por los miembros,  
Porque llegan al alma tan de veras  
Los simulacros que de día hieren,
- 1050 Que nos parece ver aquel desierto,  
Á quien la muerte y tierra ya dominan.  
Á esta ilusión naturaleza obliga,  
Porque reposan todos los sentidos  
En un profundo sueño y las verdades  
No pueden oponer á los errores,  
Porque está adormecida la memoria,  
Y con el sueño lánguida no pugna;  
Que aquel que el alma cree ver con vida  
Despojo es de la muerte y del olvido.
- 1060 Por lo demás no es una maravilla  
El movimiento de los simulacros,  
Y agitación de brazos y de miembros  
Según las reglas, pues durante el sueño  
Deben tener lugar las apariencias;  
Como que si el primero se disipa  
Y viene á sucederle otro distinto,  
Parece que es el mismo simulacro  
Que ha mudado de gesto en un instante.
- 1070 Muchas cuestioncs hay sobre este asunto,  
Y muchas dudas que poner en claro,

Si deseamos profundar las cosas.  
La primera cuestión que se propone  
Es por qué el alma en el instante tiene  
La idea del objeto que la gusta:  
¿Miran la voluntad los simulacros?  
¿Viene la imagen luego que queremos?  
Si mar, si tierra, si, por fin, el cielo,  
Los congresos, la pompa, los banquetes,  
Si los combates, si otro objeto agrada,  
1080 ¿Nos crea y guarda la naturaleza  
Las efigies de todo á cualquier seña,  
Mientras que en la región y sitio mismo  
Profundamente están las almas de otros  
De ideas muy distintas ocupadas?  
¿Qué diré cuando vemos en el sueño  
Ir bailando á compás los simulacros,  
Cuando mueven sus miembros delicados,  
Y cuando tienden sus flexibles brazos  
Alternativamente con destreza,  
1090 Y lo vuelven á hacer con pie ligero?  
¿Estudiaron acaso reglas y arte  
Para poder de noche divertirse?  
Tengo yo por mas cierto y verdadero  
Que percibimos estos movimientos  
En un instante solo, como cuando  
Se da una sola voz, y sin embargo  
Pasan muchos instantes, que distingue  
La razón solamente: esta es la causa  
De presentarse muchos simulacros  
1100 En cualquier tiempo, y en cualquiera parte:  
¡Tanta es su muchedumbre y ligereza!  
Y siendo tan delgado su tejido,  
No puede el alma verlos claramente  
Sin recogerse dentro de sí misma:  
Si ella no se dispone á recibirlos

- Con grande aplicación, todos perecen,  
Y lo logra por medio de esperanza  
De ver aquello que realmente mira.  
    ¿No adviertes tú también cómo los ojos  
1110 No pueden distinguir aquel objeto  
    Poco sensible, porque se tendieron  
    Sin recogerse y prepararse mucho?  
    Aun los cuerpos expuestos á la vista  
    Son para el alma, si ella no se aplica,  
    Como si cien mil leguas estuvieran:  
    ¿Á qué viene admirarse de que el alma  
    Deje escapar los simulacros todos  
    Menos los que la tienen ocupada?  
    Tal vez abulta el alma simulacros,  
1120 Y nos lleva al error y nos engaña:  
    También transforma el sexo de la imagen,  
    Y en vez de una mujer sólo tocamos  
    Un hombre trasmutado en un instante,  
    Ú otro cualquier sujeto que en pos viene,  
    De semblante y edad muy diferentes:  
    Esto proviene del olvido y sueño.  
    Debes siempre evitar lo más que puedas  
    Entre otros un error: pensar no debes  
    Que fué criada para ver tan sólo  
1130 La órbita brillante de los ojos:  
    Y las móviles piernas y los muslos  
    Sobre la base de los pies alzados,  
    Porque alargar pudiéramos los pasos,  
    Y con robustos músculos los brazos  
    Y que una y otra mano fueron dadas  
    Para poder buscarnos lo preciso.  
    El orden respectivo de las causas  
    Y de efectos ha sido trastornado  
    Con interpretaciones semejantes:  
1140 Pues no han sido formados nuestros miembros

Para servicio nuestro: los usamos,  
 Porque hechos nos los hemos encontrado:  
 La vista no nació antes que los ojos;  
 La lengua fué criada antes que el habla;  
 La lengua fué mucho antes que el lenguaje;  
 Los oídos también fueron criados  
 Mucho antes que se oyeran los sonidos;  
 Y en fin, todos los miembros existieron  
 Antes de que se usaran, según pienso:  
 1150 No es la necesidad la que los hizo.  
     Los hombres se batían á puñadas,  
     Y se hacían heridas con las uñas  
     Y sangre por sus miembros chorreaba,  
     Mucho antes que las flechas brilladoras  
     Volasen por el aire: y las heridas  
     Á evitar enseñó naturaleza  
     Antes que le colgara al brazo izquierdo  
     El arte algún broquel para escudarle:  
     Y dar reposo al cuerpo fatigado  
 1160 Más antiguo es que camas y plumones;  
     Y el apagar la sed antes que el vaso:  
     Estos descubrimientos, que son fruto  
     De la necesidad y la experiencia,  
     Podemos persuadirnos que se han hecho  
     Por utilidad nuestra: no sucede  
     Con los demás objetos esto mismo  
     Cuyo uso es posterior al nacimiento  
     Como son nuestros órganos y miembros:  
     Ni por asomo debes presumirte  
 1170 Para utilidad nuestra ser criados.  
     Tampoco es maravilla que se busque  
     Sustento el animal naturalmente:  
     Porque enseñé, fluían de los cuerpos  
     De mil modos corpúsculos sin número:  
     Qué debe ser su emanación copiosa

- Por su mucho ejercicio y movimiento  
En unos animales: se evaporan  
Por la transpiración otras porciones  
De lo interior del cuerpo: otras exhalan
- 1180 Por la respiración los animales  
Que lánguidos jadéan: estos males  
Envarecen el cuerpo, y se destruye  
Con dolores la máquina en seguida.  
Por lo mismo se toma el alimento,  
El cual metido por los intersticios  
Asegura los miembros, y da fuerzas,  
Y llena los conductos ensanchados  
Con el deseo que á comer incita.  
De igual modo se extienden las bebidas
- 1190 Por la parte que quiere humedecerse,  
Y el volcán de calor que devoraba  
El estómago, al punto se disipa,  
Y se extingue el ardor que hay en los miembros.  
De este modo se apaga sed ardiente,  
De este modo se sacia y harta el hambre.  
Ahora voy á explicarte cómo andamos  
Cuando queremos, cómo meneamos  
Los miembros de maneras diferentes,  
Y cuál es el agente acostumbrado
- 1200 Que empuja hacia adelante nuestro cuerpo,  
De peso tan crecido: pon cuidado.  
Vienen los simulacros, como he dicho,  
Á tocar el espíritu, y le invitan  
Al movimiento: luego de aquí nace  
La voluntad; porque ninguno emprende  
Cosa alguna sin que haya examinado  
El alma aquel objeto que la gusta;  
Operación que exige la presencia  
De simulacros: pues determinado
- 1210 De este modo el espíritu declara

- Su voluntad con cierto movimiento,  
Que comunica al alma en un instante,  
Repartida por todos nuestros miembros,  
Y es muy fácil de hacerse, porque unidas  
Están íntimamente ambas sustancias.  
El rechazo del alma siente el cuerpo,  
Y así toda la mole se menea  
Y avanza lentamente: además de esto  
El cuerpo se enrarece al tiempo mismo,  
1220 Y el aire siempre móvil, como debe,  
Se hace dueño de todos los conductos,  
Copioso se derrama por los poros,  
Y por las particillas más sutiles  
Del cuerpo se reparte de este modo.  
Así, el alma y el aire son las velas  
Que mueven nuestro cuerpo como nave.  
Sin embargo, no debes admirarte  
Que puedan los corpúsculos tan finos  
Empujar y volver á su albedrío  
1230 Una mole tan grave como el cuerpo:  
El viento así sutil y muy delgado  
Es poderoso para hacer que anden  
Las más disformes naves por las ondas:  
Por rápida que sea su derrota  
Una mano tan sola las dirige,  
Y las vira doquier un timón solo.  
Por medio de poleas y de ruedas  
Las máquinas manejan y levantan  
Los pesos más enormes sin esfuerzo.  
1240 Para explicarte ahora cómo el sueño  
Derrama por los miembros el descanso  
Y ahuyenta los cuidados de los pechos,  
Recurriré al encanto de los versos,  
Y no á su multitud. Así del cisne  
Los débiles acentos más regalan



- Las orejas que aquel cridar de grullas  
Que se llevan los aires. Pronta oreja  
Y un ánimo sagaz préstame ahora  
Para que no me niegues ser posible
- 1250 Lo que voy á decirte: no repruebes  
Con obstinado pecho la evidencia:  
De tu ceguera culpate á tí mismo.  
El sueño viene cuando el alimento  
Llega á descomponerse por los miembros;  
Y alguna de sus partes sale fuera,  
Y otra se junta más y se condensa  
En lo interior del cuerpo; se desatan  
Y se aflojan entonces ya los miembros;  
Pues debemos al alma el sentimiento
- 1260 De que no puede el sueño despojarnos,  
Sin que entonces nos fuera perturbada  
Y echada fuera el alma, aunque no toda,  
Pues yacería el cuerpo rodeado  
Con el eterno frío de la muerte:  
La más leve partícula de alma  
No quedara escondida por los miembros,  
Como el fuego tapado con ceniza,  
Que encendiera de nuevo el sentimiento  
De pronto por los miembros como fuego.
- 1270 Diré la causa de este nuevo estado,  
Y cómo puede el alma perturbarse,  
Y el cuerpo desfallece lentamente:  
Haz que no azote el viento con palabras.  
Como la superficie de los cuerpos  
El contacto del aire experimenta,  
Es preciso que sea sacudida  
Sin cesar por sus golpes repetidos.  
Razón por qué los seres casi todos  
Están cubiertos de pellejo, ó cerda,
- 1280 Ó de conchas, ó callos, ó cortezas:

Y el aire respirado de continuo,  
Por medio de su flujo y su reflujo  
Los azota también interiormente.  
Así es chocado el cuerpo por los lados,  
Y este choque por medio de los poros  
Llegando á los primeros elementos  
La destrucción prepara poco á poco.  
Los principios del ánimo y del cuerpo  
Se trastornan de modo que una parte  
1290 Del alma es arrojada, y otra queda  
En lo interior del cuerpo recogida:  
Repartida en los miembros la tercera,  
No puede reunirse, ni su parte  
Alarga al movimiento de la vida,  
Porque ha cortado la naturaleza  
Las vías y conductos: huye al punto  
El sentimiento en medio del desorden.  
Y como el cuerpo ya no tiene apoyo,  
Todo él se debilita y descaece,  
1300 Los brazos caen, los párpados se cierran,  
Y quedan los jarretes aplomados.  
Después de la comida viene el sueño,  
Porque el efecto que produce el aire,  
Ese mismo produce el alimento  
Cuando se va escondiendo por las venas;  
Y aquel sopor es mucho más profundo  
Que se sigue á la hartura, ó la fatiga,  
Pues trastorna ésta más los elementos,  
Deja el alma encerrada por adentro  
1310 Y la echa más copiosa y dividida,  
Y la desune más entre sí misma.  
Y aquello en que más uno se ha ocupado,  
Y en las cosas que más se ha detenido  
Y en que más atención hubiese puesto,  
Eso mismo en el sueño nos parece

- Hacer por lo común; los abogados  
Defienden causas, é intérpretan leyes;  
Combates dan y asaltos los caudillos;  
Con los vientos se baten los pilotos;  
1320 Yo mismo no interrumpo mi trabajo,  
Y siempre busco la naturaleza,  
Y encontrada, á mi patria la declaro.  
De este modo las otras facultades  
Y los estudios de ordinario ocupan  
En sueños á los hombres con engaños.  
Y aquellos que á los juegos de continuo  
Asisten muchos días de seguida,  
Los vemos casi siempre, aun cuando deje  
La diversión de herir á sus sentidos,  
1330 Conservar en sus almas paso franco  
Por do puedan los mismos simulacros  
Introducirse; y los objetos mismos  
Por muchos días se les representan:  
Aunque despiertos ven los danzarines  
Meneando sus miembros diestramente  
Y oyen la consonancia de la lira,  
Y el lenguaje suave de las cuerdas;  
Ven el mismo concurso, y ven la escena  
Que brilla con adornos variados.  
1340 La inclinación, el gusto y la costumbre  
Tanto influyen en hombres y animales.  
Como que los caballos animosos,  
Sepultados sus miembros en el sueño,  
Los verás en sudor todos bañados  
Y resoplar y hacer esfuerzos grandes,  
Soñando así como si disputaran  
Sobre la palma, abiertas las barreras.  
También los perros de los cazadores  
Durante el blando sueño de repente  
1350 Sus pies agitan, ladran y á menudo

Oliscar se les ve cual si tuvieran  
El rastro de la caza descubierto;  
Y volviendo del sueño continúan  
Persiguiendo los vanos simulacros  
De los ciervos que huyendo se figuran,  
Hasta que en sí volviendo, el error dejan.  
Mas el perro leal y cariñoso  
Que vive con nosotros en la casa,  
Sacude en un instante el leve sueño  
1360 Que sus ojos velaba, y se levanta  
Listo como si viera cara nueva  
Y rostro sospechoso; porque inquietan  
Los simulacros tanto más en sueños  
Cuanto sus elementos son más rudos.  
Las varias aves huyen, al contrario,  
Y agitando sus alas, al momento  
Se acogen á los bosques de los dioses,  
Por la noche, si en blando sueño vieron  
El gavilán sobre ellas arrojarse  
1370 Y con rápido vuelo perseguirlas.  
Á la verdad que grandes movimientos  
Agitan á las almas de los hombres:  
Proyectos vastos forman y ejecutan;  
Soñando hacen los reyes prisioneros;  
Esclavos son en sueños de los mismos;  
Un combate se sigue á otro combate;  
Claman como si allí los degollaran;  
Muchos bregan y gimen doloridos  
Y como si pantera ó león fiero  
1380 Los hicieran pedazos á bocados,  
Así llenan el aire de chillidos:  
Muchos tratan negocios importantes,  
Y su acción declararon muchas veces;  
Otros en sueños ven venir la muerte;  
Creyendo dar con todo el cuerpo en tierra

- Desde elevados montes arrojados,  
Con gran congoja se despiertan muchos,  
Y á duras penas vuelven en sí mismos  
Con tanta agitación como han tenido:
- 1390 Un sediento también á par de un río  
Ó de una fuente amena está sentado,  
Y se quiere beber el agua toda:  
De ordinario dormidos los muchachos  
Al lado de un servicio ó meadero  
Para orinar creen alzar la ropa,  
Inundando las telas exquisitas  
Que hizo para su cama Babilonia.
- Mas los que sienten por la vez primera  
La juventud lozana cuando el tiempo
- 1400 El semen por los miembros desenvuelve,  
Se les ofrecen muchos simulacros  
De cualquier cuerpo en sueños mensajeros  
De un rostro hermoso, fresco y agraciado,  
Que provocan el órgano atestado  
De semilla abundante; y así como  
Hubieran penetrado muchas veces  
El santuario del placer, arrojan  
Chorros de semen que los contaminan.
- Bulle en nosotros, como dije, el semen
- 1410 Cuando la juventud nos robustece:  
Cada órgano es movido y provocado  
Por el objeto propio: humana imagen  
El órgano prolífico conmueve;  
Cuando de sus depósitos se sale  
El semen esparcido por el cuerpo,  
Y se junta en los nervios destinados  
Y penetra de pronto el mismo sitio  
Engendrador, se atiesan los conductos,  
Quiere arrojarlo la naturaleza
- 1420 Do el bárbaro deseo se encamina:

Y el alma se dirige á aquel objeto  
 Que la hirió con sus flechas amorosas:  
 Todos salen heridos del combate  
 Y los tiros asestan hacia aquella  
 Que hiriéndonos se dió ella por vencida,  
 Y el mismo vencedor ensangrentado  
 En medio de su triunfo se presenta.  
 Así, pues, á quien Venus ha llagado,  
 Ya tomando los miembros delicados  
 1430 De un muchacho, ó haciendo que respire  
 Una mujer amor por todo el cuerpo,  
 Se dirige al objeto que la hiere,  
 Impaciente desea á él ayuntarse  
 Y llenarle de semen todo el cuerpo:  
 El deleite presagia la ansia ciega:  
 Ésta, pues, es la Venus que tenemos,  
 De aquí el nombre de amor trajo su origen,  
 De aquí en el corazón se destilara  
 Aquella gota de dulzor de Venus  
 1440 Que en un mar de inquietudes ha parado:  
 Porque si ausente está el objeto amado,  
 Vienen sus simulacros á sitiarnos  
 Y en los oídos anda el dulce nombre.  
 Conviene, pues, huir los simulacros,  
 De fomentos de amores alejarnos,  
 Y volver á otra parte el pensamiento,  
 Y divertirse con cualquiera objeto;  
 No fijar el amor en uno solo,  
 Pues la llama se irrita y se envejece  
 1450 Con el fomento, y el furor se extiende  
 Y el mal de día en día se empeora.  
 Si no entretienes tú con llagas nuevas  
 Las heridas que te hizo amor primero,  
 Y haciéndote veleta en los amores  
 No reprimes el mal desde su origen

- Y llevas la pasión hacia otra parte.  
Las dulzuras de Venus no renuncia  
Aquel que huye de amor: por el contrario,  
Coge sus frutos solo sin disgusto.
- 1460 Gozan siempre las almas racionales  
De un deleite purísimo y seguro,  
Mejor que los amantes desgraciados,  
Que al mismo tiempo de gozar fluctúan  
Sobre el hechizo de su amor incierto:  
No saben dó fijar ojos y manos;  
Aprietan con furor entre sus brazos  
El objeto primero que agarraron,  
Le molestan muchísimo, y sus dientes  
Clavan cuando le besan en los labios,
- 1470 Porque no tienen un deleite puro;  
Secretamente son agujoneados  
Á maltratar aquel objeto vago  
Que motivó su frenesí rabioso:  
Pero Venus mitiga los dolores  
Gozando del amor suavemente,  
Y con blando placer las llagas cura.  
Pues los amantes tienen esperanza  
De que aquel mismo cuerpo que ha inflamado  
Su pecho en amor ciego, puede él mismo
- 1480 Apagar el incendio que ha movido;  
Pero se opone la naturaleza:  
Y es la única pasión de cuyos goces  
Con bárbaro apetito se arde el pecho;  
Pues el hambre y la sed se satisfacen  
Fácilmente por dentro repartidos  
Bebidas y alimentos en los miembros,  
Y se pueden pegar á ciertas partes.  
Pero un semblante hermoso y peregrino  
Sólo deja gozar en nuestro cuerpo
- 1490 Ligeros simulacros que arrebatá

Miserable esperanza por los aires.  
Así como un sediento busca en sueños  
El agua ansiosamente, y no la encuentra,  
Para apagar el fuego de su cuerpo,  
Y sólo da con simulacros de agua,  
Y con vana fatiga de sed muere  
Bebiendo en algún río caudaloso;  
Del mismo modo engaña á los amantes  
Venus con simulacros: ni la vista  
1500 De un cuerpo hermoso hartura puede darlos,  
Ni quitar de sus miembros delicados  
Alguna parte pueden con sus manos,  
Que inciertas manosean todo el cuerpo.  
En fin, cuando sus miembros enlazados  
Gozan el fruto de la edad florida,  
Cuando el cuerpo presagia los contentos  
Y á punto Venus de sembrar los campos,  
Los amantes agárranse con ansia,  
Y juntando saliva con saliva  
1510 El aliento detienen apretando  
Los labios y los dientes; pero en vano  
Porque de allí no pueden sacar nada  
Ni penetrar ni hacerse un mismo cuerpo;  
Al parecer son estos sus intentos;  
Venus los junta con ansiosos lazos  
Cuando en el seno del placer sus miembros  
En licor abundante se derriten  
Conmovidos en fuerza del deleite;  
En fin, cuando la Venus recogida  
1520 De los nervios saltó, por un momento  
El ardor violento se amortigua,  
Vuelve después con más furor la rabia,  
Buscando sin cesar tocar el blanco  
De sus deseos; pero no hallan medio  
Con que puedan triunfar de su desgracia:



¡Tan ciega herida errantes los consume!  
Agrega á los tormentos que padecen  
Sus fuerzas agotadas y perdidas,  
Una vida pasada en servidumbre,  
1530 La hacienda destruída, muchas deudas,  
Abandonadas las obligaciones,  
Y vacilante la opinión perdida:  
Perfumes y calzado primoroso  
De Sición, que sus plantas hermosea:  
Y en el oro se engastan esmeraldas  
Mayores y de verdes más subido,  
Y se usan en continuos ejercicios  
De la Venus las telas exquisitas,  
Que en su sudor se quedan empapadas:  
1540 Y el caudal bien ganado por sus padres  
En cintas y en adornos es gastado:  
Le emplean otras veces en vestidos  
De Malta y de Scio: le disipan  
En menaje, en convites, en excesos,  
En juegos, en perfumes, en coronas,  
En las guirnaldas, pero inútilmente;  
Porque en el manantial de los placeres  
Una cierta amargura sobresalta,  
Que molesta y angustia entonces mismo;  
1550 Bien porque acaso arguye la conciencia  
De una vida holgazana y desidiosa  
Pasada en ramerías; ó bien sea  
Que una palabra equívoca tirada  
Por el objeto amado, como flecha,  
Traspasa el corazón apasionado  
Y toma en él fomento como fuego;  
Ó bien celoso observa en sus miradas  
Distracción hacia él mirando á otro,  
Ó ve en su cara risa mofadora.  
1560 Si en el amor feliz hay tantas penas,

Innumerables son las inquietudes  
De un amor desgraciado y miserable:  
Se vienen á los ojos tan de claro,  
Que es mejor abrazar, como he enseñado,  
El estar siempre alerta, y no dejarse  
Enredar en sus lazos; pues más fácil  
Es evitar las redes, que escaparse  
Y de Venus romper los fuertes lazos  
Cuando el amor nos tiene ya prendidos.  
1570 Y aunque fueras cogido y enredado  
Podrías evitar el infortunio  
Si tú mismo no fueras á buscarle;  
Si primero los ojos no cerraras  
Sobre todos los vicios de su alma  
Y sobre los defectos corporales  
De aquel objeto por quien sólo anhelas:  
Ciega por lo común á los amantes  
La pasión, y les muestra perfecciones  
Aéreas; porque vemos que las feas  
1580 Aprisionan los hombres de mil modos,  
Y hacen obsequio grande á las viciosas:  
Y unos de otros se burlan y aconsejan  
El aplacar á Venus mutuamente  
Que los affige con amor infame:  
Si es negra su querida, para ellos  
Es una morenita muy graciosa;  
Si sucia y asquerosa, es descuidada;  
Si es de ojos pardos, se asemeja á Palas;  
Si seca y descarnada, es una corza  
1590 Del Ménalo; si enana y pequeñita,  
Es una de las gracias, muy salada;  
Si alta y agigantada, es majestuosa,  
Llena de dignidad; tartamudea  
Y no pronuncia bien, es un tropiezo  
Gracioso; taciturna, es vergonzosa;

Colérica, envidiosa, bachillera,  
Es un fuego vivaz que no reposa;  
Cuando de puro tísica se muere,  
Es de un temperamento delicado;  
1600 Si con la tos se ahoga y desfallece,  
Entonces es heldad descaecida;  
Y si gorda y tetuda, es una Ceres,  
La querida de Baco: si chatilla,  
Es silla de placer; ¡nadie podría  
Enumerar tan ciegas ilusiones!  
    Pero demos que sea ella un hechizo  
Y que la haya agraciado Venus misma;  
No faltan en el mundo otras hermosas,  
Y sin ellas pasamos. La hermosura  
1610 Á las mismas miserias está expuesta,  
Y á las mismas flaquezas que la fea;  
Tenemos evidencia: y la infelice  
Por su hedor insufrible se sahuma,  
De la cual huyen mucho sus doncellas,  
Y á escondidas dan grandes carcajadas.  
    Llorando, empero, el despedido amante  
Muchas veces adorna los umbrales  
Con flores y guirnaldas, derramando  
Perfumes en los postes altaneros,  
1620 Y da en las puertas besos infelices;  
Á quien si ya una vez introducido  
Un ligero olorcillo molestara  
Al entrar en la casa, buscaría  
Al punto algún pretexto de alejarse;  
Se olvida de las quejas elocuentes  
Tanto tiempo pensadas, y se acusa  
De mentecato por haber supuesto  
En aquella mortal más perfecciones  
Que es justo conceder: muy bien lo saben  
1630 Nuestras diosas: ocultan por lo mismo

Estas flaquezas de la vida á quienes  
 Desean sujetar de amor con grillos:  
 Muy necias son en esto; porque puedes  
 Correr el velo á todos sus misterios,  
 É informarte de todos sus secretos:  
 Y si es de buena índole y modesta,  
 Á mal no llevará que tú igualmente  
 Veas y observes la miseria humana.

No siempre la mujer con amor falso  
 1640 Suspira: cuando el cuerpo de su amante  
 Contra su seno aprieta entre sus brazos;  
 Cuando sus labios húmedos imprimen  
 Besos que fluyen el deleite, entonces  
 Su amor es verdadero, y deseosa  
 De gozar el placer común á entrambos,  
 Le incita á que concluya la carrera  
 Del amor: no podrían de otro modo  
 Las aves, los ganados y las fieras  
 Y yeguas á los machos ayuntarse,  
 1650 Si las hembras calientes no estuvieran,  
 Si en ellas no excitaran los hervores  
 Del placer esta dulce resistencia  
 Tan favorable á la caliente Venus.

¿Por ventura no ves también aquellos  
 Que un deleite recíproco ayuntara  
 En mutua ligadura atormentados?  
 ¿Y queriendo los perros desligarse,  
 En las encrucijadas muchas veces  
 Cada uno tira mucho por su parte  
 1660 Cuando los tiene Venus aún pegados  
 Con fuertes ataduras? No lo harían  
 Si no fueran comunes los contentos  
 Que en aquel dulce lazo los unieron,  
 Teniéndolos á entrambos en prisiones.  
 Sólo el placer recíproco es deleite.

- Y por fortuna en el ayuntamiento  
Cuando ordeñó con suma ligereza  
Y el viril semen embebió la hembra,  
Al padre ó á la madre se parecen  
1670 Los hijos, en razón que dominare  
El semen de uno ú otro; y si de entrambos  
Fueren los hijos un retrato vivo,  
De la sangre más pura de sus padres,  
Fueron formados, cuando las semillas  
Excitadas por Venus en los miembros  
El recíproco ardor equilibrara,  
Y con igual influjo concurrieron.  
Á las veces sucede parecerse  
Á los abuelos, ó á los bisabuelos,  
1680 Porque encierran los padres de ordinario  
En su cuerpo muchísimos principios  
Que, de padres á hijos transmitidos,  
Vienen de un mismo tronco: después Venus  
Varía las figuras, y remeda  
El semblante, la voz y los cabellos  
De los abuelos, porque son formadas  
Aquestas partes de nosotros mismos,  
No menos que la cara, cuerpo y miembros  
De germen fijo. Y la viril semilla  
1690 En producir el sexo femenino  
Influye, y los varones engendrados  
Son del materno semen; porque el hijo  
Resulta siempre de las dos semillas,  
Y aquel á quien el hijo más saliere  
Suministró más parte de elementos,  
Como en varones y hembras verlo puedes.  
No impiden á ninguno las deidades  
El propagar su especie, y que le llamen  
Padre sus dulces hijos; ó que vivan  
1700 En un perpetuo estéril himeneo,

Como lo creen muchos, y afligidos  
 Las aras bañan de copiosa sangre  
 Y llenan de presentes los altares  
 Para que con raudales de semilla  
 Empreñen sus mujeres; pero en vano  
 Á los dioses y oráculos fatigan.  
 Estériles se quedan las mujeres  
 Cuando el semen es flúido ó espeso  
 Con extremo: muy flúido no puede  
 1710 Fijarse en los parajes destinados,  
 Se corre y se derrama en el momento;  
 Muy espeso, su misma consistencia  
 No le deja saltar bastante lejos  
 Y penetrar los sitios igualmente,  
 Ó penetrando en ellos, con el semen  
 De la mujer no es fácil se entrevere.  
 Porque en efecto hay mucha diferencia  
 Por la organización en las uniones,  
 Y unos mejor empreñan unas que otras,  
 1720 Y muchas fueron antes infecundas  
 En varios himeneos, y no obstante  
 Llegaron á tener un buen marido  
 Que supo fecundarlas, y quedaron  
 Enriquecidas con sabrosos hijos:  
 Y después de infinitos matrimonios  
 Infructuosos, encontraron otros  
 Apoyos de vejez con nueva esposa:  
 Tan esencial es la correspondencia  
 De la organización en los esposos,  
 1730 Para poder unirse las semillas  
 Con las que tengan más analogía,  
 Y adquieran la precisa consistencia.  
 Es preciso también ser circunspecto  
 Sobre la calidad del alimento,  
 Pues se espesan los sémenes con unos,

- Con otros se atenúan y disuelven.  
 También debe observarse la manera  
 De tratar á la misma dulce venus;  
 Pues como los cuadrúpedos se ayuntan
- 1740 Muchos son de opinión que los esposos  
 Deben hacerlo, porque de este modo  
 Pueden las partes recibir el semen  
 Echando el pecho y levantando el lomo.  
 No conviene que hagan las esposas  
 Movimientos lascivos, porque impiden  
 Hacerse la mujer embarazada  
 Cuando con los meneos de las nalgas  
 La venus del varón estorba inquieta  
 Y da oleadas con el tierno pecho;
- 1750 La reja del arado echa del sulco,  
 Y el chorro seminal quita del sitio.  
 Por utilidad propia las rameras  
 Tuvieron la costumbre de moverse,  
 Por no hacerse preñadas con frecuencia  
 Y porque al mismo tiempo los varones  
 Tuviesen una venus más gustosa:  
 Mas la honesta mujer no las imite.  
 No es preciso el auxilio de los dioses  
 Ni las flechas de Venus para amarse.
- 1760 Á veces la más fea mujercilla,  
 Su conducta, su agrado, su limpieza,  
 Sus artificios inocentes hacen  
 Que se acostumbre el hombre fácilmente  
 Á vivir en su trato y compañía,  
 Porque engendra cariño el mucho trato:  
 Golpes reiterados, aunque leves,  
 Al cabo de años triunfan de los cuerpos  
 Más sólidos. ¿No observas que las gotas  
 De la lluvia que caen sobre las peñas
- 1770 Después de mucho tiempo las socavan?





## LIBRO V

- 1 QUIÉN con robusto pecho cantar puede  
Según la majestad de los objetos  
Estos descubrimientos asombrosos;  
Ó quién tan elocuentes labios tiene  
Que pueda celebrar las alabanzas  
Según merece aquel sublime genio  
Que nos dejó los frutos de su mente?  
Nadie que mortal cuerpo haya tenido;  
Porque, si como exige la grandeza
- 10 De los descubrimientos de las cosas  
Es preciso que hablemos de las mismas,  
Un dios fué aquél, un dios, ínclito Memmio,  
Que primero inventó aquel plan de vida  
Que hoy de sabiduría tiene nombre,  
Haciendo que por medio de este arte  
Sucudiese la calma á las tormentas,  
Y á las tinieblas una luz hermosa.
- Los inventos antiguos de otros dioses  
Compara tú con éstos: porque dicen
- 20 Haber á los mortales enseñado

Ceres el modo de coger los frutos,  
 Y el zumo de la vid el padre Baco;  
 Pudiéndose vivir sin estos dones,  
 Como cuentan que viven al presente  
 Muchas naciones: pero sin virtudes  
 Vivir no se podría felizmente:  
 Tenemos, pues, justísimos motivos  
 De ser un dios para nosotros éste  
 Cuyos dulces cónsuelos extendidos  
 30 Por todas las naciones de la tierra  
 Los ánimos halagan en sus cuitas.  
     Estás muy engañado si presumes  
 Que los trabajos de Hércules le exceden;  
 ¿Pues qué daño al presente nos harían  
 Aquella boca del león nemeo  
 Anchurosa, y las cerdas herizadas  
 Del jabalí de Arcadia? ¿qué podrían  
 De Creta el toro, y la lerneá plaga  
 De la hidra atrincherada de serpientes  
 40 Ponzosofas? ó ¿qué de los tres cuerpos  
 Del enorme Gerión se nos daría?  
 ¿Y acaso los caballos de Diomedes,  
 Cuyas narices fuego resollaban  
 Allá cerca del Ísmaro en la Tracia  
 Y en las Bistonias costas nos dañaran?  
 ¿Qué las aves de Arcadia con sus garras,  
 Del Estínfalo horribles moradoras?  
 ¿Qué daño, en fin, hiciera el guardián fiero  
 Del jardín y fulgentes pomos de oro  
 50 De Hespérides, aquel dragón furioso  
 Que vibraba amenazas de sus ojos,  
 Y cuyo enorme cuerpo el rico tronco  
 Con roscas y más roscas abrazaba  
 Del océano Atlántico las playas  
 Y cerca de aquel mar inaccesible

- Sobre el cual nunca osaron exponerse  
Ni romanos ni bárbaros? ¿qué hicieran,  
Aunque se viesen monstruos semejantes  
Y el mundo no estuviera limpio de ellos?
- 60 No causarían daño, según pienso:  
Ahora hierve la tierra todavía  
En alimañas, y el espanto reina  
Por los bosques, y selvas y montañas;  
Podemos evitarlas sin embargo.  
    Pero si no tenemos limpio el pecho  
    ¡Qué combates tan recios sostendremos!  
    Y á pesar nuestro, entonces, ¡cuántos riesgos!  
    Tenemos que vencer! ¡de qué inquietudes,  
    De qué cuidados y de qué temores
- 70 No es desgarrado el corazón del hombre  
Que se entrega sin freno á sus pasiones!  
    ¡Cuántos estragos hacen en su alma  
    Orgullo, obscenidad y petulancia!  
    ¡Cuántos el lujo y la desidia torpel  
    Así el que á todos estos enemigos  
    Hubiera sujetado, y de su pecho  
    Los hubiese lanzado con las armas  
    De la razón tan sólo, ¿no debemos  
    Colocar este hombre entre los dioses?
- 80 ¿Qué dirémos si en términos divinos  
Su lengua desató este mismo sabio  
Para hablar de los dioses inmortales  
Y para descubrir á nuestros ojos  
De la naturaleza los misterios?  
    Entrando yo en la senda que me he abierto,  
    Proseguiré enseñándote las leyes  
    Que hacen que todo sér tenga su límite  
    Según su formación, y que no pueda  
    Pasar jamás los límites prescritos
- 90 Á su duración propia: pues habiendo

Probado nace el alma con nosotros,  
Que no puede durar eternamente,  
Que no son más que vanos simulacros  
Las fantasmas, imágenes de muertos,  
Que creemos en sueños ver nosotros:  
El orden mismo de mi objeto ahora  
Me conduce á tratar del nacimiento  
Del mundo y de su término postrero;  
Y también á explicarte de qué modo  
100 Los átomos unidos han formado  
La tierra, el cielo, el mar, el Sol, los astros,  
Y el globo de la Luna: qué animales  
Ha parido la tierra, y cuáles nunca  
Pudieron existir: y por qué encanto,  
Variando los hombres las palabras  
Entre sí, establecieron el comercio  
De las ideas: cómo se introdujo  
Aquel miedo á los dioses en los pechos  
Que en todos los países de la tierra  
110 Conserva templos, lagos, bosques, aras,  
Y las santas estatuas de los dioses.  
Explicaré las leyes que ha prescrito  
Del Sol al curso la Naturaleza  
Y á las revoluciones de la Luna;  
Para que no creamos falsamente  
Que por un espontáneo movimiento  
Eternamente ruedan estos astros  
Tan obsequiosos entre cielo y tierra,  
Para acrecentamiento de los frutos  
120 Y de los animales: ó que sea  
Á los dioses debido en cierto modo  
El periodo de sus revoluciones:  
Porque los que estuvieren persuadidos  
Del descuido en que viven las deidades,  
Si no obstante se admiran de las causas

Aun de las naturales apariencias  
Que se observan encima de nosotros  
En la region etérea, nuevamente  
Caen en su inveterado fanatismo  
130 Y nos ponen tiranos inflexibles,  
Á quienes para colmo de miseria  
Conceden un poder ilimitado,  
Por no saber qué cosa existir puede,  
Cuál no puede, y los límites precisos  
Que ha señalado la Naturaleza,  
En fin, á la energía de los cuerpos.  
Yo no ignoro cuán nueva é increíble  
Es la opinión de que la tierra y cielo  
Se acabarán, y cuán difícil sea  
140 Para mí convencer á los mortales  
De una verdad que hasta ahora no ha llegado  
Á sus oídos; que por otra parte  
No pueden á la vista sujetarla  
Ni al tacto, los dos únicos caminos  
Que á la evidencia guían hasta el templo  
Del espíritu humano: sin embargo,  
Yo romperé el silencio: la experiencia  
Vendrá quizá en apoyo de mi aserto;  
Verás quizá dentro de poco tiempo,  
150 Agitado de horribles terremotos,  
Todo el orbe en rüinas convertido.  
Aleje de nosotros el destino  
Desastre semejante; el raciocinio  
Convénzanos más bien que la experiencia  
De que es posible se hunda todo el globo  
Con un fragor horrísono deshecho.  
Antes de que yo empiece á revelarte  
Los decretos del hado, más sagrados  
Y mucho más seguros que no aquellos  
160 Que pronuncia la Pitia coronada

De laurel en la trípode de Apolo,  
Quiero infundirte aliento con verdades  
Consoladoras, por si acaso piensas,  
De la superstición aherrojado,  
Que la Tierra y el Sol, el mar, el cielo,  
Los astros y la Luna son sustancias  
Eternas y divinas; presumiendo  
Que son impíos como los gigantes,  
Dignos de los suplicios más atroces  
170 Por su horrible atentado, los que quieran  
Desbaratar las bóvedas del Mundo  
Y apagar la clarísima lumbrera  
Del Sol con vanas argumentaciones,  
Tratando lo inmortal con mortal labio.  
Pero están estos cuerpos tan distantes  
De la divinidad, y nos parecen  
Tan indignos de estar entre los dioses,  
Que, al contrario, más bien nos dan ideas  
De una materia bruta inanimada:  
180 No se debe creer que el sentimiento  
É inteligencia sean propiedades  
De cualquier cuerpo indiferentemente.  
Así como en el aire estar no puede  
El árbol, ni en el mar salado nubes,  
Ni peces en los campos, ni en los leños  
La sangre, ni los jugos en las piedras,  
Porque ha prescrito la naturaleza  
Á cada sér el sitio donde nazca,  
Y do se desarrolle; así no puede  
190 Nacer el alma aislada sin un cuerpo,  
Sin nervios y sin sangre: si posible  
Y fácil fuera, mucho más podría  
Formarse en la cabeza ó en los hombros,  
Ó en los talones ó en cualquiera parte  
Del cuerpo; porque al fin ella estaría

En el mismo hombre y vaso de continuo.

Mas como estamos ciertos que en el cuerpo  
Tienen ánimo y alma en sitio fijo  
Donde nacen y crecen apartados;  
200 Por lo mismo diremos que no puede  
El alma subsistir sino en un cuerpo,  
Y sin forma animal en los terrones  
Pesados de la tierra, ó en el fuego  
Del Sol, ó en el agua ó en los aires:  
Luego no están dotadas estas masas  
De alma divina, puesto que no pueden  
Gozar el movimiento de la vida.

Tampoco puedes presumir que tengan  
Los dioses sus moradas sacrosantas  
210 En una de las partes de este mundo:  
Porque ellos son sustancias tan sutiles,  
Que el sentido no puede percibirlas,  
Ni el espíritu apenas comprenderlas:  
Si escapan al contacto de las manos  
No deben tocar ellos ningún cuerpo  
Que podamos tocar; porque no puede  
Tocar el que de suyo es intangible:  
Luego muy diferentes de las nuestras  
Deben ser sus moradas, tan sutiles  
220 Como sus cuerpos: lo que extensamente  
Te probaré en la serie de mi escrito.

Decir, á la verdad, que en favor nuestro  
Han querido los dioses disponernos  
El orden bello de naturaleza;  
Que debemos loar por esto mismo  
Esta obra admirable de los dioses;  
Por inmortal y eterna reputarla;  
Que es un crimen minar con lengua osada  
De este edificio eterno los cimientos,  
230 Que levantó para la especie humana

El saber de los dioses inmortales:  
Estas fábulas y otras semejantes  
Indicio, oh Memmio, son de gran locura.  
¿Qué utilidad nuestro agradecimiento  
Podría acarrear á aquellos seres  
Inmortales por sí y afortunados,  
Para empeñarlos en obsequio nuestro  
Á emprender esta obra y concluirla?  
¿Ó qué nuevo interés pudo inducirlos  
240 Pacíficos después de tantos siglos  
Á codiciar nuevo tenor de vida?  
Aquel sólo apetece las mudanzas  
Que de suerte infeliz es perseguido:  
Pero aquel que jamás probó infortunio  
Gozando de tranquila y dulce vida  
¿Qué nuevo estado pudo enamorarle?  
¿En las tinieblas y en la angustia estaba  
Su vida acaso hundida hasta el momento  
En que nueva brilló naturaleza?  
250 Y de no haber nacido, ¿qué desgracia  
Nos podía venir? cualquier nacido  
Tan sólo debe apetecer la vida  
Mientras blando placer le tenga en ella:  
Pero aquel que jamás contado fuera  
Entre los que gustaron su dulzura  
¿En no haber existido qué perdiera?  
¿De dónde, pues, sacaron las deidades  
Para la creación del Universo  
El ejemplar y la primera idea  
260 De los hombres, de modo que pudiesen  
Concebir claramente su proyecto  
Y ejecutarle? ó ¿cómo conocieron  
Las cualidades de los elementos,  
Y lo que pueden sus combinaciones  
Diferentes, á no ser que la misma



Naturaleza lo haya declarado?  
Porque al cabo de siglos infinitos  
Los muchos elementos de materia  
Por choques exteriores sacudidos,  
270 Y de su mismo peso arrebatados  
Y llevados con raudos movimientos,  
De diversas maneras se juntaron,  
Probaron todas las combinaciones  
De que pudiesen resultar los seres;  
Por lo que no es extraño que hayan dado  
Con la disposición y movimientos  
Que forman este mundo y le renuevan.

Suponiendo que yo mismo ignorara  
De los principios la naturaleza,  
280 Á asegurar no obstante me atreviera,  
Cielo y naturaleza contemplando,  
Que no puede ser hecha por los dioses  
Máquina tan viciosa é imperfecta.

Cuanto coge la bóveda celeste  
Del globo que habitamos, en gran parte  
Las montañas y selvas y las fieras  
Como si fuera propio lo dominan;  
El mar que nos lo estrecha con sus brazos  
Las rocas y lagunas lo poseen;

290 Un ardor insufrible, un yelo eterno  
Casi dos partes roba á los mortales:  
Y llenara de abrojos lo restante  
Naturaleza á sí misma entregada,  
Si la industria del hombre no acudiera,  
Hecho á gemir por alargar la vida  
Bajo penoso afán, y á abrir la tierra  
Con la pesada reja; si volviendo  
Con ella los terrones, y domando  
El suelo ingrato no le precisamos.

300 Los gérmenes no pueden por sí mismos

Salir y levantarse al aire puro:  
Y á veces estos frutos tan costosos  
Cuando ya tienen hoja y ya florecen,  
Ó los abrasa el sol con sus ardores,  
Ó con ellos acaban los turbiones,  
Ó frecuentes heladas los destruyen.  
¿Por qué causa sustenta y multiplica  
En mar y tierra la Naturaleza  
Esa horrífera casta de las fieras  
310 Que á la raza humanal es tan dañosa?  
¿Por qué las estaciones traen los morbos?  
¿Por qué vaga la muerte prematura?  
    Y el niño, semejante al marinero  
Que á la playa lanzó borrasca fiera,  
Tendido está en la tierra, sin abrigo,  
Sin habla, en la indigencia y desprovisto  
De todos los socorros de la vida,  
Desde el momento en que naturaleza  
Á la luz le arrancó con grande esfuerzo  
320 Del vientre de la madre, y llena el sitio  
De lúgubre vagido como debe  
Quien tiene que pasar tan grandes cuitas.  
Crecen las fieras y ganados varios,  
Y ni el chupar ruidoso necesitan,  
Ni con alma nodriza se les pone  
Para acallarlos con lenguaje tierno;  
Ni acomodan al tiempo sus vestidos;  
Ni de armas ni de muros elevados  
Necesitan, en fin, con que defiendan  
330 Sus bienes y riquezas; pues la tierra  
Y la naturaleza largamente  
Abastecen de todo á cada uno.  
    Primeramente, si la tierra y agua  
Y los soplos ligeros de los aires  
Y los vapores cálidos del fuego

- Á nacimiento y muerte están sujetos,  
Debe correr la misma suerte el mundo,  
Que de estos elementos se compone;  
Porque siendo nativas y mortales
- 340 Las partes, debe el todo ser lo mismo:  
Por lo que cuando veo renacidas  
Las partes y los miembros agotados  
Del mundo, me persuado que han tenido  
Algún primer instante Cielo y Tierra,  
Y me persuado su final ruina.  
No te presumas, Memmio, que yo avanzo  
Una proposición aventurada  
Al decir que es mortal la tierra y fuego  
Y que perecerán el aire y agua;
- 350 Que los mismos renacen y se aumentan.  
Abrasada una parte de la tierra  
Por los continuos soles, y hecha polvo  
Con el pisar, se agrupa en torbellinos  
Que los vientos robustos desparraman  
Como ligeras nubes por los aires.  
Parte de los terrones se resuelve  
En agua con las lluvias, y los ríos  
Continuamente roen las orillas:  
Cualquiera cuerpo, en fin, que aumenta otro
- 360 Con su propia sustancia, se consume;  
Y puesto que la Tierra es común madre  
Y general sepulcro de los cuerpos,  
Se gasta y se repara de continuo.  
Que el mar, ríos y fuentes siempre abundan  
Y arrojan sin cesar copiosas aguas,  
Lo declara la inmensa copia de ellas,  
Que á enriquecerlos va por todas partes:  
Mas las continuas y hórridas tormentas  
Impiden llegue á ser muy abundante:
- 370 Barriéndola los vientos con su sopló

Y etéreo sol chupándola con rayos  
Reducen su volumen: otra parte  
Se sume por las tierras y se filtra.  
Se limpia de sus sales, se recoge  
Toda en el nacimiento de los ríos,  
Fluye sobre la tierra dulcemente  
Por donde, una vez rota, facilita  
Que con líquido pie corran las aguas.  
Del aire voy á hablar, que cada instante  
380 Prueba vicisitudes infinitas,  
Pues todo cuanto fluye de los cuerpos  
En este vasto océano se pierde;  
El cual, si no les diera partes nuevas  
Y sus pérdidas siempre reparara,  
Ya se hubiera disuelto todo cuerpo  
Y convertido en aire: luego siempre  
Es producido el aire por los cuerpos  
Y los cuerpos en aire se resuelven,  
Pues es ley de la vida que los seres  
390 Fluyan en general continuamente.  
Y la perene fuente de luz pura,  
El Sol etéreo, baña de continuo  
El cielo con un brillo renaciente,  
Y alimenta la luz con otra nueva;  
Pues sus rayos se pierden al ponerse.  
Lo puedes observar cuando las nubes  
Hacia el Sol empezaron á arrimarse,  
Y los rayos de luz casi ya cortan;  
Toda su inferior parte en el momento  
400 Desaparece, obscúrase la tierra  
Por todo cuanto abrazan los nublados,  
Para que veas necesitan siempre  
De nueva luz los cuerpos, y que muere  
Cada rayo en su mismo nacimiento;  
Y sería imposible de otro modo

Percibir los objetos sin que diera  
El manantial de luz rayos perpetuos.  
La misma luz artificial de casa  
Y las colgadas lámparas y teas,  
410 Que despiden de sí unos torbellinos  
De llama y humo, corren de este modo  
Con auxilio de fuegos tembladores  
Á dar una luz nueva de continuo;  
Sus emisiones nunca se interrumpen:  
Con tanta rapidez todos los fuegos  
Reemplazan á la llama que se apaga  
Con otra luz de súbito formada.  
Así, en vez de tener el Sol, la Luna  
Y estrellas como cuerpos inviolables,  
420 Debes creer que sólo nos alumbran  
Siempre por emisiones subcesivas,  
Que sin cesar se pierden y renuevan.  
Por último; ¿no ves triunfar el tiempo  
Aun de las piedras, y venirse al suelo  
Altas torres, y á polvo reducirse  
Los peñascos, hundirse y arruinarse  
Á pesar de los dioses sus estatuas;  
Que la deidad no puede hacer traspasen  
Los límites prescriptos por el hado,  
430 Ni ella misma luchar contra las leyes  
Que la Naturaleza ha establecido?  
¿No vemos los humanos monumentos  
Caer desmoronados ciertamente  
Como si fueran por vejez minados?  
¿No ves rodar desde los altos montes  
Peñascos desprendidos, incapaces  
De resistir á las gigantes fuerzas  
De un tiempo limitado? de repente  
No se desprenderían ni cayeran,  
440 Si al cabo de un gran número de siglos

Hubieran resistido los asaltos  
Del tiempo, sin jamás rendirse á ellos.  
Esa bóveda inmensa, en fin, contempla  
Que dentro de sí abraza todo el orbe;  
El cielo mismo, que al decir de algunos  
Crea todos los seres, y disueltos  
Los vuelve á recibir, tuvo principio,  
Y cuerpo mortal tiene, aunque es inmenso;  
Porque el sér que otros seres alimenta  
450 Con su sustancia, debe consumirse,  
Cuando acción creadora los repara.

Si la Tierra y el Cielo no tuvieron  
Jamás principio y fueron siempre eternos,  
¿Cómo es que no cantaron los poetas  
Los sucesos también que precedieron  
Á la guerra tebana y fin de Troya?  
¿Dó fueron á parar tantas hazañas  
De varones ilustres, excluidas  
De los eternos fastos de la fama?  
460 Nuevo es empero el mundo según pienso,  
En la infancia está aun, y muy reciente  
Tiene la fecha: pues se perfeccionan  
También algunas artes al presente,  
Y ahora se inventan otras; se adelanta  
En la navegación bastante ahora;  
Inventaron los músicos há poco  
Las voces y sonidos melodiosos:  
Esta naturaleza de las cosas  
Y esta filosofía ahora han nacido  
470 Y ahora soy yo mismo el que primero  
Puedo de ellas hablar en nuestra lengua.

Pues si acaso presumes tuvo el Mundo  
Todas estas ventajas en lo antiguo,  
Mas que generalmente perecieron  
Con voraz llama las generaciones,

Ó que se destruyeron las ciudades,  
Aun debes afirmar más convencido  
La ruina también de Cielo y Tierra:  
Porque atacado de tan grandes males  
480 Y expuesto el universo á tantos riesgos  
Se hubiera destruído y arruinado  
Si hubieran atacado más de recio;  
Una prueba clarísima tenemos  
De que somos mortales, enfermando  
Con las mismas dolencias que enfermaron  
Aquellos que salieron de la vida.

Subsiste, pues, un cuerpo eternamente,  
Ó porque siendo sólido resiste  
Al choque y no permite le penetre  
490 Otro que pueda disociar sus partes,  
Como hacen los principios de materia,  
Cuya naturaleza expliqué antes;  
Ó porque es inaccesible al choque  
Como el vacío, el impalpable espacio  
Á que acción destructora nunca llega;  
Ó porque no le cerca algún espacio  
Que pueda recibir en sí los restos  
Después de disolverse; como el *todo*,  
Fuera del cual no escaparán sus partes,  
500 Ni hay cuerpos que las choquen y dividan.

Aunque sólido el Mundo, como dije,  
No es inmortal, porque se da vacío  
En la Naturaleza: ni tampoco  
Lo es como el vacío, porque hay cuerpos  
Innumerables en el vasto espacio  
Cuyos ataques súbitos conmueven  
Nuestro Mundo y le ponen en peligro  
De perecer. Espacios hay inmensos  
También en donde pueden dispersarse  
510 Todas las partes de sus elementos,

Ó de otro cualquier modo aniquilarse.  
No se cierran las puertas de la muerte  
Al Cielo, Sol, y Tierra, y hondos mares;  
Antes para tragarlos les presenta  
Una boca disforme y anchurosa:  
Por lo que á confesar te ves forzado  
Haber tenido todos estos cuerpos  
Principio, porque siendo destructibles,  
Después de haber corrido tantos siglos  
520 De ningún modo hubieran resistido  
De tiempo inmenso el poderoso esfuerzo.  
    La lucha, en fin, que reina entre los miembros  
Vastísimos del Mundo, guerra impía  
Que siempre los agita, ¿no declara  
Que pueden acabarse y concluirse  
Estos largos combates algún día?  
    Cuando hubieren el Sol y todo el fuego  
Las aguas totalmente consumido,  
Y hubieren conseguido una victoria  
530 Á que todas sus fuerzas se dirigen  
Sin un feliz suceso todavía,  
Pues abastecen tanto al mar los ríos,  
Y amenazan los mares anegarnos  
Desde el profundo abismo inútilmente:  
Porque siendo barridos por los vientos,  
Y del Sol absorbidos por los rayos,  
Se van desminuyendo y los secan  
Primero que su fin lograse el agua.  
    De grandes intereses animados,  
540 Estos dos elementos se hacen guerra  
Con fuerza igual; aunque, según es fama,  
Habiendo una vez sola dominado  
El fuego ya en la tierra, y habiendo otra  
Reinado el agua sobre el continente,  
Triunfó no obstante el fuego, y una parte



Del mundo consumió con voraz llama  
Cuando fué arrebatado Faetonte  
Del Sol por los caballos desbocados,  
Y por el aire y climas le arrastraron;  
550 Pero entonces el Padre Omnipotente  
Colérico y furioso lanzó á tierra  
Un pronto rayo desde el mismo carro  
Á Faetón magnánimo, y su padre  
Volvió á tomar después de su caída  
La sempiterna lámpara del mundo;  
Y ordenó nuevamente los corceles  
Por el terror atónitos, dispersos,  
Y su antigua carrera prosiguiendo,  
Calmó de nuevo la naturaleza:  
560 Los poetas antiguos de la Grecia  
Así cantaron; la razón lo impugna,  
Puesto que puede superar el fuego,  
Si moléculas ígneas abundantes  
Caen desde el Universo en nuestro globo;  
Ó algún poder contrario sobrepuja  
La acción del fuego, ó á la vez parecen  
Los seres vorazmente consumidos.  
Cuentan también que en otro tiempo el agua  
Victoriosa quedó, cuando anegadas  
570 Dejó muchas ciudades; pero cuando  
Desvaneció contraria fuerza al agua  
De todo el Universo congregada,  
Se pararon las lluvias y los ríos  
Refrenaron el ímpetu furioso.  
Pero de qué manera haya fundado  
El casual concurso de principios  
Cielo y Tierra y abismos de los mares,  
La carrera del Sol y de la Luna,  
Lo dirá por su orden este canto:  
580 No por efecto de su inteligencia

Ni por su reflexión se colocaron  
En el orden que vemos los principios;  
Ni entre sí, á la verdad, han concertado  
Sus movimientos; sino que infinitos  
Los principios, movidos de mil modos,  
Sujetos á impulsiones exteriores  
Después de tanto número de siglos,  
Y conducidos á su mismo peso,  
Cuando de todos modos se juntaron,  
590 Y cuando todas las combinaciones  
Posibles, entre sí experimentaron,  
Después de mucho tiempo y muchas juntas  
Y movimientos, se coordinaron  
Por último, y se hicieron grandes masas,  
Que llegaron á ser en cierto modo  
El bosquejo primero de la tierra,  
Del mar, del Cielo, y seres animados.  
No se veía entonces remontado  
Por los aires el carro luminoso  
600 Del Sol, ni las estrellas del gran mundo,  
Ni el mar, ni el Cielo, ni por fin la Tierra,  
Ni el aire ni otra cosa semejante  
Á las que nos rodean; sí un conjunto  
De confusos principios borrascoso:  
Después algunas partes empezaron  
De esta masa disforme á separarse,  
Los homogéneos átomos se juntan,  
Desenvolvióse el mundo y se formaron  
Sus vastos miembros, y sus grandes partes  
610 De toda especie de átomos se hicieron:  
La discordia que había en los principios  
Turbaba y confundía grandemente  
Los intervalos, direcciones, lazos,  
Las pesadeces, fuerzas impulsivas,  
Combinaciones, y los movimientos

A causa de sus formas diferentes,  
 Y por la variedad de sus figuras  
 No podrían así quedar unidos;  
 El Cielo separóse de la Tierra,  
 620 Y se atrajo la mar todas las aguas,  
 Y los fuegos del éter también fueron  
 A brillar separados con luz pura.  
 Porque los elementos de la Tierra  
 Más graves y embrollados se juntaban  
 Y en el centro ocupaban las regiones  
 Más inferiores; cuanto más estrecho  
 Su enlace fué, tanto mejor sacaron  
 Con superabundancia la materia  
 Que formase los mares, las estrellas,  
 630 El Sol y Luna y el recinto vasto  
 Del mundo; porque siendo los principios  
 De todos estos cuerpos más sutiles,  
 Esféricos y lisos que los otros  
 De la Tierra, rompiendo por lo mismo  
 El éter del primero por sus poros  
 Se subió á lo más alto, y muchos fuegos  
 Robó consigo en su ligera marcha:  
 No de otro modo así por la mañana  
 Cuando la luz dorada del Sol tiñe  
 640 Sus rayos en las yerbas esmaltadas,  
 Los lagos y los ríos perenales  
 Exhalan una niebla, y á las veces  
 Parece que la misma tierra exhala  
 Una especie de humor; emanaciones  
 Sutiles que, después de levantadas  
 Y en la atmósfera unidas, se dilatan  
 Debajo de las bóvedas del Cielo  
 En opaco tejido; y así el éter  
 Flúido y leve entonces condensado  
 650 Formó un vasto recinto, y esparcido

Por todas partes y hacia todos lados,  
Todo lo rodeó con cerco inmenso.  
Después el Sol y Luna se formaron,  
Cuyos globos dan vueltas en el aire  
Por entre Cielo y Tierra; sus principios  
No se agregaron á los de la Tierra  
Ni á los del éter vasto, porque ni eran  
Tan pesados que á lo ínfimo bajasen,  
Ni tan ligeros que á la parte opuesta  
660 Pudieran elevarse; están en medio  
Suspensos de manera que voltean  
Como cuerpos vivientes, como partes  
Las más activas de Naturaleza:  
No de otro modo algunos miembros nuestros  
Inmóviles se quedan en su puesto  
Á pesar de que hay otros que se mueven.  
Por fin, entresacados estos cuerpos,  
Se hundió la tierra de repente, abriendo  
Un hondo foso á las saladas aguas,  
670 Por do al presente la llanura inmensa  
Se extiende de los mares azulados;  
Y cuanto más la tierra cada día  
Abierta por la misma superficie,  
Estaba recogida y condensada  
Y más metida hacia su propio centro  
Por la acción repetida de los fuegos  
Del éter, y del Sol por todos lados,  
Más el sudor salado se exprimía  
De su cuerpo, y los mares aumentaba  
680 Con sus emanaciones; y así mismo  
Infinitas moléculas de fuego  
Y del aire, escapando de la tierra  
Por esta misma compresión, volaban  
Y espesaban la bóveda fulgente  
Del Cielo, tan distante de la Tierra:

- Los campos se bajaban por lo mismo,  
Las cumbres de los montes se empinaban,  
Porque hundirse las peñas no podían,  
Ni la tierra allanar todas sus partes.
- 690 De esta manera el orbe condensado  
Á la vez adquirió peso y firmeza;  
Todo el limo del mundo se hundió abajo,  
Si así puede decirse, con su peso,  
Y quedó allí sentado como poso:  
Encima de la tierra quedó el agua;  
Después el aire; luego el mismo éter  
Con sus fuegos; los más puros principios  
Hicieron estos flúidos que no tienen  
La misma ligereza; el flúido éter,
- 700 Que es el más transparente y más ligero,  
Circula sobre el aire sin mezclarse  
Con las auras del aire borrascosas;  
Le permite que todo lo revuelva  
Con rauda torbellino; le permite  
Con borrasca inconstante alborotarlo:  
Con ímpetu arreglado él resbalando  
Lleva consigo sus brillantes fuegos;  
Porque el poder así uniformemente  
Moverse el flúido éter lo declaran
- 710 Las olas de los mares, cuyo flujo  
Periódico y reflujó sigue siempre  
En continuo mover las mismas leyes.  
Ora indagemos cuál será la causa  
Que á los astros obliga al movimiento:  
Y diremos primero, que si rueda  
Del cielo la gran bóveda, debemos  
Suponer comprimidos los dos polos  
Del mundo, y encerrados y cogidos  
Por dos corrientes de aire, la una de ellas
- 720 Que empuja por encima y mueve el cielo

Según la misma dirección que siguen  
Del mundo eterno los brillantes astros;  
Por debajo la otra los traslada  
En dirección contraria, como vemos  
Volver los ríos ruedas y arcaduces.

- También podría ser que el firmamento,  
Estando inmóvil, sus lucientes astros  
Describiesen un círculo; bien sea  
Que la materia etérea recogida  
730 Dentro del cielo y sin cesar rodando  
En derredor para encontrar salida,  
Haga que se revuelvan por el cielo  
Los astros; ó que en círculo los mueva  
El aire externo; ó bien que puedan ellos  
Irse arrastrando á donde su alimento  
Los llama y los convida recogiendo  
En su carrera la materia ardiente  
Que anda por todo el cielo derramada:  
Porque es difícil explicar el cómo  
740 En nuestro mundo pasan estas cosas:  
Con exponer tan sólo me contento  
Todos los medios que naturaleza  
Puede emplear y en realidad emplea  
En el *gran todo*, en estos mundos varios  
Que de distinto modo ha fabricado:  
Y prosigo explicando ya las causas  
Todas posibles de los movimientos  
De los astros, entre las que una sola  
Necesariamente obra en nuestro mundo,  
750 La cual no puede señalar quien sigue  
Paso trás paso la naturaleza.  
Y para que la Tierra quede inmóvil  
En el centro del mundo, lentamente  
Es preciso que pierda de su peso  
Y que se desvanezca; que sus partes

- Más inferiores hayan contraído  
Nueva naturaleza por haberse  
Unido íntimamente con el aire,  
Sobre el que están sentadas, y á quien ellas  
760 Desde el principio fueron agregadas:  
Y así la Tierra no es de peso al aire,  
Ni en él se engulle: al modo que cada hombre  
No siente el peso de sus propios miembros,  
Ni pesa sobre el cuello la cabeza,  
Ni sentimos del cuerpo todo el peso  
Sobre los pies: al paso que fatiga  
Cualquier peso, aunque leve, en nuestros hombros.  
Es fuerza el observar atentamente  
Con qué cuerpo otro cuerpo se incorpora:  
770 Así la Tierra no es un peso extraño  
De pronto á extraño flúido agregado:  
Sino que concebida con el aire  
Á un mismo tiempo fué desde el primero  
En que el mundo nació, del que parece  
Una parte distinta, á la manera  
Que hacen parte del cuerpo nuestros miembros.  
El estremecimiento que ocasionan  
Los truenos violentos en la Tierra,  
De tal modo la agitan, que al instante  
780 Se comunica por los cuerpos todos:  
Lo cual no sucediera si cogida  
No la tuvieran las aéreas partes  
Del mundo todo y la materia etérea;  
Porque se enlazan estas tres sustancias  
Con raíces comunes muy unidas  
Entre sí mismas desde aquel instante  
En que fueron formadas. ¿No reparas  
Cómo sostiene el alma el peso enorme  
De nuestro cuerpo, aunque es tan delicada,  
790 Porque se une con él íntimamente?

¿Quién puede, en fin, con un ligero salto  
 El cuerpo levantar, si no es el alma,  
 Que gobierna y dirige nuestros miembros?  
 Ya ves puede adquirir muy grande fuerza  
 La sustancia ligera cuando se une  
 Con sustancia pesada, como el aire  
 Con la Tierra, y el alma con el cuerpo.  
 Ni mayor ni menor de lo que vemos  
 Puede el disco del Sol ser al sentido;  
 800 Si un cuerpo con su luz puede alumbrarnos  
 Y calentar los miembros con su llama  
 Por distante que esté, nada ños roba  
 De su grandeza esta distancia misma,  
 Ni su aparente dimensión estrecha;  
 Como el calor del Sol y su luz hieren  
 Nuestros sentidos, cuando se derrama,  
 Y bañando con ella los objetos,  
 De aquí es que debe ser tal la apariencia  
 De su forma y figura, que no puedes  
 810 Suponerlas más grandes ó más chicas.  
 Y la Luna, bien sea nos refleje  
 Una prestada luz, ó bien la saque  
 Del mismo cuerpo, sea lo que fuere,  
 El Cielo no recorre con volúmen  
 Mayor que el que aparece á nuestros ojos;  
 Porque desde muy lejos los objetos  
 Por entre aire densísimo mirados  
 Un aspecto confuso nos presentan  
 Más bien que sus finísimos contornos:  
 820 Así, pues, ofreciéndonos la Luna  
 Clara apariencia y una forma cierta,  
 Y aun de su superficie los extremos,  
 Es preciso que sea allá en los Cielos  
 Lo mismo que aparece aquí en la tierra.  
 Si los fuegos, por último, que vemos,



- Á cualquiera distancia que estén puestos,  
No aparentan tener mudanza alguna  
En su grandor, mientras que distinguimos  
Su luz y su temblor, deduciremos  
830 No poder ser mayores ni menores  
De lo que vemos los etéreos fuegos.  
Tampoco es de admirar cómo el Sol puede  
Con su circunferencia tan estrecha  
Bañar de luz el mar, la tierra, el cielo,  
Y extender su calor por todas partes:  
Tal vez puede que no haya en todo el mundo  
Más que esta fuente y manantial copioso  
Por do salga la luz del mundo entero;  
Ó que sea tal vez único foco  
840 Donde los elementos de los fuegos  
De todas partes puedan congregarse  
Para correr por todo el Universo.  
¿No ves también cómo una fuentecilla  
Riega los prados y rebosa el campo?  
Suceder también puede que los fuegos  
Del Sol, aunque no muchos, arder hagan  
El aire á ellos vecino, suponiendo  
Que al más mínimo ardor es inflamable  
El aire, como vemos á las veces  
850 Las mieses y la paja consumidas  
Por una sola chispa; al Sol acaso,  
Á esta rosada lámpara, rodean  
Innumerables fuegos invisibles  
Privados de fulgor, para que aumenten  
El calor y la fuerza de sus rayos.  
Y cómo el Sol se pasa desde Cáncer,  
De esta región ardiente, al signo helado  
De Capricornio, para dar la vuelta  
De nuevo hacia el solsticio del Estío;  
860 Y cómo es que la Luna en un mes anda

El espacio que el Sol corre en un año;  
Estos problemas digo se resuelven  
De muchos modos, y es dificultoso  
El asignar la causa verdadera.  
Parece verisímil la que pone  
Demócrito, hombre sabio y respetable;  
Pues cuanto más vecinos á la Tierra  
Están los astros, tanto menos puede  
Á su entender el torbellino etéreo  
870 Conmoverlos; porque la ligereza  
Y acción del firmamento poco á poco  
Se va debilitando hacia el extremo  
Inferior: que el Sol, mucho más bajo  
Que las constelaciones abrasantes,  
Debe quedarse atrás muy lentamente  
Con los signos más bajos: que la Luna,  
Cuanto del Cielo está más apartada  
Y cuanto más vecina de la Tierra,  
Debe experimentar mayor trabajo  
880 En seguir la carrera de los astros:  
Que cuanto el torbellino que la lleva  
Es más pesado que el del Sol, los signos  
La deben alcanzar más fácilmente  
Y adelantarla; por lo cual la Luna  
Parece que á los signos del Zodíaco  
Con mucha más presteza torna á unirse;  
Siendo en la realidad los que se acercan  
Aquellos signos otra vez á ella.  
Puede también que de la parte opuesta  
890 Del Mundo aire periódico se agite  
Que alternativamente empujar pueda  
El Sol desde los signos del Estío  
Del Septentrión hasta las frías playas,  
Y volverle á traer desde estos climas  
Tenebrosos y helados á la ardiente

Mansión de Cáncer, y se explicaría  
Entonces con el aire alternativo  
El giro de la Luna y las estrellas  
Que tardan un gran número de años  
900 En describir sus círculos inmensos.  
¿No ves también cómo las nubes mismas,  
Impelidas por vientos encontrados,  
Siguen unas abajo, otras arriba,  
Direcciones opuestas? ¿Transportados  
No podrán ser por aires diferentes  
Los astros en los cielos dilatados?  
Cubre la noche con tiniebla espesa  
La Tierra, ó porque el Sol en fin llegando  
Al último confín del firmamento  
910 Y fatigado de su largo curso  
Deja espirar sus fuegos entibiados  
Por el largo camino y aire inmenso  
Que han penetrado; ó porque la acción misma  
Que transporta su disco por encima  
Le hace rodar debajo de la Tierra.  
También en tiempo fijo Lenestea  
Pasea por enmedio de los aires  
Á la rosada Aurora, para que abra  
Las puertas de la luz: porque el Sol mismo,  
920 Que debajo de Tierra se ocultaba,  
De vuelta, adelantándole sus rayos,  
Procura iluminar el firmamento:  
Ó bien porque un gran número de fuegos  
Y corpúsculos ígneos se congregan  
Á tiempo fijo y horas señaladas,  
Y hacen un nuevo Sol todos los días.  
Así cuenta la Fama que se observa  
Desde las cumbres elevadas de Ida  
Recogerse al momento que abre el día  
930 Fuegos dispersos bajo la figura

De un globo luminoso que anda el Cielo.  
Tampoco debe ser maravilloso  
Que se junten así los elementos  
De fuego en cierto tiempo, y que reparen  
El resplandor del Sol, puesto que vemos  
Infinitos fenómenos sujetos  
En todo el universo á tiempo fijo.  
Los árboles florecen, y á su tiempo  
De la flor se despojan; y al anciano  
940 Á cierto tiempo se le caen los dientes;  
Se llena el joven de un suave vello,  
Y tierna barba arrojan sus mejillas:  
Á ley eterna é inviolable yace  
La serie de fenómenos sujeta;  
Porque de cada causa la energía  
Habiendo sido así determinada,  
Y una vez dada la impulsión primera  
Desde su formación al Universo,  
Los rayos, nieve, lluvias y nublados  
950 De la varia estación el curso siguen.  
Y vemos además crecer los días  
Y decrecer las noches, y al contrario;  
Ó porque el Sol, quedando siempre el mismo  
Y describiendo desiguales arcos  
Sobre nuestras cabezas y debajo  
De nuestros pies, el Cielo corta y parte  
Su orbe en dos porciones desiguales,  
Pero con tal compensación que vuelve  
Al hemisferio que le está más próximo  
960 La porción de la luz que él ha quitado  
Del hemisferio opuesto, hasta que llega  
Á este signo del Cielo que hace iguales  
Las noches y los días, cuando corta  
El Ecuador y Eclíptica en un punto:  
Pues la parte del Cielo que describe

- Se halla del Aquilón y Mediodía  
Á igual distancia por la positura  
Oblicua del Zodiaco, en que describe  
Su anual carrera el Sol y desde donde
- 970 Lanza sus fuegos hacia Cielo y Tierra:  
Así lo enseñan estos hombres sabios,  
Que todas las regiones representan  
Fielmente de los Cielos en sus mapas  
De imágenes sensibles adornados.  
Mucho más craso el aire en ciertas partes,  
Tal vez pára debajo de la Tierra  
También del Sol los fuegos tembladores,  
Que no pueden pasar tan fácilmente  
Este flúido inmenso y remontarse
- 980 Hacia el Oriente, por lo cual se espera  
Mientras las noches largas del Invierno  
Á que vuelva la tarda luz del día:  
En fin, quizá los fuegos reunidos  
Que hacen salir el Sol en puntos fijos  
Del horizonte alternativamente  
Con más ó menos prontitud se juntan  
Según las estaciones alternadas.  
Puede tomar del Sol su luz la Luna,  
Y puede más y más de día en día
- 990 Una faz luminosa presentarnos  
Cuanto del solar disco se apartare  
Hasta que puesta enfrente dél reluce  
Con luz bien llena, y desde el alto sitio  
Do se levanta ve que el Sol se pone:  
Debe esconder después en cierto modo  
Detrás de sí su luz muy poco á poco,  
Á medida que el Sol se va acercando,  
La otra mitad de círculo en los signos  
Corriendo: así lo explican los que fingen
- 1000 Ser la Luna á una bola semejante

Que siempre por debajo del Sol rueda:  
Su explicación parece verisímil.  
Aun dándola luz propia se podían  
Sus varias fases concebir: bastaba  
Suponer otro cuerpo para esto  
Que tenga un movimiento paralelo  
Al que tiene en su órbita la Luna,  
Y que á su disco sin cesar se oponga  
Bajo todos aspectos y figuras,  
1010 Mas que invisible fuese el mismo cuerpo  
Desprovisto de luz: puede la Luna  
Rodar sobre sí misma á la manera  
De gran pelota, cuya mitad fuera  
Con luz teñida, y sus distintas fases  
Con esta rotación central pudiese  
Ir descubriendo hasta que aquella parte  
Nos vuelve iluminada enteramente;  
Después nos va por grados ocultando  
Su parte luminosa, que de nuevo  
1020 Detrás de sí se lleva: así pretende  
La doctrina caldea establecerlo  
En ruínas de griega astrología:  
Como si verisímiles no fueran  
Las dos explicaciones igualmente;  
Ó como si razón alguna hubiese  
Que forzase á seguir una más que otra.  
¿Por qué, en fin, no podrá Naturaleza  
Producir una Luna cada día  
Con una serie regular de formas  
1030 Y aspectos diferentes, destruyendo  
La de ayer reparándola con otra?  
La imposibilidad de lo que digo  
No es fácil demostrar, principalmente  
Cuando ves producciones semejantes  
Cada día surgir en tiempo fijo.

- Viene la Primavera, y Amor viene;  
 Viene junto con él Céfito alado,  
 Precursor del Amor, mientras que Flora  
 Su madre llega derramando flores  
 1040 Y olorosos perfumes de antemano  
 Por donde pasa: en comitiva vienen  
 Seco calor y polvoriento Ceres  
 Y los vientos etesios Aquilones.  
 El Otoño en seguida se presenta:  
 Viene en su compañía el dios de viñas,  
 Y detrás las tormentas y borrascas,  
 Vulturno atronador, y el Austro, fuerte  
 En rayos; y, por último, entorpecen  
 Las nieves y los hielos y los fríos  
 1050 Á la Naturaleza, y tras sí arrastran  
 El frío Invierno, el aterido viejo  
 Que da diente con diente. No es milagro  
 El que sea formada y destruída  
 La Luna en tiempo fijo, cuando vemos  
 Que pueden infinitas producciones  
 Aparecer en tiempo señalado.  
 Los eclipses del Sol y de la Luna  
 Pueden de muchos modos explicarse:  
 Si á la Tierra robar puede la Luna  
 1060 La luz del Sol, y su brillante frente  
 Ocultar á la Tierra, interponiendo  
 Su masa opaca á los ardientes rayos,  
 ¿Por qué otro cuerpo puesto en movimiento  
 Y privado de luz perpétuamente  
 No puede producir el mismo efecto  
 En tiempo igual? ¿Y no puede el Sol mismo  
 Eclipsarse y perder en cierta hora  
 También su brillo, que recobra al punto  
 Que atravesó por medio de los aires  
 1070 Regiones enemigas de sus llamas

Y le precisan á extinguir sus fuegos?  
 Si puede despojar también la Tierra  
 De su luz á la Luna, y prisioneros  
 Tener todos los rayos, colocada  
 Sobre el Sol ella misma ínterin pasa  
 El astro de los meses por la sombra  
 De nuestro globo cónica y espesa,  
 ¿Otro cuerpo no puede al mismo tiempo  
 Rodar bajo del globo de la Luna,  
 1080 Y resbalarse sobre el mismo disco  
 Del Sol, cerrando, así interpuesto, el paso  
 Á sus rayos y luz? Y si la Luna  
 Con brillo propio luce, ¿no puede ella  
 Lentamente eclipsarse en cierta parte  
 Del Mundo, atravesando por parajes  
 Capaces de apagar sus mismos fuegos?  
 Ya que expliqué, por fin, cómo ha podido  
 Formarse cualquier cuerpo de este Mundo  
 En el recinto azul del firmamento,  
 1090 Y cómo conociéramos nosotros  
 De Sol y Luna las revoluciones  
 Diversas, y la causa y energía  
 Que dan á estos dos astros movimiento  
 Y de qué modo suelen eclipsarse;  
 Cómo se cierran estos grandes ojos  
 De la Naturaleza y alternando  
 Se abren de nuevo, y de repente esparcen  
 Sobre la Tierra inesperada noche,  
 Y toda la hermocean con luz clara;  
 1100 Á la infancia del Mundo vuelvo ahora,  
 Y á los nacientes campos de la tierra,  
 Á examinar las nuevas producciones  
 Que aventuró exponer la vez primera  
 Á los aires y vientos inconstantes.  
 La tierra engalanó primeramente



- De diferentes yerbas y verduras  
Los cerros, y los campos extendidos,  
Y brillaron los prados con las flores  
Así como si fueran esmaltados;
- 1110 Los árboles después, llenos de savia,  
Á porfia crecieron por los aires:  
Como las plumas, pelos y las cerdas  
Es lo primero que en el cuerpo sale  
De animales cuadrúpedos y de aves;  
De este modo la tierra, entonces nueva,  
Echó primero yerbas y arbolillos.  
Las especies mortales creó luego  
Variadas de modos muy distintos:  
Porque es un imposible hayan caído
- 1120 Del cielo las especies de animales,  
Y que los habitantes de la tierra  
Hayan nacido de la mar salada.  
La tierra con razón adquirió el nombre  
De madre, por haber sido criados  
Todos los seres por la misma tierra;  
Y existiendo al presente muchos seres  
En la tierra formados con las lluvias  
Y del calor del Sol, no es maravilla  
Que naciesen entonces animales
- 1130 En número mayor y más robustos,  
Estando en su vigor el aire y tierra.  
Las varias aves por la vez primera  
Salían de sus huevos, y el Verano  
En libertad á todas las ponía,  
Como ahora las cigarras en Estío  
Se quitan los zurrones delicados,  
Buscándose la vida y el sustento.  
Por la primera vez la tierra entonces  
Crió la raza humana, porque entonces
- 1140 El mucho fuego y aguas abundantes

- De los campos hicieron que creciesen  
En los parajes más acomodados  
Especies de matrices, agarradas  
Por medio de raíces á la tierra:  
Cuando la edad y madurez abrieron  
Una salida á nuevos embriones  
Causados de humedad é impacientes  
Por respirar el aire, dirigía  
Hacia aquel lado la Naturaleza
- 1150 Los poros de la tierra, y enviaba  
Por estas venas jugo como leche;  
Como al presente la mujer parida  
Rebosa en dulce leche, dirigiendo  
Ella todo su ímpetu á los pechos:  
Y la tierra á los niños sustentaba,  
Y vestido el calor, y blanda cama  
Las yerbas y los céspedes les daban.  
    Pero en su infancia el Mundo no tenía  
Los duros fríos, ni calores nimios,
- 1160 Ni vientos destructores; porque crecen  
Y van robusteciéndose estas plagas  
Como todos los seres: lo repito;  
Hemos llamado con razón la tierra  
Madre común, porque ha criado el hombre,  
Y casi al mismo tiempo ha producido  
Todos los animales cuya furia  
Se desenfrena por los grandes montes,  
Y produjo también distintas aves,  
Que atraviesan los aires libremente.
- 1170 Mas como debe un término preciso  
Tener la facultad engendradora,  
La tierra se cansó, como la hembra  
Consumida de años, porque el tiempo  
Hace mude de faz el mundo entero,  
Y un nuevo orden de cosas se sucede

- Al primer orden necesariamente:  
Ni siempre guarda un mismo sér su estado:  
Todo á la ley del cambio está sujeto;  
Todo lo muda la Naturaleza,  
1180 Todo lo altera, todo lo transforma:  
Pues empodrece un cuerpo y se consume  
Á fuerza de años; otro crece y sale  
Á la verdad del cieno: de este modo  
Todo lo muda el tiempo, y de continuo  
Pasa la tierra de un estado á otro  
Y pierde la energía que tenía  
Por hacerse de nuevas propiedades.  
Y la tierra aun entonces se esforzaba  
Por sacar animales de figura  
1190 Y de disposición extraordinaria:  
Se vió el hermafrodita monstruoso,  
Que teniendo la forma de ambos sexos,  
Igualmente difiere de uno y otro;  
Cuerpos sin pies, sin manos y sin boca  
Y sin ojos salieron; también otros  
Cuyos miembros lo largo que tenían  
Al tronco íntimamente se pegaban;  
Los cuales no podían manejarse,  
Ni dar un paso, ni evitar un riesgo,  
1200 Ni buscarse el sustento necesario.  
Viéronse además de éstos otros monstruos  
Y otros prodigios, pero inútilmente,  
Porque Naturaleza les quitara  
El poder ir creciendo y avanzando  
Hacia la edad florida; no pudieron  
Encontrar su alimento, ni ayuntarse  
Con los lazos de Venus: es preciso  
Para que se propaguen las especies  
El concurso de un número infinito  
1210 De circunstancias, y primeramente

Los alimentos son indispensables:  
 Es preciso que estén diseminadas  
 Las fecundas semillas por los miembros,  
 Y los conductos por do vengan éstas  
 Desde cualquiera parte de los miembros:  
 Por último, en los órganos externos  
 Tal proporción, que puedan macho y hembra  
 Ayuntarse entre sí con mutuos gozos.  
 Y entonces fué preciso perecieran  
 1220 Muchas especies, y que no pudiesen  
 Reproducirse y propagar su vida;  
 Porque los animales existentes  
 Que ves ahora, sólo se conservan  
 Ó por la astucia, ó fuerza, ó ligereza  
 De que ellos al nacer fueron dotados,  
 Menos un cierto número que habemos  
 Puesto nosotros bajo nuestro amparo  
 Por las utilidades que acarrear.  
 La fuerza protegió á la raza fiera  
 1230 De los leones y feroces bestias,  
 Á las zorras el dolo y fuga á ciervos:  
 Empero el fiel y vigilante perro,  
 Y acémilas, y ovejas regaladas,  
 Y bueyes laboriosos son especies  
 Generalmente confiadas, Memmio,  
 Á la guarda y tutela de los hombres:  
 Huían de las fieras alimañas  
 Y tras la paz se andaban, y querían  
 Los pastos con largueza y sin trabajo:  
 1240 Se los damos nosotros como en premio  
 De los muchos servicios que nos hacen.  
 Empero aquellos otros animales  
 Á quien no diera la Naturaleza  
 Lo necesario para que viviesen  
 Independientes, ó que no traían

- Alguna utilidad, ¿á qué meternos  
En darles el sustento y ampararlos?  
Encadenados con fatales lazos,  
Á otros servían de seguro pasto,  
1250 Hasta que destruyó Naturaleza  
De todo punto sus especies todas.  
Pero ni hubo centauros, ni ha podido  
Formarse en algún tiempo una sustancia  
Con dos naturalezas y dos cuerpos,  
De heterogéneos miembros un compuesto:  
No podría existir una sustancia  
De fuerzas entre sí tan desiguales:  
Aun el hombre más rudo lo conoce.  
Primeramente, al cabo de tres años  
1260 En la flor de su edad está el caballo;...  
No los niños así: buscan entonces  
Entre sueños los pechos de sus amas.  
Cuando después va la vejez gastando  
Las fuerzas y vigor de los caballos,  
Cuando escapa la vida fugitiva  
De sus lánguidos miembros, entra entonces  
La juventud, por fin, en los muchachos,  
Robustece sus miembros, y les cubre  
Con un ligero bozo las mejillas:  
1270 No creas tú, quizá, que los centauros  
Pudieron engendrarse de semillas  
De hombre ó de caballo, ó las Escilas  
De los marinos perros rodeadas,  
Ó los demás compuestos monstruosos  
De incompatibles miembros, que no llegan  
Á la flor de la edad al mismo tiempo,  
Ni en madurez ni en la vejez iguales,  
Ni sus inclinaciones son las mismas,  
Ni los abrasa Venus igualmente,  
1280 Ni comen unos mismos alimentos;

Viendo engordar las cabras con cicuta,  
Que es un mortal veneno para el hombre.  
    Como la llama abrase ciertamente  
Y consume no sólo el cuerpo rojo  
De los leones, mas también la sangre  
Y las entrañas de los animales  
Que tienen existencia; ¿cómo pudo  
Acontecer que esta Quimera misma  
Con la cabeza de león, y el cuerpo  
1290 De cabra al propio tiempo, y con la cola  
De dragón, viva llama resoplase  
Del hondo de su pecho monstruoso?  
    Por lo que, defender como posibles  
Éstas y semejantes producciones  
En la infancia del Cielo y de la Tierra  
Sin más razón que esta palabra vaga  
De *novedad*, esto es abrir la puerta  
Á todas las ficciones más absurdas.  
Dígannos que los ríos de aquel tiempo  
1300 Corrieron oro puro por las tierras;  
Que brotaban los árboles diamantes;  
Ó que el hombre nació de una estatura  
Y de una fuerza tan extraordinarias,  
Que podía pasar el mar de un tranco,  
Y al rededor de sí volver el cielo  
Con sólo el movimiento de sus manos:  
Porque el haber la tierra en sí encerrado  
Semillas infinitas y diversas  
Cuando sacó á la luz los animales,  
1310 Ninguna prueba es de que pudiese  
Criar unas especies tan opuestas,  
Y en un mismo individuo reunirse  
Los miembros de animales diferentes,  
Cuando las yerbas, árboles y frutos  
Que aun hoy día produce en abundancia

- Jamás pueden nacer entre sí unidos.  
 Cada sér tiene su progreso propio,  
 Y conforme á las leyes inmutables  
 De la Naturaleza entre sí guardan  
 1320 Todas las diferencias de su especie.  
 Y los hombres que dió la tierra entonces  
 Eran más vigorosos que al presente:  
 Y así debía ser, porque la tierra,  
 De quien ellos nacieron, por entonces  
 Estaba en su vigor y lozanía:  
 Era más basta la armazón de huesos  
 Y de más solidez, y era el tejido  
 De sus nervios y vísceras más fuerte;  
 Ni el frío ni el calor les molestaba,  
 1330 Ni les dañaban los sustentos nuevos,  
 Ni las enfermedades empecían;  
 Vivían un gran número de lustros,  
 Errantes á manera de alimañas;  
 Ninguno manejaba el corvo arado,  
 Ni sabía domar con hierro el campo,  
 Ni meter en la tierra los rênuevos,  
 Ni con hoces cortar los viejos ramos  
 De árboles grandes; lo que el sol y lluvias  
 Les alargaban, y lo que la tierra  
 1340 Producía de suyo, les bastaba:  
 Estos dones sus pechos aplacaban:  
 En medio de glandíferas encinas  
 Mantenían sus cuerpos con bellota,  
 Y llevaba la tierra en aquel tiempo  
 Muchos y más crecidos los madroños  
 Que ahora al madurar en el Invierno  
 Ves que como la púrpura coloran.  
 Y la florida novedad del mundo  
 Llevó entonces sabrosos alimentos  
 1350 Para hartar á los hombres infelices.

- Más; los ríos y fuentes convidaban  
 Á apagar nuestra sed, como al presente  
 Los torrentes que caen de montes altos  
 Convidan á las fieras con su ruido  
 Que vengan á saciarse en sus raudales.  
 Por fin; de noche en los sagrados bosques  
 De las ninfas venían á esconderse,  
 En estas soledades, do nacían  
 Perennes manantiales de aguas vivas
- 1360 Que, después de correr entre las guijas,  
 Caían lentamente sobre el musgo  
 Verde de los peñascos, para luego  
 Ó saltar en los campos ó inundarlos.  
 El uso no sabían aún del fuego,  
 Ni el de las pieles, ni cubrirse el cuerpo  
 Con despojos de fieras; antes se iban  
 Á los bosques y cóncavas montañas  
 Y á las selvas, metiendo entre hojarasca  
 Sus miembros asquerosos, precisados
- 1370 Á guarecerse allí contra las lluvias  
 Y furor de los vientos: no podían  
 Por el público bien interesarse;  
 Ni leyes ni morales relaciones  
 Entre sí establecer ellos sabían;  
 Y la primera presa que ofrecía  
 La suerte cada cual se la llevaba:  
 Sólo les enseñó Naturaleza  
 Á vivir para sí y á conservarse.  
 Y Venus ayuntaba los amantes
- 1380 En medio de las selvas: sus placeres  
 Entre sí mutuamente compensaban;  
 Ora arrancados fuesen por violencia  
 De brutal apetito, ó los gozasen  
 Á trueque de algún dón, como bellotas,  
 Ó madroños, ó peras escogidas.



Y confiados en sus fuertes manos  
Y en sus ligeros pies, hacían guerra  
À las fieras silvestres, arrojando  
De lejos piedras, y de cerca dando  
1390 Con la pesada maza, y las vencían  
Y huyendo á sus guaridas las burlaban;  
Y cuando las tinieblas de la noche  
Los sorprendían, sus desnudos miembros  
En la tierra tendían á manera  
De jabalí cerdoso, y se envolvían  
Entre hojarasca y broza. No buscaban  
En medio de las sombras de la noche,  
Sobrecogidos de temor, con gritos  
La luz del Sol, errantes por los campos;  
1400 Antes bien esperaban silenciosos  
Y en sueño sepultados que subiendo  
El Sol al horizonte, iluminase  
Con su rosada luz de nuevo el cielo;  
Porque desde la infancia acostumbrados  
À ver siempre alternando noche y día,  
No se maravillaban ya sus ojos:  
No llegaron jamás á recelarse  
Que á la Tierra cubriese eterna noche,  
La luz del Sol robada para siempre.  
1410 Empero mucho más les inquietaban  
Las fieras que turbaban su reposo,  
Funesto para aquellos infelices,  
Y haciéndolos salir de su vivienda,  
Huían á las cuevas, si llegaba  
Enorme jabalí ó león furioso;  
Y, pavoridos, á la media noche  
Cedían á estos huéspedes crüeles  
Sus camas con follaje aderezadas.  
Ni entonces más que ahora los mortales  
1420 Dejaban la sabrosa luz de vida:

Muchos de ellos es cierto que cogidos  
Y desgarrados con feroces dientes  
Un pasto vivo daban á las fieras,  
Y los bosques y montes y las selvas  
Llenaban de gemidos espantosos,  
Viendo que sus entrañas palpitantes  
En un sepulcro vivo se enterraban.  
Pero aquellos que huyendo se salvaron,  
Lleno de mordeduras todo el cuerpo,  
1430 Y sus trémulas manos aplicando  
En las malignas úlceras, llamaban  
Al infierno con voces formidables,  
Hasta que de la vida los privaban  
Los gusanos crüeles sin amparo,  
Sin saber qué aplicar á sus heridas:  
Sin embargo, no daba un solo día  
Á la muerte millares de guerreros  
Que seguían banderas diferentes,  
Ni estrellaban los mares borrascosos  
1440 Los hombres y navíos en escollos:  
El mar se enfurecía vanamente;  
Sus bramidos en vano suspendía;  
Ni la engañosa calma de sus ondas  
Era capaz de seducir á alguno  
Con falsa risa: se ignoraba entonces  
De la navegación el arte fiero.  
La falta de alimento daba entonces  
Muerte á los flacos miembros; la abundancia  
Es la que mata hoy día: entonces ellos  
1450 Eran por ignorancia envenenados;  
Á otros con más arte ahora envenenan.  
Cuando por fin supieron hacer chozas,  
Y de pieles y fuego hicieron uso,  
Y cuando la mujer y el hombre aparte  
Se fueron á vivir en compañía,

- Y cuando los placeres amorosos  
Se limitaron sólo á las dulzuras  
Del casto matrimonio, y cuando vieron  
Los padres á sus hijos porción suya,  
1460 Entonces empezó la especie humana  
Á suavizarse por la vez primera:  
El fuego hizo los cuerpos más sensibles  
Al frío, de manera que ya el cielo  
Abrigo suficiente no prestaba  
Debajo de su bóveda; y las fuerzas  
Disminuyó la Venus excesiva,  
Y las tiernas caricias de los hijos  
Blando y suave hicieron sin trabajo  
El natural altivo de los padres.  
1470 Entonces los que estaban más vecinos  
Entre sí establecieron relaciones,  
Se abstuvieron de daño y de violencia,  
Protegían sus hijos y mujeres,  
Y en sus gestos y voces balbucientes  
Indicaban ser muestra de justicia  
De la imbecilidad compadecerse.  
Mas no podía dominar en todos  
Esta concordia; bien que exactamente  
Guardaban estos pactos los más buenos,  
1480 Que eran en mayor número: sin esto  
La raza humana fuera destruída  
Enteramente ya desde aquel tiempo;  
No se hubiera hasta ahora propagado.  
Enseñó al hombre la Naturaleza  
Las varias inflexiones de la lengua,  
Y la necesidad nombró las cosas.  
Así como los niños en la infancia,  
Por no poder darse á entender, acuden  
Á los gestos y muestran con el dedo  
1490 Los objetos presentes, cada uno

Siente en sí mismo aquellas facultades  
 Que puede usar. Airado y enemigo  
 El toro topa y hiere con las astas  
 Antes de que le apunten en su frente;  
 De pantera y leona los cachorros  
 Con garras y con pies y con bocados  
 Se defienden aun antes de salirles;  
 En sus nacientes alas confiados  
 Los hijos de las aves, por los aires  
 1500 Se ayudan con un vuelo vacilante.  
 Por lo tanto, creer que un hombre entonces  
 Á las cosas dió nombre; que los otros  
 Dél aprendieron los vocablos nuevos,  
 Es mucha necedad: ¿cómo ha podido  
 Llamar á cada cosa por su nombre,  
 Y los varios sonidos del lenguaje  
 Él solo producir, al tiempo que otros  
 No pudieron hacer la misma cosa?  
 Porque, además, si no habían usado  
 1510 Los demás entre sí de las palabras,  
 ¿Cómo es que conocían sus ventajas?  
 Y ¿de qué modo el inventor se ha dado  
 Á entender á los otros, y ha podido  
 Hacer que ellos abracen su proyecto?  
 Reducir no podía un hombre solo  
 Á tanta multitud, y precisarla  
 Á que tan varios nombres aprendiese:  
 No podía enseñarlos: imposible  
 Era que hubiesen ellos aguantado  
 1520 Les majase más tiempo las orejas  
 Con aquel ruido vano de sonidos.  
 ¿Será, por fin, acaso maravilla  
 Que, teniendo los hombres voz y lengua,  
 Diesen distintos nombres á las cosas  
 Según les afectasen, cuando oímos

- La variedad de voces y sonidos  
Que hacen los animales y las fieras  
Conforme se suceden en sus almas  
El miedo ó el dolor ó el regocijo?  
1530 Pues esto lo declara la experiencia.  
    Cuando de los molosos la gran perra,  
    En el primer acceso de su furia,  
    Debajo de sus labios apartados  
    Y móviles enseña dos carreras  
    De formidables dientes, el sonido  
    Amenazante de su voz difiere  
    De aquel que se oye cuando sus ladridos  
    Hacen retumbo en todos los contornos:  
    Mas cuando con su lengua blandamente  
1540 Lame los tiernos miembros de sus hijos  
    Y con sus pies aquí y allí los echa,  
    Y cuando los provoca con mordiscos  
    Pillándolos sus dientes con blandura,  
    Esto difiere mucho del murmullo  
    De su voz maternal cuando lamenta  
    Su soledad aullando tristemente,  
    Ó cuando con acentos doloridos  
    Huye, arrastrando el cuerpo, del castigo.  
    En fin; ¿no hay diferencia en el relincho  
1550 Del florido caballo entre las yeguas  
    Cuando viene furioso, traspasado  
    Por el alado amor, á los que arroja  
    Por sus anchas narices en la guerra  
    Cuando agita sus miembros otra causa?  
    Y las especies varias de las aves,  
    Los gavilanes y quebrantahuesos,  
    Los somorgujos que en saladas ondas  
    Se buscan el sustento, diferencian  
    Según las circunstancias sus clamores,  
1560 Principalmente cuando se disputan

La subsistencia y luchan por la presa.

Y su ronco cantar mudan las otras  
Según las estaciones, como lo hacen  
Cornejas vividoras, y las bandas  
De cuervos cuando anuncian, según dicen,  
Y llaman vientos, lluvias y tormentas.

Pues si las diferentes sensaciones  
Al animal obligan, siendo mudo,  
A proferir sonidos diferentes,

1570 ¿Cuánto más natural es que haya el hombre  
Podido designar diversas cosas  
Entonces con sonidos peculiares?

Mas para prevenirte una pregunta  
Que quizá en tu interior me estás haciendo,  
El rayo fué el primero que á los hombres  
Trajo el fuego á la tierra: de allí nacen  
Todas las llamas que hora disfrutamos.  
¿No vemos muchos cuerpos abrasados  
Con llamas celestiales cuando lanza

1580 Su fuego en tierra el aire borrascoso?  
Fuera de que se incendia árbol frondoso  
Cuando, siendo agitado por los vientos,  
Se frota con las ramas de otro árbol,  
Y así como se va aumentando el frote  
Arroja chispas y hace algunas veces  
Brillar fuegos ardientes en las ramas  
En medio de su mutua rozadura:

De una de aquestas causas nace el fuego.

Mas viendo que los rayos del Sol daban  
1590 Sazón y madurez á cualquier fruto,  
Trataron ellos con la acción del fuego  
De cocer y ablandar los alimentos;  
Y aquellos que tenían más ingenio,  
Y mucho más su espíritu alcanzaba,  
Iban de día en día introduciendo

- En el sustento y vida primitiva  
Otras mudanzas nuevas con el fuego.  
    Á levantar ciudades empezaron  
    Y á construir alcázares los reyes,  
1600 Do pudiesen tener seguro asilo:  
    Repartieron las tierras y ganados  
    Conforme á la belleza y al ingenio  
    Y la fuerza y valor de cada hombre,  
    Porque eran estas prendas naturales  
    Las que más á los hombres distinguían:  
    Por fin, se introdujeron las riquezas,  
    Y descubrióse el oro, que al momento  
    Envileció la fuerza y hermosura:  
    Por lo común hermosos y valientes  
1610 Hacen crecer la corte del más rico.  
    Si la sola razón nos gobernase,  
    La suprema riqueza consistiera  
    En ser el hombre igual y moderado;  
    Cuando hay pocos deseos, todo sobra:  
    Mas los hombres quisieron ser ilustres  
    Y poderosos, para de este modo  
    Hacerse eternamente afortunados  
    Y tranquilos vivir en la opulencia.  
    ¡Esfuerzos vanos! pues la muchedumbre  
1620 De los hombres que van tras la grandeza  
    Llenó todo el camino de peligros;  
    Si llegan á encumbrarse, los derroca  
    De ordinario la envidia, como un rayo,  
    En los horrores de una muerte infame.  
    Debe, por tanto, el ánimo prudente  
    Anteponer la quieta servidumbre  
    Á la ambición del trono soberano.  
    Deja á estos miserables se consuman,  
    Y se amancillen con sudor y sangre,  
1630 Y forcejeen en la senda estrecha

De la ambición sin fruto; pues no advierten  
 Que la envidia recoge, como el rayo,  
 Sus fuegos en los sitios más alzados:  
 Su saber sólo estriba en dicho ajeno,  
 Y apetecen las cosas más de oídas  
 Que consultando á sus sentidos mismos:  
 Al presente es el hombre como ha sido  
 Y como será siempre en cualquier tiempo.  
 Así, cuando á los reyes dieron muerte,  
 1640 La majestad antigua de los tronos  
 Y los soberbios cetros derribados  
 Yacían con infamia; y de sus sienas  
 La brillante diadema ensangrentada,  
 Pisoteada por los pies del pueblo,  
 Se lamentaba de su inmensa gloria:  
 Pues codiciosamente se aniquila  
 Lo que antes se adoró con miedo acerbo.  
 La autoridad suprema se volvía  
 Al pueblo entonces y á la muchedumbre:  
 1650 Y cada cual el cetro demandaba,  
 El sumo imperio y la soberanía.  
 Eligieron de entre ellos magistrados,  
 Que obedecieron voluntariamente:  
 Porque el género humano, fatigado  
 De vivir en la dura servidumbre,  
 Y con enemistades extenuado,  
 Más de su grado recibió las leyes  
 Y los justos derechos: pero como  
 El enojo llevase la venganza  
 1660 Mucho más lejos de lo que las leyes  
 Permiten al presente, se cansaron  
 De la anarquía y las venganzas fieras.  
 De aquí nació el temor de los castigos,  
 Que envenena los gustos de la vida:  
 El hombre mismo violento, injusto,



- Queda en sus propios lazos enredado:  
La iniquidad se vuelve casi siempre  
Contra su mismo autor: gozar no puede  
De una vida pacífica y tranquila
- 1670 El que viola los sociales pactos.  
Aun cuando sus acciones estuviesen  
Á los hombres y dioses encubiertas,  
Debe estar en continuo sobresalto  
De que se haga patente su delito;  
Pues refieren que muchos en el sueño  
Ó delirando en las enfermedades  
Se descubrieron infinitas veces,  
Y revelaron crímenes que habían  
Tenido mucho tiempo reservados.
- 1680 No es difícil el dar razón ahora  
De lo que motivó entre las naciones  
Á creer la existencia de los dioses,  
Y las ciudades inundó de altares  
Y estableció los ritos religiosos,  
Estas pompas augustas que en el día  
Se hacen en las empresas importantes  
Por todas las naciones de la Tierra:  
Y cuál sea la causa y el origen  
De este horror infundido á los mortales
- 1690 Que erige en todo el orbe de la tierra  
Á las divinidades nuevos templos  
Y con días festivos las obsequia.  
Es que ya desde entonces los mortales,  
Aunque despierto el ánimo, veían  
Los simulacros sobrenaturales  
Que la ilusión del sueño exageraba  
Á su imaginación: así, creyendo  
Que movían sus miembros y que hablaban  
Con imperiosa voz, proporcionada
- 1700 Á su gran porte y fuerzas desmedidas,

Por vivos y sensibles los tuvieron.

También los suponían inmortales;  
 Pues siendo su hermosura inalterable,  
 Con la misma belleza se ofrecían  
 Á ellos los fantasmas celestiales;  
 Y porque siempre con tan grandes fuerzas  
 Creían imposible que triunfase  
 De ellos acción alguna destructora:  
 También por muy dichosos los tenían,

1710 Pues no les inspiraba sobresalto  
 El temor de la muerte; y porque en sueños  
 Los veían hacer muchos prodigios  
 Sin quedarse por ellos fatigados.

La morada y palacio de los dioses  
 Pusieron en los cielos, porque es donde  
 Parece que voltean Sol y Luna;  
 De allí viene la noche, de allí el día,  
 Y los astros errantes allí brillan  
 Y los volantes fuegos por la noche;

1720 Los nublados, rocíos, lluvias, nieve,  
 Vientos, rayos, granizo y raudos truenos,  
 Y los murmullos largos de amenazas.

¡Oh raza de los hombres sin ventural  
 ¡Cuando á los dioses concedió existencia  
 Y los armó de cólera inflexible,  
 Cuántos gemidos asimismo entonces,  
 Qué heridas á nosotros, y qué llantos  
 Á nuestra descendencia ocasionaron!

No es piedad el dar vueltas á menudo,  
 1730 Tapada la cabeza ante una piedra,  
 Ni el visitar los templos con frecuencia,  
 Ni el andar en humildes postraciones,  
 Ni el levantar las manos á los dioses,  
 Ni el inundar sus aras con la sangre  
 De animales, ni el cúmulo de votos:

Que la piedad consiste en que miremos  
Todas las cosas con tranquilos ojos;  
Porque cuando hacia arriba los alzamos  
Á contemplar las bóvedas inmensas  
1740 Y todo el estrellado firmamento;  
Cuando reflexionamos la carrera  
Del Sol y de la Luna, se despierta  
Entonces en el pecho de repente  
Una inquietud, que al parecer habían  
Los otros males de la vida ahogado,  
Y el hombre se pregunta si por dicha  
Hay alguna deidad omnipotente  
Que estos resplandecientes globos mueve;  
Pues la misma ignorancia de las causas  
1750 Hace que ande el espíritu dudoso:  
Se indaga qué principio tuvo el mundo,  
Y cuál será su fin y hasta qué tiempo  
Él podrá resistir este trabajo  
De estar en un continuo movimiento;  
Ó si, inmortalizado por los dioses,  
Podrá desafiar por muchos siglos  
De eterna duración las grandes fuerzas.  
¿Qué espíritu, además, no apoca el miedo  
De los dioses? ¿Á qué hombre no se hielan  
1760 Los miembros de pavor cuando la tierra  
Abrasada retiembla con el golpe  
Horrible de los rayos, y recorren  
Todo el cielo murmullos espantosos?  
¿No se estremecen pueblos y naciones?  
Sobrecogidos los soberbios reyes,  
¿No abrazan las estatuas de los dioses  
Temblando aquel instante formidable  
De expiar sus acciones criminales  
Y todos sus tiránicos mandatos?  
1770 Y cuando barren los furiosos vientos

Al jefe de la escuadra por los mares  
Con sus bravas legiones y elefantes,  
Pávido no hace votos á los dioses  
Para obtener á fuerza de plegarias  
Tranquilidad y vientos favorables?  
En vano todo; porque arrebatado  
Por algún violento remolino,  
En los escollos va á encontrar la muerte:  
Ciertamente parece que se burla  
1780 De los humanos acaecimientos  
Una fuerza secreta, y se complace  
En pisar con ludibrio las segures  
Y los fasces hermosos. Por fin, cuando  
Debajo de los pies vacila el orbe,  
Cuando caen las ciudades desplomadas,  
Y están amenazando otras ruina,  
¿Por ventura, es extraño que los hombres  
Se llenen de desprecio hacia sí mismos,  
Y reconozcan un poder más grande  
1790 Y una fuerza divina extraordinaria  
Que á su gusto dirija el universo?  
Por lo demás, el oro, cobre y hierro,  
Y la plata y el plomo, se encontraron  
Cuando devoró el fuego vastas selvas  
En las montañas, bien cayendo rayos,  
Ó bien los hombres peleando en bosques  
Fuego arrojasen contra el enemigo  
Para atemorizarle; y ya movidos  
De la bondad del suelo dispusieron  
1800 Hacer los bosques tierras labrantías,  
Ó bien en praderías convertirlos:  
Ó para destruir más fácilmente  
Las fieras y quedar ricos con ellas:  
Pues se usaron primero en cacerías  
Los hoyos y los fuegos que las redes

- Para cercar un bosque, y las jaurías  
Que levantan la caza. Cualquier causa  
Que haya dado principio á aquel incendio,  
Cuando hubo viva llama devorado
- 1810 Con un horrible estrépito las selvas  
Hasta la raíz misma, y recocado  
La tierra con su fuego, arroyos de oro  
Y de plata, además de cobre y plomo,  
Después de haber corrido por las venas  
Encendidas del globo, se juntaron  
En cavidades; y consolidados,  
Viendo cómo brillaban en la tierra,  
Prendados de su brillo y hermosura,  
Los recogían cuidadosamente:
- 1820 Y observando tenían la figura  
De aquellas cavidades en que estaban,  
Pensaron que con fuego derretidos  
Se les podía dar cualquiera forma  
Y cualquiera figura; y golpeando  
Hacer se adelgazarasen y extendiesen  
Y rematasen en aguda punta:  
Vieron también ser buenos para armas,  
Para corta de selvas, pulimento  
De materiales y cuadrar maderos,
- 1830 Para taladros, para excavaciones:  
Quisieron emplear la plata y oro  
En los mismos servicios que hizo el cobre,  
Pero fué en vano, porque no tenían  
Bastante consistencia estos metales,  
Ni la dura fatiga resistían.  
Tuvo entonces el cobre mayor precio,  
Y se despreció el oro como inútil  
Embotando su punta fácilmente:  
Despréciase ahora el cobre; el oro sube
- 1840 Á la mayor estima: de este modo

Cambia el tiempo la suerte de las cosas;  
Lo que antes se estimaba, hoy se desprecia;  
Lo que no se quería, vale ahora  
Y se codicia más de día en día,  
Y es el objeto digno de alabanzas,  
Y tiene sumo aprecio entre los hombres.  
    Cómo se descubrió el uso del hierro  
Tú mismo puedes conocerlo, Memmio.  
Las manos fueron las primeras armas,  
1850 Y las uñas y dientes; y las piedras,  
Y las ramas de árboles, y el fuego  
Y la llama después que se encontraron.  
Se supieron después las propiedades  
Del hierro y cobre; pero el uso de éste  
Se conoció mucho antes que el del hierro.  
Por ser más á propósito y copioso,  
Se labraba la tierra con el cobre,  
Y con cobre se daban los combates,  
Se sembraba la muerte y se robaban  
1860 Los campos y ganados; pues desnudos  
É inermes se rendían fácilmente  
Á gente armada: convirtiósse el hierro  
Casi insensiblemente en las espadas,  
Y llegó á ser tirada con desprecio  
La hoz de cobre; y á romper el suelo  
Empezaron con hierro, y decidiósse  
De las batallas la dudosa suerte.  
Y montar un caballo y gobernarle  
Con riendas y con frenos, combatiendo  
1870 Con la mano derecha, fué primero  
Que arrostrar los peligros de la guerra  
Sobre un carro que tiran dos caballos;  
Y precedió este tiro á la cuadriga  
Y á la invención de los falcados carros.  
Llegaron á enseñar cartagineses

- Después al elefante monstruoso,  
Que lleva torres y la trompa pliega,  
Á recibir heridas en la guerra  
Y á meter el desorden en las huestes.
- 1880 Así inventó Discordia sanguinaria  
Medios de asolación uno tras otro,  
Todos horribles á la humana gente,  
Y un nuevo colmo de terror pusiera  
Á la guerra espantosa cada día:  
Y se probó también en los combates  
El furor de los toros, y ensayaron  
Que embistiesen crüeles jabalíes  
Al enemigo: y los leones bravos  
En la guerra á los Partos precedían
- 1890 Con conductores bien provistos de armas,  
Y terribles maestros, destinados  
Á refrenar su ardor con las prisiones:  
Inútilmente; porque, enardecidos  
Con la sangre y matanza, derramaban  
El desorden, crüeles, por doquiera,  
Sus melenas horribles sacudiendo.  
Ni dirigir podían los jinetes  
Á los caballos atemorizados  
Con los rugidos, ni tampoco hacerlos
- 1900 Que volviesen la cara al enemigo.  
Las leonas, furiosas se arrojaban  
Del uno al otro ejército saltando,  
Presentaban su boca amenazante  
Á todos los que al paso se encontraban,  
Por detrás los cogían descuidados,  
Y á tierra los echaban destrozados  
Con garras y con dientes: y los toros  
Lanzaban por el aire jabalíes,  
Y después con coraje los pisaban;
- 1910 Las tripas del caballo echaban fuera

Metiéndole las astas por debajo,  
 Y después de caído se arrojaban  
 Sobre él, amenazándole de nuevo.  
 Pero empleaban contra sus aliados  
 Los jabalíes sus colmillos fuertes,  
 Y teñían furiosos en su sangre  
 Las armas rotas, y con nueva furia  
 Á infantes y jinetes daban muerte.  
 Huían velozmente los caballos  
 1920 De la fiera embestida de sus dientes,  
 Empinándose: puesto que allí vieras,  
 Rotos sus corvejones, de repente  
 Abandonar la mole de su cuerpo  
 Á pesada caída los caballos.  
 Creyendo que estarían bien domados,  
 De cara encarnizarse los veían  
 En medio de la acción de las heridas,  
 De confusión, espanto, gritos, fuga:  
 No se podía sujetar ninguno;  
 1980 Todos se dispersaban: de manera  
 Que hicieron lo que aun hacen hoy en día  
 Los elefantes en la guerra heridos,  
 Que huyen después de haber desparramado  
 El estrago y la muerte entre las filas  
 Que con tanta bravura defendieron.  
 Sin embargo, no puedo persuadirme  
 De que no hayan previsto de antemano  
 Las comunes desgracias que traería  
 Entre ellos este uso abominable;  
 1940 Y quisiera también que comprendieses  
 En estos males á los varios mundos  
 Que de diverso modo ha construído  
 Naturaleza, y no los limitaras  
 Á sólo nuestro mundo: la esperanza  
 De vencer no introdujo estos estragos;



- Más bien los hombres, que desconfiaban  
De su número, y armas no tenían,  
Quisieron, pereciendo en el ataque,  
Dar que gemir á las contrarias filas.
- 1950 Eran entrelazados los vestidos  
Primero que el tejido se inventara:  
El arte de tejer se siguió al hierro;  
Pues sólo con el hierro hacerse pueden  
Instrumentos tan finos como husos,  
Córcolas, lanzaderas y las planchas.  
    Á los hombrés forzó Naturaleza  
    Á trabajar la lana antes que diera  
    Este oficio á las hembras; porque el hombre  
    Tiene mayor industria y sobresale
- 1960 En cualquier arte: empero vergonzoso  
Pareció á los robustos labradores,  
Y en manos de las hembras la pusieron,  
Y para sí dejaron los trabajos  
Más duros y penosos, y escogieron  
Fortalecer con ellos cuerpo y manos.  
    Pero enseñó también Naturaleza  
    El arte de plantar y los ingertos;  
    Ella dió estas lecciones la primera,  
    Mostrando las semillas y bellotas
- 1970 Que cada una á su tiempo producía  
Al pie del árbol mismo do cayera  
Un enjambre de arbustos: desde entonces  
Gustaron ingerir ellos en ramas  
Renuevos de otra especie, y por los campos  
Les agradó plantar arbustos nuevos.  
Hicieron nuevo ensayo cada día  
En la cultura de su dulce campo,  
Y veían los frutos más silvestres,  
Con el blando cultivo y el cuidado,
- 1980 Llegar á suavizarse. Y obligaron

- Á meterse las selvas hacia el monte  
 De día en día, y á dejar los llanos  
 Á la cultura, para que los prados,  
 Los lagos, los arroyos y los frutos  
 Y las viñas alegres ocupasen  
 Los campos y collados, y el olivo  
 Pudiese por el medio derramarse  
 Por cerros y por valles y por campos  
 En tendidas hileras, como ahora
- 1990 Ves la gustosa variedad que ofrecen  
 Las campiñas, doquiera divididas  
 Ó guarnecidas de árboles frutales.  
 Mas los claros gorjeos de las aves  
 Con la voz se imitaban mucho antes  
 Que pudiesen los hombres regalarse  
 Los oídos con versos armoniosos  
 De melódico són y dulce halago;  
 Y el silbido del céfiro en los huecos  
 De las cañas les dió lección primera
- 2000 De inflar la campesina cañaheja.  
 Después, por dedos ágiles tocada,  
 Y acompañada de la voz, la flauta  
 Poco á poco hizo oír sus dulces quejas:  
 Fué inventada en los bosques retirados,  
 En las selvas y montes solitarios,  
 Entre los dulces ocios de pastores.  
 Lentamente va el tiempo de este modo  
 Sacando á luz las artes diferentes,  
 Y el ingenio las va perfeccionando.
- 2010 Suavizaban las penas de la vida  
 Con estos inocentes pasatiempos  
 Cuando acababan la frugal comida,  
 Al tiempo que el descanso es más gustoso.  
 Y así por lo común, ellos, tendidos  
 Sobre la verde grama, al pie del agua

De un arroyo, debajo de las ramas  
De algún árbol erguido, á poca costa  
Gozaban de placeres inocentes,  
Mas sobre todo en la estación risueña,  
2020 Cuando con verde yerba engalanaba  
Y con flores los prados el verano:  
Entonces era el tiempo de las danzas,  
Entonces de las pláticas, entonces  
De las dulces risadas, porque entonces  
La musa pastoril se remontaba:  
Los provocaba entonces la alegría  
Á adornarse los hombros y cabeza  
Con guirnaldas de flores y de hojas,  
Y herían sus pies rústicos la tierra,  
2030 Esta madre común, pesadamente  
Sin compás ni soltura, por lo que eran  
Las risas é inocentes carcajadas;  
Haciendo los placéres más extraños  
Su misma novedad: y, desvelados,  
De aquí sacaban ellos sus consuelos,  
La voz acomodando á varios cantos  
Y pasando sus labios apretados  
Sobre sus caramillos. Al presente  
Recreamos así nuestros desvelos,  
2040 Y aprendemos la música con reglas;  
Mas no cogemos frutos tan colmados  
De la dulzura como los cogía  
La raza inculta de hijos de la Tierra.  
Así que, el bien presente preferimos  
Y nos agrada más suavemente  
Si otro más superior no conocemos;  
Y los nuevos inventos perjudican  
Á los antiguos y del todo mudan  
Nuestros gustos: por eso aborrecimos  
2050 La bellota; por eso hemos dejado

Las camas de los céspedes y hojas:  
La piel cayó también en el desprecio;  
Aquel vestido de feroces bestias.  
¡Cuánto me temo que la envidia entonces  
Contra aquel inventor se encarnizase  
Que la vistió primero, asesinando  
Traidoramente este hombre; y á la postre  
Los demás entre sí se repartieron  
La piel sangrienta sin querer dejarla!  
2060 Porque entonces las pieles, ahora el oro  
Y púrpura ejercitan á los hombres  
Con zozobras, combates y fatigas:  
Nosotros somos más culpables que ellos,  
Pues sin pieles el frío atormentaba  
Á los desnudos hijos de la Tierra;  
Nosotros ningún daño recibimos,  
Careciendo de púrpura y de oro  
Y de ricos bordados, si tenemos  
Un vestido común que nos abriga.  
2070 Así en vano se afana el hombre siempre  
Y de continuo se atormenta en vano,  
Y en cuidados supérfluos gasta el tiempo,  
Porque no pone límite al deseo,  
Y porque no conoce hasta qué punto  
El placer verdadero va creciendo:  
Y esto es lo que ha lanzado poco á poco  
Entre borrascas á la humana vida,  
Y ha movido unas guerras tan crueles  
Para arruinar la sociedad entera.  
2080 El Sol y Luna, estos brillantes globos  
Que van luciendo alternativamente  
Por el rico palacio de los cielos,  
Han dado bien á conocer al hombre  
Vicisitud constante de estaciones  
Y de Naturaleza el orden cierto.

El hombre ya vivía en fuertes torres,  
Y la tierra se había repartido,  
Y estaba floreciente su cultura;  
Florece la mar con hondas naves;  
2090 Y por medio de pactos y alianzas  
Entre sí ya se unían las naciones,  
Cuando con sus canciones los poetas  
Á transmitir hazañas empezaron  
Á la posteridad: no mucho antes  
Se inventó la escritura: por lo tanto  
De estos antiguos siglos no logramos  
Más vestigios que aquellos que entrevemos  
Por la razón guiados solamente.  
Y la navegación, la agricultura,  
2100 La arquitectura, la jurisprudencia,  
El arte de hacer armas y caminos,  
De preparar las telas, y las otras  
Inventiones á éstas semejantes,  
Y aun todas las que son de mero gusto,  
La pintura, escultura y poesía,  
Se inventaron á fuerza de experiencias,  
Por la necesidad y por la industria.  
El tiempo de este modo poco á poco  
Trae los descubrimientos de las cosas,  
2110 Y la industria adelanta sus progresos;  
Pues vemos que el ingenio perfecciona  
Las artes sin cesar unas con otras,  
2113 Hasta que logran perfección cumplida.



## LIBRO VI

- 1 **E**N otro tiempo Atenas la primera,  
Ciudad famosa, descubrió los frutos  
Á los mortales desafortunados,  
Y les dió nueva vida, y les dió leyes,  
Y la primera dió dulces consuelos  
Contra las desventuras de la vida;  
Cuando produjo al mundo el varón sabio,  
De cuya boca la verdad salía,  
Y de cuyas divinas invenciones
- 10 Se asombra el universo, y cuya gloria,  
Triunfando de la muerte, se levanta  
Á lo más encumbrado de los cielos.  
Porque viendo este hombre que ya habían  
Todo lo más preciso los mortales  
Para vivir y conservar la vida;  
Que tenían riquezas abundantes,  
Y honor, y gloria, y bien nacidos hijos;  
Pero que no dejaban de angustiarse  
Y gemir como esclavos en prisiones,
- 20 Llegó á entender que todo el mal venía

Del mismo vaso, que teniendo vicio  
 Malea lo que se echa más precioso:  
 Ya porque permeable y sin asiento  
 No se llena por mucho que se le eche,  
 Ya porque el interior todo emporcado,  
 Con su negro veneno inficionaba  
 Cualquier cosa en el vaso contenida.  
 Limpió, pues, los humanos corazones  
 Con la verdad; les limitó el deseo,  
 30 Les curó sus cuidados y temores,  
 Y declaróles la naturaleza  
 Del sumo bien, á que aspiramos todos,  
 Y el camino más fácil y más corto  
 Para llegar á él derechamente;  
 Y demostróles cuáles son los males  
 Á que sujeta á los mortales todos  
 El poderío de Naturaleza,  
 Y que asaltan al hombre acometiéndole,  
 Ó por acaso ó necesariamente,  
 40 Según Naturaleza dispusiera:  
 Les dijo por qué lado debe el alma  
 Á sus asaltos resistir invicta,  
 Y probó cuán en vano ella fomenta  
 De ordinario en el fondo de sí misma  
 Las zozobras de tristes aficciones:  
 Así como los niños temerosos  
 Se recelan de todo por la noche,  
 Así nosotros, tímidos, de día  
 Nos asustamos de lo mismo á veces  
 50 Que despavorir suele á los muchachos:  
 Preciso es que nosotros desterremos  
 Estas tinieblas y estos sobresaltos,  
 Nó con los rayos de la luz del día,  
 Sinó pensando en la Naturaleza:  
 Mi voz la cantará con nuevo aliento.



- Y como te enseñé que el edificio  
Del Mundo era finible, y que tenía  
Principio el cielo, y que los seres todos  
Que nacen y nacieron es preciso  
60 Que necesariamente se disuelvan,  
Oye lo que me falta descubrirte,  
Puesto que la esperanza de mi triunfo  
Me animó á que subiese sobre el carro  
Brillante de la gloria, y nuevo aliento  
Me han dado los obstáculos que había.
- Y los demás fenómenos que observan  
En el cielo y la Tierra los mortales  
Tienen suspensas con pavor sus almas,  
Las humillan con miedo de los dioses,  
70 Y las tienen cosidas con la tierra,  
Puesto que la ignorancia de las causas  
Los fuerza á sujetar Naturaleza  
Al imperio de dioses y á ponerles  
En sus manos el cetro, y se imaginan  
Que algún poder divino hace las obras  
Cuyo primer resorte ellos ignoran:  
Porque los que estuvieren persuadidos  
De que los dioses viven descuidados,  
Sinó obstante se admiran de las causas,  
80 En especial de aquellas apariencias  
Que encima de nosotros se descubren  
En la región etérea, nuevamente  
Caen en su inveterado fanatismo,  
Y nos ponen tiranos inflexibles,  
Á quienes para colmo de miseria  
Les conceden poder ilimitado;  
Ignorando qué cosa existir puede,  
Cuál no puede, y los límites precisos  
Que la Naturaleza ha señalado,  
90 En fin, á la energía de los cuerpos,

Por lo que más y más se descaminan.  
Si no desechas semejantes yerros  
Teniendo por indignos de los dioses  
Y ajenos de su calma estos cuidados,  
Vendrán á tu presencia de continuo  
Estas santas deidades resentidas;  
No porque capaz sea de enojarse  
La majestad suprema de los dioses,  
Y deseen coléricos vengarse  
100 Con ejemplar castigo de los hombres;  
Sinó porque estarás muy persuadido  
Que en el seno de un plácido reposo  
Revuelven las venganzas en su pecho;  
No entrarás en los templos de los dioses  
Con pacífico pecho, ni es posible  
Que aquellos simulacros emanados  
De sus augustos cuerpos te presenten  
Sus divinas imágenes con calma:  
¡Ya ves cuán triste vida te amenaza!  
110 Aunque sabiduría por mis labios  
Te ha explicado verdades infinitas  
Para alejar de tí tan dura suerte;  
Otras muchas me faltan todavía,  
Y tengo yo además que engalanarlas  
Con lindos versos; tengo que explicarte  
Los diversos fenómenos del cielo:  
Cantaremos también las tempestades,  
Y las causas y efecto de los rayos,  
Porque, supersticioso, neciamente  
120 En regiones diversas no repartas  
El cielo para ver, todo temblando,  
De qué parte salió el alado fuego,  
Ó hacia dónde tiró precipitado,  
Y cómo por las tapias se introduce,  
Y cómo sale de ellas victorioso:

Pues todos son efectos naturales,  
Que atribuyen los hombres á los dioses  
Porque no pueden penetrar las causas.  
Caliope, diestra musa, que á los hombres  
130 Alivias, y recreas á los dioses,  
Vén á instruirme tú de mi corrida  
Hacia la ruta de carrera ilustre,  
Para ceñir, guiándome tú ahora,  
De corona inmortal mi sien gloriosa.

Tan sólo se estremecen con el trueno  
Las azuladas bóvedas celestes,  
Cuando agitadas por contrarios vientos  
Se chocan mutuamente etéreas nubes  
Por las altas regiones remontadas;  
140 Pues no viene el tronido de aquel lado  
Que hay sereno en el cielo: pero cuando  
Las nubes condensadas se amontonan  
En una parte, allí con mayor fuerza  
Suele sentirse el tormentoso ruido.

Además, que no pueden ser las nubes  
De una masa tan densa como piedras  
Y vigas; ni tampoco tan sutiles  
Como la niebla y humo, pues debieran  
Caer en fuerza de su mucho peso  
150 En el caso primero como piedras;  
Si tuvieran la misma consistencia  
Que tiene el humo, no pudieran ellas  
Contener los granizos y las nieves.

En la inmensa llanura de los aires  
Hacen también un ruido semejante  
Al de los grandes lienzos que se agitan  
Por entre las columnas y las vigas  
De nuestros coliseos; otras veces,  
Rasgadas por la furia de los vientos,  
160 Imitan el sonido delicado

Que hace roto el papel entre los dedos,  
Como en el trueno puedes observarlo;  
Ó el ruido de un vestido que hay colgado,  
Ó de una hoja volante que los vientos  
En fuerza de sus golpes repetidos  
Agitan y remueven por los aires.

También sucede á veces que las nubes  
En lugar de chocarse por delante  
Se comprimen de lado, y van raspando  
170 Por medio de encontrados movimientos  
Lo largo de su cuerpo, de do nace  
Aquel sonido seco que magulla  
Los oidos, y dura mucho tiempo,  
Hasta que se ven libres de aquel lazo.  
Otra causa hay también por la que el trueno  
Nuestro mundo conmueve en ocasiones  
Con estremecimientos tan horribles  
Que parecen las bóvedas del Mundo  
Por todas partes reventar deshechas  
180 Con repentino golpe; cuando entrado  
De pronto el huracán impetuoso  
En medio de las nubes allí brega:  
Rápido torbellino que condensa  
La nube con esfuerzos redoblados,  
La estrecha por los lados, y la ahueca;  
Pero cuando por fin abrieron paso  
Su impetuosidad y su violencia,  
Con horrible estampido sale el viento:  
No es maravilla, cuando el mismo ruido  
190 De un estallido igual da muchas veces  
Una simple vejiga llena de aire,  
También puede explicarse de otro modo  
Aquel ruido que excitan en las nubes  
Los vientos; porque vemos de ordinario  
Que las nubes presentan superficies

- De ramificación larga é incierta:  
Luego deben hacer el mismo ruido  
Que las hojas y ramas de una selva  
Cuando son de los cierzos agitadas.
- 200 Puede también la furia de los vientos  
Reventar una nube si la embisten  
Directamente con furioso aliento:  
La experiencia nos dice cuánta fuerza  
Debe tener su soplo por arriba,  
Cuando aquí bajo, siendo más suave,  
Echan á tierra el árbol más erguido  
Y arráncanle de cuajo fácilmente.  
Hay también en las nubes como olas  
Que deben, estrellándose con furia,
- 210 Producir un murmullo tan profundo  
Como el que hace un gran río y oceáno  
Cuando es por las tormentas agitado.  
También del rayo los ardientes fuegos,  
Cuando de nube en nube van cayendo,  
Quizá vienen á dar en nube acuosa,  
Donde mueren con ruido semejante  
Al chirrío del hierro caldeado,  
Cuando rápidamente le metemos  
Desde la misma fragua en agua fría:
- 220 Pero si árida nube coge al rayo,  
Se inflama de repente con gran ruido:  
De esta manera el fuego provocado  
Con torbellino de furiosos vientos  
Se extiende por los montes coronados  
De laureles al punto consumidos:  
No hay cuerpo combustible que devore  
El fuego con un ruido más terrible  
Que el árbol consagrado al dios de Delfos.  
Por fin, el hielo haciéndose pedazos,
- 230 Y el granizo cayendo hacen retumben

Las nubes á lo lejos, cuando el viento  
 Las junta y amontona semejantes  
 Á las montañas, y por fin quebradas  
 Caen en tierra revueltas con granizo.

También relampaguea si las nubes  
 Arrojan mucha ignífera semilla  
 En fuerza de su choque, á la manera  
 Que sacudiendo un pedernal con otro,  
 Ó dando con un hierro, se ve entonces  
 240 Brillar la luz y chispear de lejos:  
 Y el relámpago ya vieron los ojos  
 Cuando llegan los truenos al oido;  
 Porque hieren más pronto los objetos  
 La vista que el oido, como puedes  
 Observarlo tú mismo, si te pones  
 Á ver cortar al leñador las ramas  
 Supérfluas de algún árbol con el hacha;  
 Pues te verás primero dar el golpe  
 Que llegue á tus orejas el sonido:  
 250 El relámpago vemos asimismo  
 Antes que percibamos el sonido,  
 Siendo uno y otro á un tiempo y siendo hijos  
 Del mismo choque y de la misma causa.

También explicaré de otra manera  
 Por qué de rauda luz bañan la tierra  
 Las nubes y sus fuegos tembladores  
 Hacen brillar durante la borrasca.  
 Luego que el viento acometió á la nube,  
 Y agitándola siempre, como dije,  
 260 Logró ahuecarla, y recogerla al centro,  
 Con movimiento rápido se inflama;  
 Porque vemos nosotros abrasarse  
 Todo cuerpo movido con presteza,  
 Y aun la bala de plomo derretirse  
 En un gran trecho, cuando el remolino

- Inflamado rasgó la obscura nube,  
Desparrama sus fuegos de repente  
Lanzados de la nube con esfuerzo,  
Obligando á cerrar los ojos: luego  
270 Óyese el estampido, que la oreja  
Hierde más tarde que la luz los ojos:  
Todos estos efectos ciertamente  
Suponen nubes densas, que arrojadas  
Sean también con ímpetu admirable.  
No dejes engañarte de tus ojos,  
Que no te enseñan más desde aquí bajo  
Que la extensión y anchura de las nubes,  
Más bien que el grueso de ellas y su altura.  
Para desengañarte, considera  
280 Las nubes parecidas á unos montes  
Que los vientos trasponen por los aires  
En dirección contraria: ó si los vientos  
Yacen en sus entrañas sepultados,  
Verás amontonadas estas nubes  
Unas sobre otras por los altos montes,  
Apretarse entre sí por las alturas.  
Entonces podrás tú formar idea  
De sus masas enormes; ver en ellas  
Especies de cavernas fabricadas  
290 En rocas suspendidas, y los vientos,  
Cuando llenan su centro dando muestras  
De tempestad, se indignan en las nubes  
Al verse dentro de ellas encerrados,  
Como lo hacen las fieras en sus jaulas:  
Resuenan á lo lejos sus bramidos,  
Por todas partes quieren escaparse,  
Desprenden de la nube unas semillas  
De fuego, que amontonan y revuelven  
En lo interior de sus ardientes hornos,  
300 Hasta que ya por fin rasgan la nube

Y en torrentes de luz huyen los vientos.  
Los rápidos relámpagos que vuelan  
Hacia la tierra, fuegos transparentes  
Más brillantes que el oro, tal vez deben  
Su nacimiento á la sustancia misma  
De las nubes, que dentro de sí encierran  
Precisamente una abundante copia  
De moléculas ígneas; en efecto,  
Cuando ningún humor tienen las nubes,  
310 Por lo común es su color brillante  
Así como la llama; porque debe  
También la luz del sol precisamente  
Comunicarlas infinitas partes  
Para estar encendidas de este modo  
Y hacerlas brotar fuego: cuando el viento  
Amontonó estas partes en un sitio,  
Y comprime la nube fuertemente  
Por donde ellas están amontonadas,  
Exprime de la nube estas semillas  
320 De fuego, las esparce, y las obliga  
Á arder con los colores de la llama.  
También relampaguea si las nubes  
Están enrarecidas; cuando el aire  
Agitando la nube dulcemente  
Sus partes va ensanchando y disolviendo,  
Es preciso que caigan por sí mismas  
Las semillas de fuego causadoras  
Del relámpago entonces sin estruendo,  
Sin destrucción y sin causar terrores.  
330 Además, los efectos de los rayos  
Dicen cuál sea su naturaleza:  
Las señales que dejan en los cuerpos  
Que consumieron, los vapores densos  
Del azufre que exhalan nos demuestran  
Que son de fuego, no de aire ó de agua:



Abrasan además las fuertes torres,  
Y con rápida llama hacen cenizas  
Los edificios: la Naturaleza  
Este fuego voraz formó de intento  
340 De sus fuegos más vivos y sutiles:  
Ninguna cosa puede resistirle;  
Por medio de las casas pasa el rayo  
Con tanta valentía y ligereza  
Como el grito y la voz; él atraviesa  
Las peñas y metales; cobre y oro  
Derrite en un momento, y de repente  
Disipa el vino sin lesión del vaso,  
Porque tal vez llegando á introducirse  
Su calor fácilmente en las paredes  
350 Del vaso, las afloja y enrarece  
Y echa por todas partes los principios  
Del vino adelgazándolos primero:  
El mismo Sol hacerlo no podría  
En todo un siglo; tanta es la ventaja  
Del poderío activo de los rayos.  
Ahora te explicaré sin digresiones  
Cómo se forma el rayo, y cómo adquiere  
Una fuerza capaz de hender las torres,  
Derribar casas, arrancar las vigas,  
360 Demoler las memorias de los hombres  
Y dejar á los mismos hombres muertos,  
Sin vida echar por tierra los ganados,  
Y muchas destrucciones semejantes.  
De las nubes espesas y apiñadas  
Por las altas regiones nace el rayo:  
Ninguno viene de sereno cielo,  
Ni las nubes ligeras los despiden;  
Como nos lo declara la experiencia  
Cuando vemos cubrirse la atmosfera  
370 De espesas nubes en aquel momento

En que la tempestad prepara el rayo:  
Parece que han salido las tinieblas  
Del Aquerón, á un tiempo, obscureciendo  
La cavidad inmensa de los cielos;  
Nos cubre horrible noche con su manto;  
Pende el terror encima de nosotros.

También alguna vez la negra noche,  
Como río de pez que descendiese  
Del cielo por el mar, sobre sus ondas  
380 Cae tan precipitada, y á lo lejos  
Derrama las tinieblas; tras sí arrastra  
La tempestad, preñada de huracanes,  
De rayos y de fuegos y de vientos  
Tan furibundos, que en la tierra tiemblan  
Los hombres y se meten en sus casas.  
Es creible que tengan mucho cuerpo  
Las nubes borrascosas que se forman  
Sobre nuestras cabezas; pues la Tierra  
En noche oscura no se sepultara  
390 Si multitud de nubes por encima  
Toda la luz del Sol no la robaran;  
Las lluvias abundantes no podrían  
Hinchar los ríos é inundar los campos,  
Si no estuviera la región etérea  
Llena toda de nubes elevadas.

Fuegos y vientos hay por todas partes,  
De cualquier lado truena por lo mismo,  
Y salen los relámpagos: ya he dicho  
Que tienen mucha ignífera semilla  
400 Todas las nubes en su centro hueco:  
Que los rayos del Sol y sus ardores  
Las aumentan también precisamente.  
Cuando el viento amontona en un paraje  
Todas aquellas nubes, saca de ellas  
Infinitas moléculas de fuego;

- Con las cuales él mismo se revuelve:  
El remolino entonces prisionero  
En la nube se agita, y allí aguza  
El rayo en medio de esta fragua ardiente.
- 410 El viento, pues, se enciende de dos modos:  
Por actividad propia, ó por contacto  
De fuego: y cuando ya de esta manera  
Se encendió él á sí mismo, ó recibiera  
La impresión de la llama, presto el rayo  
Rompe la nube; entonces de improviso  
Luces resplandecientes va esparciendo  
Por todas partes, y hórrido estallido  
Se deja oír, como si caminaran  
Sobre nosotros, rotas de repente,
- 420 Las bóvedas del cielo: todo el globo  
Retiembla entonces, y de polo á polo  
Por todo el firmamento corre el trueno:  
Porque á la vez se agitan y retumban  
Todos juntos entonces los nublados,  
Y de este general sacudimiento  
Nace una lluvia tan copiosa y fuerte,  
Que parece que quiere convertirse  
En agua todo el cielo, y que de nuevo  
Se va á anegar la Tierra con diluvio:
- 430 Tanto asusta el sonido de las nubes  
Que se rompen á un tiempo, y de los vientos  
Que braman agitados, y del rayo  
Que reluce volando por los aires.
- También un viento externo é impetuoso  
Viene á caer sobre una nube espesa  
Do está el rayo formado, la que abierta,  
Deja caer de pronto el torbellino  
De aquel fuego que rayo le llamamos:  
Esto también sucede á otros nublados
- 440 Según las direcciones de los vientos.

Puede también acontecer á veces  
Que, sin estar el viento aún encendido,  
Sin embargo se inflame en largo trecho;  
Que en su misma carrera se despoje  
De aquellos elementos más groseros  
Que no pueden pasar por la atmosfera,  
Y que del aire mismo tome al paso  
Las más finas moléculas, que le hagan  
Inflamarse volando envuelto en ellas:  
450 Como bala de plomo se escandee  
En su carrera cuando va dejando  
Los principios más fríos en el aire,  
Y semillas de fuego en él recoge.  
La inflamación, en fin, puede que nazca  
Del mismo choque; cuando el viento frío  
Sin fuego azota, entonces por ventura  
Saca la violencia de su golpe  
Moléculas de fuego de sí mismo  
Y del cuerpo chocado, como cuando  
460 Un pedernal herimos con el hierro  
Salen las chispas, y aunque el hierro es frío  
Sabe la colisión sacar semillas  
Refulgentes de llama; pues lo mismo  
Debe encender el soplo de los vientos  
Los cuerpos que sacude, si inflamable  
Es la naturaleza de estos cuerpos:  
Sin ser un temerario no se puede  
Enteramente asegurar que el viento  
Tan rápido bajando desde arriba  
470 Sea del todo frío; y si en su curso  
No se inflamó, debe llegar al menos  
Entibiado y revuelto en algún fuego.  
La rapidez del rayo y golpe fuerte  
Y su caída violenta nacen  
De su natural ímpetu: encerrado

- En las nubes, y allí, cobrando fuerzas,  
Con nuevo brío intenta salir de ellas;  
Cuando el nublo no puede resistirse  
Á este aumento de ímpetu, se escapa  
480 Con una prodigiosa ligereza  
El fuego destructor, como las piedras  
Lanzadas por las máquinas terribles.  
Junta también á esto ser el rayo  
De finos y sutiles elementos;  
Y con esta figura no es tan fácil  
Hacerle resistencia, pues se cuela  
Y se insinúa por lo más estrecho:  
No puede cuerpo alguno con su choque  
Detener su raudísima carrera.
- 490 Además de que todo cuerpo grave  
Por natural impulso tiende abajo,  
Pero si la impulsión se junta al peso,  
Su rapidez se dobla, y se acrecienta  
Aquel ímpetu suyo de contado.  
El rayo así con estas fuerzas dobles  
Debe quitar del medio en un instante  
Cualquier estorbo que se encuentre al paso,  
Y proseguir su marcha sin pararse.  
En fin, la longitud de su caída
- 500 Más y más acelera el movimiento,  
Que siempre va creciendo; y aumentando  
Su ímpetu, vigora los ataques,  
Sus divergentes átomos juntando  
Y dirigiendo todos sus esfuerzos  
Hacia el punto común á donde corre.  
También quizá viniendo hacia nosotros  
Quita de paso el rayo al aire mismo  
Corpúsculos que puedan darle fuerza  
Y acelerar su golpe impetuoso.
- 510 Hay muchos cuerpos que penetra el rayo

Sin daño alguno de ellos, porque encuentra  
Conductos que atraviesa velozmente:  
Hay otros que destruye y descompone,  
Porque viene á atacar directamente  
Las moléculas que unen su tejido:  
Él con facilidad derrite el cobre  
Y hace que hierva el oro en un instante,  
Porque de átomos lisos y sutiles  
Se forma el rayo, los que fácilmente  
520 Dentro de estos metales se introducen,  
Y desatan sus nudos al momento  
Y todas sus lazadas desaprietan.  
    En el Otoño y en la Primavera,  
Cuando se abren las flores por los campos,  
El palacio encumbrado de los cielos  
De fulgentes estrellas se estremece  
Por todas partes más á la continua:  
Se estremece también toda la tierra,  
Porque en Invierno faltan muchos fuegos,  
530 Y los vientos se calman en Estío,  
Y las nubes no tienen tanto cuerpo.  
En estaciones medias, pues, concurren  
Todas las varias causas de los rayos:  
Vienen á ser los límites comunes  
Do el frío y el calor se están tocando  
Agentes necesarios de los rayos,  
Que entrambos introducen la discordia  
En la naturaleza, y con gran ruido  
El fuego encienden de las tempestades  
540 Y enfurecen el aire con los vientos:  
Porque el fin del Invierno y el principio  
De Estío son los que hacen el Verano:  
Por lo cual deben el calor y el frío,  
Principios entre sí tan encontrados,  
Luchar y revolver todas las cosas:

- El Otoño, que forma la salida  
Del Estío y la entrada del Invierno,  
Debe observar las riñas y pendencias  
Del frío y del calor; guerras del año  
560 Pueden llamarse entrambas estaciones:  
No es extraño que se hagan muchos rayos  
Entonces, y que el cielo se alborote  
Con tempestades, porque la discordia  
Está continuamente fomentada  
Con llamas y con vientos y con nublos.  
Así se indaga la naturaleza  
Del ignífero rayo y sus efectos;  
Nó consultando vanas predicciones  
De los toscanos para hallar indicios  
560 Del secreto consejo de los dioses:  
Ó de dónde salió el alado fuego,  
Ó hacia dónde tiró precipitado,  
De qué modo se entró por las paredes  
Y cómo sale de ellas victorioso,  
Ó qué daño presagia su caída.  
¿Por qué, si Jove y las demás deidades  
Estremecen las bóvedas celestes  
Con sonido terrífico, y arrojan  
Los rayos por doquiera que les place;  
570 Por qué de parte á parte no dividen  
El pecho del malvado que se entrega  
Á odioso crimen descaradamente,  
Y las llamas del rayo vaheando  
Dan á los hombres documento horrible?  
¿Por qué más bien revuelven en sus llamas  
Al inocente á quien maldad no arguye,  
Y á quien súbitamente le circunda  
El fuego celestial en remolino?  
¿Por qué, además, emplean su trabajo  
580 Contra las soledades vanamente?

- ¿Es por ejercitar mejor sus brazos,  
 Ó por asegurar mejor sus golpes?  
 ¿Por qué sufren se emboten en la tierra  
 Los que despide el padre de los dioses?  
 ¿Por qué de ellos él mismo se despoja,  
 Y para sus contrarios no los guarda?  
 En fin: ¿por qué no lanza Jove el rayo  
 Y nunca mueve tempestad de truenos  
 Cuando hay serenidad por todo el cielo?  
 590 ¿Cuando acaban las nubes de formarse,  
 Monta entonces en ellas por ventura,  
 Por dirigir sus tiros más de cerca?  
 ¿Por qué razón contra la mar asesta?  
 ¿Por qué hiere las ondas, estas masas  
 Líquidas, estos cuerpos fluctuantes?  
 Si quiere nos guardemos de los rayos,  
 ¿Por qué no deja verlos desde lejos?  
 Y si quiere cogernos descuidados,  
 ¿Por qué truena de modo que podamos  
 600 Evitarlos? ¿Á qué son los retumbos,  
 Tinieblas y murmullos que preceden?  
 ¿Puedes tú concebir que los dispare  
 Al mismo tiempo por distintas partes?  
 No puedes refutarlo, sin que niegues  
 Una experiencia tan frecuente y cierta.  
 Es preciso que pueda caer el rayo  
 Al mismo tiempo por distintos lados,  
 Como vemos que llueve y caen las lluvias.  
 ¿El rayo asolador por qué derriba,  
 610 En fin, los templos santos de los dioses,  
 Estas habitaciones suntuosas;  
 Y rompe sus estatuas bien labradas;  
 Y roba á sus imágenes el culto  
 Con golpe violento? ¿Por qué ataca  
 De ordinario los sitios elevados,



- Y vemos en las cumbres de los montes  
Más bien que en otra parte sus vestigios?  
Por lo que te he explicado de los rayos  
Es fácil conocer de qué manera
- 620 Sobre la mar se arrojan desde arriba  
Los tifones, que *présteres* clamaron  
Los griegos atendiendo á sus efectos.  
Por qué bajan á veces desde el cielo  
Sobre la mar como en columna larga,  
Y todo alrededor bullen las ondas  
Agitadas con soplo impetuoso;  
Y las naves entonces sorprendidas  
Por el vertiginoso meteoro  
Están expuestas al mayor peligro:
- 630 Y la causa es que el viento algunas veces  
No teniendo potencia suficiente  
Para romper la nube que ha embestido,  
La baja poco á poco hacia las aguas  
Como columna echada desde el cielo,  
Ó más bien como masa disparada  
De arriba abajo por robusto brazo,  
La cual sobre las ondas se extendiese:  
Cuando rasga la nube, el viento se entra  
Con ímpetu en la mar, y en ella excita
- 640 Un hervor increíble; porque entonces,  
Sin cesar agitándose la manga,  
Baja á la par la nube, que se presta  
Á cualquier movimiento de la bomba:  
Y así que la extendió sobre las aguas  
El vértice de pronto se zabulle,  
Hace toda la mar un hervidero,  
Mueven sus olas espantoso ruido.
- El mismo torbellino que en el aire  
Juntó los elementos de la nube,
- 650 Se envuelve algunas veces dentro de ella,

Imitando las mangas por la tierra;  
Y cuando al suelo se bajó la nube,  
Rasgándose, vomita de su cuerpo  
Un remolino, un huracán furioso.  
Mas siendo estos fenómenos muy raros  
Á causa del obstáculo que oponen  
En la tierra á los vientos las montañas,  
Deben ser más frecuentes en los mares,  
Que son tan extendidos y patentes.  
660 Los nublados se forman cuando muchos  
Angulosos corpúsculos, volando  
Sin cesar en la atmósfera, se juntan  
Entre sí de repente, y se condensan  
Á pesar de sus débiles uniones:  
Sólo son al principio nubecillas;  
Empero todas juntas apiñadas,  
Y entre sí reunidas, van creciendo,  
Y los vientos las llevan de manera  
Que nace de ellas tempestad furiosa.  
670 Y cuanto más vecinas á los cielos  
Tienen también sus cumbres las montañas,  
Tanto más una niebla amarillenta  
Y una especie de humo siempre espeso  
Las obscurece; porque cuando empiezan  
Á tomar consistencia los nublados,  
Sin que puedan aún verlos los ojos,  
Los vientos los conducen y aglomeran  
Sobre la cima de elevado monte:  
Cuando, por fin, después se reunieron  
680 En mucho mayor número apiñados,  
Condensados los vemos elevarse  
Desde la húmeda cumbre por los aires:  
Puesto que la razón y la experiencia  
Dicen ser el teatro de los vientos  
Aquellos sitios que hay más elevados.

Además quita la Naturaleza  
También muchos corpúsculos de encima  
De todo el mar, como nos lo declaran  
Las ropas que tendemos en la playa  
690 Poniéndose mojas: luego es claro  
Que contribuyen las emanaciones  
De este salado flúido agitado  
Al acrecentamiento de las nubes.  
Vemos también que de los ríos todos  
Y de la misma tierra se levantan  
Unas nieblas y cálidos vapores  
Cuyas exhalaciones se remontan  
Por el aire, y los cielos obscurecen,  
Y con sus reuniones insensibles  
700 Forman espesas nubes; pues las olas  
De la sustancia etérea las empujan  
Por la parte de arriba, y condensadas  
Cubren casi las bóvedas azules.  
Puede también que vengan de otros mundos  
Á reunirse en éste aquellos cuerpos  
Que forman los nublados y tormentas:  
Porque te he dicho que es innumerable  
El número de átomos, y el *todo*  
Ser también profundísimo: no ignoras  
710 De cuánta ligereza están dotados  
Los átomos, y cuán rápidamente  
Suelen correr espacio inmensurable;  
Por lo que no es extraño que al momento  
Cubran la tempestad y las tinieblas  
Colgadas en el aire mar y tierra,  
Y las montañas; pues los elementos  
Encuentran siempre entradas y salidas  
Por donde quiera en todos los conductos  
Del éter, y por todas las lumbreras  
720 Del mundo, por decirlo de este modo.

Ahora te explicaré cómo se aumentan  
Las aguas de la lluvia en nubes gruesas,  
Y cómo desde allí caen en la tierra.  
Y es preciso ante todo persuadirte  
Que se levantan con las mismas nubes  
Infinitas moléculas de agua  
De todo cuerpo, y á la par se aumenta  
Con la misma sustancia de la nube,  
Del mismo modo que el sudor, la sangre,  
730 Y cualquiera otro líquido del cuerpo  
Crece á la par por todos nuestros miembros.  
Los nublados á veces tambien cargan  
De las aguas marinas, semejantes  
Á vellones de lana suspendidos  
Cuando son conducidos por los vientos  
Sobre la superficie de los mares;  
También de todo río se levanta  
El agua hacia las nubes; pero cuando  
Estas semillas de agua, acrecentadas  
740 De todas partes con emanaciones  
Tan grandes y diversas, se juntaron  
Y las condensa el soplo de los vientos,  
Entonces determina su caída  
Doblada fuerza; la presión de vientos  
Y la copia de nubes apiñadas,  
Las cuales gravitando unas sobre otras  
Hacen caer las lluvias dilatadas.  
Cuando además los vientos enrarecen  
Los nublados, ó cuando son disueltos  
750 Por el calor del sol, que hiere encima,  
Humor pluvioso entonces van soltando,  
Y corren gota á gota como cera  
Que se va derritiendo puesta al fuego.  
Es copiosa la lluvia si las nubes  
Experimentan esta doble fuerza,

La presión de su peso y de los vientos;  
Y suele durar mucho, y encerradas  
Suele tener las gentes en su casa,  
Cuando están muy espesos los nublados,  
760 Y cuando unos sobre otros se amontonan,  
Y se derraman hacia todas partes,  
Cuando toda la tierra restituye  
El mismo humor con sus exhalaciones.

    Cuando entre oscura tempestad embiste  
Con sus rayos el Sol lluviosa nube  
Que enfrente de sí tiene, se descubren  
En medio de las nubes tenebrosas  
Los colores del Íris variados.

    De otros meteoros que se forman  
770 Y crecen combinados en las nubes,  
Como la nieve, vientos y granizo,  
Las escarchas y el hielo que endurece  
Las aguas, y refrena la corriente  
De los ríos, es fácil que comprendas  
Sus efectos y causas si entendieres  
Las propiedades de los elementos.

    Pon atención en conocer la causa  
Ahora de los temblores de la tierra;  
Y debes persuadirte sobre todo  
780 Que el globo interiormente como fuera  
Está lleno de vientos, de cavernas,  
De lágos, precipicios y peñascos,  
De rocas y de ríos escondidos,  
Cuya corriente impetuosa arrastra  
Las peñas sumergidas en su madre:  
La razón, pues, exige que la tierra  
Se asemeje á sí misma en todas partes.

    Supuestas de antemano estas nociones,  
Tiembla la tierra por su superficie  
790 Con motivo de haberse desplomado

En su interior grandísimas cavernas,  
Que viene á demoler por fin el tiempo;  
Como que enteros montes se arruinan,  
Cuyo sacudimiento pronto y fuerte  
Extiende los temblores á lo lejos:  
Cuando un carro que no es de mucho peso  
Hace temblar todos los edificios  
Que están al paso, no retiemblan menos  
Todos los sitios del contorno cuando  
800 Arrastran los corceles arrogantes  
Las llantas de las ruedas bien herradas.  
También puede caer al cabo de años  
Una masa disforme de la tierra  
En un lago vastísimo, y el orbe  
Vacilar tal vez puede con motivo  
Del movimiento que excitó en las aguas,  
Así como en el suelo no está inmóvil  
El vaso lleno de una agua agitada  
Hasta ponerse toda en equilibrio.  
810 Cuando, además, el viento recogido  
Entre las cavidades interiores  
De la tierra se arrojó violento  
Sobre una parte, y con sus fuerzas todas  
Hace presión en las cavernas hondas,  
Inclínase la tierra hacia la parte  
Donde el viento dirige sus esfuerzos,  
Y las casas entonces que hay encima  
Inclínanse también cuanto más altas,  
Cuanto más se avecinan á los cielos;  
820 Y perdiendo el nivel salen las vigas,  
Y amenaza venirse todo al suelo.  
Y temen presumirse si ha prescrito  
Naturaleza un paso á la ruina  
Y destrucción total del mundo entero,  
Cuando ven su gran mole pronta á hundirse.

Si los vientos aliento no tomasen  
Nada capaz sería de enfrenarlos,  
Ni detener su furia destructora:  
Mas como se sosiegan alternando,  
830 Y vuelven al ataque nuevamente,  
Y se ven rechazados con ventaja,  
Amenaza la tierra desplomarse;  
Ella se inclina y otra vez se alza;  
Y pierde el equilibrio, y con su peso  
Otra vez le recobra: por lo mismo  
Toda cosa vacila más ó menos  
Según su elevación, pues las más bajas  
Casi no sienten el temblor de tierra.  
También pueden causar estos temblores  
840 Un viento impetuoso, un grande sopro  
De fuerza introducido de repente,  
Ó nacido del seno de la tierra,  
Que después que se entró en las cavidades  
Del globo, con tumulto anticipado  
Entre inmensas cavernas va bramando  
Y se revuelve mucho y no se escapa  
Por fuera de la tierra hasta que la abre  
Y con su gran violencia la divide,  
Y forma en ella abismos anchurosos:  
850 De esta manera fué Sidón tragada,  
Obra de tirios, y en Peloponeso  
También Egina. ¡Ay, cuántas ciudades  
Esta erupción furiosa de los vientos  
Y el temblor de la tierra han destruído!  
¡Á cuántas los horribles terremotos  
Han hundido debajo de la tierra,  
Y con sus ciudadanos juntamente  
Cuántas otras los mares sepultaron!  
Pues si el viento no llega á romper fuera,  
860 Su sopro impetuoso se divide

Por todos los conductos de la tierra  
Y en sus entrañas férvidas excita  
Un temblor general, del mismo modo  
Que cuando se introduce por los miembros  
Interiormente el frío, y los sacude,  
Nos hace tiritar á pesar nuestro:  
Con un doble terror vagan las gentes  
Por la ciudad entonces asustadas,  
Pues sobre su cabeza ven la muerte,  
870 Debajo de los pies también la temen:  
Temen que caiga derrumbado el techo,  
Temen disuelva la Naturaleza  
Las bóvedas del globo de repente,  
De par en par abriendo estos abismos  
Anchurosos, queriendo trastornada  
Con sus mismas ruinas rellenarlos.  
Por lo cual, aunque vivan persuadidos  
De ser incorruptibles cielo y tierra,  
Y destinados á existencia eterna,  
880 La vista de un peligro tan urgente  
Introduce pavor y desconfianza  
En sus almas á veces, y les hace  
Temer no huya la tierra en un instante  
Con dirección al bátratro profundo,  
Y que el *gran todo* caiga detrás de ella,  
Y que no reste más de todo el mundo  
Que un cúmulo confuso de ruinas.  
Ahora debo explicar precisamente  
Cómo la mar no sabe qué es aumento.  
890 Admiranse de que la mar no aumenta  
Su volumen jamás con tantas aguas  
Como corren á ella y tantos ríos  
Como por todas partes desembocan:  
Junta las tempestades y las lluvias  
Que sobre mar y tierra caen á un tiempo



- Además de sus propios manantiales;  
¿Dejarán, sin embargo, de admirarse  
Si consideran que estas aguas juntas,  
Con el mar extendido comparadas,  
900 Vienen á ser apenas una gota?  
Roba el calor del sol una gran parte,  
Pues vemos secan sus ardientes rayos  
En un instante la mojada ropa:  
Será su acción más fuerte y más activa  
Sobre la faz inmensa de los mares;  
Aunque el sol tome una porción muy corta  
De cada sitio de por sí, no obstante  
Debe robar en extensión tan grande  
Cúmulo inmenso de marinas aguas.  
910 Cuando con furia el mar barren los vientos  
Se llevan tras de sí gran parte de agua;  
Porque es frecuente á veces en la noche  
Ver que se ponen secos los caminos  
Y endurecido el lodo con su soplo.  
Además te enseñé que los nublados  
Atraen á sí las aguas de los mares,  
Y por la haz de la tierra las esparcen  
Cuando llueve sobre ella, y cuando llevan  
Los vientos por la atmósfera las nubes.  
920 Por fin, supuesto que es la tierra un cuerpo  
Poroso, que la mar contigua ciñe  
Por todas partes, recibir no puede  
El mar en sí las aguas de la tierra  
Sin que reciba aquésta al mismo tiempo  
Las saladas del mar, que ciertamente  
Se filtran por el seno de la tierra,  
Y se recogen y se juntan todas  
Donde tienen los ríos nacimiento,  
Y fluyen dulcemente por la tierra,  
930 Por donde, una vez rota, facilita

Que con líquido pie corran las aguas.

Explicaré al presente por qué causa  
Vomita á veces Etna por sus bocas  
Las llamas en espeso torbellino:  
La tempestad de fuego, dominando  
Con estrago en los campos sicilianos,  
No hizo mirar á los vecinos pueblos;  
No volviendo la vista á los torrentes  
De chispas y de humo, que cubrían  
940 La atmósfera á la vez, les daba pena,  
De pávido cuidado hinchando el pecho,  
Esperando los nuevos infortunios  
Que la Naturaleza preparaba.

Si de tales fenómenos deseas  
Tener conocimiento, es necesario  
Que des una ojeada vasta y grande  
Sobre Naturaleza, y que sus partes  
Á la vez consideres todas juntas,  
Acordándote siempre que el *gran todo*  
950 Es infinito, y que supone poco  
El cielo comparado al universo;  
Y que es el hombre imperceptible cosa  
Si se compara con el orbe entero.  
Si tú penetras bien este principio,  
Si te convence una verdad tan clara,  
Ya no te admirarás de muchas cosas.

¿Se admira acaso alguno de nosotros  
Si le abrasa á cualquiera ardiente fiebre,  
Ú otra cualquier enfermedad aguda  
960 Se extiende por sus miembros doloridos?  
Porque se hinchan los pies en un instante,  
El más vivo dolor coge los dientes,  
Y ataca alguna vez los mismos ojos:  
De San Antón el fuego vá creciendo,  
Y extendiéndose abrasa todo el cuerpo,

- Sin admirarse, porque se conocen  
De muchos cuerpos las emanaciones:  
Y las exhalaciones de la tierra  
Y el aire infecto son muy suficientes
- 970 Para dar ser y rápidos progresos  
Á las enfermedades más terribles.  
Así se ha de creer que este *gran todo*,  
Como infinito, suministra al cielo  
Y á la tierra los átomos capaces  
De estremecer el globo de repente,  
De recorrer en raudo torbellino  
El mar y tierra, y de lanzar por Etna  
Copiosos fuegos, de inflamar el cielo:  
El mismo cielo sí puede inflamarse
- 980 Tan fácilmente como caen las lluvias  
Á mares en la tierra cuando llegan  
Á juntarse en la atmósfera las aguas.  
Pero me dirás tú que estos incendios  
Son muy considerables: lo confieso;  
Así como parece grande un río  
Á quien no vió jamás otro más grande:  
Y así un árbol, un hombre y todo cuerpo  
De la especie que quieras son disformes  
Para aquel que no ha visto otros mayores:
- 990 Cuando nada suponen estos cuerpos,  
Aunque juntas el cielo, mar y tierra,  
Si con el Universo se comparan.  
Pero expliquemos hora de qué modo  
La llama enfurecida en un instante  
De las vastas hornazas de Etna sale.  
Lo primero, está hueco todo el monte  
Por su parte interior; sobre cavernas  
De pedernales casi está fundado:  
Así que, las cavernas todas tienen
- 1000 Vientos y aire, no siendo otra cosa

El viento más que el aire conmovido:  
 Y cuando este elemento furibundo  
 Llegó á inflamarse, y ha comunicado  
 Su ardor á los peñascos y á la tierra,  
 En torno de la cual sin cesar gira  
 Y saca de ellos con veloces llamas  
 Fuego devorador; él se levanta  
 Y se arroja derecho por las bocas  
 De la montaña, y á lo lejos echa  
 1010 La llama y la ceniza, y sale envuelto  
 Entre humo espeso y negro, y juntamente  
 Lanza piedras de peso extraordinario:  
 Sin que te quede duda ser efectos  
 Del ímpetu furioso de los vientos.

En gran parte la mar, además, baña  
 Las faldas de este monte, y las azota  
 Con sus olas, y luego se retira;  
 Por debajo de tierra las cavernas  
 Desde la misma mar se comunican  
 1020 Con las altas gargantas de este monte:  
 No podemos dudar que entran los vientos  
 Por estas bocas, y que se dirigen  
 Soplando interiormente hacia la cumbre:  
 Y por esto se ven volar las llamas,  
 Y van á dar muy lejos los peñascos  
 Y las nubes de arena se derraman:  
 Hay en la cima unos embudos anchos  
 Por do escapan los vientos, que los griegos  
 Cráteras llaman, á los que nosotros  
 1030 Llamamos las gargantas ó las bocas.

Para algunos fenómenos no basta  
 Dar una explicación; antes precisas  
 Son otras muchas, para hallar alguna  
 Entre ellas verdadera; por lo tanto,  
 Si ves tú desde lejos el cadáver

- De algún hombre tendido sobre el suelo,  
Es preciso decir todas las causas  
De la mortalidad para que sepas  
La causa de la muerte de aquel hombre;  
1040 Porque no puedes decidir si ha muerto  
De muerte dada á hierro ó por el frío,  
Ó por enfermedad ó con veneno:  
En general sabemos que él ha muerto  
Por una de las causas que he nombrado;  
Mas sólo los testigos oculares  
Pueden decir la causa verdadera:  
Así también estamos indecisos  
Sobre muchos fenómenos que vemos.  
Crece el Nilo y rebosa por los campos  
1050 En el estío, siendo el solo río  
Que hay en todo el Egipto, y va regando  
Las campiñas en medio de calores;  
Ó bien porque reinando en el estío  
Etesios vientos, soplan aquilones  
Contra el embocadero, y la corriente,  
Y su curso retardan y recrecen  
Las aguas, y se llena todo el río,  
Y le hacen que se pare; ciertamente  
El soplo de estos vientos se dirige  
1060 Contra el curso del río, porque vienen  
Etesios vientos de constelaciones  
Frías del polo boreal, y el Nilo  
Tiene su nacimiento en las regiones  
Del Mediodía, en los ardientes climas  
Que el sol visita en medio de su curso,  
Entre los hombres negros y tostados.  
Grandes bancos de arena tal vez forman  
Al agua un dique en el embocadero  
Cuando el mar agitado con los vientos  
1070 Hacia adentro la arena va metiendo,

Por lo que es menos libre su desagüe,  
Y la madre está menos inclinada,  
Y se refrena el ímpetu del río.

Por fortuna quizá en su nacimiento  
Las lluvias son también más abundantes  
En aquella estación en que las nubes  
Juntas al Mediodía son llevadas  
Por los vientos etesios á aquel lado,  
Las cuales se amontonan apiñadas  
1080 Sobre la cumbre de elevados montes  
Y la presión del peso las esparce.

Tal vez puede venir esta creciente  
De los montes alzados de la Etiópia,  
Cuando el sol, abrasando con sus rayos  
Á la naturaleza, hace que bajen  
Las nieves derretidas á los campos.

Al presente diré qué cosa sean  
Aquellos sitios y funestos lagos  
Que se llaman avernos; este nombre  
1090 Al principio les dieron con motivo  
Del efecto que causan, porque matan  
En general las aves; cuando vienen  
Volando por encima de estos sitios  
Directamente, de volar se olvidan  
Y, perdiendo sus alas los resortes,  
Torciendo la cabeza caen sin fuerzas  
Precipitadas en la tierra, ó agua,  
Quizá conforme á la naturaleza  
De aquel averno que las da la muerte.

1100 Cual es el que hay en Cumas y en Vesubio:  
Fuentes cálidas son las que vaporan  
Un humo espeso; y otro semejante  
Hay también en los muros atenienses,  
En el remate de la ciudadela,  
Cerca del templo de tritonia Palas:

- Do las roncadas cornejas jamás llegan  
Aunque las brinde el humo de las aras.  
Huyen tan azoradas las cornejas,  
Nó los vivos enojos de Minerva,  
1110 Que con su vigilancia provocaron,  
Según lo cantan los poetas griegos;  
Antes bien los vapores de este sitio,  
Muy suficientes para hacer se vuelvan.  
También cuentan que en Siria hay otro averno  
Do los mismos cuadrúpedos no pueden  
Sus pasos dirigir sin que al momento  
Los haga el vaho caer muertos en tierra,  
Así como si fueran conducidos  
Á inmolarlos á dioses del Infierno.
- 1120 Efectos naturales, pues, son todos,  
Y se puede atinar bien con sus causas  
Sin presumir que sean estos sitios  
Mucho más bien las puertas infernales  
Por do los dioses del obscuro imperio  
Atraen quizá las almas de los muertos  
Sobre la orilla de Aquerón; conforme  
Á la opinión común de que la simple  
Aspiración de los ligeros ciervos  
Saca de sus guaridas las serpientes.
- 1130 Recuerda la doctrina que he inculcado,  
Á saber, que la tierra en sí contiene  
Un número muy grande de elementos  
Configurados de distinto modo:  
Que hacen vivir al hombre muchos de ellos;  
Que otros engendran las enfermedades  
Y aceleran su muerte: también dije  
Más ó menos análogos ser todos  
Á conservar diversos animales,  
Según sus diferentes contexturas
- 1140 Y su naturaleza muy diversa

- Y elementales configuraciones:  
 Entran muchos hiriendo los oídos;  
 Despidiendo otros un olor ingrato,  
 Con gran molestia hieren el olfato;  
 Otros evita el tacto, otros la vista,  
 Y son otros al gusto desabridos:  
 La experiencia te enseña cuántos cuerpos  
 Producen en el hombre sensaciones  
 Ingratas y molestas y penosas.
- 1150 Hay árboles que tienen una sombra  
 Cargada de moléculas dañosas,  
 La cual causa dolores de cabeza  
 Muy fuertes á cualquiera que se tiende  
 Debajo á descansar sobre la yerba.  
 Del Helicón en la elevada cumbre  
 Hay un árbol también que mata al hombre  
 Con el olor infecto de sus flores:  
 Y nacen todas estas producciones  
 De la tierra, porque ella en sí contiene
- 1160 Gran copia de semillas combinadas  
 De modos infinitos y diversos,  
 Con cuyas secreciones alimenta  
 Cada individuo de por sí la tierra.  
 Y recién apagada la luz echa  
 Un olor de su pábilo, que afecta  
 Desagradablemente nuestro olfato,  
 Adormece los hombres y los tumba  
 Como si padecieran la epilepsia:  
 Y se cae la mujer adormecida
- 1170 Con el olor subido del castóreo;  
 Y la obra delicada se desliza  
 De entre sus tiernas manos si le huele  
 Al tiempo de pagar menstroo tributo:  
 Además también hay otras sustancias  
 Que aflojan el sistema de los miembros



- Y el alma recogida bambolean:  
 En fin, si te estuvieras mucho tiempo  
 En un baño caliente, ó te sumerges  
 En el mismo saliendo de la mesa,  
 1180 ¡Cuánto no hay que temer el que te caigas  
 En medio de las aguas sin sentido!  
 Y el activo vapor de los carbones  
 ¡Qué pronto se introduce en el cerebro  
 Si no bebemos agua de antemano!  
 Golpe de muerte da el olor del vino  
 Á aquel hombre que tiene consumidos  
 Todos sus miembros en la ardiente fiebre.  
 ¿No ves también cómo en la misma tierra  
 Nace el azufre y el betún que exhalan  
 1190 Un olor penetrante? Por fin, cuando  
 Con el hierro en la mano van los hombres  
 Rasgando las entrañas de la tierra  
 Para buscar las venas de oro y plata,  
 ¿Qué vapores no salen de la mina?  
 ¿Qué olores tan mortales no se exhalan  
 De este rico metal que yace en ella?  
 ¿No ves la cara y tez descolorida  
 De los míseros que andan condenados  
 Por la ley á trabajos tan penosos?  
 1200 ¿Cuán en breve perecen no has oído  
 Y cuán corto es el plazo de su vida?  
 Así, es preciso que la tierra exhale  
 Todos estos vapores esparcidos  
 Por fuera en las llanuras de los aires.  
 Así deben también avernos sitios  
 Echar de sí mortíferos vapores  
 Á las aves; los cuales se levantan  
 Desde la misma tierra por los aires,  
 Y parte de la atmósfera envenenan,  
 1210 Y cuando llega allí volando el ave,

- La ponzoña invisible la entorpece  
 Allí su movimiento, y cae derecha  
 Donde el vapor dirige su caída;  
 Do, ya precipitada, el mismo tufo,  
 Entonces más activo, lanza fuera  
 De sus miembros los restos de la vida;  
 Porque el primer ataque sólo excita  
 En el ave unas ciertas convulsiones:  
 Pero ya que una vez están caídas  
 1220 Las aves en las fuentes ponzoñosas,  
 Allí el último aliento de la vida  
 Exhalan de ponzoña circundadas.  
 Puede también que estas exhalaciones  
 Enrarezcan la masa de aire puesta  
 Entre la tierra y aves, de manera  
 Que esté casi vacío aquel espacio:  
 Cuando vienen volando por encima  
 De estos sitios las aves, al momento  
 En medio del vacío inútilmente  
 1230 Mueven las alas, ni su esfuerzo ayuda  
 Alguna reacción, porque, no hallando  
 Más apoyo en el aire, y no pudiendo  
 Sostenerse en sus alas, las obliga  
 Con su peso á caer naturaleza;  
 Y ya tumbadas dentro del vacío,  
 Por los poros del cuerpo echan el alma.  
 Está más fría el agua de los pozos  
 En el estío, porque enrareciendo  
 El calor á la tierra, prontamente  
 1240 Disipa por los aires las semillas  
 De fuego que tal vez en sí contiene.  
 Cuando más caldeada esté la tierra,  
 Tanto más fría debe estar el agua  
 Escondida en su seno; y al contrario,  
 Cuando aprieta, condensa y une el frío

- Toda su superficie, debe entonces  
Por esta compresión hacer que se entre  
En lo hondo de los pozos todo el fuego  
Que haya diseminado por la tierra.
- 1260 Junto al templo de Ammón hay una fuente  
Que está helada entre día, según dicen,  
Y caliente de noche: mucho admiran  
Los hombres esta fuente, y se persuaden  
Que oculto el Sol debajo de la Tierra,  
La calienta al instante que la noche  
Cubre la Tierra con terrible sombra:  
Pero esta explicación es muy contraria  
Á la filosofía verdadera:  
Porque si el Sol, que tanta fuerza tiene
- 1260 Sobre nuestras cabezas levantado,  
Por contacto inmediato no ha podido  
Siquiera calentar la superficie,  
¿Cómo debajo de los pies podría  
Por medio de una masa tan espesa  
Como la Tierra hacer hervir el agua  
Y en ella introducir su ardiente fuego,  
Cuando el ardor apenas de sus rayos  
Penetra las paredes de las casas?  
¿Del fenómeno, pues, cuál es la causa?
- 1270 Es que la tierra está más esponjosa  
Y que en ígneas semillas más abunda  
Junto á la fuente que por más afuera:  
Cuando en sus sombras húmedas la noche  
El orbe sepultó, la tierra al punto  
Que cerca el manantial se va enfriando,  
Y encógese como si la apretaran  
Con la mano, de modo que en la fuente  
Exprime las partículas de fuego  
De que ella está impregnada, y comunica
- 1280 Al agua aquel calor que experimentan

El tacto y paladar: cuando los rayos  
 De Sol nacientes de seguida abrieron  
 Los poros de la Tierra, y su tejido  
 Enrareció la mezcla de sus fuegos,  
 Se vuelven á su asiento primitivo  
 Las partículas ígneas, y se cuele  
 Todo el calor del agua por la tierra:  
 Fría está así la fuente por el día.

Por otra parte, herida el agua entonces  
 1290 Por los rayos del Sol, y enrarecida  
 Con sus trémulos fuegos, es preciso  
 Exhale los corpúsculos de fuego  
 Que ella contiene, así como despide  
 Las moléculas frías otras veces,  
 Y deshace los hielos que la ataban  
 Y como prisionera la tenían.

También hay una fuente de agua fría,  
 Sobre la cual, echando alguna estopa,  
 Se enciende y echa llamas de repente,  
 1300 Y una tea se prende de este modo,  
 Y va luciendo en medio de las aguas  
 Por do su luz nadante el aire impele:  
 Sin duda porque el agua de esta fuente  
 Contiene en sí muchísimas semillas  
 De fuego, y es preciso que reciba  
 De aquella tierra que es como su lecho  
 Un montón de partículas de fuego,  
 Que subiendo á lo alto se derraman  
 Por toda el agua, y por defuera á un tiempo  
 1310 Se exhalan, y se esparcen por los aires;  
 Pero no son tan vivas las semillas  
 Que puedan calentar la misma fuente.

Una impulsión secreta determina  
 Todas estas moléculas dispersas  
 Á salir pronto fuera y congregarse

Por encima del agua: de este modo  
El agua dulce de la fuente Aradia  
Corre y aparta las saladas ondas  
De alrededor: y en otras muchas playas  
1320 Ofrece el mar recursos semejantes,  
Gratos á los sedientos marineros,  
Manando el agua dulce entre saladas.  
Pues por un mecanismo semejante  
Las partículas ígneas salir pueden  
Entre las ondas, y lanzarse fuera  
Para encender la estopa: luego que ellas  
Allí están reunidas, y se pegan  
Á la sustancia de la tea, al punto  
Se prenden fácilmente, porque tienen  
1330 Gran número de partes inflamables  
Las estopas y teas por su parte.  
¿No ves cómo la lámpara que acaba  
De morir, si la arrimas á otra que arde,  
Antes de ser tocada arde de nuevo?  
Pues lo mismo sucede con la tea:  
Ahora no trato yo de muchos cuerpos  
Que se inflaman de lejos con la misma  
Impresión del calor, antes que llegue  
Á tocarlos de cerca el mismo fuego:  
1340 Luego de aquella fuente los efectos  
Pueden ser explicados de este modo.  
Empezaré tratando yo al presente  
Por qué ley natural al hierro puede  
Atraer esta piedra que los griegos  
Magnética llamaron en su lengua;  
Por qué tienen el nombre de Magnesios  
Los pueblos y el país donde se encuentra.  
Admíranse los hombres de esta piedra,  
Porque viene á formar una cadena  
1350 De pendientes anillos unos de otros;

Á veces se ven cinco y más anillos  
 Que van en línea recta descendiendo,  
 Y los agitan los suaves aires,  
 Y uno debajo de otro asido cuelga;  
 Y ellos se comunican mutuamente  
 La virtud atractiva de la piedra:  
 Tanto su actividad llega á extenderse.  
 Antes que estos fenómenos explique  
 Tengo yo que sentar muchos principios  
 1860 Para decir la causa verdadera:  
 Sólo podemos arribar á ella  
 Por medio de grandísimos rodeos:  
 Presta, pues, atención á mis palabras.  
 Debes tener presente desde luego  
 Que todos cuantos cuerpos vemos lanzan  
 Perpétuamente unos derramamientos,  
 Unas emanaciones que nos hieren  
 Los ojos, y producen en nosotros  
 La sensación de ver; y los olores  
 1870 No son más que continuas emisiones  
 De ciertos cuerpos: como emana el frío  
 De flúidos, y emanan los calores  
 Del Sol, y de la mar la sal que roe  
 Los edificios que hay en las riberas:  
 Cuando nos paseamos en la playa,  
 De continuo nos zumban los oídos,  
 Y un salino vapor entra en la boca  
 Hiriendo el paladar: jamás miramos  
 Preparar el agenjo sin que al punto  
 1880 El amargor sintamos: luego envían  
 Todos los cuerpos siempre emanaciones  
 De toda especie, las que se dirigen  
 Á todas partes sin reposo alguno  
 Y sin cesar jamás, pues de continuo  
 Tenemos sensaciones, y podemos

- Ver, y oler y oír á cada instante.  
Te volveré á traer á la memoria  
Lo porosos que son todos los cuerpos;  
Un principio que ya te he demostrado  
1390 En el Canto primero del poema,  
Que nos da á conocer muchas verdades:  
Mas sobre todo explica de tal suerte  
El fenómeno extraño que pretendo  
Declararte ahora mismo, que no puedo  
Prescindir de probarte nuevamente  
Que de todos los cuerpos conocidos  
No existe uno siquiera que no tenga  
Su tejido mezclado con vacío.
- Las bóvedas chorrean en las grutas  
1400 Un humor que destilan gota á gota:  
Mana el sudor por todo nuestro cuerpo:  
Crece la barba y pelos en los miembros:  
Repartido el sustento por las venas,  
Sostiene y acrecienta los extremos  
De nuestro cuerpo, y aun las mismas uñas:  
También sentimos que el calor y frío  
Penetran por el cobre, y por la plata  
Y por el oro su impresión sentimos  
Cuando tenemos una copa llena:  
1410 Por último, atraviesan los sonidos  
El espesor de la pared, y se entran  
Por ellas el olor, calor y frío;  
Traspasan aun de hierro la coraza  
Que ciñe todo el cuerpo del guerrero:  
Vienen de fuera las enfermedades  
Casi por lo común; y los contagios,  
Que nacen de la tierra, ó en el aire,  
Así como se forman se disipan  
En un instante, porque no hay un cuerpo  
1420 Que no encierre vacío en su tejido.

- Añádase que las emanaciones  
 De los cuerpos no tienen todas ellas  
 Unas mismas sensibles cualidades  
 Ni igual analogía con los cuerpos  
 Sobre los cuales obran: ante todo  
 El sol cuece la tierra y la deseca,  
 Mientras derrite el hielo y con sus rayos  
 Hace que corran de los altos montes  
 Nieves amontonadas, y liquida  
 1430 Con su mismo calor, en fin, la cera:  
 También disuelve el fuego cobre y oro,  
 Mientras contrae y encoge carne y cueros:  
 Á la verdad el hierro caldeado  
 Adquiere un nuevo grado de dureza  
 Cuando le echan en agua; y al contrario,  
 Endureciendo el fuego carne y cuero,  
 El agua los ablanda; el acebuche,  
 Cuyo amargor es insufrible al hombre,  
 Es para las cabrillas más sabroso  
 1440 Que el néctar y ambrosía. Por fin, huye  
 La mejorana el cerdo de ordinario,  
 Y teme toda clase de perfumes,  
 Porque son el veneno más activo  
 Para el cerdoso puerco los que á veces  
 Parece que nos vuelven á la vida:  
 Por el contrario, empero, siendo el cieno  
 La misma suciedad para nosotros,  
 Parece á los marranos lo más limpio,  
 Do se revuelcan todos sin hartura.  
 1450 Aún me falta sentar otro principio  
 Antes que empiece á hablar de lo que he expuesto,  
 Y es que, teniendo muchos intersticios  
 Todos los cuerpos, no deben aquéllos  
 Ser entre sí de todo semejantes;  
 Antes debe tener cada uno de ellos



- Naturaleza y usos peculiares:  
Porque los animales ciertamente  
Tienen varios sentidos, y cada uno  
Tiene su objeto propio: los sonidos  
1460 Por sus propios conductos se insinúan;  
Los sabores y olores van por otros  
Que tienen ciertamente analogía  
Con su naturaleza y su tejido:  
Además, hay también emanaciones  
Que penetran las piedras, y otras pasan  
Por la madera, y otras por el oro,  
Y algunas por la plata y por el vidrio,  
Porque los simulacros se introducen  
Por los poros del vidrio, y se insinúa  
1470 El calor en los poros de oro y plata:  
Y hay corpúsculos que entran más ligeros,  
Y otros más tardos, por el mismo cuerpo.  
Arriba dije que estas diferencias  
Son una consecuencia necesaria  
De la infinita variedad que ha puesto  
Y ha establecido la Naturaleza  
Entre los intersticios de los cuerpos.  
Con tanta solidez establecidas  
Todas estas verdades proemiales,  
1480 Es fácil explicar lo que buscamos,  
De suyo descubriéndose la causa  
De la atracción del hierro: desde luego  
Es preciso que emanen de continuo  
De la misma sustancia de la piedra  
Infinitos corpúsculos, ó sea  
Un activo vapor que con sus golpes  
Dé rareza á aquel aire que media  
Entre el imán y el hierro: cuando encuentran  
Este espacio intermedio ya vacío  
1490 Se dirigen á él en el momento

Los principios del hierro muy unidos;  
Por lo que todo el cuerpo del anillo  
Sigue la misma dirección: no hay cuerpo  
Que tenga los principios más trabados  
Que los del hierro, este metal tan firme  
Que casi es al calor inaccesible.  
No es maravilla, como dije antes,  
Que la tendencia de sus elementos  
En número copioso hacia el vacío  
1500 Arrastren tras de sí todo el anillo:  
Así es en realidad, y siempre avanza  
Hasta que toca con la misma piedra  
Y se une con compases invisibles:  
Obra el imán en todas direcciones:  
El vacío se forma en todas partes,  
Bien hacia arriba, bien lateralmente;  
Los anillos vecinos al momento  
Se inclinan al espacio enrarecido,  
Conducidos de choques exteriores,  
1510 Pues su misma tendencia no podría  
De esta manera unirlos en el aire:  
Otra causa hay también que favorece  
Á aquesta dirección, y que acelera  
El movimiento: y es que, apenas  
El aire se enrarece, y el vacío  
Por la parte de encima del anillo  
Llega á formarse, en el momento el aire  
Inferior, sacudiendo en el anillo,  
Le impele por detrás en cierto modo,  
1520 Porque todos los cuerpos son batidos  
Sin cesar por el aire que los cerca:  
Pero en esta ocasión hacen los golpes  
Avanzar el anillo, porque arriba  
Hay un vacío para recibirle:  
Cuando el aire que digo se ha esparcido

- En los poros del hierro y se ha insinuado  
Hasta sus más sutiles elementos,  
Los impele y los hace que adelanten  
Como el viento las velas y la nave.
- 1530 Deben, en fin, tener todos los cuerpos  
El aire en su tejido, porque todos  
Son porosos, y el aire de continuo  
Los rodea y los toca; pues metido  
Este flúido sutil dentro del hierro,  
Se agita con continuo movimiento,  
Y por esto sacude en el anillo  
Y por dentro sin duda le menea,  
Y ya con él se inclina hacia el vacío  
Al cual todas sus fuerzas encamina.
- 1540 También sucede alguna vez que el hierro  
Se aparta del imán: algunas veces  
Le huye y le sigue alternativamente:  
Hierro de Samotracia y limaduras  
He visto yo saltar y revolverse  
En un vaso de cobre si acercaban  
Esta piedra de imán por el asiento;  
El hierro parecía que impaciente  
Huía de la piedra: hace que nazca  
Tanta discordia el interpuesto cobre,
- 1550 Porque sin duda las emanaciones  
Del cobre entonces se apoderan antes  
Y poseen del hierro los conductos:  
Las del imán, que vienen en seguida,  
Todos los pasos hallan ocupados,  
Y no pudiendo entrarse como antes  
Con precisión se arrojan sobre el hierro,  
Y chocan con sus olas el tejido  
De este metal: la piedra así repele,  
Y agita por el cobre el mismo cuerpo
- 1560 Á que sin este obstáculo se uniera.

No debes extrañar que no produzca.  
El mismo efecto las emanaciones  
De piedra imán sobre los otros cuerpos;  
La pesadez de algunos, como el oro,  
Los tiene inmóviles: y otros, como el leño,  
Tienen poros muy anchos, por los cuales  
Pasan emanaciones sin tocarlos  
Y sin causar agitación en ellos:  
Entre estas dos especies tiene el medio  
1570 El tejido del hierro, al cual impelen  
De esta manera las emanaciones  
De piedra imán cuando impregnado se halla  
De unas ciertas partículas de cobre.

Sin embargo, el fenómeno que explico  
No es tan extraño en la naturaleza  
Que no pueda citar otras uniones  
Tan íntimas como éstas: ves trabarse  
Por medio sólo de la cal las piedras,  
Y la cola de toro une las tablas  
1580 Tan fuertemente que antes faltarían  
Las vetas y las partes esenciales  
De la madera que esta unión faltase:  
Gusta el vino mezclarse con el agua;  
La pez no puede hacerlo con su peso,  
Ni con su levedad puede el aceite:  
Se identifica tanto con la lana  
La púrpura, que no puede quitarse  
De modo alguno su color, aun cuando  
Se intente renovarle á fuerza de agua,  
1590 Aun cuando todo el mar quiera lavarle  
Y con todas sus aguas desteñirle:  
El oro se incorpora con la plata  
Con la ayuda del fuego, últimamente,  
Y une el estaño cobres diferentes:  
¿Y cuántas otras mezclas encontrara

- Tan íntimas como ésta si quisiera?  
¿Pues, cómo nó? porque no necesitas  
De tantas menudencias, y no es justo  
Que emplee en esto yo un trabajo inútil:  
1600 Réstanos abrazar en un principio  
Muchos hechos á un tiempo: si dos cuerpos  
Se encuentran con tejidos tan opuestos  
Que á los huecos del uno correspondan  
Eminencias del otro, su juntura  
Es muy perfecta: así pueden juntarse  
Con especies de anillos y de anzuelos,  
Como sucede en el imán y el hierro.  
Ahora voy á explicarte yo la causa  
De las enfermedades contagiosas;  
1610 De estas plagas terribles, que derraman  
Sobre hombres y ganados de repente  
La mortandad. Primero enseñé arriba  
Que en la atmósfera había una gran copia  
De corpúsculos, que unos dan la vida,  
Enfermedad y muerte engendran otros:  
Cuando da ser *Acaso* á los postreros  
El aire se corrompe y se inficiona:  
La enfermedad activa y pestilente  
Ó de clima extranjero es transmitida  
1620 Por la vía del aire, como nubes  
Y tempestades, ó del mismo seno  
De la tierra se engendra, cuando han sido  
Corrompidos sus húmedos terrones  
Con el calor y lluvias desregladas.  
¿No observas tú que la mudanza de aire  
Y la del agua la salud atacan  
Del hombre que está lejos de su patria?  
Porque allí encuentra un aire diferente  
Del que ha solido respirar en casa.  
1630 ¿Por ventura, no encuentras diferencia

- Entre la inglesa atmósfera y Egipto,  
 Por do el eje del mundo se ladea?  
 ¿Y no difieren entre sí los climas  
 Del Ponto, y el que llega desde Cádiz  
 Hasta los pueblos negros y tostados?  
 Como estas cuatro plagas se hallen puestas  
 Á cuatro vientos, como estén situadas  
 Bajo de cuatro climas diferentes,  
 En situación tan sólo no difieren,  
 1640 Sinó también en el color y forma  
 De sus habitantes, y parece  
 Que están sujetos á distintos morbos.  
 Es una enfermedad la elefancia  
 Que nace hacia las márgenes del Nilo,  
 No en otra parte, en medio del Egipto:  
 En Ática las piernas adolecen,  
 Y los ojos enferman en Acaya,  
 Y otras tierras atacan otros miembros;  
 Del aire nacen estas diferencias:  
 1650 Porque si el aire de extranjero clima  
 De peligrosa cualidad dotado  
 Se muda y va viniendo hacia nosotros,  
 Se arrastra lentamente como nube,  
 Altera y muda todas las regiones  
 De la atmosfera por donde camina:  
 Cuando llegó á la nuestra últimamente  
 La corrompe, y así se la asimila  
 Y nos la hace contraria: se derrama  
 Este nuevo contagio y pestilencia  
 1660 Al punto por las aguas, y se pega  
 Á las mieses y humanos alimentos  
 Y á la comida y pastos de ganados;  
 Ó se queda colgado algunas veces  
 Su contagio en el aire, y no podemos  
 Respirar este flúido mezclado

- Sin sorber su infección al mismo tiempo:  
Coge la pestilencia de ordinario  
Lo mismo al buey que á la balante oveja:  
¿Qué importa que nosotros nos vayamos  
1670 Á otro clima mal sano y enfermizo  
Á una atmósfera nueva; que nos traiga  
Naturaleza un aire pestilente  
Y extranjeros corpúsculos que puedan  
Con su pronta irrupción darnos la muerte?  
Unas enfermedades de esta especie,  
Causadas por mortíferos vapores,  
En los pasados tiempos devastaron  
Los campos de los términos Cecropios,  
É hicieron los caminos soledades,  
1680 Dejaron la ciudad sin pobladores;  
Porque naciendo en lo interior de Egipto,  
Después de atravesar vastos espacios  
De aire y de mar, por último se echaron  
Y sobre el pueblo de Pandión cayeron:  
Todos los habitantes á millares  
Se rendían al morbo y á la muerte:  
La enfermedad cogía la cabeza  
Con fuego devoraz, y se ponían  
Los ojos colorados y encendidos;  
1690 Estaba la garganta interiormente  
Bañada de un sudor de negra sangre,  
Y el canal de la voz se iba cerrando  
En fuerza de las úlceras; la lengua,  
Intérprete del alma, ensangrentada,  
Débil con el dolor, pesada, inmóvil,  
Áspera al tacto: cuando descendía  
Después aquel humor dañoso al pecho  
Desde las fauces, y se recogía  
Alrededor del corazón enfermo,  
1700 Entonces los apoyos de la vida

Á un tiempo vacilaban, y la boca  
De adentro un olor fétido exhalaba  
Como el de los cadáveres podridos;  
Y las fuerzas del alma se perdían,  
Y con su languidez tocaba el cuerpo  
En los mismos umbrales de la muerte.  
Se juntaba á estos males insufribles  
Una congoja de inquietud perpetua  
Y una queja revuelta con gemido,  
1710 Y sollozar perenne noche y día,  
Que sin cesar los nervios irritando,  
Envarando los miembros, desatando  
Las articulaciones, consumían  
Á los que sucumbían ya cansados  
Á la fatiga. Las extremidades  
De sus cuerpos no obstante parecían  
Estar no muy ardientes, ofreciendo  
Tibia impresión al tacto: al mismo tiempo  
Estaba colorado todo el cuerpo,  
1720 Con úlceras así como inflamadas,  
Como si hubiera sido derramado  
Fuego de San Antón sobre sus miembros.  
Un ardor interior los devoraba  
Hasta los mismos huesos, y la llama  
En su estómago ardía como hornaza:  
La más ligera ropa los ahogaba;  
Al aire y frío expuesto de continuo,  
Unos á helados ríos se tiraban  
Á causa de aquel fuego en que se ardían,  
1730 En las aguas más frías zabullendo;  
Desnudo el cuerpo se arrojaban otros  
En hondos pozos; con la boca abierta,  
Ansiosos de beber, á ellos venían,  
Y su insaciable sed no distinguía  
Las aguas abundantes de una gota



- Cuando sus cuerpos áridos metían:  
Ningún descanso el mal les otorgaba;  
Tendido estaba el cuerpo fatigado;  
La medicina al lado barbotaba
- 1740 Con temor silencioso: revolvían  
Noches enteras sus ardientes ojos  
Á un lado y otro sin probar el sueño.  
Y muchos otros síntomas mortales  
Se notaban también además de éstos:  
Alma agitada de temor y pena,  
Sobrecejo furioso y hosco rostro,  
Los oídos inquietos con zumbidos,  
Viva respiración, ó fuerte y lenta,  
Cuello bañado de un sudor brillante,
- 1750 Poca saliva como azafranada  
Y cargada de sal, de sus gargantas  
Con fuerte tos apenas arrojada.  
Se aticiaban los nervios de las manos,  
Los miembros tiritaban, y subía  
El frío de la muerte poco á poco  
Desde los pies al tronco: últimamente,  
Al acercarse el tiempo postrimero  
Tenían las narices encogidas  
Y su punta afilada, ojos hundidos,
- 1760 Huecas las sienas, la piel fría y ruda,  
Los labios abultados, resaltaba  
Tirante frente; á poco fallecían:  
El sol octavo ó nono los veía  
Las más veces lanzar su último aliento.  
Mas si alguno escapaba de la muerte,  
Como á las veces sucedía, en fuerza  
De secreciones de úlceras malignas  
Y de negros despeños, sin embargo,  
La misma podre y muerte le aguardaban,
- 1770 Aunque más tarde: sangre corrompida

De su nariz corría en abundancia,  
Con dolores muy fuertes de cabeza;  
Todas las fuerzas, toda la sustancia  
Del hombre así llegaban á perderse:  
Si no salía el mal por las narices,  
Y si no ocasionaba esta hemorragia,  
Atacaba los nervios, se extendía  
El morbo por los miembros, y cogía  
Hasta las mismas partes genitales:  
1780 Y unos, temiendo la cercana muerte,  
Vivían por el hierro mutilados  
De su virilidad; privados otros  
De manos y de pies, quedaban vivos;  
Y perdían, en fin, otros la vista:  
Tan poderoso miedo de la muerte  
Cogió á estos infelices, y hubo algunos  
Que perdieron del todo la memoria  
Y aun á sí mismos no se conocían.  
Aunque en tierra yacían insepultos  
1790 Montones de cadáveres, las aves  
Y voraces cuadrúpedos huían  
Su hedor intolerable, y no tardaban,  
Si los probaban, en perder la vida:  
Las aves, sin embargo, no salían  
Impunemente por aquellos días,  
Ni dejaban las fieras alimañas  
Las selvas por la noche; casi todas  
Sucumbían al morbo y fenecían:  
Principalmente los leales perros  
1800 En medio de las calles extendidos  
Enfermos daban el postrer aliento,  
Que arrancaba el contagio de sus miembros.  
Precipitadamente arrebataban  
Sin pompa los cadáveres: no había  
Allí un seguro y general remedio:

- La pócima que había prolongado  
La vida á unos, á otros daba muerte.  
Pero allí lo más triste y deplorable  
Era que algunos de estos infelices  
1810 Que se veían presa del contagio  
Se despachaban como criminales  
Condenados á muerte, se abatían,  
Veían siempre á par de sí la muerte,  
Y en medio de terrores perecían.  
Multiplicaba empero las exequias  
Principalmente el ávido contagio,  
Que no cesaba ni un instante solo  
De irse comunicando de uno en otro;  
Porque aquellos que huían las visitas  
1820 De dolientes amigos por codicia  
De la vida ó por miedo de la muerte,  
Víctimas insensibles perecían  
Dentro de poco tiempo, abandonados,  
Necesitados y menesterosos,  
Como lanar ganado y como bueyes:  
Mas los que no temían presentarse  
Al contagio y fatiga se rendían,  
Viendo que el pundonor y tiernas quejas  
De amigos moribundos precisaban  
1830 Entonces á llenar estos deberes.  
Porque el más virtuoso ciudadano  
Acababa la vida con tal muerte:  
Y después de enterrar la muchedumbre  
De sus prendas más caras, se volvían,  
Fatigados de llantos y gemidos,  
Á encamarse, muriendo de tristeza:  
Por fin, en estos tiempos de desastre  
Muertos ó moribundos, ó infelices  
Que los lloraban, sólo se veían.  
1840 Además, ya pastores y vaqueros

- Y el fuerte conductor del corvo arado  
Enfermaban también, y los buscaba  
La contagión dentro de sus cabañas,  
Y allí los daban muerte inevitable  
La pobreza y el morbo: se veían  
Á veces los cadáveres tendidos  
De los padres encima de los hijos,  
Y los hijuelos el postrer aliento  
Sobre padres y madres exhalaban.
- 1850 El contagio en gran parte provenía  
De la gente del campo, que á millares  
Á la ciudad enfermos acudían:  
Todos los sitios públicos y casas  
Estaban llenos; por lo mismo entonces  
Con más facilidad amontonaba  
Apiñados cadáveres la muerte.  
Muchos de sed morían en las calles;  
Y después de haber otros arrastrado  
Hacia las fuentes públicas sus cuerpos,
- 1860 Sin vida allí quedaban extendidos,  
Ahogados al sentir la gran dulzura  
Que les causaba el agua que bebían:  
Y las calles estaban ocupadas  
De unos lánguidos cuerpos medio muertos,  
Hediondos y sucios y andrajosos,  
Cuyos miembros podridos se caían:  
La piel sola tenían sobre el hueso,  
En la que ya las úlceras y podre  
Habían producido el mismo efecto
- 1870 Que hace la sepultura en el cadáver.  
La muerte, en fin, llenó de cuerpos muertos  
Todos los templos santos de los dioses,  
Y estaban de cadáveres sembrados  
Todos los edificios de deidades;  
Los hicieron posadas de finados

Los sacristanes: importaba poco  
La religión ya entonces y los dioses,  
Porque el dolor presente era excesivo.  
Y se olvidó este pueblo en sus entierros  
1880 De aquellas ceremonias tan antiguas  
Que en sacros funerales se observaban:  
Andaba todo él sobresaltado,  
Y en este general abatimiento  
Cada cual enterraba á quien podía:  
Y la necesidad y la indigencia  
Horrorosas violencias inspiraron;  
Porque algunos gritando colocaban  
Á sus parientes en la pira ajena,  
Y poniéndola fuego por debajo,  
1890 Con mucha sangre á veces pendenciaban  
1891 Antes que los cadáveres soltasen.

---



# OPÚSCULOS

## EN PROSA





DISCURSO  
SOBRE  
LA LITERATURA ESPAÑOLA

---

(PRELIMINAR  
Á LAS LECCIONES DE FILOSOFÍA MORAL



## DISCURSO PRELIMINAR

---

Incorruptam fidem professis, sine amore  
nec odio quisquam dicendus est.  
TACIT. HIST. I.º

**L**A literatura y las lenguas de los pueblos modernos de Europa se han ido formando en épocas distintas. La Italia fué la primera de las naciones europeas que vió perfeccionarse su idioma, manejado por el audaz y sublime Dante, por el delicado cuanto puro Petrarca, por el donoso y castigado Bocaccio. Siguióse á esta nación inmediatamente la España, que á fines del quintodécimo y principios del décimosexto siglo pulió su tosca lengua, tan desaliñada en los poemas de Gonzalo de Berceo, tan llena de argucias escolásticas, y en uno tan boba y pobre en las trovas de los copleros de la trecena y cuartadécima centuria. Todos saben que los Franceses no tuvieron idioma que á este nombre fuese acreedor hasta que los versos de Corneille y la prosa de los doctos Ermitaños de Puerto-Real le hubieron formado: los Ingleses, á quienes Shakespeare había presentado tal cual trozo sublime, anegado entre lodazales de la más repugnante barbarie, oyeron las primeras lecciones de buen lenguaje en no pocos pedazos de Milton; mejoróse luego la lengua, hablada, sinó siempre con corrección, casi siempre con acierto, por Dryden; y la fijaron al fin las

plumas de Adisson, de Swift y de Pope. Muy más modernos Gellert, Haller y Gessner, han introducido la corrección en el tudesco, que repelen aún los sectarios de una nueva oscurísima escolástica, con nombre de *estética*, que calificando de *romántico* ó *novelresco* cuanto desatino la cabeza de un orate imaginarse pueda, se esfuerzan á hacer del idioma y la literatura germánica tan desproporcionados monstruos, que comparado con ellos fuera un dechado de arreglo el que en su *Arte poética* nos describe Horacio.

Los siglos en que se apura y acendra un idioma; las circunstancias en que á la sazón se encuentra el pueblo que le habla, sobremanera contribuyen á la índole y carácter de la lengua. La indisputable primacía del toscano, comparativamente á los demás idiomas modernos, sin duda del estado de Florencia y la Italia toda en el tercio y cuartodécimo siglo proviene. Dividido el pueblo en bandos de Güelfos y Gibelinos, adictos los unos á la potencia eclesiástica, á la secular los otros, había sacudido el yugo de la superstición; y por otra parte la flaqueza de los emperadores había dado lugar á que por todas partes se formaran repúblicas, las cuales, puesto que mal organizadas para afianzar la propiedad y seguridad individual, únicos manantiales perennes de toda estable prosperidad, mantenían empero nunca extinto el sagrado fuego de la libertad política. De aquí la energía del idioma de Dante, de aquí la correcta expresión del Petrarca, y más castigada aún la del Bocaccio; que no es posible que las naciones donde es la superstición universal enuncien clara y distintamente sus ideas, acostumbradas á las densas nubes que constantemente su inteligencia ofuscan. La irreligión de los Italianos de los siglos duodécimo, décimotercio, décimocuarto, décimoquinto, y décimosexto era notoria en la Europa entera; varios sumos pontífices de aquella época, Gregorio IX particularmente y Juan XXII, han sido tildados de incrédulos por la historia; y nadie ignora cuán escandalizado con la falta de fe de los

príncipes de la Iglesia se tornó el docto y religioso Erasmo de su viaje de Roma. Acháquese en buen hora esta universal incredulidad de los pueblos de Italia de aquellos siglos á la moral laxa que entre ellos reinaba, y que freno ninguno consentía, ó admítase cualquiera otra explicación de un fenómeno que no es problemático; siempre es cierto que la libertad de pensar y expresarse, que de él es inevitable consecuencia, debió acarrear felicísimas resultas á la lengua, que entonces se formaba y perfeccionaba.

Muy menos venturosos fueron los Españoles. Desde las guerras civiles de D. Pedro el *Cruel* y el Bastardo de Trastámara, en medio de las zozobras que de la general anarquía eran consecuencia necesaria, habían cundido en la masa de la nación ideas de libertad civil y política, que echaron hondas raíces durante los reinados del flaco Juan II y del muelle y sensual Enrique IV. Á vueltas de los disturbios nacionales se iba formando y perfeccionando el idioma: remontábase á veces Juan de Mena hasta rayar con lo sublime; destellaban en las coplas de Mingo-Revulgo de cuando en cuando sales epigramáticas; maridaba el Abulense á una portentosa erudición eclesiástica y profana una libertad de pensar en las materias religiosas, precursora de la reforma por Lutero y Calvino más tarde y con más fruto llevada al cabo; cultivaba el célebre Marqués de Villena las ciencias naturales, granjeándose nombradía de mágico, sin duda con descubrimientos de que nos ha frustrado la destrucción de sus manuscritos, quemados por la superstición: todo, en fin, anunciaba la aurora de un día más puro, cuando por irreparable desgracia de la nación española subieron Isabel y Fernando al trono de Castilla y Aragón. Fernando, que sin letras y sin espíritu marcial supo ahogar aquéllas y exaltar á éste; tenaz cuanto profundo en sus maquiavélicos planes, irreligioso adalid de la fe católica, perseguidor atroz sin fanatismo, y fautor despótico de la independencia del clero: Isabel, versada en letras; halagüeña en sus palabras,

despiadada en sus acciones; tan afable en su trato, como implacable en sus venganzas; aparentando repugnancia al establecimiento de la Inquisición, y atizando socapa las hogueras en que perecieron veinte mil infelices víctimas durante su reinado; más accesible que su marido, no menos absoluta; irreprehensible y austera en sus acciones privadas, sin fe en la conducta pública; celosa de las comblezas de su esposo, soberana independiente de él en el gobierno de sus estados: reyes dotados ambos de altas prendas con feos vicios amancilladas; y que unos y otras en sumo menoscabo de la nación redundaron, por la antipatía á los fueros y derechos del pueblo y la insaciable sed de despotismo que á entrambos por igual los caracterizaba.

En tiempos tan contrarios á los sólidos progresos de los conocimientos humanos empezó el mejor siglo de la literatura española, que, menos poderosa que Alcides en su infancia, no bastó á sofocar las serpentes que en su cuna con estrechos nudos la enlazaron. Había el sabio Antonio de Nebrija aplicado el mismo espíritu de análisis con que había estudiado las lenguas doctas, á perfeccionar, alimpiar, y fijar el idioma patrio; y poco después, en los primeros años del reinado de Carlos V, Garcilaso de la Vega y Juan Boscán, convencidos de la analogía que en la índole, y más aún en la prosodia, de los idiomas toscano y castellano reinaba, trasladaron á España el metro florentino, y al fastidioso sonsonete de las coplas de arte mayor, al insípido rítornelo de las trovas de tres ó cinco versos de siete y cinco sílabas, se sucedieron las variadas estancias, las majestuosas octavas, el severo y dificultoso terceto. Oyóse entonces con melodía encantadora

El dulce lamentar de dos pastores:

la sonante cítara del amador de la Flor de Gnido exhaló sus tristes querellas, y pintó el merecido castigo de la cruda Anaxarte, convertida en piedra en pena de su desamor, con no menos brío que el lírico latino había cantado los tormen-

tos de las hijas de Dánao, que con la sangre de sus esposos habían manchado el lecho conyugal. Caminaba á paso igual que la poesía la prosa; trasladábanse á la lengua castellana con más ó menos acierto los primores de los autores clásicos griegos, romanos y toscanos; y la Pastoral del Taso, y la *Farsalia* de Lucano encontraban con intérpretes que no sólo el sentido, mas también las perfecciones, las gracias del Taso, la energía y el calor de Lucano reproducían.

En medio de estos adelantamientos nunca pudo la literatura española competir con la italiana. Así es comparable con la *Ferusalén* del Taso la *Araucana* de Ercilla, cual el poema de Estacio con la *Eneida* de Virgilio; y del *Orlando Furioso* al *Bernardo* de Valbuena hay la misma distancia que del libro de la cueva de San Patricio á la *Odisea* de Homero, ó de las hazañas de San Cristóbal gigante á las de Ajax, Héctor y Aquiles en la *Iliada*. La explicación de este fenómeno la encontraremos en el estado político de las dos naciones, cuando se fijaron sus respectivos idiomas, y salieron á luz las obras maestras de poesía, historia y elocuencia.

Los dilatados reinados de Isabel y Fernando, el carácter absoluto de ambos, las opiniones del Cardenal Ximénez de Cisneros acerca de la obediencia que á los soberanos es debida, el vigor de su regencia, que nada dejó perder de cuanto de los privilegios de la nobleza y los fueros de las comunidades habían cercenado los Reyes Católicos en beneficio de la corona, poco á poco habían borrado en los ánimos, con las ideas anárquicas que la esencia del gobierno feudal constituían, las de verdadera libertad popular que con el establecimiento de las behetrías y las carta-pueblas otorgadas por los reyes en beneficio de las comunidades se habían ido formando. Si la insaciable codicia de los validos flamencos al arribo de Carlos V excitó el universal descontento, que en la guerra de las comunidades rompió

luego, excepto tal cual pecho generoso, los nobles todos alzaron el pendón contra la nación y en favor del despotismo; las comunidades mismas se dividieron, y vencido el noble caudillo de los comuneros en los infaustos campos de Villalar, pereció en un infame patíbulo el postrero de los españoles. Las brillantes proezas de Carlos V, vencedor á orillas del Elba, al pie del Capitolio, y en los campos donde fué Cartago, convirtieron en sed de gloria militar el amor de la libertad en los ánimos bríosos; desgracia la más funesta que á una nación pueda sobrevenir, porque son tantas las nobles prendas que constituyen un guerrero esforzado y un gran capitán, de tal manera deslumbra la aureola de gloria que en torno los ciñe, que ofuscados los ojos no saben distinguir las dotes del buen ciudadano, del íntegro magistrado, las cuales principalmente en el respeto á las leyes y en la resistencia á todo arbitrario poder se vinculan. Muy menos fatal es el avillanamiento de los ánimos soeces, dispuestos en todo tiempo á ser los sayones de la tiranía; este natural instinto de las almas corvas solamente á sus semejantes contagia, que nunca un espíritu noble miró sin repugnancia y asco las torpes genuflexiones del vil esclavo.

Vencida la Italia por las armas españolas, sujetos á sus reyes Nápoles y Milán, se vió renovar el fenómeno acontecido en Roma; ilustraron los vencidos á los vencedores, pulieron los españoles su lengua, á imitación de los italianos, y cultivaron la buena literatura que tan adelantada estaba en el pueblo sojuzgado. *Gensque victa ferum victorem cepit*. La Italia es la verdadera madre de nuestra literatura; á ella en mucha parte debemos los primores de nuestro idioma. Empero cuando la conquista de Nápoles y las guerras de Italia no era tan bozal nuestra lengua que fuese dable imprimirle al antojo de los escritores de aquella era el carácter y tipo que tuviesen por conveniente: desde la terciadécima centuria el mejor de nuestros monarcas, el



sabio Alfonso X, había escrito poesías tan superiores á su siglo, como lo es el código de las siete Partidas, redactado bajo los auspicios de este excelente soberano, á los bárbaros estilos de la anarquía feudal; y ya hemos dicho que las letras hicieron en España no pocos progresos bajo los dos reinados que al de Isabel y Fernando precedieron. El continuo roce con los Árabes, que durante dilatados siglos poseyeron en todo ó en parte nuestra península, y que mientras vivieron en ella hicieron en letras y ciencias cuantos progresos de un pueblo supersticioso y esclavo pueden esperarse, comunicó al castellano aquel estilo figurado, aquellas audaces exageraciones que en los orientales son tan frecuentes. Al abandonar la España los Musulmanes nos dejaron, no sólo muchas de sus voces y sus expresiones, sinó también en mucha parte la índole de su idioma, sus osadas metáforas, el vivo colorir de sus expresiones, el arte en que á los mismos Griegos sacan ventaja de poner de bulto y pintar las ideas abstractas; arte que, si á veces perjudica y deslumbra al ideólogo severo, es la vida y el alma de la poesía, y con especialidad de los cantos líricos; arte que, no obstante la uniformidad, ó, por mejor decir, la carencia de ideas, nos embelesa aún en los salmos hebreos, y de cuya magia todavía quedan vestigios hasta en la miserable y no inteligible antigua versión itálica, admitida no sé por qué en la Biblia vulgar, puesto que de San Jerónimo no sea.

Así la conquista de la Italia, al paso que mejoró y pulió la lengua castellana, no la hizo mudar de carácter; y la literatura española, muy más cultivada que hasta entonces lo había sido, nunca se encumbró á los elevados géneros que con tanto acierto habían tratado los italianos; que mal podían los espíritus que temblaban bajo un Torquemada, un Pedro de Arbués ó un Lucero contrarrestar con el denuesto que Sarpi las pretensiones de la curia romana, poner patentes al mundo los miserables enredos y chismes

que en las decisiones de los padres de Trento influyeron; ó los esclavos del franciscano Cisneros denunciar á los pueblos los sistemáticos delitos de los monarcas, y hacer palpables las ventajas de la libertad política, como lo ejecutaba el ilustre autor del *Príncipe* y de los *Discursos acerca de Tito Livio*.

Iba creciendo la gloria marcial de los españoles al paso que se disminuía su libertad civil y política; sus victoriosas armas, después de asustar el continente europeo, abrían carrera más vasta en un mundo nuevo, donde, si bien los moradores pocas ó ningunas dificultades al verdadero esfuerzo presentaban, la inmensidad de los espacios, la insalubridad de los climas, la absoluta carencia de mantenimientos el más constante desnudo arredaban. La novela con nombre de historia de Solís retrata á Hernán Cortés como un valiente conquistador, y le hace parecido á otros mil que como él lo han sido; muy más alto aparecería este claro varón si nos le pintara su coronista como él fué verdaderamente, imperturbable en medio de las arduas dificultades que para alimentar á un millar de europeos suscitaba un país inmenso, donde solamente malezas y pantanos se encontraban, y donde la falta absoluta de hierro hasta el solicitar materias nutritivas de la tierra estorbaba. Más dieron en que entender á Cortés la enemiga de Diego Velázquez y la expedición de Pánfilo de Narváez que los decantados ejércitos de Montezuma, el pretense ardimiento de Guatimozín, el arrojado de Xicotencal, y todo cuanto han fraguado los historiadores coetáneos del poderío del emperador de Nueva-España y de la belicosa índole de los republicanos Tlascaltecas. Empero un mundo nuevo en todo diferente del antiguo, en hombres, animales y plantas; insuperables estorbos que la vastísima extensión del país, la falta de mantenimientos, la insalubridad de los climas, lo impracticable de los caminos, lo fragoso de los más altos montes del orbe, lo raudo de los más caudalosos ríos presentaban,

vencidos y allanados á esfuerzos de la más heroica constancia: tan nuevas y magníficas escenas no podían menos de exaltar y agrandar la imaginación de los españoles, influyendo poderosamente en el carácter de sus escritores.

Resulta, pues, de cuanto llevamos dicho que el carácter de la literatura española es parto de los sucesos de los posteriores años del quintodécimo siglo y de todo el décimosexto, en que se pulió nuestro idioma y salieron á la luz pública nuestras obras maestras. Era la España supersticiosa y esclava, empero militar y victoriosa; temerosos corderos los españoles en presencia de un fraile ó un inquisidor, eran leones impávidos á vista del enemigo: ni los arredaban los climas, ni los asustaban las distancias; arrostraban en las Américas el hambre y el cansancio, como en Europa el hierro de los enemigos, sus bandas jamás rompidas hasta la batalla de Rocroy. Cultiváronse con más ó menos fruto aquellas partes de la literatura que pueden adelantarse sin enfurecer el fanatismo ni sobresaltar el poder absoluto; enmudeció la sana lógica, proscribióse la buena metafísica, ó si las cultivaron algunos pocos, fué á escondidas del gobierno y la Inquisición, y con la perdurable zozobra de incurrir en el implacable enojo de ambos. La teología no fué más que el extravagante misticismo de la madre Agreda, ó Santa Teresa de Jesús, ó una bárbara cáfila de expresiones escolásticas sacadas de Escoto, de Suárez, de Santo Tomás ó del Maestro de las Sentencias. Redújose la jurisprudencia civil á casos raros y *cur-tam-varies*, la canónica al estudio de las decretales de los papas; fulminó la Inquisición sus censuras contra todos los tratados de derecho natural, contra todas las historias eclesiásticas imparciales: arrogóse un calificador estúpido el privilegio de desmentir hasta las verdades matemáticas, cuando con las sandeces de la teología de las escuelas no se avenían. Aplicaba Descartes el cálculo algébrico á la resolución de los problemas de geometría, inventaban Leibnitz y Newton el

infinitesimal, mientras los españoles calificaban de matemáticos á los que aprendían solamente las proposiciones de Euclides. De suerte que si la literatura, que, como dice el abate Raynal, hermosea el edificio de la superstición, fué cultivada no sin fruto en España, las ciencias exactas, y más todavía las morales, retrocedieron: que no ignoran los enemigos de la razón humana que las ciencias, avezando al hombre á la investigación de la verdad, le llevan por la mano á aplicar el cálculo de las probabilidades á las nociones morales que le han sido enseñadas, y que una vez que llega á cultivar este estudio, se desploma derrocado por sus cimientos el reino de la mentira. Hasta D. Jorge Juan no hubo en España un geómetra que digno de mentarse sea: el pretense mapa geodésico de la península, alzado en tiempo de Felipe II por el maestro Esquivel, no es cosa más probada que el origen español de la novela de Gil Blas, y dado que fuese cierto que se hubiera formado un mapa, acerca del cual los escritores coetáneos observan el más alto silencio, ignoramos si era exacto; ni era prueba, cuando lo fuese, de que las matemáticas racionales estuviesen muy cultivadas: que es cosa sabida que los errores en las operaciones geodésicas se pueden ceñir á límites harto estrechos, sin que estén muy adelantadas por eso las matemáticas trascendentales.

Precursor de Bacón de Verulamio Luis Vives había el primero entre los modernos hecho palpable con razones convincentes la vaciedad del escolasticismo, y dictado las verdaderas máximas que habían de guiar á los que en investigar la verdad se ocuparan. Este ilustre español vivió la mayor parte de su vida lejos de su nación; y es indudable que, si nunca hubiera salido de ella, jamás se hubiera elevado su mente hasta concebir el plan de su obra acerca de la corrupción de las ciencias y de los medios de restaurarlas, mucho menos se hubiera atrevido á darla á luz. El primero que de los modernos filósofos presentó el de-

chado de la sana lógica fué á la verdad un español, pero ni discípulo ni imitador ninguno tuvo en su patria.

La erudición y el estudio de la historia y las lenguas antiguas con mejores auspicios se cultivaron, sin que por eso cesara el abominable tribunal de la Inquisición de perseguir con tesón infernal á cuantos en esta carrera, como en las demás, despuntaban. Abonan esta aserción las causas formadas al Mtro. Fr. Luis de León, una de las mayores lumbreras de España en el siglo décimosexto, al célebre Francisco Sánchez de las Brozas, y en tiempos anteriores á Antonio de Nebrija. Encarnizáronse más y más los inquisidores contra los que cultivaban las lenguas orientales cuando hubieron Lutero y Calvino predicado la reforma, y se esforzaron á procesar como sospechosos en materias de fe á todos cuantos procuraban entender en su original idioma los libros que contenían las reglas de moral y los dogmas de los cristianos. Todo el poder de Felipe II bastó apenas á librar de las garras del Santo Oficio al docto Arias Montano, cuyo único delito era haber dado cima á la edición de la políglota conocida con nombre de la *Biblia Regia*; y es de creer que si hubiera vivido algunos años más tarde el Cardenal Ximénez de Cisneros, nunca hubiera la Inquisición perdonado á uno de sus primeros caudillos el proyecto y la ejecución de la *Biblia complutense*. Los más de los prólogos de los libros de historia natural y física de aquella época, que en algo de los disparates escolásticos se apartaban, están llenos de amargas quejas, con más ó menos rebozo articuladas, de los estorbos que á la investigación y propagación de la verdad se ponían, hasta que la prepotencia del Santo Oficio acalló aun los suspiros que exhalaba la razón oprimida. Algunos rabinos habían hecho una versión castellana del Antiguo Testamento; los protestantes españoles Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera pusieron luego en más culto castellano la Biblia entera; esto bastó á calificar de predicadores de calvinismo á cuantos

en interpretar las Escrituras se afanaban, y la escandalosa cautividad del Mtro. Fr. Luis de León se fundó ó se coloreó con su traducción del *Cantar de los cantares*. Tal era en aquellos tiempos el gobierno español; tal la suma de libertad que á los españoles había cabido en suerte; de modo que el fenómeno más extraordinario de esta época no es explicar la cortedad de sus conocimientos en muchas materias, mas sí desenvolver las causas de sus adelantamientos indisputables en muchos ramos de artes y letras.

Si la energía y la vida que á Tácito y á Salustio animan nunca alentó á los historiadores españoles, no es dudoso que en la historia de España de Mariana, en la de la guerra contra los Moriscos de las Alpujarras de D. Diego Hurtado de Mendoza, en la de la conquista de Méjico de Solís no pocas prendas de buenos escritores resplandecen. Penden en mucha parte las dotes de los historiadores antiguos de aquella pasión de libertad, en los pechos de los Griegos y los Romanos ingénita; este noble afecto constituye el carácter dominante de las *Décadas* de Tito Livio, y con él se coordinan subordinándosele todas las demás ideas. No así en España, donde el menor respiro de independencia hubiera sido irremisible delito á los ojos del disimulado cuanto cruel Felipe II, á los del venal y supersticioso Duque de Lerma, á los del arrogante y suspicaz Conde-Duque de Olivares. Fué, pues, la historia en España un mero cuento de acontecimientos bélicos, de contiendas y guerras entre los ricos-hombres, de fútiles disputas acerca de vanos privilegios entre las diversas ciudades, de rebeliones de la aristocracia contra la monarquía, de disturbios suscitados por los hijos, hermanos y parientes de los reyes, de usurpaciones del cetro por colaterales y bastardos; mezquinos sujetos que nunca podían elevar el ánimo de los historiadores. Faltan en España más que todo varones dotados de virtudes civiles, varones que, como el canciller del Hospital en Francia, y luego los magistrados que con generoso esfuerzo

se opusieron á la liga, supieran contrarrestar la anarquía en defensa de las legítimas potestades, y tener á raya el despotismo, amparando los fueros de los pueblos; así nuestros héroes, como los andantes caballeros, no hacen más que rebanar jayanes y arrollar escuadras, y casi nunca se oye resonar su voz en utilidad de la patria.

Los más de nuestros historiadores adoptaron el estilo de poner en boca de sus personajes largas arengas; estilo que por mezquinas razones han abandonado los escritores del siglo décimooctavo. En los razonamientos en que habla el sujeto propio que ocupa la escena, se pueden explayar los historiadores, y desenvolver las circunstancias en que se encontraba á la sazón el estado, los escondidos muelles de las acciones de los principales personajes, y más que todo el carácter y los proyectos del que habla; y esta exposición, si se presenta bien, es tan natural, da viveza y colorido tal á la acción, que transforma la historia en un drama, donde oímos y vemos á los actores, y que eso más es animada que más parecidas son las facciones y la fisonomía de los personajes retratados á lo que ellos realmente fueron. Bien sé yo que hay en las historias de todos los pueblos sus épocas fabulosas, y acaso más que en ninguna otra de las naciones modernas en la de España; bien sé que las historias de Pelayo y Hormesinda, de los amores de Florinda y Rodrigo, de Ximena y el Conde de Saldaña, de las hazañas de Bernardo del Carpio, y por ventura de las del Cid Rui Díaz de Vivar, tan verídicas son como la del viaje á la Luna del Paladín Astolfo en demanda del juicio perdido del señor de Brava y de Anglante. La historia de estos tiempos tenebrosos es en todas las naciones una novela más ó menos bien entretejida, como la de los siglos que al de Milciades y Temístocles precedieron en la Grecia, la de los primeros quinientos años de Roma, y la de los reyezuelos cristianos de España desde las guerras civiles de Rodrigo y Witiza hasta la conquista de

Toledo por Alfonso VI. Empero los personajes verdaderamente históricos, Alfonso X, Roger de Lauria, el Gran Capitán, Carlos V y su ilustre hijo D. Juan de Austria, el gran Duque de Alba, Antonio de Leyva, Hernán Cortés, etc., etc., estos tales tan bien estampado han dejado el tipo de su índole en la historia, que no es menos grave culpa en los escritores no dar á los razonamientos que en boca de ellos pongan el colorido que de ellos es peculiar, que lo fuera en un autor de tragedias retratar con los colores de Nestor á Diómedes.

Aventájanse en esta parte muy principal de la historia Solís y Mariana; el primero, si en los discursos de Xicotencal y Montezuma no los pinta como ellos en la realidad fueron, los retrata á lo menos al vivo, y conforme al carácter ideal con que al lector los ha presentado; *et sibi constant*. Mariana desenvuelve á veces con admirable sagacidad en las arengas de sus personajes, no solamente quién eran ellos, mas también el estado de las cosas y de las opiniones más generales en el tiempo en que los hace hablar. Léase el discurso que en boca de uno de los principales señores pone, cuando la rebelión contra Juan II: ¿quién no ve en él los progresos que habían hecho las ideas de libertad, cuán inculcadas y arraigadas en todos los ánimos á la sazón estaban? Compárese este razonamiento con las coplas de Mingo-Revulgo, y aun con las endechas de Juan de Mena acerca del abajamiento de la potestad real, y dígase si el escritor del siglo de Felipe III no conocía bien el carácter del de Juan II y Enrique IV.

Una cosa muy extraña es que en los siglos bárbaros que al establecimiento del nuevo tribunal de la Inquisición en Aragón y Castilla precedieron, el pueblo más tolerante de la moderna Europa fué el Castellano. Á la verdad los concilios de Toledo, desde Recaredo y desde Sisebuto más particularmente, fulminaron penas contra los Judíos, que fueron la principal causa de la conquista de España por



los Musulmanes, porque, irritados con razón los Hebreos con el gobierno de los reyes godos, abrieron á los Mahometanos las puertas de la Península. Empero posteriormente á los triunfos de los Cristianos contra los Árabes se establecieron principios más humanos, y la fanática acción de Fernando III ni tuvo ejemplo en sus predecesores, ni de sus sucesores fué nunca imitada. Gobernó la hermosa Raquel con despótico dominio la Castilla, y si conjuraron los ricos-hombres la muerte de esta combleza de su monarca, no fué en calidad de Judía, mas sí de inaguantable y prepotente avasalladora de la nación. Cuando habla Mingo-Revolgo de los universales desórdenes del pueblo en su tiempo, se queja del poco aprecio que de su respectiva religión en Castilla hacían Moros, Judíos y Cristianos, sin manifestar preferencia á unos ni á otros.

Los de Cristóbal Mejía (*los Cristianos*).

Los de esotro tartamudo (*los Judíos*).

Los de Meco moro agudo (*los Sarracenos*).

¿Quién ignora que casi todas nuestras más ilustres familias están emparentadas con Judíos y Moros, y quién la diferencia que en los tres últimos siglos de limpieza de sangre y de nobleza se ha hecho? Las patrañas del Niño de la Guardia, de los Cristos azotados, de las hostias profanadas y chorreando sangre, todas han sido fraguadas por el clero después del establecimiento de la Inquisición, por cohonestar con tan ridículas imposturas las atrocidades de este abominable tribunal. Con la fundación del Santo Oficio empieza un nuevo estilo en los escritores, y hasta el idioma vulgar se llena de modismos y refranes, hijos del odio profundo que á cualquiera otra creencia que el papismo inculcan las instituciones y profesan los nacionales. *La necesidad tiene cara de hereje*, es la expresión que sustituye los clavos de diamante de la dura Necesidad de los antiguos; y *hacer una herejía con uno* significa cometer con él las más exquisitas crueldades. Ardían en las hogueras de la In-

quisición de Valladolid ilustres caballeros, tiernas y nobles doncellas, inocentes religiosas, y ancianos sacerdotes tan respetables por la austeridad de sus costumbres cuanto por sus profundos conocimientos en las materias de religión y dogma; era el delito que tan horribles tormentos les acarreaaba dudar de la existencia del Purgatorio, ó expresarse acerca del libre albedrío, de la fe y de la gracia en los mismos términos que San Pablo; expiraban como el Hijo de María, orando por sus verdugos; eran calificados de herejes, y la lengua vulgar hacía de la herejía el vocablo sinónimo de cuanta perversidad puede caber en la postrera depravación de la humana naturaleza. Así la superstición embrutece en uno los entendimientos, y encrucece los ánimos, apagando la razón, enardeciendo la fiera, y dispensando á los pueblos donde reina, con la inteligencia de las ostras, la sed de sangre de los tigres.

Figúrese el lector con qué precauciones tenían que hablar los historiadores de España de cuanto con las usurpaciones de la potestad eclesiástica estaba conexo. Las continuas competencias del clero con la autoridad real y con los privilegios de la nobleza; la liga de unos y otros cuando de avasallar y oprimir al pueblo se ha tratado, parte tan importante en la narración de los sucesos de las naciones de Europa, en balde es buscarla en nuestros historiadores. Españoles fueron todos cuantos imaginaron y fundaron el más funesto instituto que ha affigido el linaje humano, el de los frailes jesuítas; y si Quevedo en su historia de los Monopantos, y Palafox en sus doctos y piadosos escritos se esforzaron á mostrar los males que de la existencia de esta guardia pretoria del papismo, difundida por todo el universo, redundaban, en breve la persecución embargó la lengua de estos buenos patricios y sepultó sus escritos en un hondo olvido.

Todo historiador moderno que fuere crédulo y supersticioso nunca podrá ser leído, muy al revés de lo que con

los antiguos sucede. Los continuos portentos de que las *Décadas* de Tito Livio están llenas son causa de que se lean con más gusto. Pende este efecto de la diferencia radical de una religión mística, espiritual y abstracta como la nuestra, y otra sensual, material y palpable, digámoslo así, cual la de los Griegos y Romanos. Los dioses de la Gentilidad eran mortales divinizados; desde Júpiter Óptimo Máximo, hasta la postrera de las deidades indigetes, todos eran hombres exentos de la mortalidad, mas no de las pasiones humanas; más fuertes y más poderosos que los mortales, sujetos empero á la fatalidad y al destino, como el más vil esclavo. El Dios de los cristianos es un espíritu inextenso que llena la inmensidad del espacio, una inteligencia que abraza ambas eternidades, sin que en ella haya sucesión de tiempos; que ve la inmensa cadena de todas las verdades posibles hasta sus más remotas consecuencias, sin que para ella existan premisas; ante cuyos ojos las más recónditas relaciones de todos los seres, ó existentes, ó posibles, son una mera percepción instantánea. Tan alta idea se aviene mal con una Providencia particular que interrumpe el curso de sus generales leyes por motivos mezquinos en su presencia; los únicos portentos que de ella pueden no desdecir son los que para fundar su Religión fueron indispensables; y habiendo ésta recibido su total complemento con la resurrección del Legislador, y la predicación de sus discípulos, parecen cualesquiera otros milagros no menos incompatibles con los dogmas religiosos que indignos de la Majestad Divina. Por eso las vidas de los santos, atestadas de prodigios, nos parecen tan insulsas y pueriles, mientras escuchamos enajenados las amenazas de Neptuno á los vientos que sin su licencia pretenden echar á pique la armada de Eneas, y contemplamos amedrentados el enojo de este dios cuando con su pujante tridente destroza á vista de las playas de Feacia la nave que lleva á Ulises á su cara Itaca. Así el milagro del obispo atanasiano que de-

lante de Leovigildo llenó de confusión al arriano, sin que por eso mudara de religión aquel monarca; el del breviario mozárabe saliendo ileso de la hoguera que consumió el romano, y tanta cáfila de paparruchas del mismo jaez que la historia de Mariana deslustran, y son todavía muy más comunes en los más de nuestros historiadores, nos causan un inaguantable hastío, y se nos cae el libro de las manos. Bastará para figurarse de qué cáfila de patrañeros milagros están atestadas nuestras historias considerar que Feyjóo ha insertado en sus obras una larga disertación acerca del toque de la campana de Velilla, probando con argumentos muy serios que nunca la tal campana se tocó por operación divina. El único de nuestros historiadores totalmente inmune de esta pueril credulidad es D. Diego Hurtado de Mendoza en su historia de la guerra de las Alpujarras; estadista y embajador en Roma, y cerca del concilio de Trento, conocía sobrado bien á los clérigos, y mal podía persuadirse de los portentos que ellos fraguan.

Generalmente hablando los historiadores nuestros sólo han imitado las externas formas de los antiguos, sin penetrar su médula, sin revestirse del generoso espíritu que los anima; no mal parecidos á aquellas figuras de cera que con bastante propiedad retratan las facciones, la estatura y el colorido, mas siempre privadas de brío, de lozanía y de vida. Así los cursantes de las aulas de Retórica se piensan que imitan á Cicerón cuando le pescan algunas frases, ó que les inspira la musa lírica de Horacio cuando hacinan de él centones, incurriendo en el defecto del que por no apartarse de las huellas de aquel á quien sigue, se atasca en un atolladero de que no puede salir. Visible cosa es que tenía presente D. Diego de Mendoza el proemio de las Historias de Tácito cuando empezó la suya de la guerra de los Moriscos; copia es el uno del otro; mas quien á consecuencia se presumiese hallar en el diplomático historiador los valientes toques con que están delineados los caracteres de

Galba, de Otón y de Vitelio, la animada escena del incendio del Capitolio, ó de la batalla dada dentro de la propia Roma entre Vitelianos y Flavianos, todas sus esperanzas las verá frustradas.

Al lado de las historias se colocan las novelas, ó los cuentos de sucesos fingidos, los cuales, por lo mismo que no son verdaderos, han de ser más verisímiles, porque si en la realidad nunca hombre fué constante con su propio carácter en todos los trámites de su vida, si en los más generosos pechos se encuentran ruindades que los afean, y en los más ruines acciones generosas que ilustran alguna época de su vida, el historiador que estos casos refiere ofrece en su abono el unánime y no controvertido testimonio de los coetáneos, que al novelista falta. Por eso es tan difícil apropiarse un carácter nuevo, y conformar con él en todas sus partes y con sus acordes proporciones el sujeto que de él se reviste, *proprie communia dicere*, sirviéndome de la expresión de Horacio. Antes de caracterizar el mérito de nuestros autores en este ramo es indispensable dar algunas ideas del género, según por mis meditaciones me las tengo yo formadas, para valuar por ellas el de los novelistas españoles.

Las llamadas novelas pastoriles más son largos idilios en prosa, ó cuando más dramas entre zagales y zagalas, que novelas verdaderas. La uniformidad inherente á esta especie de escritos los condena á empalagar al menos delicado lector. Son los sucesos tan poco variados, tan uniformes los afectos, tan ceñidas las ideas, tan poco encarnizadas las enemigas, tan fácilmente satisfechos los amores, que ni la acabada perfección de Teócrito y Virgilio, los dos escritores más perfectos de los dos más perfectos idiomas, estorbaría que fastidiasen sus églogas, si no las hubieran hecho tan cortas. Garcilaso, que con tanta maestría entonó el canto pastoril en la primera de sus églogas, en que no excedió la medida de las antiguas, es inaguantable en la segunda, que

quiso alargar sin coto. Si la *Aminta* y el *Pastor Fido* gustan, no es como idilios, sinó como acciones dramáticas; la segunda especialmente es una verdadera tragedia, donde el terror, la compasión y todos los afectos trágicos poderosamente son excitados. Y si églogas como la segunda de Garcilaso son inaguantables, ¿quién podrá sufrir novelas pastorales en muchos abultados tomos, como la *Diana* de Montemayor, ó de Gil Polo, la *Galatea* de Cervantes, y otras producciones de este jaez, á cuya lectura jamás pudo dar cima el leyente más esforzado?

Restan las otras novelas, unas cuyo principal objeto es pintar el origen y progresos de una pasión, y otras que, contando parte de la vida del héroe ideal, ó bien toda entera, enlazan con ella los sucesos de la humana, desenvolviendo progresivamente el carácter del sujeto que retratan. Á estas dos clases se ciñen todas las novelas posibles (á lo menos las que así merecen llamarse); y el examen de los requisitos que su perfección constituyen, eso más es importante, que siendo casi ignorado este género de los antiguos, carecemos de guías que nos den tan juiciosas y acertadas reglas cuales las que para otros escritos en Aristóteles, Cicerón, Horacio y Quintiliano encontramos.

Los medios de excitar vivamente los afectos del lector, la compasión, el terror, el odio, el cariño, etc., los mismos son en estos escritos que en los dramas, y según el carácter de los actores así se arrima la novela á la tragedia ó la comedia. No está empero obligado á ceñirse el novelista á la unidad de lugar, tiempo, ni menos de acción; mas no se puede desentender de la de interés, si quiere que sus composiciones saquen lágrimas, infundan pavor y dejen una duradera y viva impresión en el ánimo de los lectores. Guárdese particularmente el escritor de fino y acendrado gusto de confundir las chocarrerías con los donaires, la sencillez con el tosco desaliño; sean inocentes y cándidos sus aldeanos, no soeces y zafios; no se arrastren por los suelos

de miedo de encumbrarse á las nubes; acuérdesse siempre el autor de que si la rústica pobreza excluye del prendido de las lindas villanas el brillo del diamante, los vivos colores de la esmeralda y el carbunco, bien saben sustituir á estos arreos las guirnaldas de frescas rosas, de aromáticas violetas, de pomposas azucenas entretejidas.

Los hombres poco versados en el arte de escribir se figurarán acaso que excluyen nuestros preceptos la verdad del género de composiciones que más de ella sola saca todo su mérito, porque siendo las novelas cuentos de fingidos sucesos, en tanto les asiste un mérito real, en cuanto más los afectos, las expresiones de los actores son los que hubieran de ser cuando en la situación en que se les pone se encontrasen sujetos verdaderos que les fueran parecidos. Mas no nos equivoquemos: no es el arte una imitación de la naturaleza, tal cual ella es generalmente; que el buen imitador escoge en los objetos lo más vigoroso, y lo más puro que en muchos de ellos ve esparcido, y de estos variados rasgos, verdaderos y existentes todos, forma el tipo ideal, cuya concepción constituye el perfecto crítico teórico, cuya ejecución forma el acabado escultor, el sublime poeta, realizando el Júpiter de Fidias, el Aquiles de Homero, el Roger del Ariosto. En toda profesión, en todas clases hay hombres y mujeres dotados del tino natural que constituye el gusto práctico, que sin salir de su esfera se manejan con cierta gracia, hablan con cierta naturalidad, obran con cierto decoro que los hace dignos de ser mirados y estudiados como modelos de su clase. No se ha de confundir esta natural elegancia de costumbres con la virtud; las personas de que hablo son las que comunmente llaman sujetos finos, no virtuosos. No quiero yo decir que se excluyan recíprocamente virtud y elegancia; muy lejos de eso, las más veces se avienen en uno, y aparece más amable la virtud ornada por las Gracias, mas es cierto que no es siempre por desgracia esta unión inseparable. De suerte

que aun cuando retrate el novelista los vicios más horrendos, no ha de prescindir enteramente de este natural arreo que dejando á la perversidad todo su horror hace tolerable la presencia del malo; que tal es el secreto de pintar las ponzoñosas sierpes, y los más feos vestiglos, campeando eso más la hermosura del arte que son más disformes los originales.

Un solo caso hay en que debe el escritor novelista colorir con la mayor viveza la torpeza y disformidad del vicio, y es en aquellos pasajes en que se trata de que reciba la culpa el merecido castigo. No consiste éste en que triunfe ó no el malo del hombre de bien; ni aborrezco yo las novelas en que muere aherrojado en prisiones ó degollado en un patíbulo el héroe virtuoso, y ácatado de los pueblos sube el perverso al trono. Pues tal es tan repetidas veces el deplorable desenlace de la historia verdadera, ¿por qué no la imitará en esta parte la novela? Mas lo que no hace, ni puede hacer el historiador, eso es la peculiar obligación del novelista; pintar al vivo los remordimientos, los sustos, las amarguras que roen y acibaran los inicuos pechos. No tema en tales casos una esforzada pluma descender al torpe lupanar con la deshonesto esposa del árbitro del orbe romano, rasgar cuantos velos sus adúlteros miembros cubren, señalar la villana mano abierta para cobrar el salario de un infame deleite, y mostrar patente á deshonorosas miradas, á lascivos tocamientos, á ósculos de baldón el vientre donde fué el generoso Británico engendrado. Y si un noble y nunca desmentido horror del vicio le anima, si palpita su pecho de enojo contra la villana simulación de Tiberio, no menos que contra la demencia atroz de Calígula, si envidia más la suerte de Bruto muriendo en los campos de Tesalia, la de Catón rompiéndose las entrañas en los arenales de Utica, que la triste gloria de César vencedor de la patria, usurpador de la soberanía, origen y tronco de tantos monstruos cuantos con nombre de emperadores deshonra-



ron en la serie de los posteriores siglos á Roma y á solaron el universo, no tema entonces retratar con valientes pinceladas las más torpes escenas de la disolución, no tema sumirse en los lodazales de la más villana servilidad; que ni excitarán sus vivas imágenes deseos impuros, ni se resentirá su estilo de la bajeza de los sujetos que retrate.

No nos equivoquemos empero, ni confundamos con la verdadera moral la hipocresía de costumbres que con los arreos de sobrado escrupulosa decencia se reviste. El sabio por antonomasia aconsejaba á sus discípulos que sacrificasen á las Gracias; la austeridad ascética es debida á las falsas ideas de una superstición enemiga de los deleites sensuales, cuyo infalible como inmediato efecto fuera acabar con el linaje humano, dando por el pie con los gustos con que su reproducción se vincula. Cosa es sobremanera ridícula nivelar con los más horrendos delitos que son azote y oprobio de la humanidad una propensión, aunque algo excesiva sea, á los gustos amorosos. Confundir los galanteos con los hurtos, las calumnias, los rencorosos odios; las flaquezas que al deleite arrastran, con los asesinatos y las alevosías, desacreditar es las verdaderas reglas de sana moral, y restituir á vigor nuevo la paradoja de los estoicos, *que todos los pecados eran iguales*. No diré yo como Catulo que si ha de ser casto el poeta no importa que no lo sean sus versos; no alegaré que el justo Catón estrechaba en sus brazos á los mozos que de las mancebías salían, exhortándolos á que perseveraran en sus gustos, y no solicitaran á las castas matronas; ni recordaré que Catulo su amigo le dirigía epigramas que, gracias á la mentida delicadeza de nuestras acendradas costumbres, y nuestros cosquillosos idiomas, escandalizarían á la mayor parte de nuestros lectores, si á traducirlos palabra por palabra nos atreviésemos. Consagrada nuestra pluma á la propagación de la verdad, ninguna contemplación nos arredra, cuando de establecerla tratamos; y bien avenidos con nuestra conciencia,

en inalterable paz con nosotros propios, poco nos importa ser tenidos por escritores de moral laxa por hombres que los más de ellos so la capa de anacoretas esconden las costumbres de sátiros, y eso más estrechan sus teóricas los fiudos de la castidad y la pureza, que en la vida práctica todos los eluden indistintamente. Confesamos que aquella molicie que afemina los ánimos, enflaqueciendo sus fuerzas, y robándoles la virilidad, atributo primero de la virtud, es funestísima; mas no son las halagüeñas imágenes del deleite las que este efecto producen. Antes que un puñado de Griegos desbaratara los innumerables escuadrones de Xerxes, y sembrara de millones de cadáveres los llanos de Maratón y Platea, y los mares de Salamina, había la dulce lira de Anacreonte resonado á Baco y los amores en los más blandos y deliciosos metros que hasta ahora han embelesado el linaje humano. Tibulo militó con gloria, y Horacio fué tribuno militar de Bruto, sin que el cuento de su fuga después de abandonar el broquel tenga otro fundamento que haber dicho él en una de sus odas que huyó, *relictæ non bene parmula*, expresión que evidentemente no quiere decir otra cosa sinó que acompañó la fuga del ejército entero roto por Octavio y Antonio; que es cosa clara que hombre que tan bien sabía lo que era decoroso como Horacio, se hubiera guardado muy bien de acusarse á sí propio de tan villana cobardía, como la de dar á correr, arrojando su escudo, en el calor de la batalla.

Dos caminos distintos se ofrecen al novelista que pinta los efectos del amor; esta pasión es unas veces un fuego abrasador que todo lo consume, una inextinguible y activa llama que corre por las venas y enciende las entrañas; afecto tiránico que quita la vista de los ojos, roba el juicio, aportilla la razón, hace enmudecer la conciencia, y ora pone el huso y la rueca en manos de Alcides, ora despeña á Safo del promontorio de Leucate. Este es el delirio de Dido en Virgilio, el del amante de Julia en Rousseau, no pocas

veces el de Heloisa en sus cartas originales; éste el del apasionado Werther en Goëthe. El otro amor más sosegado coge la rosa y arranca las espinas, paladea los amorosos gustos, sazona los deleites, y más prendado del sexo entero que de ninguno de sus individuos, su propia inconstancia es un nuevo homenaje que al amor tributa. Todas las dotes, todos los atractivos del bello sexo le incitan, por todos se apasiona; de aquí su natural mudable, en una sola cosa firme, en vincular sus glorias todas en la posesión de las mujeres. Este es el carácter distintivo de los poemas eróticos de Ovidio, éste el de algunas de las odas de Horacio, y el de muchas novelas modernas.

Habrás notado que no hablo de una especie de amoríos frecuentes en los quinientistas italianos, y en muchas novelas españolas y francesas del siglo XVII, con tanto donaire y gracia ridiculizadas por el severo Boileau. Califican estas insulseces de amor platónico, puesto que en ninguno de los escritos de Platón ni el más mínimo resquicio de semejante desvarío se encuentre. Cífrase este amor en no sé qué afecto desprendido de todo sensual deleite, en cierta incompreensible unión de las almas, tal que si alguna real existencia en la naturaleza este desacierto tuviera, ni la hermosura, ni la juventud, ni aun la diferencia de sexos tendrían en este caso el más leve influjo. Pudiéramos definir este pretense amor una especie de misticismo aplicado á las mutuas relaciones de ambos sexos. *No dictaba en este estilo risiblemente triste*, dice Boileau, *el Amor los versos que suspiraba Tibulo*. Los conceptos, los perpetuos sollozos, las muertes y resurrecciones de los amantes de que están atestadas las composiciones eróticas en prosa y verso de aquellos tiempos, y que ni la más leve impresión en el lector hacen, proceden de este mal gusto, introducido primero por el Petrarca, y llevado al extremo por sus sucesores. No es posible leer cuatro versos de las perpetuas lamentaciones amorosas de Herrera, que de ellas ha llena-

do todas sus perdurables elegías, sin convencerse de que ni nunca quiso, ni era capaz de querer, ni de formarse idea de lo que constituye el amor. Más fuego hay en una elegía de Tibulo, ó en la égloga á Lycoris de Virgilio, que en los perpetuos incendios de estos enamorados poetas, siempre abrasándose por metáfora, y siempre fríos y helados en la realidad. Nunca es en ellos el amor aquella hoguera voraz que todo lo consume, aquella calentura ardiente que sume en un no interrumpido delirio á quien agita, aquel furor de Venus que, cual el estro de Baco, embarga la mísera Dido, aquel delirio estático que de la mente de Galo se ha apoderado, aquella desesperación que hace vagar continuo á Orfeo por los montes de la Tracia repitiendo inconsolable al són de su lira el nombre de la perdida Eurydice. ¿Á quién han sacado lágrimas las eternas endechas de Perianthro y su cara Auristela, ni las lamentaciones de tanto enamorado personaje como en la inacabable novela de *Persiles y Sigismunda* representan su papel? Menester es confesar que pocos autores han sido menos aptos para pintar el amor, y sus furores, y sus devaneos, que el inmortal autor de *Don Quijote*; sagaz escrutador de las ridiculeces y miserias de la humanidad, como el Damasipo de Horacio, reputaba sin duda por mera locura las ansias de los enamorados, y sólo lo ridículo que en ellas siempre se halla era lo que le daba golpe. Ingenios como el de Cervantes pueden muy bien imaginar patéticas situaciones, y poner en ellas á los amantes que retratan; mas así que los hacen discurrir, sus razonamientos acaban con cuanta compasión y lástima sus desdichas habían inspirado. ¿Puede verse cosa más insulsa que cuanto Dorotea, Luscinda y Cardenio acerca de sus amores se dicen recíprocamente? ¡Qué diferencia de los furores de Dido abandonada por Eneas, de los baldones con que afea á éste su alevosía, y de las casi melífluas y nunca desconcertadas razones con que se queja Dorotea á D. Fernando de su perfidia cuando encuentra en sus brazos

á Luscinda, de quien es robador! No hablo de la canción desesperada de Grisóstomo; Cervantes siempre fué menos que mediano versificante, y no se podía encumbrar á la alteza que requiere la expresión del postrer vale de quien muere á manos de los desdenes de su desamorada dama. Lós mezquinos conceptos con que Lotario declara su amor á Camila, antes hubieran debido excitarla á risa que moverla á corresponderle; y una Clori que tuviera un poco de razón y sentido común, no se curaría de tomar á su amante, de mancomún con el cielo, *la pobre cuenta de sus ricos males*.

La otra especie de amores menos veces se halla pintada en los autores españoles. *El Amor al uso*, comedia de Solís, una novela de D.<sup>a</sup> María de Zayas, y otras pocas composiciones más, son los muy contados ejemplos que nos han dejado. Porque no se han de confundir con este amor las repugnantes escenas de disolución torpe que en nuestros poetas y novelistas son frecuentísimas, y que ofrecen el trasunto de las costumbres de España en los siglos décimosexto y décimoséptimo, época en que estaban más estragadas que en parte ninguna del orbe.

Siendo nuestro ánimo entretener en todo este discurso la historia política con la literaria de España, mal pudiéramos pasar aquí en silencio el extraño fenómeno que en este período presentan las novelas de la *Vida del Gran Tacaño*, de *Rinconete y Cortadillo*, de *La Gitanilla de Madrid*, *El coloquio de los perros Cipión y Berganza*, *El Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de Alfarache*, *El Diablo Cojuelo*, y otras de observadores de las costumbres, que con más ó menos tino se han esmerado en dejarnos el retrato de su siglo. Á este mismo género pertenecen las comedias que como *La Bella mal maridada*, *Santiago el Verde*, *Los melindres de Belisa*, etc., de Lope; *De fuera vendrá quien de casa nos echará*, y casi todas las de Moreto; *El Amor al uso* de Solís, retratan á los hombres como á la sazón eran.

En todas estas composiciones se notan desórdenes que en mucha parte ha enmendado después el transcurso de los tiempos, puesto que la diferencia de la situación en que hoy se encuentra la nación, comparada con la de aquellos siglos, también ha sido causa de que se pierdan prendas estimables que adornaban á los Españoles de entonces.

Las no interrumpidas guerras en remotos países que desde la expedición de Nápoles del Gran Capitán hasta la paz de Utrech sustentaron los Españoles; sus repetidos triunfos en ambos mundos; el señorío de Italia y de los Países Bajos, los aventurados viajes de los descubridores, conquistadores y pobladores de ambas Américas, con la arrogancia y soberbia de un pueblo dominador y valiente habían maridado los desórdenes y el disoluto abandono de vencedores que sin freno se entregan á sus más desordenados apetitos. Enriquecíanse los Españoles, ya con los despojos de la fértil y siempre avasallada Italia, ya con las pingües cosechas del suelo flamenco, ya con las nunca exhaustas minas de Méjico y el Potosí, y se tornaban á su patria opulentos cuanto corrompidos; acostumbrados á hollar á sus plantas la santidad de las leyes, los fueros más sagrados de la humanidad, á allanar por la fuerza cuantos estorbos la flaqueza de los vencidos les oponía: todo á sus ojos debía ceder al denuedo, todo ser patrimonio del ánimo esforzado. De aquí proceden las violencias y raptos tan frecuentes en nuestras comedias y novelas antiguas, como lo eran en la realidad; las inmortales enemigas, la sed de la venganza, eso más implacable que sin fuerza las leyes para amparar los derechos de los individuos, fiaba cada uno de su propia astucia ó de su fuerza la posesión de los bienes sociales, y cifraba sus más preciosos intereses en reprimir á quien de ellos presumía privarle. Con esta prepotencia de los fuertes y esta artería de los menudos se hermanaba en todos una superstición que vinculaba en la creencia de las paparruchas del papismo la mayor y mejor parte de las

obligaciones sociales; habían los casuistas escolásticos predicado sus torpes doctrinas, abrazadas por los jesuitas y propagadas por la infame Inquisición, que, mientras con una mano tapiaba cuantas rendijas podían permitir camino á la luz, abría con la otra un inmenso cauce á los corruptores sofismas que toda moral estragan, hasta que se hicieron generales en España; estado el más funesto á que pueda verse reducido un pueblo que, mientras no ha perdido el conocimiento del verdadero bien, siempre tiene á la vista la estrella polar que ha de ser su guía, cuando á lo bueno, lo útil y lo generoso se encamine; pero condenado á vagar sin dirección ó á seguir una senda encontrada, cuando apaga la ignorancia la luz de la verdad, ó cuando erróneas preocupaciones, á guisa de fuegos fatuos, le llevan á barrancos y despeñaderos. En la comedia de Moreto intitulada *El imposible vencido*, el protagonista, ordenado de clérigo á impulsos de un enamorado despecho, se pega de cuchilladas con el amante de su dama, á quien rondaba de noche, aunque sacerdote; costumbres análogas eran comunísimas entonces, y cuantos fuera de la Corte, con especialidad en la Andalucía, han vivido, saben que aún en nuestros tiempos están muy lejos de poderse calificar de desusadas. La resistencia á la justicia, las rondas repelidas á estocadas por los guapos, los asesinatos encomendados por los nobles á valentones, por vengar el honor de sus hermanas, ó sus hijas, cuando eran los plebeyos osados á empañarle con sus galanteos; apenas hay comedia ni novela cuyo enlace y desenlace de la complicación de semejantes lances no penda. Á un caballero no era decoroso medir sus armas con un villano, mas no por eso perdía sus fueros la venganza; y la traición y la alevosía se apellidaban noble indignación de un generoso pecho, cuando en daño de un plebeyo que se había acordado de que era hombre se usaban.

La anarquía que semejante situación de cosas introdujo forzosamente en la nación, allegada á la idea en que estaban

empapados todos los Españoles, y que era debida á sus victorias y á su valor marcial, de que el nombre de Español afianzaba un derecho inconcuso de sustituir sus antojos á los preceptos de la ley, produjo en las clases inferiores no menor disolución que en los sujetos de más alta jerarquía. La sextadécima centuria y la primera mitad de la décimaséptima son dos períodos notables en la Europa entera por lo estragado de las costumbres en toda ella; verdad que comprueban de un modo irrefragable los documentos coetáneos, y que era inevitable consecuencia del estado de los pueblos en dicha época; mas en España militaban causas peculiares de corrupción que no subsistían en otras naciones. No era la menos eficaz el tesón con que se oponían los Españoles á la propagación de las doctrinas de la reforma religiosa; en todas partes donde se introdujo el protestantismo se tornaron más austeras las costumbres, ora sea por la natural propensión de todos los reformadores á profesar dogmas de privación y penitencia, ora porque en efecto la moral ascética, y enemiga de todo deleite de los cristianos primitivos, que los nuevos sectarios presumían restablecer, era diametralmente opuesta á las máximas laxas de los escolásticos y molinistas, que, como hemos dicho, exclusivamente en España se enseñaban. Omnipotente por otra parte el Gobierno cuando de reprimir el menor respiro de libertad se trataba, era el más flaco de la Europa entera para poner freno á los delitos que sólo los derechos de los particulares ofendían; que es cosa tan demostrada por la teórica, cuanto probada por la experiencia, que la fuerza con que defiende un gobierno los derechos privados es en razón inversa de la suma de libertad civil y política que disfrutaban los ciudadanos. En Turquía disponen á su antojo los genizaros de las vidas y haciendas de los míseros moradores, en Persia es imposible caminar dos leguas sin ir en caravana, y en España los foragidos han andado poco menos que impunes siempre en cuadrillas; los nobles han si-



do, cuando no sus cómplices, sus protectores; y ha llegado el olvido de todo principio de justicia y orden social hasta celebrar en romances que andaban en boca de toda la plebe las proezas de los salteadores de caminos, presentando por dechado á una mocedad infatuada y pobre la vida de unos miserables que á poder de robos y asesinatos paraban en un patíbulo. Aun hoy día pocos son los Andaluces que no sepan de memoria los siete romances que dan cuenta de la vida y hechos de Francisco Esteban, apellidado el *Guapo*; y yo propio, sin ser muy viejo, me acuerdo de que habiendo ahorcado á un célebre ladrón llamado Antonio Gómez, un benévolo poeta celebró al punto sus hazañas en un romance que inmediatamente aprendieron y cantaban los chiquillos para enseñarse desde su más tierna edad á imitar los buenos ejemplos. Y es lo bueno que nunca el Gobierno ni la Inquisición, tan escrupulosos en ahogar cuanta semilla de libertad y razón columbran en cualquiera escrito, han hecho reparo en dejar libremente correr tamaños horrores; tantos y tan vigorosos han sido los esfuerzos que para estragar la nación se han hecho. Verdad es que por antídoto tienen las vidas de San Francisco de Asís, de San Francisco de Paula, de Santa Rosalía, y otras del mismo jaez; tales que si de consuno la estupidez y la demencia se hubieran apostado á escribir disparates, no pudieran haber salido de este concierto tan desatinados escritos.

Menester era esta larga digresión para que sirviera de preámbulo á lo que vamos á decir acerca de la *Vida del Gran Tacaño*, y de otras novelas en que se retratan al vivo las costumbres de los Españoles. Los lectores que no se hicieren cargo del exceso de la depravación universal, más las tendrán por *caricaturas* que por verdaderas y parecidas imágenes. Pablos, el héroe de la famosa novela de Quevedo, se encuentra en mil situaciones enteramente diversas, porque su carácter mudable le incita á querer probar todos los estados, y que tiene maña y ardid bastante para aso-

ciarse con la clase de sujetos que más le petan. En todos topa con los hombres más corrompidos que hallarse puedan, y repito que las costumbres que les atribuye Quevedo eran cabalmente las de las profesiones en que se ejercitaban. Monipodio en la novela de *Rinconete y Cortadillo* es el caudillo notorio de una banda de ladrones que viven pacíficamente en Sevilla desempeñando su oficio; los robados tratan con él del rescate de sus hurtos, y los ministros de la justicia, en vez de perseguir á él y á sus subalternos, entran á la parte en el producto de sus delitos. En *La Gitanilla de Madrid* vemos á los gitanos que forman un estado dentro del estado, que obedecen á leyes que les son peculiares, eligen sus caudillos, y no tiene su asociación otro objeto que robar y quebrantar todas las obligaciones sociales. Verdad es que en todos los países forman los malvados sociedades clandestinas; pero el vigor de las leyes que los persiguen estorba que tomen consistencia estas asociaciones, que se estrechen entre sí con vínculos de hermandad, y precisadas á esconderse bajo tupidos velos, nunca pueden ser ni extensas sus conexiones, ni apretados los nudos que las ligan.

El roce con la Italia trajo á España la peste de los asesinatos pagados, tan frecuentes en aquel país en los postres siglos. Consecuencia este abominable uso de la flaqueza de los reducidos y débiles señoríos en que estaba dividido aquel hermoso país, cundió en nuestra España tan fatal dolencia, y se arraigó con la venalidad de los jueces, y con una forma de enjuiciar que, eternizando los pleitos, abría la más ancha puerta á la arbitrariedad. Así no menos en nuestras novelas que en nuestras comedias salen á cada instante á la plaza asesinos con quien se concerta la muerte de un enemigo; el ajuste se hace como se pudiera celebrar el contrato de venta de una prenda, y nunca los asusta la severidad de la justicia, porque efectivamente raras veces eran por ella castigados.

*Nunca hubo, dice Boileau, monstruo tan horrible que su retrato bien hecho no agradara.* Así sucede con nuestras novelas, y eso más nos causan deleite sus pinceladas, que no es posible disimularse que, por muy estragadas que sean hoy las costumbres de los Españoles, han tenido notables mejoras, porque si bien ninguno de nuestros monarcas desde el reinado de Carlos II pueda citarse como un dechado de reyes, si bien ninguno ha dado muestras ni de un entendimiento perspicaz ni de un entrañable amor á sus vasallos, todavía la irresistible fuerza de las cosas, y el espíritu de filosofía y tolerancia que tan universal se ha hecho en Europa, han producido algunas mejoras en España, especialmente desde la expulsión de los jesuítas. De tres años á esta parte con el restablecimiento de estos frailes han cobrado nuevos bríos las más fatales instituciones, y todo anuncia que, sin una pronta y radical reforma, el país al mediodía de los Pirineos será en breve la Berbería cristiana. Apartemos empero la contemplación del doloroso espectáculo que ofrece en el día la cara patria, despedazada por las más ponzoñosas sierpes que pueblo ninguno abrigó en su seno, y tornemos á la historia de nuestra literatura.

El eminente arte de observar á los hombres que poseía Quevedo, su festivo ingenio, del cual, como de una abundosa vena, manaban los chistes y los donaires; las pinturas con suma viveza coloridas de los personajes que finge, y que con tanta propiedad á los sujetos existentes retrataban; una elocución siempre castiza, no pocas veces armoniosa y elegante, naturalidad y gracejo en los coloquios, agudeza en los dichos; tantas dotes reunidas hubieran constituido de su vida del *Gran Tacaño* el más perfecto modelo, si sus chistes no hubieran con frecuencia degenerado en chocarrerías, si un cierto cinismo, que era en él ingénito, no le hubiera inducido á pintar torpes y sucias escenas que, no menos que mueven á irritación, levantan el estómago, y si el prurito de delinear siempre los objetos con valientes

pinceladas no le hiciera incurrir en ponderativas expresiones, ineficaces á poder de abultadas. Defecto es general de nuestros escritores incurrir en chocarreros y juglares cuando aspiran á ser chistosos, y ni aun el ilustre autor de *Don Quijote* está siempre inmune de esta labe. Pende esto de que nunca fué el palacio de nuestros reyes escuela de finura y gracia; como el de Luis XIV en Francia, y ya en el décimosexto siglo el de Francisco I. Carlos V, el único de nuestros reyes dotado de algunas prendas sociales, la mayor y la mejor parte de su vida la pasó fuera de España, ora al frente de sus ejércitos, ora en sus dominios fuera de la Península; y ni el suspicaz Felipe II, ni el devoto Felipe III, ni el estúpido y enfermizo Carlos II podían gustar de aquella libertad de trato indispensable para que se desenvuelvan las facultades del espíritu humano. Felipe IV más puede calificarse de *rey majo* y libertino que de monarca popular; y si bien es verdad que reunía á literatos, poetas y pintores en su palacio, los pasatiempos en que se entretenían, las piezas de repente que componían, más propias eran de juglares y truhanes, que de doctos que se aprecian en lo que valen y no condescienden en desairadas bajezas. Felipe V mejor que monarca fué un muñeco coronado; incapaz de entendimiento, de voluntad y de energía, divirtiéndose en cazar moscas cuando en su consejo se ventilaban á su presencia los más arduos negocios, ni más ni menos que si cabe una estatua se trataran; y muy pocas ventajas sacó á su padre el flaco Fernando VI, gobernado al antojo de la Portuguesa, con quien tanto podía el *soprano* Farinelli. La increíble pasión de cazar sin parar llenó la vida entera de Carlos III, más ocupado en otear una chocha que en pulir á sus palaciegos; y Carlos IV sólo la decoración de monarca tuvo, dejando su poder todo entero en manos de Godoy, el más zafio y el más inepto de los humanos. De suerte que la aurora del fino gusto que durante el reinado de Carlos V con Garcilaso de la Vega, D. Die-

go de Mendoza, etc., había rayado, se cerró muy luego en una densa y oscurísima noche, donde nunca ni un falliente rayo de luz ha penetrado. Nuestros Grandes de España, unos viven en compañía de toreros, carniceros y gitanas; otros entre inquisidores y frailes: figúrese el lector cuál es su urbanidad, cuál la finura de su trato.

No es culpa nuestra si parecen severas nuestras reflexiones; comprometidos con el público á desenvolver las causas del estado de nuestra literatura, no podemos menos de decir sin rebozo por qué se encuentran tan atrasados ciertos ramos. Muchos de nuestros escritores han derramado á manos llenas la sal en sus composiciones; mas siempre ha sido la sal andaluza, nunca la sal ática. Indispensable cosa era explicar la causa de este fenómeno, y los lectores sinceros verán que hemos atinado con ella.

Sin detenernos á circunstanciar menudamente el mérito del *Lazarillo de Tormes*, de *La Pícaro Justina*, de *Guzmán de Alfarache*, de la *Relación de la vida del escudero Marcos de Obregón*, tan desatinadamente indicada como el modelo del *Gil Blas de Santillana* de Lesage, puesto que sea la obra de Espinel una de las más necias composiciones de la lengua castellana, y *Gil Blas* la obra maestra en su género de la francesa, empecemos el examen de *Don Quijote*, sin disputa la primera de las novelas modernas, y que aun después de *Gil Blas* y de *Tom Jones* ni émulo, ni siquiera imitador, en idioma ninguno tiene. Aun cuando fuera exacta la exagerada expresión de Montesquieu que no hay en España más obra acreedora á ser leída que ésta, en ella sola tuviéramos una que por una biblioteca entera valiese. Sea, si se empeñan en ello, el pueblo de nuestros autores un pueblo de pigmeos; las agigantadas dimensiones de este inmenso coloso siempre infundirán admiración y respeto, y nunca podrá menos de ser mirada con aprecio la nación que le dió el ser.

Cervantes es parecido á Homero, no sólo por haber

vivido pobre, y porque después de su muerte varias ciudades han alegado la gloria de haber sido su cuna, mas también porque sus comentadores han encontrado en su *Don Quijote* todas las perfecciones, dotes y prendas, menos aquellas que en él hay. ¿Quién creerá que un tal D. Vicente de los Ríos ha compuesto una luenga, pesada y fastidiosa disertación, que él titula análisis, esforzándose á probar que *Don Quijote* es un poema épico, ni más ni menos que la *Iliada* de Homero, ó la *Eneida* de Virgilio? ¿Quién se figurará que la Academia Española toda entera haya adoptado tan solemne adefesio, y puesto al frente de su magnífica edición de esta obra esta bellísima producción? Ciertamente, ni á Cervantes ni á ninguno de sus coetáneos pasó nunca por la cabeza tan desatinada idea; y su pretensa epopeya le vino, como los consonantes á los copleros, de repente, sin que él pensara que tal cosa hacía. Ni se presume por eso que ignoraba este ilustre autor su propio mérito, ni el de su obra; bien sabía que había levantado un edificio que había de durar hasta los más remotos siglos, y bien claro lo dice en el prólogo á su segunda parte, y en otros mil pasajes; mas nunca se figuró que había hecho una epopeya. Sin duda que siendo el héroe de la Argamasilla el Aquiles ó el Eneas de este poema, Sancho Panza es ó el Patroclo ó el fiel Acates. *¿Risum teneatis?*

Es la admirable novela del caballero manchego una serie de aventuras, fundadas todas en la manía del héroe de resucitar la antigua andante caballería, para deshacer tuerzas y enmendar agravios. Como á fuerza de cavilar en la ejecución de su plan ha perdido la cabeza, todo cuanto ve, todo cuanto oye, lo amalgama con las ideas de caballería de que la tiene atestada, y de aquí procede una perenne vena de chistes que pueden llamarse de situación, y es la oposición entre lo que realmente son en sí los objetos que se le presentan y el modo como él los considera. Esta es la razón por qué una no corta parte de las gracias de *Don*

*Quijote* se traslada á todas las lenguas, y porque todas las versiones mueven á risa, puesto que la inimitable gracia de su estilo, la chistosa naturalidad de sus expresiones, y otras mil gracias que le adornan, ninguna versión las pueda trasplantar del patrio suelo: semejantes á aquellas plantas frondosas y lozanas en el sitio donde han venido, mas que se marchitan y mueren así que las mudan de la tierra donde nacieron.

Estaba por decir que es preciso ser tan loco como el héroe de Cervantes para figurarse que pueda ser un insensato el protagonista de una epopeya; mas considerado como héroe de novela, nunca otro más interesante que Don Quijote se ha presentado en la escena. Parece que tuvo su historiador presente la máxima de Horacio, que *el justo se convierte en injusto, y el sabio en loco, cuando se apasiona sobradamente hasta de la propia virtud*; y no es la novela entera otra cosa que la irrefragable prueba de esta importante verdad moral. El manchego es en todos los sucesos de ella un hombre enojado hasta la más violenta irritación con la humana perversidad, prendado hasta los más estáticos raptos de la virtud y la ideal belleza, y á quien su admirable y generoso entusiasmo persuade que le ha dotado el destino de una fuerza y un poder casi sobrenatural para socorrer menesterosos, amparar doncellas, enmendar sinrazones, y restituir á la tierra el siglo de oro y el reino de Astrea. ¡Qué desinterés, ó más antes qué amable abandono en su conducta toda! En su primera salida, ni dinero, ni ropa, ni siquiera bastimentos de boca lleva consigo; consagrado al servicio del linaje humano, ni sospecha que puedan los hombres negarle su sustento, y si estos le faltan, los encantadores, las hadas, y otros seres superiores á la humanidad vendrán en su amparo. Menester es que le advierta el Castellano que le arma caballero que se ha de pertrechar de las cosas más indispensables para vivir, para que cuide de que las lleve su escudero consigo en sus otras

dos salidas. Enamorado de su dama, no anhela disfrutar con ella los contentos del amor; todo se apura, todo se acendra en su generoso ánimo; ni siquiera ha visto á su Aldonza Lorenzo, mas idolatra en ella el prototipo de la beldad, de la honestidad, y de todas las virtudes. En vano le requiere de amores la desenvuelta cuanto donosa Altisidora; en vano pierde por él la vida, que no le restituyen los jueces del infierno sinó á costa de las mamonas, pellizcos y alfilerazos de Sancho: en vano las lindas bailarinas de Barcelona se afanan por sacarle de quicio; que imperturbable y firme resiste á todas las tentaciones, arrostra todos los embates, y guarda inviolable fe á su dama, puesto que de apuesta señora en zafia y rústica aldeana transformada por la implacable ojeriza de malos encantadores.

El desprendimiento de todo interés personal jamás en ningún actor de novela ha llegado hasta el punto que en Don Quijote, y para gloria eterna de su historiador jamás ha sido tan verisímil. Una vez determinado el carácter del andante manchego, era absolutamente imposible que procediera de otro modo en cuantos lances se presentan, que fuera menos valiente, menos comedido, menos enamorado de su dama, menos liberal de su caudal, menos abstinente del ajeno. La bella infanta Micomicona le brinda con su mano y cetro, que ha de deber ella á su esforzado brazo; Don Quijote desecha sus ofertas por no faltar á la fe de su Dulcinea, y se parte sin tardanza en seguimiento de la menesterosa Infanta, sin esperar ni querer premio de su esfuerzo. Ni pueden menos con él las desventuras de las dueñas viejas que las de las reinas mozas y hermosas; que por acabar con las cuitas de la condesa Trifaldi y su escuadrón dueñesco sube con impávido pecho en Clavileño, y se dispone á hender los aires, por venir á singular batalla con el encantador Malambruno.

No era posible que se desenvolviese todo entero el admirable carácter de Don Quijote, si no le hubiera repre-



sentado su historiador en situaciones totalmente diversas, y para esto era indispensable que fueran sus aventuras tan varias como inconexas. Así que la unidad de acción, una de las primeras leyes de la epopeya, se opone diametralmente al plan que en su obra Cervantes se propuso. Ridícula cosa parecerá á los críticos inteligentes nuestro empeño en refutar el disparatado aserto de Ríos; mas como le dió implícitamente su asenso la Academia Española, y que puede tanto con los más de los lectores la autoridad, se hace forzoso rebatir una idea que, una vez admitida, estorba que sean apreciadas en lo que realmente valen las inestimables dotes de esta obra inmortal.

Una sola vez huye el cuerpo al peligro Don Quijote; que es en la aventura del Rebufano, donde salió Sancho tan malparado. Esta aparente contradicción es en Cervantes efecto del arte más fino. Sabía este juicioso autor que ninguno en todos los lances de su vida es constante con su propio carácter; que los más sabios y los más esforzados adolecen en ciertos instantes de las flaquezas de la humanidad; y quiso que el héroe manchego pagase el tributo de que nunca puede quedar enteramente inmune un mísero mortal. Pincelada atrevida cuanto feliz en una novela, y que sería un defecto inaguantable en una epopeya. Bien sé que ni aun en este lance es Don Quijote cobarde: que la necia sandez de Sancho no podía menos de disgustar á su amo: que no le obligaban las leyes de la andante caballería á tomar en este caso á pechos la defensa de su mal aconsejado escudero; mas siempre es cierto que pecó entonces más de sobra de prudencia que de arrojo. Nunca en Aquiles falta el valor, en Ulises la prudencia, ni la piedad en Eneas; y si Cervantes hubiera contemplado á Don Quijote como héroe de epopeya, no hubiera cometido tan solemne yerro.

Digo más; cuando compuso Cervantes la primera parte de su novela, ninguna idea se había formado del plan que

en la segunda seguiría; y acaso sin la malhadada producción de Fernández de Avellaneda la postrera y mejor parte de los hechos de Don Quijote no hubiera salido á la luz pública. Esta falta de plan, que en un poema épico fuera intolerable, deja de serlo en una novela de tal naturaleza que su principal valor, como ya hemos notado, en la variedad y aun incoherencia de acontecimientos y lances se cifra.

Se ha de notar que la locura de Don Quijote, rematada cuando su primera salida, va disminuyéndose por grados, hasta que con la pérdida de la salud recobra al fin el juicio. En la primera parte los molinos de viento se le antojan gigantes, las manadas de ovejas ejércitos de combatientes, una vacía de barbero el yelmo de Mambrino, las ventas castillos, las sucias mozas de mesón bellas y enamoradas princesas, y hasta los clérigos encantadores, y las imágenes de la Virgen en sus andas reinas encantadas. Su lenguaje es el de los caballeros andantes, y hasta los arcaísmos de los libros de *Amadís* y *Esplandián* usa. En la segunda no siempre es loco, aunque siempre maniático; de mil tretas se vale el caballero de los Espejos para que venga con él á singular batalla, las ventas las reconoce por tales, el encantamiento de Dulcinea le parece increíble, y no queda enteramente persuadido de la verdad de él hasta que en el castillo de los Duques se le confirma el sabio Merlín. Si el cautiverio de Melisendra y el hallazgo del barco encantado le vuelven á sus antiguas locuras, no se obstina en ellas, como en los primeros tiempos, y los Duques tienen que recurrir á mil ardidés y tramar con sumo arte la urdiembre de sus engaños para que dé él crédito á sus fingimientos. Lo que nunca padece la menor alteración en Don Quijote es la invariable excelencia de su alma, su impertertable amor de la justicia, su generoso ánimo, sagrario de todas las virtudes sin flaqueza, la actividad de una beneficencia sin tasa, procedente no de una blandura de corazón que con facilidad se mueve á compasión, empero de una

fuelle muy más abundosa y pura, de la obligación en que con verdad se cree constituido de consagrar todas sus facultades y su vida entera en beneficio del linaje humano y del reino de la justicia y la virtud en la tierra.

El más notable carácter después del de Don Quijote es evidentemente el de su escudero Sancho Panza. Con todos los hábitos de la educación de un zafio aldeano, tiene cierta sagacidad natural que le advierte de las celadas de los embusteros, y que es más común en los rústicos de España que en los de ningún otro país. Sancho es interesado, malicioso, nada escrupuloso en mentir; sin ser cobarde huye los peligros; y con todo eso el lector se prenda de él por el sincero cariño que á su amo tiene, y que, más que el poco crédito que á las promesas del gobierno de su ínsula da, le empeña en seguirle por barrancos y encrucijadas, sin escuchar las propuestas de Tomé Cecial, ni rendirse á cuantas tentaciones de abandonarle las locuras de Don Quijote le ocasionan.

Repetir que es la boca de Sancho un perenne manantial de donaires, fuera decir lo que todo el mundo sabe; mas no puedo menos de notar que nunca este escudero es juglar, y por eso sus chistes no le hacen despreciable. Panza no se propone decir gracias por divertir á las personas con quienes está; aun cuando se le lleva la Duquesa consigo con ánimo de entretenerse con sus dichos, todas sus respuestas y razones las dice él muy de veras, y no es culpa suya si excitan la risa de la Duquesa y sus doncellas. Proviene las gracias de Sancho de que, habiendo siempre vivido en compañía de rústicos patanes, su repentino roce con sujetos principales, y su manía de hablar perpetuamente y meterse en todas las conversaciones, son causa de que diga mil sandeces y cometa otros tantos graciosos desaciertos. Ya hemos dicho que no siempre son sus chistes exentos de chocarrería, que rayan á veces en sucios y asquerosos; no obstante, este vicio es menos frecuente en *Don*

*Quijote* que en ninguna otra composición jocosa española.

La historia de los diez días que duró el gobierno de Sancho en la isla Barataria es uno de los mejores trozos de esta novela. Aunque en todo el transcurso de ella haya Cervantes retratado á este escudero como codicioso y no sobrado escrupuloso, en su gobierno se porta con un ejemplar desinterés, y en las más de sus decisiones falla con rara sagacidad y tino. No es ésta una contradicción; Cervantes sabía muy bien que un hombre bajo, repentinamente encumbrado á una alta dignidad, no se entrega los primeros días á sus depravados afectos; los principios siempre son buenos, cuando la elevación es inesperada; y los impulsos de la codicia y las soeces pasiones no se hacen obedecer hasta que, sosegado ya el ánimo, los atributos del poder pierden el embeleso de la novedad. Si Sancho falla con acierto las cuestiones que se le proponen, no hay para qué extrañarle; que Cervantes nos le pinta como un rústico que antes peca de malicioso que de necio. Por otra parte, los prudentes consejos de su amo los tiene presentes á su memoria, y la atención que en los negocios pone, y que es debida al vivo deseo de acertar, por no deslucir á su amo que ha sido su fiador con los Duques, todos estos móviles de sus acciones hacen verisímil cuanto en ellas parece que de su ordinaria capacidad excede.

Engolfarse en circunstanciar las hermosuras en que abunda esta obra magistral fuera nunca acabar, y la forma y límites de este discurso no nos permiten alargarnos. No podemos empero menos de recomendar el trozo donde describe Don Quijote la primitiva edad de oro, como uno de los más elocuentes y perfectos que en idioma ninguno se encuentran: acaso el único que en francés se le pueda comparar es el que, á imitación de Plutarco, pone Rousseau en su *Emilio* contra el uso de comer carne de animales.

La única novela española del siglo XVIII que citarse merezca es la historia de *Fray Gerundio de Campazas* del

Padre Isla, jesuíta. Fué el objeto de este ingenioso escritor enmendar ridiculizándolos los vicios de que adolecía el púlpito, y que eran tales cuales por el carácter de la sátira puede colegirse. Acometida la frailería en su alcázar, levantó los más desaforados gritos; y la siempre descarada Inquisición, no obstante el gran poder de los jesuítas, prohibió un escrito que podía contribuir á que cesaran desatinos tan absurdos como antireligiosos, pero en que cifraba la chusma frailesca una no corta porción de las estafas con que se enriquece. El más escandaloso abuso de los textos del viejo y nuevo Testamento, las más indecentes truhanerías aplicadas á la vida de Jesucristo y los santos, los más fútiles conceptillos, los equívocos más pueriles, y á veces más obscenos; en estos elementos se resolvían todos ó los más de los sermones. Juntaban los predicadores con tan relevantes dotes la más completa ignorancia de la teología dogmática, de la tradición, de las obligaciones naturales, civiles y religiosas; era su acción y su voz no la de ministros de un Dios remunerador y vengador, encargados de publicar sus misericordias, y amenazar con su justicia, mas la de viles histriones que con malos entremeces quieren entretener á un público fatuo. Mas como estas infamias producían abundantísimas limosnas para los conventos de frailes mendicantes, que son en nuestra España los empresarios de las misiones y otras farsas religiosas, la Inquisición, que se cura mucho de las religiones, y nada de la Religión, vedó al punto la lectura de un libro que podía disminuir unas rentas fundadas en la estolidez ilusa del pueblo entero. *Deja Fray Gerundio los estudios, y se mete á predicador*, es el satírico título del capítulo en que empieza el héroe la carrera del púlpito; y este título es la expresión de un hecho notorio en España hasta para los chiquillos, á saber, que los predicadores son los frailes que interrumpen sus estudios y no aspiran á la dignidad de maestros. Y hemos de confesar, si queremos ser sinceros, que merced de la prohibición

del *Fray Gerundio*, con corta diferencia los sermones de hoy día, especialmente los de los misioneros, pocas ó ningunas ventajas sacan á los de este adalid de la sacra elocuencia.

Si consideramos ahora el mérito literario de *Fray Gerundio*, hallaremos que es tan inferior al de *Don Quijote*, que aun al paralelo se resiste. No podía ser menos. Uniformes siempre los lances, ceñidos á una reducidísima esfera los caracteres de los interlocutores, privada la novela de variedad, que es el alma del deleite, á los amenos ó interesantes episodios del cuento de Cervantes sustituye el Padre Isla largas disertaciones de teología, máximas de elocuencia sagrada, refutaciones insulsas del *Barbadiño*; y como no hacen otra cosa Fray Blas y Fray Gerundio que predicar, sus sermones, puesto que entretenidos y chistosos sobre manera, empalagan al cabo al lector. Sin duda la enseñanza del maestro de escuela de Campazas y las lecciones de latinidad del dómíne Taranilla provocan á risa; mas ¿cuánto no aburren los razonamientos del Padre Fray Prudencio, y en general todo cuanto serio contiene el libro entero? Acaso hubiera salido mejor esta novela si Fray Gerundio se hubiera poco á poco enmendado de sus desaciertos hasta llegar á ser un predicador tan elocuente como docto y piadoso, y si hubieran sido sus postreros sermones dechados de la sana elocuencia del púlpito, como lo son los primeros de cuantos desbarros á un loco rematado pueden ocurrirle. Pero el capital defecto de que adolece esta producción es su prolijidad; dos abultados tomos que contiene pudieran ceñirse á la mitad de uno, y entonces hubiera campeado el donaire tan natural como ameno del Padre Isla; y si hubiera seguido el plan de presentar enmendado á su héroe, habría podido ofrecer en sus últimos sermones modelos que con los de Bourdaloue y Massillón compitiesen. Alabemos, empero, el estilo siempre puro y castizo, las festivas y parecidas pinturas en que abunda esta obra, la ironía amarga

con que de muchas vulgares supersticiones se burla el autor, el aborrecimiento y desprecio que á las opiniones laxas de moral profesa, dotes eso más recomendables que era el escritor miembro de la Compañía de Jesús.

Á esta clase de escritos se pudieran reducir los viajes que, como el del pretenso *Henrique Wanton al país de las Monas*, esconden bajo la ficción de imaginarios pueblos la pintura de las costumbres, opiniones, leyes y estilos de su propio país, y también los que, figurando un viajante fantástico, como en las *Cartas Marruecas* de Cadahalso, le atribuyen las observaciones y reflexiones que los autores han hecho. El original del *Viaje al país de las Monas* es un libro italiano poco conocido y menos apreciado; pero el traductor, ó más antes imitador español, ha añadido y mudado infinitas cosas de su original, dejándole indisputablemente muy mejorado. Cadahalso tuvo sin duda presente, cuando compuso sus *Cartas Marruecas*, las *Persianas* del inmortal Montesquieu; mas aun prescindiendo de la notable inferioridad de ingenio, nunca su obra hubiera podido competir con la del Presidente de Burdeos. La madura reflexión de Usbek, la satírica sagacidad de Rica de todos los asuntos promiscuamente tratan; todo lo examinan; todo lo bueno lo elogian y lo aprueban, todo lo malo lo vituperan y satirizan; palacio, magistratura, clero, leyes, costumbres, religión, ciencias, moral, todo lo escudriñan, de todo fallan, y no cierto con indulgencia ni miramientos. Cadahalso vivía en el pueblo más ignorante, más avasallado y más supersticioso de Europa; y la Inquisición y el Gobierno á porfía perseguían á cuantos la verdad más indiferente publicaban, como persiguen hoy, y perseguirán por los siglos de los siglos, mientras subsistiere aquélla, y no mudare éste de naturaleza; lo dicho basta para conocer, sin detenernos mas en ello, cuán privada de fuego, acción y vida está la composición de Cadahalso. Este autor era indisputablemente hombre de talento, y en tal cual trozo de su obra

se columbra: mas ¿qué vale la agilidad de pies á quien con pesados grillos los tiene trabados?

Pasemos al poema épico, que es el que por su naturaleza más se arrima á la novela. Divídese la epopeya en heroica y jocosa, como el drama en trágico y cómico. Pérdida dolorosa para la literatura es la del *Margites*, en que nos había dejado Homero el modelo del segundo género, como en la *Iliada* y en la *Odisea* el del primero, puesto que la *Odisea* más puede mirarse en mi entender como un género medio, como el de las comedias togadas de los Romanos, ó el de los dramas patéticos de los Franceses. De la epopeya seria castellana en dos palabras concluiremos: ni *La Austriada* de Rufo, ni *La Araucana* de Ercilla, ni otros trescientos poemas calificados de epopeyas por sus autores tienen el menor viso de tales; y si los otros ramos de literatura no se hubieran cultivado con más fruto en España, en un renglón se habría concluído este discurso. Lo mismo digo del género mixto, que se puede llamar epopeya novelesca, en que se ejercitaron con acierto Bernardo Taso, padre de Torquato, y otros Italianos, y que encumbró hasta el último ápice de perfección el divino Ariosto. *El Bernardo* de Valbuena es un cuento disparatado, sin poesía, sin imaginación, sin arte; el autor tenía presente el dechado del Ariosto, y á su heroína la ha llamado Arcangélica, á imitación de Angélica; mas aunque la hubiera llamado Serafina, no dejara ella de ser el más insulso personaje que dable sea. Con suma atención he leído este poema, que había oído alabar mucho siendo mozo, sin poder nunca haberle á las manos, y el único fruto que después de leído y releído de él he sacado, es poder aconsejar á mis lectores que no se prueben á sufrir los ratos de inaguantable fastidio que me ha causado.

*La Mosquea* y *La Gatomaquia* son imitaciones más felices de la *Batracomyomaquia* que con nombre de Homero corre: la última, menos cargada de incidentes y lances, me



parece sacar muchas ventajas á la primera. Un juicioso crítico dice con razón que tábanos, mosquitos y otros asquerosos insectos no pueden ser actores de una epopeya jocosa, porque la idea de estos animales levanta el estómago, y que lo que es sucio no puede presentarse á la imaginación sin provocar á indignación y asco á los lectores. Lope de Vega supo zafarse de este inconveniente: Marramaquiz y Mizifuf, Zapaquilda y Micilda nada ofrecen de repugnante; el denuedo y la arrogancia del primero recuerdan no sin gloria del poeta el arrojó de Aquiles y la incontrastable furia de Rodomonte. La versificación es siempre flúida, poético el estilo sin pecar de culto ni conceptuoso, donoso sin chocarrería, y dotado de la increíble facilidad que en todas las obras de Lope resplandece, y que se puede mirar como característica de este escritor. Lejos de poner en boca de héroes verdaderos razones de juglares, lejos de convertir en burlescas caricaturas propias de Pulchinela las atrevidas imágenes del ingenio, como hace Quevedo en su poema jocoso de *Orlando*, atribuye con más acierto Lope á su Marramaquiz el terrible arrojó de Aquiles, y á Mizifuf la noble generosidad de Héctor. Así la primera de estas composiciones repugna á quien tiene acendrado el gusto con la lectura de los buenos modelos, y la segunda es una de las obras que, como *El Cubo robado* de Tassoni, ó *El Facistol* de Boileau, se leen con satisfacción una y veinte veces.

El poema dramático es hijo de la epopeya, tanto que los Griegos reputaron á Homero por padre de su teatro. En este género de composiciones somos los Españoles, si á la muchedumbre de comedias, tragedias, tragicomedias, autos sacramentales, etc., atendemos, muy más ricos que todas las demás naciones juntas de Europa. Si el mérito de estas composiciones miramos, todavía ocupa nuestra escena un lugar muy eminente en la moderna historia literaria, puesto que ninguna de nuestras antiguas comedias sea, no digo yo perfecta, mas ni siquiera arreglada al arte, quiero decir á

aquella pureza de formas que nos han dejado los Griegos vinculada en los ejemplos de sus poetas, y en los preceptos de sus críticos. No es nuestro ánimo escribir aquí la historia de nuestro teatro; acaso, si gozamos mas larga vida, desempeñaremos esta tarea en una obra que tenemos meditada; el plan de este discurso preliminar no nos permite más que algunas reflexiones hijas del estudio de nuestros poetas dramáticos, y que son los últimos resultados de nuestras meditaciones en esta materia. Consideren nuestros lectores lo que vamos á decir, como aquellas proposiciones de óptica, de mecánica, ó astronomía, donde da un autor las resultas de sus arduos y prolijos cálculos, sin corroborarlas con las demostraciones en que las funda, y que suponen la resolución de dificultosas ecuaciones diferenciales, y el uso más expedito del cálculo integral. Tan pingüe es la materia, que, por más que abreviarla queramos, no podremos menos de extendernos un poco.

Ni *La Celestina*, ni las obras que á su imitación luego se hicieron, tuvieron influjo notable en la forma de nuestro teatro, y las que el actor y autor Lope de Rueda representaba bien se pueden comparar á las que declamaba Téspis cuando estaba en su cuna el teatro griego. Como no nos proponemos escribir la historia del teatro español, no diremos por qué serie de sucesos á las composiciones dramáticas de Naharro, muy menos distantes de la verdadera comedia de los antiguos que las posteriores, se sucedieron, andando los tiempos, las de Calderón y Solís; que no se trata en esta portada del edificio de nuestra literatura de seguir escrupulosamente y día por día las épocas, mas sí de hacer ver cómo el estado político de la nación ha influido en el literario, y el puesto que en cada género de literatura compete á nuestra España entre las naciones cultas de la moderna Europa.

Ya en tiempo de Naharro eran nuestros frailes los más torpes y más disolutos de los mortales. Cuando introduce

este poeta á un infame, sordo al honor, á los gritos de la conciencia, encenagado en el lodazal de los más hediondos vicios, pinta un fraile, porque en la frailería se ha encontrado en todos tiempos en España cuanto arroja más soez la escoria del linaje humano. Las comedias de Naharro se imprimieron sin contradicción en España (me parece que fué en Sevilla) á principios del siglo XVI, pero en breve cortó la Inquisición los vuelos á los poetas cómicos, y si permitió representar frailes en las tablas, fué pintándolos como dechados de santidad. Y no se ha de creer que la comedia del *Diablo Predicador*, en que con nombre de Fray Obediente Forzado se introduce á Lucifer en hábito de fraile francisco, predicando á los mundanos que den limosna á los religiosos de su Orden, se haya compuesto con ánimo de satirizar la frailería, como se piensan muchos: muy lejos de eso; el objeto que se propuso el poeta fué poner palpable la santidad de la regla y el mérito que las dádivas que á la religión de San Francisco se hacían tenían para con Dios, pues forzaba su omnipotencia al demonio mismo á que exhortara á los humanos á obra tan benemérita, en pena de haber endurecido los corazones de los fieles, induciéndolos á que negasen sus socorros á los hijos del seráfico patriarca. Permítaseme observar que no es de críticos prudentes atribuir á los escritores de otro siglo las ideas del presente, á los de un pueblo ignorante y supersticioso las de una nación culta y filósofa, las de un sabio académico á un zafio predicador ó á un estúpido coplero. Sermones he oído y leído yo tan atestados de blasfemias y de indignidades tan extravagantes acerca de Dios, de Jesucristo y sus santos, que parece increíble que no hayan sido compuestos por un enemigo irreconciliable de toda religión, no ya del Cristianismo, con el fin de ridiculizar y hacer odioso todo culto de un ser sobrenatural. Esto no quita que sea para mí cosa demostrada que los tales sermones están escritos sin malicia, y que sus autores creían, sinó contribuir

á la gloria de Dios, á lo menos no hablar en desdoro de la Divinidad. Uno de ellos empieza su plática proponiendo á sus oyentes un casamiento, elogiando sin tasa á la novia, pintándola rica, hermosa, bien quista de los grandes de la tierra, ornada de todas las prendas, dotes y gracias; un solo defecto se le puede achacar, que es hija del diablo; la novia es la mentira... Mas no veo que sin pensar de la escena he pasado á tratar del púlpito; atajemos esta digresión, procedida acaso de la analogía entre predicadores y comediantes.

Difícil cosa es deslindar qué diferencia de comedias á tragedias hacían nuestros autores dramáticos, ni por qué Lope de Vega llamó comedias unas de sus composiciones teatrales, y tragedias otras. Cristóbal de Mesa, Lupercio Argensola, el autor de *Nise lastimosa* y *Nise laureada*, etc., compusieron tragedias que más ó menos se acercaron á las griegas; mas las que llamó así Lope en nada se parecen á las de Sófocles y Eurípides. De suerte que no siendo posible formarse idea de lo que en la mente de nuestros poetas constituía la distinción, ó más bien pudiendo afirmar, como cosa averiguada, que no distinguían las composiciones cómicas de las tragedias, tampoco las distinguiré yo tratando de las producciones dramáticas españolas de la décimaséptima centuria.

Si la fluidez de la versificación más fácil, si una elocución tan natural, puesto que sujeta á las dificultosas reglas de las quintillas en consonante, que parece que en la más libre prosa no era dable encontrar más adecuadas y propias expresiones, si la abundancia unida con la pureza y tersura del más castizo castellano bastaran para constituir el estilo propio de la comedia, nada faltaría en esta parte á Lope de Vega. Añádanse á estas dotes ya tan apreciables caracteres delineados á veces con felicidad, cual el de la Melindrosa en *Los Melindres de Belisa*, el de la Buscona en *El Anzuelo de Fenisa*, el del Marido disoluto en *La Bella mal*

*maridada*, el del Desconfiado en la comedia de este nombre, el de la Celosa sin amor y por mera vanidad en *El Perro del hortelano*, etc., y crecerá más la idea del relevante mérito de nuestro fecundo autor. Sin ser tan intrincados los lances de las comedias de Lope como los de Calderón, lo son bastante para excitar poderosamente la atención; y por lo común son los desenlaces más verisímiles y más naturales las catástrofes.

Adolecen casi todos nuestros poetas dramáticos del defecto capital de no retratar nunca un carácter verdaderamente virtuoso; no porque sigan el juicioso precepto de Aristóteles, que quiere que los actores no sean exentos de flaquezas para excitar los afectos de compasión y terror, mas sí porque ninguno de ellos tenía cabal y exacta idea de la virtud moral. En el siglo décimoséptimo ya habían producido todas sus perniciosas consecuencias la Inquisición y el despotismo que por espacio de doscientos años se habían enseñoreado de la nación; el Tribunal de la Fe más particularmente no se ceñía á castigar á los doctos y á sofocar el saber, mas también amparaba y propagaba manifiestamente y sin rebozo las máximas de los moralistas de la escuela del probabilismo, y á escondidas y socapa la horrenda disolución de los molinosistas. La Inquisición es ciertamente la más villana, la más infame, la más execrable institución que la lamentable historia de los horrores y torpezas de los pasados y presentes siglos ofrece; tal es empero el respeto que á la verdad profeso, que ni aun este Tribunal será nunca el blanco de una calumnia de mi boca ó de mi pluma. Dispuesto estoy á sustentar la verdad de lo que acabo de afirmar; es á saber, que á la Inquisición sola debe la España el oscuro quietismo que con nombre de molinosismo es en la nación tan general, que tiene inficionados los confesonarios, y desde ellos ha cundido en las familias, donde ha hecho espantosos estragos, desarraigando toda idea de sana moral en los ánimos en que se ha asentado,

y aflojando los vínculos del pudor aun en aquellos donde no ha tenido cabida.

Consecuencia natural de tan equivocadas ideas acerca de la esencia de la virtud, es que aquellos que presenta visiblemente el poeta como dechados de ella, cometen acciones execrables según las máximas de la sana moral. En *La Estrella de Sevilla* Sancho Ortiz de las Roelas quita la vida á su mejor amigo, que iba á ser su cuñado, sólo porque se lo manda el Rey, y luego se deja condenar á muerte por no querer descubrir que éste le había mandado tan culpada acción. Ni el más leve remordimiento embate el alma de Sancho; siente á par de muerte el habérsela dado á su amigo, al hermano de su amada; se lamenta, sí, mas no se arrepiente. Tan incomprendible conducta procede de la fatal máxima, ya entonces universalmente acreditada, de que es el rey dueño absoluto de la hacienda y vida de sus vasallos, y que honran sus preceptos á aquel á quien da el cargo de que se las quite á otro. Esta opinión tan diametralmente opuesta á las primeras nociones de moral parecía tan inconcusa en la nación, que el célebre secretario de Felipe II, Antonio Pérez, hizo asesinar á Escovedo por mandado del Monarca, y confiesa en sus cartas este abominable delito como la cosa más natural y menos digna de vituperio. Á cada paso se lavan con sangre derramada á traición los agravios recibidos; las más despiadadas crueldades son materia de encomio cuando se ejercitan contra los enemigos del rey y de la fe católica. Más descabellada es la moral de las comedias de santos; aquí San Isidro pasa los días en la iglesia en vez de hacer la labor que le tiene encomendada su amo, y su ángel de guarda conduce por él el arado y labra la tierra. Más allá un padre que teme que los Moros que van á entrar en Madrid roben el honor á sus hijas, las degüella todas por vía de precaución, sale á la batalla, vuelve vencedor, y las encuentra resucitadas por el poder de Nuestra Señora de Atocha. La tornera de un con-

vento se huye de él con su amante, encomienda al irse las llaves á una imagen de la Virgen, vuelve arrepentida al cabo de largos años, y se encuentra con la Virgen que ha tomado su figura, ha desempeñado su ministerio, y nadie ha advertido su ausencia. Así, si miramos como escuela de moral la escena, apenas se hallará otra que más influya para estragar un pueblo que la española.

Dejando aparte defecto tan clásico, no puede negarse que muchas de nuestras comedias excitan sobre manera la conmiseración, más á la verdad por lo patético de las situaciones que por lo natural de las expresiones de los interlocutores; que hemos de confesar que si en los lances cómicos, y en los coloquios en que no se trata de exhalar quejas que el dolor arranca, son á veces nuestros poetas dechados de naturalidad, se dejan casi siempre llevar de la manía de ser conceptuosos cuando debieran ser afectuosos y tiernos. La dama de *Sancho Ortiz*, forzada á demandar justicia al Rey contra el matador de su hermano, á quien adora, y desempeñando esta tremenda obligación, cohechando luego al alcaide de la cárcel que encierra á su amante, y ofreciéndole medios para la fuga, que éste desecha, es visiblemente el modelo que imitó Corneille en su Ximena; y si los Franceses sus contemporáneos hubieran sido más versados en nuestra literatura, con más razón le hubieran achacado ser plagiarlo de Lope de Vega que de Guillén de Castro. No obstante aun en la elocución Lope, indisputablemente superior como versificante á todos los poetas dramáticos españoles, adolece menos de la manía de sustituir conceptos y agudezas á patéticos y tiernos lamentos que Calderón y Moreto.

Cuando Lope ha representado sucesos de los pasados tiempos, ó de pueblos extraños, casi nunca ha hecho otra cosa que bautizar con nombres griegos, romanos, húngaros, polacos, ó godos, á los Españoles del tiempo de Felipe II y Felipe III. No es empero tan general este defecto en él, que

no retrate muchas veces con sumo acierto las verdaderas costumbres de otros países, y hasta de naciones salvajes. Citaré en prueba la feliz ocurrencia del Guanche que, comisionado para llevar unas frutas al gobernador español, habiéndose comido en camino la mitad, niega el hurto; reconvenido por una carta que llevaba en que se expresaba todo cuanto se le había dado, se figura que el papel ha sido su acusador, y queriendo en otra segunda ocasión repetir el hurto, entierra la carta para que no le vea, y sacándola luego muy satisfecho con su precaución, no sabe cómo explicar que le arguyan por ella de robo.

No es cierto, como lo han afirmado algunos modernos críticos, que adolezcan nuestras comedias del vicio de la uniformidad, que sean todas ellas parecidas, y que, mudados los nombres, se encuentre idéntico el enredo en todas. En Lope, en Moreto, en Solís, en Cañizares y aun en Tirso de Molina hay caracteres delineados con verdad y valentía; en las más de las comedias de figurón se retrata, á veces con suma felicidad, un carácter cómico; la credulidad risible de un escolar majadero en *El hechizado por fuerza*; la astucia, y si me es permitido usar de una voz, aunque baja, expresiva, las *marrullerías* de un hacendado sagaz y astuto en medio de los más arduos lances en que le ponen los disturbios civiles, en *Yo me entiendo, y Dios me entiende*; las locuras de una vieja beata, retrechera y aficionada á cortejos en *La tía y la sobrina*, etc. En las comedias que llamamos *de capa y espada*, es cierto que casi siempre pende el enredo de mujeres tapadas, hombres disfrazados, citas nocturnas, escondites y peticiones, que se concluyen con una ó muchas bodas de repente. Mas este defecto más es consecuencia necesaria de los estilos y costumbres del tiempo, que argumento de esterilidad de ingenio de los autores dramáticos. Calderón es el que más ha usado y abusado de estos medios, y en todo su teatro no hay una comedia que pinte un carácter teatral, como no sea la del *Garrote*



*más bien dado*, parto de un ingenio capaz de encumbrarse á las más altas regiones de la poesía dramática. ¡Lastimosa suerte, que un talento capaz de las combinaciones que para imaginar los caracteres del Capitán y el Alcalde de Zalamea se requieren, haya malgastado su tiempo en extravagancias, como *La banda y la flor*, *Auristela y Lisidante*, *Las manos blancas no ofenden*, y otras no menos desatinadas producciones!

Todavía es innegable que la contextura de lo que califican nuestros antiguos poetas de *comedia famosa* es tal que debía costar pocos afanes y vigiliás su fábrica. Las más de las de capa y espada son lances inconexos sucedidos casi siempre en épocas muy diferentes, y en diversos países; sin más unidad de acción y de interés que de tiempo y lugar; cuatro conceptos enjergados en malas coplas de asonantes, Clície enamorada del Sol, la Rosa reina del caduco imperio de las flores, el fénix que de sus propias cenizas, hijo y padre de sí mismo, renace, y otra cáfila de insulsos disparates. *La mar es el bruto salado*, el arroyo *sierpe de plata*, el concierto de las aves *capilla de alados músicos*, un león *el bárbaro rey del valle*; finalmente, todos los epítetos están con igual desacierto aplicados.

Con tantos y tan esenciales desvaríos, que más que en ningún otro son frecuentes en Calderón, las antiguas comedias, y más especialmente las de este poeta, producen en los lectores el efecto de que, una vez empezadas, es imposible abandonar su lectura. No son causa los chistes de los que llaman Graciosos, casi siempre insípidos, y privados hasta de aquella sal andaluza que en los dichos de los suyos derramó á manos llenas Moreto; mucho menos lo patético de los razonamientos cuando persigue la adversidad á los actores, que casi siempre prorrumpen entonces en miserables equívocos ó pueriles conceptos; tampoco la magnanimidad y nobleza de sus generosos pechos, porque ni tenía Calderón ideas más puras de lo que constituye la

verdadera virtud y el heroísmo que sus coetáneos, ni son más dignos de aprecio los héroes de sus comedias. Otra es la causa, y no importa menos el deslindarla para nuestra historia política que literaria.

Eran los Españoles del siglo de Felipe IV tan estragados en sus costumbres, como militares y valientes; acostumbrados á lidiar con los estorbos que más insuperables parecían, y á vencerlos, se había tornado en propiedad característica de su índole un tesón inflexible, y el poco vigor de la fuerza represiva de los privados delitos hacía comunes las venganzas que convertía la invencible entereza de los moradores en implacables enemistades y rencores. El asesinato del ofensor, aun cometido á manos asalariadas por el ofendido, en vez de deshorrar á éste lavaba su afrenta, con tal que no manifestase un ánimo apocado, y supiese con denodado pecho arrostrar los riesgos que de la ejecución de su venganza eran necesaria consecuencia, en un país donde era hereditario el encono, y borrón el olvido de las injurias recibidas. Cuando semejante carácter es común en los nacionales, ofrece no sé cuál grandeza que pasma á quien en acción le contempla. En un pueblo donde los habitantes suplen con su energía la insuficiencia de la ley, y se sustituyen á la impotente magistratura, la tremenda potestad que se han arrogado infunde cierto pavor que se enseñoorea de la imaginación, y les tributamos mal que nos pese un involuntario acatamiento. Así sucede con los más de los galanes de Calderón; más escrupulosos, menos vengativos, más obedientes á las leyes, excitarían menos atención sus acciones, que sin ser dignas de admiración nos pasman por extrañas, y sin movernos á lástima excitan poderosamente nuestra curiosidad. Atraviesa el espectador ó el lector vivamente conmovido una intrincada maleza de sandeces y desatinos por llegar á la meta que desde lejos columbra, y tan clavados en ella tiene los ojos, tan absorto el pensamiento, que apenas distingue lo fragoso

y erizado de los senderos por donde el autor le arrastra.

Si cuando los tudescos defensores del romanticismo ó novelaría dijeron que cada pueblo debía cultivar una literatura peculiar y privativa, se hubieran ceñido á decir que cada nación debe pintar sus propias costumbres, y ornarlas con los arreos que más á la índole de su idioma, á las inclinaciones, estilos y costumbres de los nacionales se adaptan, hubieran profesado una máxima de inconcusa verdad. Mas lo descabellado de su proposición se cifra en que han supuesto que hay en cada país reglas diferentes y á veces diametralmente opuestas, que constituyen los preceptos de cada género de composición y poema; aserción no menos disparatada que si dijeran que las proporciones de los modelos de la escultura griega debían ser desatendidas por los modernos escultores. Las leyes de la epopeya y el drama las mismas son hoy que en tiempo de Homero y Sófocles fueron, y que serán en todos los siglos; y no porque las hayan quebrantado Lucano y Estacio, ni porque las haya violado Esquilo, pierden su fuerza, que no son los yerros de los antiguos de más autoridad contra la razón que los de los modernos. Obró, pues, Calderón y obraron los demás ingenios cómicos españoles con sumo acierto retratando las costumbres del siglo y el pueblo en que escribían, especialmente cuando no disfrazaban (yerro descomunil que casi siempre cometían) con nombre de Griegos y Romanos á sus paisanos y contemporáneos; pero se descarriaron del buen camino cuando hollaron bajo sus plantas cuantas reglas de composición dramática de los preceptos y ejemplos de los antiguos, del uso de la sana razón, de la observación de la naturaleza eran dimanadas. No son las reglas carriles por donde ha de dirigirse perpetuamente el que pretenda lanzarse en la carrera de las letras; son, sí, antorchas que le alumbran para que no se despeñe en barrancos y precipicios. La más puntual y rigurosa observancia de las reglas del arte hermosura ninguna ni poética ni oratoria en-

gendra, mas enseña á enmendar los desaciertos y borrar las disformidades. Á elogio ninguno es acreedor quien á no quebrantarlas se ciñe, si al mismo tiempo no le dicta su ingenio hermosos pensamientos, osadas y naturales figuras, y todo cuanto las dotes de una obra literaria constituye. Podrá decir: *evité los yerros, mas no merecí prez y loa*; y no pocas veces la empalagosa y nunca desmentida medianía de un autor arreglado al arte, y pobre de ingenio, es más fastidiosa que los desvaríos más desatinados de un ingenioso loco.

En *La vida es sueño* de Calderón y en otras composiciones dramáticas de este poeta y de Moreto se nota una filosofía algo menos circunspecta, un poco más de desprendimiento de las más soeces y villanas supersticiones que en las de los autores que bajo el reinado de Felipe III escribían. Más absoluto, más altivo, más avasallador el Conde-duque que el Duque de Lerma, fué menos mezquino en sus ideas, menos supersticioso, menos esclavo de la ralea frailesca. La ignorancia de Felipe IV, menos supina que la de su devoto y estúpido padre, se maridaba en aquél con una disolución de costumbres, que mal podía con el fervor de la religión avenirse. En las escenas de las monjas de San Plácido, por las cuales el autor de la nueva *Historia de la Inquisición*, el señor Llorente, pasa como por cima de ascuas, sin duda porque lo escandaloso que para ser puntual había de ser su cuento desdice de su profesión de sacerdote, representó el Monarca uno de los principales papeles. Las anécdotas del siglo XVII han conservado la memoria de las comedias de repente que en el cuarto del Rey se representaban, sacadas casi siempre de historias de la Escritura tratadas á lo burlesco, en las cuales hacían papel los más ilustres ingenios de aquella época, y el mismo Rey, y en que llegaba la befa de los más sagrados misterios á tanto, que ordenado Calderón de sacerdote, se abstuvo por escrúpulos de seguir participando de ellas. La respuesta

que en una de estas farsas dió el que hacía de Eterno Padre al que figuraba el primer hombre, y que había dicho una prolija relación, bastará para que se formen nuestros lectores idea del desacato con que era la Religión tratada en estas concurrencias:

Por Cristo crucificado  
Que, como soy pecador,  
Me pesa de haber criado  
Un Adán tan hablador.

En la comedia del *Mariscal de Biron*, del doctor Juan Pérez de Montalbán, pone éste en boca de su protagonista ideas acerca del suicidio y del temor de la muerte, más propias de un estóico criado en el pórtico de Atenas que de un católico español educado en la escuela de Santo Tomás, Suárez, ó Escoto. Quiso la fatal estrella de España que pereciera antes de su desarrollo este informe embrión de libertad de pensar; la rebelión de Portugal, donde no cesó la Inquisición de tramar conspiraciones en favor del Rey de España, y más que todo la imponderable estolidez y la flaqueza de Carlos II, con quien pudo tanto la frailetería que se llegó á persuadir que estaba endemoniado, y á sujetarse á que le conjuraran como energúmeno, restituyó á la Inquisición todo su pestilente influjo. ¡Época funesta para España, que sólo con la actual puede ser comparada!

Á la época de Felipe IV pertenece también Moreto, el cual, si es su versificación menos flúida, menos armoniosa que la de Calderón, y sobre todo la de Lope, sus planes muy mejor hilados, el desenlace de sus enredos muy más sencillo y natural, los donaires de sus Graciosos más festivos, las costumbres del país y del siglo con más propiedad y viveza retratadas, y más que todo los caracteres de los interlocutores dibujados con más maestro pincel, coloridos con más valientes rasgos, y más constantes consigo propios, le constituyen sin disputa el primero de nuestros ingenios cómicos. En las comedias de Moreto es la acción más

*una*, menos repugnantes las irregularidades, menos monstruosos y extravagantes los yerros contra el arte. En poco está que en muchas de sus comedias se sujete á las tres unidades con todo rigor. Si no es su elocución tan flúida como la de Lope, ni tan poética como la de Calderón, campea casi siempre en ella tanta naturalidad, que merece estudiarse como el más perfecto dechado de diálogo, menos en aquellos trozos que se dejó arrastrar de la manía del concepto, dolencia universal de su siglo. Quítese la impertinente comparación *del pez, el hilo, y la caña*, y díganme si puede darse modelo más acabado que el coloquio de Diana y su amante en el baile, en la escena de *El desdén con el desdén*. ¡Cuántos trozos con no menos verdad y naturalidad escritos en *La tía y la sobrina*! ¡cuántos en *El estudiante Pantoja*!

*El Mariscal de Biron*, de Montalbán, y *El villano del Danubio* son dos comedias de aquel siglo en extremo notables, más porque una y otra están llenas de reflexiones hijas de una filosofía muy rara en los escritores coetáneos, que como producciones del arte. La primera respira el desprecio de la muerte unido al miedo de la infamia, afecto que nunca en los ánimos hidalgos muere. En la segunda el Villano afea delante del Senado de Roma los excesos y horrores que con los vencidos los Romanos cometen, con una energía propia del esforzado y generoso pecho de un republicano; valentía que eso más merece loarse que no era dificultoso reparar en alusiones que se equivocaban con las crueldades que con los flamencos habían ejercitado los Españoles. Sea como fuere, el razonamiento del Villano es un trozo de tan alta elocuencia, que con el más sublime de Corneille en este género puede cotejarse, sin temor de que de tan alta comparación salga deslucido.

Á Calderón y Moreto sucedió Solís, que puesto que escritor de tan relevantes prendas en prosa no manejó sin primor el verso de sus comedias. *El amor al uso* es la

mejor de todas ellas; retrato natural de las tretas del galanteo en los pueblos modernos, le asiste la preciosa propiedad de pintar las cosas como ellas son, y no como las fingien novelescos y mentidos convenios. El amor en los pueblos de Europa rara vez es otra cosa que el ansia de gozos, en pos de los cuales corren ambos sexos á porfía, disfrazando el uno con nombre de recato, y de pasión el otro, la corta escaramuza que al seguro vencimiento de aquél y al fácil triunfo de éste antecede. No pretendo yo satirizar por esta observación las costumbres de los Europeos modernos; la facilidad de satisfacer gustos vedados á los antiguos Griegos y á los Orientales de nuestro tiempo pende de la organización de nuestro estado social, á todas luces más perfecta que la de aquéllos y éstos. Mas no por eso es cosa menos risible ver en casi todas nuestras novelas los estorbos insuperables que á la satisfacción de sus amantes ponen sus damas, casi siempre prendadas de ellos, y que lidian contra los impulsos de su propio corazón y la porfía de sus enamorados con más valor y constancia que con el descomedido Tarquino la casta Lucrecia.

*Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi.*

Así es que nadie puede leer ó ver esta comedia de Solís sin quedar prendado del desenfado y las gracias de cada una de las tres damas que en ella hablan, y creo que á las mujeres les sucede lo mismo con los galanes. La constancia de Isabel en *La más constante mujer*, dote podrá ser muy apreciable; mas lo cierto es que nunca envidié yo su amada á D. Carlos, ni hubiera dado un paso por derrocar su fastidiosa cuanto loable firmeza. *La Gitanilla de Madrid*, puesto que sacada de la excelente novela con el mismo título de nuestro incomparable Cervantes, ofrece lances verdaderamente dramáticos, y el carácter de *Preciosa* es uno de los más extraños y mejor desempeñados de nuestro teatro. Excepuando en *Triunfos de amor y fortuna*, que más bien es ópera ó zarzuela, que comedia, el juicioso So-

lís se ha preservado de los desatinos tan comunes en Calderón.

Las comedias de figurón que en tiempo de Felipe V hizo de moda Cañizares se acercan mucho más á las de Plauto, Terencio y Molière que las de ninguno de sus predecesores. La comedia *chistosa* será siempre la que por antonomasia merezca este nombre; no porque no conocieran los antiguos la seria de los modernos, y aun acaso el drama, que la definición que de las *togadas* nos han dejado no se aviene mal con la contextura de lo que en estos últimos tiempos han llamado *drama* los Franceses, mas sí porque es muy más arduo empeño ridiculizar un vicio y ser chistoso sin pecar en juglar, acerar el odio contra la perversidad moviendo á risa el malo, ora de él propio, ora de los que engaña, poner patentes á los ojos de los espectadores, con ejemplos sacados de la vida común, las malas consecuencias que trae el vicio, y las buenas que acarrea la virtud, no aquella ascética que so pena de muerte eterna predicán los histriones de sayal y capilla, mas sí la que so pena de odio y desprecio de sus conciudadanos está obligado á practicar quien vive en sociedad humana; enseñar y reprender, sin cesar de entretener y deleitar; más arduo, repito, es este empeño que arrancar algunos llantos con lances extraños ó inverisímiles, poner en tosca prosa, ó en desaliñados y prosáicos versos luengas y aburridoras pláticas, condenar á muerte en el teatro á un reo, hacer que le venga luego el perdón, y llenar el intervalo con comentarios, ora de Bobadilla, ora de Beccaria.

El impulso que al humano entendimiento habían dado los filósofos del siglo XVII y principios del siguiente se empezó á resentir en España á fines del reinado del primer Borbón, puesto que en nada contribuyó el inepto y automático monarca. El *Teatro crítico* de Feyjóo, el cual se propuso desterrar algunas paparruchas que en los países extranjeros solamente los hombres sin la más leve tintura de



letras podían admitir, pero que en España fomentaba y amparaba la siempre infame Inquisición, fué el primer destello de una luz que, no habiendo podido prender por falta de pábulo, siempre ha permanecido falleciente y mortecina, y que los postreros sucesos totalmente, y acaso para siempre, han apagado. Varios académicos imaginaron el proyecto de resucitar los buenos estudios de la sana literatura; escribió el apreciable Luzán su *Poética*, en que corroboró los inconcusos preceptos de la antigüedad con ejemplos sacados de poetas españoles; y los partidarios del equivoco, que al culteranismo del siglo anterior habían sustituido Gerardo Lobo, la Monja de Méjico, y un Maestro León que en nada se parece al Maestro León coetáneo de Felipe II, se callaron ó enmendados ó corridos, siendo la publicación de las poesías del cura de Fruime el postrer aliento de esta moribunda secta. Los restauradores del gusto fino dieron con los preceptos el ejemplo; Montiano compuso dos tragedias, D. Nicolás Moratín tres con la comedia de *La Petimetra*; tradujo Huerta la *Zaira* de Voltaire, y escribió la *Raquel*, original suya.

*La Petimetra* apareció y desapareció muy en breve del teatro, y hemos de confesar que apenas tiene otra dote que la de una insulsa regularidad que ningún realce puede dar á lances que ni llaman la atención, ni mueven á risa, á un estilo sin color, á un enredo sin acción, á un desenlace sin interés. La petimetrería no es carácter cómico; la manía de vestirse y prenderse, si es excesiva en una mujer, podrá ocasionar tal vez la risa en una concurrencia particular, mas nunca parecerá cómica en un teatro; que ha de tener el poeta presente que, puesto que todo lo cómico es risible, no todo lo risible es cómico.

*Los Menestrales* de D. Cándido Trigueros, aunque premiados como la mejor composición dramática que para solemnizar el nacimiento de los infantes gemelos, hijos de Carlos IV, se presentó al concurso, es aún más defectuosa

que *La Petimetra*. Toda ella está sembrada de máximas en sí muy buenas, mas inaguantables en el teatro, donde no se va á oír sermones, mas sí á ver una acción que captive toda la curiosidad del auditorio, le entretenga y le divierta, de tal suerte que la lección de buena moral la saquen los oyentes, no de lo que se les ha dicho, sinó de lo que han visto.

*El Señorito mimado* y *La Señorita mal criada* de Iriarte son muy superiores á las dos comedias de que hemos hablado; aquí los caracteres son más teatrales, se trasluce más conocimiento de las costumbres del siglo y la nación, porque los interlocutores de Trigueros así se semejan á Españoles como á Lapones ó Moscovitas. La versificación de Iriarte, siempre limada, tersa y castigada, es no pocas veces animada; y si se nota en ella sobrado estudio, siempre es inmune de afectación, nunca peca en conceptuosa ni hinchada. Las exhortaciones nacen de los propios lances, y cuando se enoja Cremes es porque le da justo motivo su hijo ó su criado, y se ve que no dirige al auditorio, sinó al interlocutor, sus reprensiones y sus máximas. Con todas estas prendas todavía está el espectador atento, sí, mas no fuertemente conmovido, gustosamente entretenido, mas nunca deleitado, y sin poder más á risa excitado. En casi todas las composiciones de D. Tomás de Iriarte se encuentra todo cuanto puede alcanzar el estudio de los buenos modelos, un ímprobo trabajo, un juicio sano, junto con un mediano ingenio, y una imaginación estéril. La elocución de los interlocutores de las dos comedias de este autor siempre es pura y natural, raras veces cómica; nunca disparatan, mas tampoco les ocurre idea ninguna que digna de notar sea; jamás salen en sus acciones de su carácter, mas con ninguna acreditan que sea en ellos irresistible su impulso. Iriarte siempre tenía presente el precepto de Horacio; bien se ve que sus obras las limaba, atildaba y pulía sin cesar; sabía á fondo el arte, tenía gusto fino, exquisito

juicio, mas faltóle la *rica vena*, sin la cual poco pueden los más laboriosos esfuerzos. Escritor castigado sin calor, exacto sin imágenes, elegante sin elocuencia, versificador exento de aspereza, sin acertar con la fluidez, la buena contextura de los planes de sus dramas esconde mal la falta de lances cómicos, y si nunca corta en vez de desatar, tampoco son sus nudos muy apretados, y por entre lo arreglado del enlace y desenlace, y la armonía de las partes, se descubre la malhadada falta de fuerza cómica. Este poeta estimable será siempre leído sin hastío, y ocupará un honroso puesto entre los de segundo orden de nuestra nación.

Con más ingenio, más aptitud para observar á los hombres, más vigor de imaginación, elocución más poética, y más fuerza cómica, ocupó D. Leandro Moratín la escena española; y los aplausos que su primera obra *El Viejo y la Niña* le mereció, manifestaron que aguardaba de él el público la creación de un teatro cómico nacional. Las imper tinencias de D. Roque, el mal humor de su criado Muñoz, enseñaron á los espectadores á distinguir el chiste gracioso de la chocarrería picaresca y de las truhanescas pilladas á que los habían acostumbrado los sainetes de D. Ramón de la Cruz. Ya en esta primera obra deja ver Moratín su sagacidad para observar con las costumbres, hijas del carácter del sujeto, las formas y modificaciones distintas de que se reviste, según las opiniones, estilos y leyes del pueblo donde vive. Las viejas del *Barón* y *El Sí de las niñas* se diferencian en cuanto á su carácter; la primera es casquivana, crédula y ambiciosa; su manía es lucir en la Corte, y subir á gran señora, por vengarse de los desprecios de las hidalgas de su lugar: la segunda, supersticiosa, interesada y zalamera, no lleva más fin que disfrutar la mucha riqueza del viejo con quien quiere casar á su hija; mas tanto una como otra son vivo trasunto de las viejas de nuestro país, especialmente las de fuera de la Corte. ¿Puede darse retrato más parecido de los señoritos de nuestros pueblos cortos,

que el del amante de *La Mogigata*; que más se semeje al de un viejo agente rico, perpetuo asistente á los ejercicios devotos de San Felipe Neri, que el del padre de Clara?

El estrecho recinto á que en este discurso nos vemos ceñidos, y lo inmenso de la materia que en él tratamos, nos precisan á no detenernos en circunstanciar las dotes de este poeta, acaso el mejor ingenio cómico de cuantos hoy en Europa viven, y que sin los insuperables estorbos que presentan para toda mejora el Gobierno y la Inquisición, habría formado una escena arreglada y nacional en España. La historia del teatro que nos proponemos publicar en breve nos abrirá campo para apreciar su mérito y corroborar la aserción que hemos asentado.

También debemos á Moratín la versión de dos comedias de Molière, *El Médico á palos*, y *La Escuela de los maridos*, recibidas con aceptación del público. Al mismo tiempo que la segunda de estas composiciones, publicaba y hacía representar en Madrid el autor de este discurso una traducción de *El Hipócrita*, y *La Escuela de las mujeres*, escuchadas y leídas, especialmente la primera, con grande aplauso. Si la aprobación del público fuera seña infalible del mérito del escritor, poca duda me quedaría de haber acertado en mi versión; sólo diré que ha sido estímulo suficiente para concluir después la traducción de este autor, dechado de la verdadera comedia, y que esta versión saldrá muy presto á luz pública.

Los ilustrados y buenos patricios que á mediados de la pasada centuria quisieron restablecer las letras humanas, tributaron más cultos á Melpómene que á Talía. Mas el *Ataulfo* de Montiano y la *Lucrecia* de D. Nicolás Moratín merecen apenas citarse por otras prendas que las de su conformidad con las reglas del arte teatral. La acción de *Guzmán el Bueno* es muy más trágica, y está más bien desempeñada; Moratín, excelente versificante, y profundo en la inteligencia de nuestro idioma poético, no menos que

versado en manejarle con maestría, acertó en este drama con el estilo verdaderamente trágico, que, cuanto sobre el epistolar y didáctico se encumbra, otro tanto más bajo que el de la epopeya se queda. El impávido pecho de Guzmán, que con generoso denuedo sacrifica la vida de su hijo á la conservación de la plaza que le ha sido encomendada, y en quien ninguna mella pueden hacer los lamentos de su madre, serían una acción á la cual ningún requisito para ser trágica faltara, si fuera bastante á llenar el espacio de cinco actos, mas solamente á un corto número de escenas puede dar campo; y cuando la acción está ceñida á tan estrecho recinto, no es dable excitar con energía los afectos, la piedad, la admiración, el terror, que exigen cierta latitud para mover con fuerza el ánimo.

El plan de la *Hormesinda* es sin duda más vasto, y puesto que no sea la oposición de Pelayo al enlace de su hermana con el Moro vencedor tan juiciosa y tan noble como el doloroso sacrificio de Guzmán, todavía presenta escenas que ocupan fuertemente el ánimo de los espectadores. En esta tragedia se dejó su autor no pocas veces arrastrar de su mucho ingenio; los bellísimos versos de ella lo son tanto, que de trágicos se pasan á épicos, sin que sea dable sobrepujar en nuestra lengua las admirables imitaciones del segundo libro de la *Eneida* que en boca de Pelayo pone Moratín cuando describe la batalla del Guadalete, donde pereció el poderío de los Godos. No porque sea mi dictamen que hayan de ser desterradas las comparaciones y otras figuras igualmente atrevidas del poema trágico, como afirman los Franceses; en esto, como en todo, mi norma son los Griegos, antes que parcos pródigos de estos adornos; mas no por eso se han de confundir los géneros, á poder de enaltecer y ornar aquél en que se escribe. La prueba irrefragable de que el estilo de muchos trozos de la *Hormesinda* es puramente épico, es que serían hermosísimos en una epopeya; por consiguiente en la tragedia es-

tán fuera de su quicio. Defecto de que sólo los grandes ingenios adolecen; mas defecto palpable que condena, acatando al delincuente, la crítica severa.

Cuando compuso Huerta su *Raquel*, aún no había estrañado su buen ingenio con las indecibles locuras en que le despeñó luego su amor propio. Pureza de elocución, estilo poético, unidad de acción, enlace y desenlace natural son innegables prendas de este drama; mas la acción, que podrá parecer patética, no es ciertamente trágica, ni es posible que se duelan los espectadores de la muerte de una Judía prostituta que ha avasallado el ánimo del Monarca, ni que se prenden del heroísmo de los más poderosos ricoshombres de la nación, que villanamente conspiran para asesinar á una flaca mujer. Tan poco teatral como el de la *Raquel* es el sujeto de la *Numancia*: la suerte de un pueblo tan constante y esforzado como el Numantino podrá causar admiración y pasmo en la posteridad más remota; mas la destrucción de una ciudad no es asunto dramático, ni épico. Homero no cantó el cerco y la quema de Troya, sinó la saña de Aquiles; y si compuso Estacio la *Tebayda*, el aborto de su pobre ingenio no convida por cierto á que nadie siga sus huellas. Extraña cosa es que un poeta de tanto juicio, y tan empapado en el estudio de la antigüedad clásica, como lo estaba D. Ignacio Ayala, incurriera en tamaño yerro.

En estos últimos tiempos Cienfuegos y Quintana han compuesto, el primero las tres tragedias de *Idomeneo*, *Zoraida*, y *La Condesa de Castilla*, y el segundo *El Duque de Viseo*, y *Pelayo*. El *Idomeneo* es una desatinada mescolanza de máximas filosóficas, de escenas de pantomima, de disparates del protagonista, que por remate sacrifica á los dioses á su hijo, y se va por los mares, sin decir adónde; acaso á la Tebayda, á hacer penitencia por haber dado pie á tanto hato de desvaríos del poeta moderno. La Condesa de Castilla es una viuda del Conde, prendada de un Moro

que ha dado la muerte á su marido; verdad es que su tierna edad en parte la disculpa, porque su hijo el Conde es un mozo de veinticinco años, y su amante con título de embajador viene á Burgos por gozar los suaves coloquios de su casta, hermosa y joven dama. La versificación y el estilo compiten con el plan; el castellano más se semeja á la *lengua franca* de los arraces de Argel que al idioma de los Argensolas y Riojas.

Tanto Cienfuegos como Quintana se han dejado llevar de la fatal manía de querer afrancesar nuestra lengua, de todos los modernos idiomas el que menos con el francés se aviene. Un estadista no menos instruido en nuestra sana literatura que en materias políticas, el Marqués de Almenara, me decía un día que habiéndose probado á traducir al pie de la letra en castellano, y sin mudar ni la colocación de las voces, algunos trozos italianos ó ingleses, había sacado un castellano puro y conforme á las reglas de nuestra gramática; mas que nunca pudo salirse con lo mismo con ninguna versión del francés. Dejo aparte que es risible empeño el de enriquecer tan abundante idioma como el nuestro con otro que lo es mucho menos, como el francés, y me ciño á apuntar el precepto tan sabido, desde Horacio acá, que los idiomas para remediar sus necesidades han de acudir á su primitiva fuente; y siendo la del nuestro el latín, mezclado con el árabe, de la lengua latina, de la griega, madre de ésta, y de la arábica hemos de derivar los idiotismos y locuciones que necesitáremos, adaptándolos á la índole del castellano. No obstante, nunca Quintana ha dado en los excesos que Cienfuegos, y su *Pelayo* saca tantas ventajas á todos los dramas de éste, así en la invención como en la disposición y elocución, que fuera suma injusticia co-tejar siquiera cosas que tanto entre sí distan.

La tragedia de *Polixena* es más moderna que cuantas acabamos de citar. Su autor nunca quiso consentir en que se representara, no atreviéndose á fiar la obra de actores

que, exceptuando Máiquez, ni la más leve tintura tienen de declamación trágica. Del mérito de esta tragedia no soy yo juez competente; mis elogios parecerían hijos de mi afecto, y, si quisiera tratarla con rigor, me sucedería lo que á Dédalo: *bis patriæ cecidere manus*.

Poco diremos de las versiones. Una hay antigua del *Cid* de Corneille, que en muchas partes no desmerece de tan alto modelo. Las que hizo Olavide todas son insulsas y disparatadas; mala su versificación, peor su castellano, y ni huellas de las perfecciones y dotes de sus originales en ellas se rastrean. Llaguno fué más feliz en su versión de *Atalía*, trasladando con acierto los más de los primores de la más perfecta obra del príncipe de los poetas franceses á nuestro castellano. Aunque no con la propia superioridad, Huerta no deslució enteramente la *Zaira* de Voltaire, y últimamente algunos de los dramas trágicos de Alfieri han dado con intérpretes que en sus copias no han desfigurado la pintura original.

La composición teatral de especie mixta que los Franceses han llamado privativamente *drama*, presenta en *El delincuente honrado* de Jovellanos una de las mejores producciones de este género. Empero confieso que me parece en sí tan defectuoso y mezquino, puesto que he leído y meditado atentamente los ingeniosos paralogismos de Diderot, y las disparatadas aserciones de Mercier en su abono, que no me quiero detener á tratar del mérito de esta obra.

Los sainetes de D. Ramón de la Cruz no son en realidad otra cosa que nuestros antiguos entremeses con nombre distinto. Los chisperos de Madrid los aplauden sin tasa, y en un país donde no tienen muchos de los grandes ideas más sanas, no ya del decoro teatral, mas ni de la decencia en el trato, no es milagro que hayan dado tanto gusto en la escena como leyéndolos. Y cierto, si para merecer el dictado de ingenio cómico bastara representar con viveza y naturalidad las escenas más indecentes y torpes de mise-



rables abandonados á los más repugnantes desórdenes, la prostitución sin disfraz, como sin freno, la ojeriza con todos cuantos dan muestra de mejor crianza, ó pertenecen á menos baja jerarquía, la holgazanería sustentándose con la estafa, y ejercitándose para el robo, presidarios y ramera remedando el estilo de la tragedia, y matándose á puñaladas por las espaldas, D. Ramón de la Cruz sería acreedor sin duda á este título: los que han leído á Terencio, Molière, Moratín, etc., dirán si le merece.

Nuestro discurso se alarga más de lo que quisiéramos, y vemos con sentimiento cuánto nos queda por decir acerca del teatro español; empero los otros géneros nos llaman. La poesía lírica es la que primero se presenta, y en esta parte la España se deja muy atrás á todas las demás naciones de Europa, ora se atiende al número de sus poetas, ora al mérito de sus poemas. Garcilaso, el Maestro León, Herrera, Rioja, Quevedo, los Argensolas, Lope de Vega, y el propio Góngora, cuando de la manía del estilo culto no se dejó dominar, todos presentan obras con las cuales las de Juan Bautista Rousseau no sufren cotejo, y algunas que hasta las de Gray eclipsan. La canción sobre las ruinas de Itálica de Rioja ni tiene modelo en la antigüedad, ni se iguala con ella ninguna de las odas de Píndaro y Horacio. Ateniéndonos á nuestro plan examinaremos, primero que calificuemos el mérito relativo de los líricos españoles, la causa de los adelantamientos de la nación en este ramo de poesía, mientras que tan atrasada la hemos visto en otros.

Ya hemos dicho que las locuciones y modismos que de la lengua arábiga tomó la castellana le comunicaron en parte la índole de los idiomas orientales, que con tanta viveza pintan y coloran los objetos externos, y dan vida y movimiento á las más abstractas ideas. El infernal tesón de la Inquisición en perseguir y proscribir cuanto con el cultivo de las ciencias morales está conexo, el universal terror en que perpetuamente se vían condenados á vivir cuantos

á los estudios profanos se aplicaban con fruto, ciñó casi todo el saber á la teología escolástica, á una jurisprudencia fundada en decisiones de prácticos casuístas, como se había cimentado la moral en las de casuístas teólogos; y si algunos pocos siguieron aplicándose á la erudición sagrada y profana, solamente ocultando ó disimulando las verdades que descubrían se podían librar del Tribunal infame: fué, pues, natural cosa que los poetas compusiesen y publicasen á porfía poesías devotas, para que á sombra de ellas les permitieran dar á luz las profanas; y efectivamente, de todos nuestros clásicos Garcilaso es acaso el único que no haya escrito versos devotos. De estas composiciones muchas eran un hacinamiento de conceptos, equívocos y puerilidades, cuentos de patrañeros milagros, ridículas trovas de poesías profanas ó eróticas, pero en no pocas lucía el sistema del Cristianismo en toda su majestad y grandeza. Los mayores poetas españoles parafraseaban los salmos hebreos, los valientes pensamientos y osadas imágenes de Job, los encendidos suspiros de la enamorada Esposa de los *Cantares*. Revestíase el sublime Herrera de todo el estro de Moisés, cuando, habiendo á la cabeza de sus Israelitas atravesado á pie enjuto el mar Rojo, ve el brazo de Iehovah, que para el tránsito de su pueblo escogido las contenía, despeñar las olas sobre las olas, y sepultar en los abismos de la mar las cuatregas de Faraón, y sus peones y sus jinetes, para entonar el canto de loor de la victoria de Lepanto: resonaba su lira lamentando la temprana muerte del rey D. Sebastián, los pendones de Lusitania arrollados y derribados, sus legiones desbaratadas, derrocado y desmoronado su antiguo poderío, con són no menos doliente que el del arpa que acompañaba los lamentos de Judá, que sentado triste á las orillas del río de Babylonia recuerda las caras ondas del patrio Jordán huérfano de sus hijos, el templo de Iehovah hiermo de víctimas, de pueblo y sacerdotes, el alcázar de Sión sin guardas, Jerusalén viúda de sus moradores. El

Conde de Rebolledo, menos que mediano poeta, se encumbra tanto en alas de Jeremías, en su paráfrasis de las Lamentaciones de este profeta, que merece estudiarse no pocas veces como modelo. Pende este fenómeno de la esencia misma de la religión cristiana.

Dos especies hay de cultos: los unos sensibles, materiales y palpables; los otros ideales, espirituales y abstractos. La religión judaica proscribiendo las imágenes, enseñando la doctrina de un Dios criador, condenando como la más abominable profanación el culto de los ídolos, se acercaba tanto al espiritualismo, que puesto que Moisés no le haya formalmente enseñado en el Pentateuco, en tiempos más cultos fué la opinión dominante, y excepto el Saduceo, autor del Eclesiastés ó Coheleth, todos los demás autores de los libros hebreos y griegos del antiguo Testamento profesan el dogma de la inmortalidad del alma. Jesús se le enseñó á sus discípulos; San Pablo se alababa de ser fariseo, secta que no sólo la inmortalidad de las almas enseñaba, mas también la resurrección de la carne, esto es, la transformación de nuestros propios cuerpos de corruptibles y mortales en incorruptibles y exentos de la muerte.

Tales fueron los principios del Cristianismo desde su cuna, cuando San Juan, ó el que con nombre de este apóstol compuso el cuarto Evangelio, cimentó en estos fundamentos la doctrina de la Trinidad, y todos los dogmas del platonismo. Porque se ha de notar que Jesús, que San Juan transforma en el Verbo, no es otra cosa que el *Logos* de Platón, la Divina Sabiduría, revestida de nuestra carne mortal, conversando con el linaje humano, y descubriéndole sus arcanos. La teología especulativa de los cristianos toda está fundada en tan atrevida y brillante idea, como fué la de admitir la existencia del increado y eterno *Logos*, identificarle con la humana naturaleza, y mirarle como el fundador de la nueva doctrina. Apropióse de este modo la religión cristiana toda la sublime teología del platonismo;

abrióse la imaginación fuera de la naturaleza un campo tan vasto, que los indefinibles límites del universo, si con sus dimensiones se cotejan, son como un punto matemático respecto de la inmensidad del espacio.

No nos paremos ahora en indagar cuánto los cimientos de edificio tan vasto son sólidos ó deleznable, si se aviene ó no con las demostraciones y probabilidades que de los recónditos abismos de la ideología saca á luz una lógica sagaz cuanto severa; que no es del poeta escudriñar las fuentes de donde las opiniones se derivan, y para él un error asentado es lo mismo que una verdad inconcusa. La poética del Cristianismo la misma será para el fiel creyente que para el incrédulo; grandiosa y sublime en su incomprendibilidad, en su severidad majestuosa y bella. No proviene lo escondido de los arcanos de la religión de las densas tinieblas que la escurecen, mas sí de los inexhaustos raudales de luces que de su centro sin cesar destellan, y que deslumbran y ofuscan los flacos ojos de los mortales. Así es invisible el disco del Sol á los ojos que alumbran su rayos, mientras que con su luz contemplamos cuanto el mundo encierra.

Aliméntase la poesía lírica de imágenes, y eso más se encumbra que son éstas más altas y grandiosas. Es la sublimidad el alma de la poesía lírica, y por eso ningún sistema religioso tanto como el del Cristianismo con ella se aviene. De aquí el relevante mérito de los más de los salmos del Maestro León, de las composiciones líricas de Herrera fundadas en la religión, de muchas de la novena musa de Quevedo, y de la oda á Cristo resucitado de un poeta moderno.

La perfección en el género lírico debida á la naturaleza de la religión de la nación no podía menos de influir en las odas y canciones que ninguna conexión con la religión tenían; por eso son dechados tan perfectos, no sólo nuestras odas y canciones cristianas, mas también las morales y las

eróticas. La Inquisición dejó siempre cultivar en paz la poesía lírica, porque es la que menos directo influjo en la destrucción del error tiene. Sólo los inteligentes conocen de cuán acendrada razón los raptos de la imaginación del poeta lírico proceden, y con cuánto orden está el aparente desorden de la oda concertado; los más de los lectores se dejan arrastrar del impulso que les comunica el poeta, sin ver en él otra cosa que el entusiasmo de una imaginación arrebatada. Ora el papismo halaga y acaricia la imaginación; la razón es la que le asusta y le enoja.

Como en la égloga había presentado Garcilaso una de las más hermosas, si no la más hermosa de las poesías pastorales de nuestra lengua, su canción á la Flor de Gnido es también una de las más bellas odas eróticas. Se ha de notar que las canciones de nuestros poetas clásicos son odas verdaderas, sin que se pueda entre ellas y las que han nombrado odas señalar diferencia ninguna. No pintó Horacio el castigo de las Danaidas, ni los desesperados lamentos de Europa, con más fuerza y brío que el poeta español la metamórfosis de la cruda Anaxarte,

En duro mármol vuelta y transformada.

Las exhortaciones que de ablandar su fiereza hace á la despiadada Flor de Gnido nacen naturalmente del asunto; primero le ha pintado la pasión que todo entero á su amador posee, y que cual ya á Sibaris, de Lidia prendado, le ha traído á paso tal que *huye de la palestra polvorosa*, y ya

Como solía  
Del áspero caballo no corrige  
La furia y gallardía,  
Ni con freno le rige,  
Ni con vivas espuelas ya le afige.

Como Horacio en su oda en loor de la vida descansada y exenta de zozobras del campo, se propuso el Maestro León en la primera de las suyas elogiar la vida rústica, añadiendo á las reflexiones que al que de las ilusiones del

tráfago de los negocios está desengañado naturalmente ocurren, la pintura de un huertecillo plantado por manos de este religioso y docto varón, y que todavía subsiste á distancia de una legua corta de Salamanca, á la falda de una colina, donde está situada una casilla propia de los agustinos. La descripción de la Noche serena es la más natural expresión de aquel indefinido devaneo que en un ánimo religioso, á la manera de Platón, produce la contemplación del firmamento. Mas su oda maestra es sin disputa la Profecía del Tajo, en que, á imitación de la de Nereo á Paris robador de Helena, anuncia el río al forzador de la Cava la irrupción de los Moros, la pérdida de España, y el fin de la monarquía goda. Fuerza sería que cerrara los ojos á la evidencia el que se negase á confesar las muchas ventajas que lleva en ella el poeta español al latino. ¡Qué valentía en esta ideal!

Llamas, dolores, guerras,  
Muertes, asolamientos, fieros males  
Entre tus brazos cierras;  
Trabajos inmortales  
Á tí, y á tus vasallos naturales.

Todavía es más perfecto el Maestro León en sus paráfrasis de los salmos, y en muchos trozos de su traducción en verso de Job. La poesía lírica nada puede ofrecer más sublime que la pintura de la divina omnipotencia en el que empieza:

Alaba, oh alma, á Dios: Señor, ¿tu alteza  
Qué lengua hay que la cuente?

¿Cómo es posible pintar la nada de las criaturas y la grandeza del Criador de modo más enérgico, más conciso y más sublime que en los cuatro versos siguientes, donde dice hablando con Dios:

Si huyes, desfallece el sér liviano,  
Quedamos polvo hechos;  
Mas tomará tu soplo, y renovado  
Repararás el mundo.

Un estudio profundo de la lengua castellana, y de los poetas españoles sus coetáneos, y que le habían precedido, una severa crítica, un oído sobre manera versado en la armonía y el ritmo poético, distinguen especialmente á Herrera, á quien apellidó su siglo con el dictado de divino, á que le hacen de verdad acreedor sus cantos líricos, puesto que el *petrarquismo* que en sus inacabables elegías domina infunde miedo al más osado lector. Á las dos composiciones maestras que ya de él hemos citado, se ha de agregar la oda á D. Juan de Austria después de la batalla de Lepanto, en que introduce á Apolo celebrando el impávido esfuerzo de Marte en la rota de los gigantes, pronosticando empero que ha de venir día en que las hazañas del vencedor de Lepanto oscurezcan y eclipsen las del numen de la guerra. Su canción al sueño respira la molicie, tanto como la otra el ardor marcial; y con tal tino ha manejado el idioma, con maestría tal están las sílabas encadenadas, que en la primera retratan sus fuertes sonidos el estrépito de las armas, el retumbar de los truenos, el ronco estruendo de las trompas bélicas, y en la última la dulzura del sueño, el blando sosiego del mundo de su beleño tocado, el silencioso y suave vuelo de sus perezosas alas.

Suave sueño, tú que en tardo vuelo  
Las alas perezosas blandamente  
Bates, de adormideras coronado,  
Por el puro, adormido y vago cielo,  
Vén á la última parte de Occidente...

Mas quien elevó hasta el ápice de la perfección la poesía lírica, fué su paisano, y acaso su discípulo, Rioja. El afecto que la célebre canción á las ruinas de Itálica anima, es la melancolía filosófica que la presencia de las vastas reliquias de los edificios en que se ufanaba el humano poderío en los mortales infunde. Tremendos documentos de la flaqueza del hombre y la fuerza de la naturaleza, el moho que sus derribadas columnas carcome, el amarillo jaramago

que en los fragmentos mal seguros de sus medio allanadas paredes crece, nos están contino señalando la honda sima que á nosotros, las obras nuestras, nuestros vicios y nuestras virtudes, en perpetuo olvido nos ha de sepultar un día. La aniquilada potencia del pueblo rey que fundó á Itálica, los soberbios edificios de esta colonia, la gloria de sus hijos, señores los unos del universo, ilustres otros por sus tareas literarias, todo se retrata con viveza á la mente del autor: las regaladas termas, el vasto anfiteatro, los palacios que habitaron los Césares hijos de Itálica, las piedras que publicaban sus hazañas; todo ha sido víctima del tiempo y la muerte. La sacra Troya, la altiva Roma, la docta Atenas se le representan entonces, y tan nobles ruinas aumentan su dolor. Por fin, en el silencio de la noche oye una lamentable voz que grita *Cayó Itálica*, Eco repite *Itálica*; y al oír tan claro nombre lanzan profundos gemidos las nobles sombras de los altos varones que en su antiguo esplendor la poblaron.

Mal podía el universal ingenio de Quevedo dejar de cultivar un ramo que tanto en su país y en su siglo florecía. Este hombre extraordinario, que unas veces se dejaba llevar del estragado gusto de su siglo, embutiendo en sus composiciones los más sofisticos conceptos, las agudezas más por los cabellos traídas, las más indecentes y zafias chocarrerías, otras gastaba los donosos chistes de la inagotable vena de sus gracias en enmendar los disparates que él propio con su ejemplo autorizaba; que en un mismo instante componía escritos de una devoción ascética, que parecen partos de un ermitaño de la Tebayda, y obras tan obscenas que se dejan muy atrás las de Meursio y Petronio; que en muchas de sus producciones se muestra un ingenio sin cultura, sin tintura ninguna de la antigüedad, que sólo al impulso de la naturaleza obedece, y en otras descubre su inmensa erudición, no sólo en las lenguas griega y latina, mas aun en la literatura oriental, en la cual fué efectiva-



mente doctísimo; que ora huella á sus plantas las reglas, los preceptos todos de la poética, ora son sus obras el modelo más perfecto de regularidad y de escrupulosa sujeción al arte, nos ha dejado en las que bajo el pseudónimo sobreescrito del Bachiller Francisco de la Torre publicó, las poesías líricas castellanas que más por el patrón de las de Horacio están cortadas. No son por eso serviles imitaciones del poeta latino; que un ingenio tan original como el de Quevedo mal podía incurrir en la torpeza de ser un mero copiante. Hasta en las versiones de Horacio se columbra la independencia de ingenio del intérprete, que con su acostumbrada osadía castellaniza, digámoslo así, su original, y puesto que le atavie con los mismos arreos que le ornaban, los corta á la española. Permítaseme citar en prueba de esta aserción las primeras estancias de la oda de Horacio sobre la medianía, en sáficos, como la latina.

Muy más seguro vivirás, Licino,  
No te *engolfando* por los hondos mares,  
Ni por huirlos *encallando* en playa  
Tu navecilla.

Á quien amare dulce medianía  
No le *congojan* viles *mendigueses*,  
Ni le *dementan* con *atruendos* vanos  
Casas réales.

Más hiere el viento los erguidos pinos,  
*Dan mayor vague las soberbias torres*,  
En las montañas rayos fulminantes  
*Dan batería*.

Tan arreglados en sus composiciones todas ambos Argensolas, como Quevedo en las que quiso serlo, en sus poesías líricas se descubre casi siempre aquella filosofía que de no pocas de las de Horacio es el alma, mas nunca se encumbran á los sublimes pensamientos que en el cisne del Ofanto son tan frecuentes. El carácter que más resalta en las poesías de los dos hermanos es una razón siempre recta, un gusto acendrado; en todos sus escritos se mani-

fiesta el conocimiento profundo de la lengua, que les mereció que de ellos dijera Cervantes que dos hermanos aragoneses habían venido á dar lecciones de castellano á Castilla; mas no les cupo en suerte tanto estro poético, tanta viveza de imaginación como rectitud de juicio. Ambos abundan en reflexiones morales, consecuencia de su meditativo espíritu; mas Lupercio las funda casi siempre en solos los preceptos de la razón; Bartolomé no pocas veces las entronca con ideas de religión y con máximas sacadas de un orden sobrenatural. Los sonetos son casi siempre composiciones líricas, y los mejores que tenemos son indisputablemente de los dos Argensolas, siendo notable que hasta los eróticos de Lupercio vienen á parar en una máxima moral; tan naturales en su entendimiento eran las reflexiones acerca de las acciones humanas. Citaremos en prueba uno de los mejores suyos, dirigido al sueño, rogándole que no turbe sus amores con espantosas imágenes, y que las reserve para asustar al tirano, representándole el tumulto popular rompiendo las ferradas puertas de su alcázar, ó el sobornado siervo ocultando el hierro buído, ó para atemorizar al rico avaro figurándole sus riquezas robadas con falsas llaves ó con irresistible violencia, mas que deje al Amor sus glorias ciertas.

Lope de Vega es pocas veces comparable en sus odas con los líricos que hemos nombrado, mas en otra especie de poemas líricos, que son nuestros romances, es uno de los que más se aventajan. Estas composiciones no fueron conocidas de los antiguos, por lo cual es fuerza detenernos un poco á determinar su carácter y naturaleza.

Cuando empezó á revestirse de menos irregulares formas el castellano, se llamó *román* y luego *romance*, para distinguirlo del latín, que puesto que bárbaro y desaliñado era general en las escuelas. Gonzalo Berceo, en su poema del Cid, dice que va á cantar las hazañas de este héroe *en román paladino*; y romance, como sinónimo de idioma cas-

tellano, es voz que ha quedado vinculada en nuestra lengua.

Andando el tiempo, llamaron romances las coplas en que se contaban las fingidas proezas de los primeros caballeros andantes, los amores de Rodrigo y la Cava, los de Ximena, hermana de Alfonso *el Casto*, y el Conde de Saldaña, los de su hijo Bernardo del Carpio, que en Roncesvalles ahogó entre sus brazos á Roldán cual hizo Hércules con Anteo, las hazañas de los doce Pares de Francia, y hasta las del troyano Héctor, al cual, no sé por qué, le convirtieron los escritores de caballería en un caballero andante tan generoso como valiente, que fué muerto cobarde y alevosamente por el traidor Aquiles. Los romances de Calafnos tantas veces citados por Cervantes son la historia del asesinato cometido por Carloto, indigno hijo de Carlo Magno, con el padre de Calafnos, y la venganza de este atentado.

Acrisolada la lengua en el sextodécimo siglo, pulieron los poetas las informes y toscas producciones de los anteriores siglos, y con nombre de *romanceros* se publicaron varias colecciones de romances que sólo los asuntos habían tomado de los antiguos. No se ciñeron empero á celebrar aventuras de andantes paladines; unos disfrazaron con traje y nombre de moras á sus damas, y convirtiéndose ellos en zegríes ó abencerrajes, pintaron sus amores y celebraron la blandura de sus amadas, ó lloraron sus desprecios. Otros explicaron sin rebozo sus amorosas cuitas; éste cantó al són de la pastoril zampofía, aquél vistió traje de gitano explicándose en su picaresca germanía; hubo romances jocosos, y este género los encerró todos desde la elevación de la oda hasta las burlas soeces de juglares. Mas como el romance está destinado á ser cantado, sólo aquellos en que se encuentran las propiedades de la poesía lírica son acreedores á este nombre cuando tratamos de fijar los géneros.

Los que con nombre de Belardo compuso Lope son de los mejores que tenemos. El romance se queda más bajo

que la oda, mas nunca desciende al estilo familiar; si no son sus imágenes tan sublimes como en aquella, si no se remonta el estro del romancero hasta expresar las ideas de Júpiter con palabras que de tan alta deidad no desdigan, siempre sus descripciones son rápidas y animadas, vivos los colores, poético y figurado el estilo, vigorosa la elocución, fuertes los afectos, nobles las comparaciones. La fluidez de la versificación es uno de sus más indispensables requisitos, ora se adopte el asonante, ora el consonante rítoro. El poema destinado al canto ha de ser un dechado de armonía poética, ó es tan ridículo como las arias de las óperas bufas italianas, de las cómicas francesas, ó los versos de nuestras zarzuelas. Lope es el que más que ninguno de nuestros poetas romanceros estas dotes posee; en segundo lugar viene Góngora, cuando no se despeña en los desatinos del estilo culto. De Góngora es un romance sobre la brevedad de la vida, lo falible de la esperanza, la firmeza del mal y lo instable del bien, donde se hallan estos hermosísimos versos:

El bien es aquella flor  
 Que la ve nacer el alba,  
 Al rayo del sol caduca,  
 Y la sombra no la halla;  
 El mal la robusta encina  
 Que vive con la montaña,  
 Y de siglo en siglo el tiempo  
 Le peina sus verdes canas.  
 La vida es el ciervo herido  
 Que las flechas le dan alas;  
 La esperanza el animal  
 Que en los pies lleva su casa.

D. Nicolás Fernández Moratín en el XVIII siglo cultivó con aplauso la poesía lírica, puesto que ninguna de sus odas sufra el cotejo con las de Herrera ni Rioja. Con más acierto resucitó los romances moriscos, y en algunos de ellos no desmerece de los mejores de los dos anteriores siglos.

Ni en sus odas filosóficas ni en sus odas sagradas ha llegado Meléndez á la sublimidad que constituye el poeta lírico, ni se pueden comparar sus sonetos con los de los Argensolas. Muy más feliz ha sido en sus romances eróticos; el de *Rosana en los fuegos* respira los afectos de un pecho abrasado del amor más fino. Mas donde este amable poeta más ha descollado ha sido en sus anacreónticas, que en breve examinaremos.

Sin la manía de atestar sus poesías de máximas filosóficas al redopelo las más veces traídas, sin el neologismo de sus afrancesadas locuciones, hubiera sido acaso Cienfuegos un lírico aventajado; que no es posible negarle calor de imaginación, viveza y brío en las pinturas. Mas el prurito de filosofar, la deplorable manía de sustituir voces sin armonía, periodos sin cadencia á la hermosa rotundidad de nuestro estilo poético, una serie casi didáctica en las ideas, como si el orden poético fuera el de la análisis algébrica, deslucen dotes tan apreciables, y son nuevos estímulos para rebatir los erróneos sistemas que los más claros entendimientos vician y descarrían.

Quintana en sus odas ha evitado los escollos en que se estrelló el ingenio de Cienfuegos, sin que pueda pretenderse inmune de todos los defectos de éste. Uno y otro han cultivado poco nuestro idioma poético, tan noble, tan copioso en Garcilaso, en Herrera, en Rioja, en los Argensolas, y á veces en Lope, en Góngora y Quevedo. Lejos de mí la máxima de tapar con un pomposo follaje la vaciedad de ideas, de recomendar, ni aun de disculpar las *nugæ canoræ*, que forman el despreciable caudal de tanto mezquino coplero. Mas no basta la elevación y grandeza de los pensamientos, si no corresponde con ellas la elegancia de la elocución, la gala de la versificación, la fluidez y naturalidad del estilo, la facilidad y riqueza del consonante. En esta parte nunca podrá sincerarse Quintana del poco uso que del consonante ha hecho; los poetas modernos no se han de olvidar de que

en nuestra versificación, en que se cuentan y no se miden las sílabas, el consonante es casi la única traba material que á los poetas queda, y si de ella se sueltan, privados sus poemas del mérito que en vencer las dificultades se cifra, en nada se diferenciarán de la prosa, y vendremos poco á poco al adefesio de Lamotte, que aconsejaba que se escribieran en prosa las tragedias y las odas.

No sé si el fenómeno de que voy á hablar es debido á causas físicas ó morales; lo cierto es que los poetas líricos andaluces se han dejado siempre muy atrás los de las demás provincias de España. Sevillanos fueron Herrera y Rioja, y Sevillano es también Lista, que en sus odas se encumbra hasta igualarlos. Góngora, ingenio portentoso en medio de sus innumerables desaciertos, nació en Córdoba, y el Maestro León tuvo su cuna en Andalucía. Si la posteridad señala entre estos escritores un puesto al autor de la oda *Á Cristo crucificado*, también dirá que el reino de Sevilla fué su patria.

La anacreóntica forma un ramo aparte en la poesía lírica; imaginada y perfeccionada por el alumno de Baco y las Gracias, los Griegos nombraron las composiciones que las del cantor de Teyos imitaban *anacreonteia*, y todos los pueblos que han tenido la dicha de instruirse en la escuela de la literatura griega le han conservado esta denominación. De nuestros poetas del séptimodécimo siglo el que más de cuantos en este género se ejercitaron merece citarse es D. Esteban de Villegas, que en sus *Delicias*,

Á los veinte limadas,  
Á los catorce escritas,

se propuso por dechado las composiciones líricas de Anacreonte. Pero además de que nunca Villegas escribió cosa que con las obras de Rioja, de Herrera, de los Argensolas competir pueda, en sus anacreónticas se hallan todos los defectos que de la corta edad del escritor son de esperar. Sin duda la pintura del pajarillo á quien un fiero rústico

ha robado su amado nido, está llena de gracia y afectuosa ternura; son las locuciones tan naturales como poéticas, y el *no quiero* del rústico, con que se concluye, termina la patética escena con una pincelada maestra; mas con esta preciosa anacreóntica se encuentra en otras un *arroyuelo hecho cinta de hielo, la abeja, verdugo de las flores*, y otros disparates de la misma especie.

Cadahalso y D. Nicolás Moratín, que en el mismo género se ejercitaron, no podían cometer desaciertos que tan incompatibles eran con su acendrado gusto; mas ninguno de los dos acertó con un género que no era análogo con su talento. De suerte que cuando se presentó Meléndez en la lid, nadie se había llevado aún la palma de la poesía anacreóntica en España.

Convencido este amable poeta de que la servil imitación de tan acabado modelo como el alumno de las Gracias sólo mal formados abortos hubiera producido, se atrevió á seguir otro sendero. Las odas de Anacreonte son casi todas ellas poemas cortos, que como el drama y la epopeya abrazan toda entera una acción, con su prótasis, su enlace y desenlace, al cual llega por sus pasos contados, y este artificio es la fuente del embeleso con que se leen. Picado Cupido por la abeja, se queja á su madre, y ésta le responde con una severa reconvención: ¿quién no vé aquí todos los requisitos de la fábula dramática? ¿quién no los observa en la visita de Marte al obrador donde forja Amor sus saetas; en el hospedaje que da Anacreonte al hijo de Citerea, que paga éste pasándole el pecho con una de sus flechas?

Otro es el espíritu de las anacreónticas de Meléndez, que no tanto se propone contar acciones y sucesos como pintar y colorir imágenes, no tanto narraciones como descripciones. Bajo este aspecto es sin duda el poeta español muy inferior al de Samos: mas ¿qué autor moderno puede sufrir tan desigual cotejo? En las obras poéticas las descripciones y hasta los afectos deben ir siempre subordinados á

la acción; que es impertinente la más brillante pintura, el más patético y sublime trozo, si con naturalidad de la acción no nace. Un poema sobre las estaciones ó sobre los meses hubiera sido tenido por los antiguos por un solemne disparate; si pinta Virgilio los estragos de una tempestad, es porque trata de las producciones de la tierra que arrasa, en una obra consagrada á dar preceptos de labranza; empero ningún poeta antiguo pinta sólo por pintar. Las anacreónticas de Meléndez no son á la verdad meramente descriptivas, pero el género que en ellas domina es el descriptivo. Con ánimo sereno y contento con su suerte, rodeado el poeta de dichosos zagales y zagalas alegres, se abandona, cabe su amada, á las suaves impresiones que excitan en su pecho las escenas de una naturaleza amena, y canta sus muelles y deliciosas sensaciones. No es aquí el hórrido clima, los empinados y tremendos montes de la Caledonia, no la temida majestad de los iviernos de Septentrión, no los ardientes bochornos de los arenosos llanos de la Lybia; mas sí los suaves calores de la Iberia, sus templados iviernos, sus floridas primaveras, los ricos oteros que el Tormes coronan, los valles por el manso y sosegado Zurguen regados:

*Ver ubi longum, tepidasque præbet  
Iuppiter brumas.*

Las anacreónticas de Meléndez nos arrebatan á estos campos amados de los Dioses, que tan muellemente ha sabido describir. Si no excitan ni tiernos afectos, ni violentas agitaciones, si no hacen brotar en el alma grandes y profundas ideas, cede el lector á una dulce molicie más irresistible cuanto más halagüeña, parecida á los deleites de la isla de Chypre que describe Fenelón, que por eso mismo que no movían á violentas pasiones, más invencible era su eficacia en los pechos de los mortales.

La elegía es también un ramo de la poesía lírica; mas el *petrarquismo* endémico de nuestros poetas de los dos si-



glos clásicos las ha privado de todo afecto verdaderamente patético, ni los de nuestros últimos tiempos, puesto que inmunes de este vicio, han compuesto elegías dignas de ser citadas.

Con algún más fruto cultivaron nuestros poetas el género satírico, puesto que aun en esta parte se han quedado muy atrás de los antiguos, y que entre los modernos les han sacado los Franceses grandes ventajas. Las sátiras de los dos Argensolas más son censuras morales y filosóficas reflexiones acerca de los vicios, que invectivas que atemorizan al vicioso, como las de Juvenal, ó donaires tan picautes como chistosos que le ridiculicen, aumentando la aversión que se merece, como las de Horacio. La epístola satírica de Rioja combate con fuerza la loca solicitud de los que pasan la vida pretendiendo cargos, y humillándose ante los palaciegos; pero más bien es un elogio de la vida exenta de ambición y codicia que la expresión de un enérgico encono contra los ambiciosos. Los únicos contra quien se irrita el virtuoso y filósofo poeta son los frailes hipócritas, que, encenagados en los vicios más torpes, predicán la virtud en las plazas y sitios públicos.

No quiera Dios que imite á los varones  
Que gritan en las plazas macilentos,  
De la virtud infames histriones;  
Esos inmundos trágicos y atentos  
Al aplauso vulgar, cuyas entrañas  
Son infectos y oscuros monumentos.  
¡Qué plácida resuena en las montañas  
El aura, respirando blandamente!  
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

La sátira del Matrimonio de Quevedo está, como todas las producciones de este agigantado ingenio, llena de numen, mas también es una de aquellas en que más se desentendió de toda regla, mas se abandonó á enormes desarreglos. En la pintura que de los desórdenes de Mesalina hace, acaso no anduvo lejos de la valentía de Juvenal; mas

otros trozos de esta sátira son imágenes tan obscenas, con tan indecentes términos figuradas, que con el cinismo de Diógenes pueden apostarse. La que dirigió al Conde-Duque no adolece de ninguno de estos vicios, mas le falta viveza y energía.

El pseudónimo Jorge Pitillas á principios del décimooc-tavo siglo se burló con donaire y arte de los malos autores de su tiempo, y acaso es su sátira la mejor de las que en España se han hecho, ó si alguna con ellas se iguala, es la que de Forner premió la Academia Española. Este último autor, que como Huerta compuso primero poesías escritas con tino, y como aquél se entregó luego á los más extravagantes dislates, acreditó en esta composición vena satírica, ingenio y pulso, no menos que desbarro en sus *Discursos filosóficos*.

Dos clases hay de poemas filosóficos; los primeros que con más propiedad se llaman didascálicos, y son aquellos en que se dan preceptos de un arte ó ciencia, como las Geórgicas de Virgilio, el de la Naturaleza de Lucrecio, y el de la Agricultura de Arato. De esta especie es el de Pablo de Céspedes sobre *la Pintura*, del cual por desgracia solamente pocos fragmentos nos han quedado, y el de *la Música* de Iriarte. Lo poco que del primero poseemos será materia de eterno desconuelo por lo que de él hemos perdido; el episodio en que con el motivo de la tinta introduce el elogio de los escritores que han ilustrado el linaje humano, de los grandes poetas, y especialmente de Virgilio, nada tiene que envidiar al más perfecto de cuantos en las Geórgicas de éste leemos.

No menos exacto, no menos arreglado Iriarte en su poema de *la Música* que en los demás escritos, tampoco se encumbra más alto. Una elegante medianía, una castigada uniformidad, una facilidad sin fluidez son casi siempre los atributos de este apreciable autor.

Los otros poemas filosóficos son aquellos en que como

en los discursos sobre el hombre de Pope, y Voltaire, ó los del orden de los seres de Meléndez y los sermones morales de Quevedo, se propone el poeta inculcar algunas verdades prácticas, ó especulativas, ornándolas con todos los arreos de la poesía. Las locuciones de Quevedo son siempre poéticas, valientes y felices, empero muy ceñido el coto de sus ideas, casi siempre sabidas éstas, y tan original autor apenas tiene una suya propia en sus poemas filosóficos.

Meléndez trata sujetos más altos y variados; ora representa ensañados los volcanes vomitando caudalosos ríos de abrasadoras llamas que con temeroso estrépito se llevan en pavesas las densas selvas, las ricas mieses, las vastas y populosas ciudades, y amenazan el trastorno del orbe terrestre; ora la armonía de los planetas que en sus concertados movimientos en torno de un centro común de gravedad á las invariables leyes de la atracción se sujetan. Este poeta no era geómetra, ni por consecuencia buen físico; mas (digámoslo con la venia de los matemáticos que componen versos) la profunda inteligencia de las ciencias físico-matemáticas poco vale para los poemas en que se describen los fenómenos de la naturaleza. Esta aserción parecerá acaso una paradoja, y si por tal la tuviera, eso menos me empeñaría en sustentarla, que habiendo, como el enano de Saturno de Micromegas, hecho muchos cálculos largos y muchos versos cortos, mi interés me induciría á llevar la opinión contraria; mas fundo mi dictamen en razones que me parecen inconcusas, y que voy á deducir.

No son los argumentos y los cálculos el alma de la poesía, mas sí las descripciones y las imágenes; ni es su blanco la verdad matemática ó física por donde se descubren y apuran los escondidos muelles de la naturaleza, sinó la verdad ideal que todos los fenómenos los eslabona con una idea primordial, arbitraria unas veces, y otras manifiestamente falsa. Así, por ejemplo, la tierra girando en torno de su eje produce la sucesión de los días y las noches, y empieza

el crepúsculo así que el punto iluminado de la esfera terrestre se encuentra diez y ocho grados sexagesimales debajo del horizonte, pendiendo su duración de la mayor ó menor oblicuidad del globo, etc... ¡Qué floridas ideas para hermo-sear los cantos de un alumno de las musas! Poeta, deja á los geómetras y á los astrónomos tan abstrusas verdades; pintame la Aurora colorando con su luz suave el universo, vertiendo llantos por la muerte de su caro hijo; muéstrame las flores que con ansia en tan preciosas lágrimas se empapan; enséñamela descogido el rubio cabello, y abriendo con sus róseas manos las puertas del palacio del Sol; preséntame á Febo que refulgente en su lucido carro se asienta, *parecido al esposo que de su lecho nupcial sale, y cual un gigante terrible corre acelerado á la meta*; que de las ondas orientales vaya á sumirse en las olas de occidente, y á descansar en brazos de Anfitrite de su inmensa carrera.

¿Por qué es tan propicia á la poesía la mitología griega? ¿Acaso porque, como sin fundamento ninguno lo han soñado algunos autores, bajo misteriosas figuras escondía la explicación de los fenómenos naturales? ¿En qué pruebas se funda esta aserción; ni qué física podían saber los que en tiempos anteriores á Hesiodo y Homero vivieron? ¿Cómo podían concertarse con la verdad sus ideas? Empero las fábulas religiosas de los Griegos poblaban de seres siempre activos y muchas veces agitados de pasiones el universo; seres que, si por lo común se escondían de la vista de los humanos, se les aparecían cuando querían; que, dotados de poder superior al nuestro, tenían nuestras virtudes y nuestros vicios, y con más fuerzas cometían mayores desaciertos. Por eso sus aventuras nos mueven por la parte humana que en ellas había, y nos pasman y asustan por la divina.

Acaso en prueba de que es indispensable el conocimiento de la verdadera física para tratar en hermosos versos de materias científicas, me dirán que Lucrecio, tan perfecto cuando en el exordio de su poema invoca á la madre

de los Amores; tan sublime cuando las vanas fantasías de la superstición ó los pánicos terrores de la muerte fulmina; tan terrible cuando pinta los estragos de la peste que asoló la Ática, es tan uniforme como prosáico cuando conforme á la ridícula física de Epicuro explica los fenómenos de óptica y astronomía. Mas si los versos en que desenvuelve Lucrecio las ideas físicas de los epicúreos son tan poco poéticos, no consiste en que sean éstos disparatados, sinó en que estas materias pertenecen exclusivamente al dominio de la geometría, y nada tiene que ver con ellas la imaginación. Tan absurda cosa es probarse á versificar los descubrimientos de Newton sobre el sistema planetario, como los que hizo sobre el cálculo de fluxiones. Diránme que estrecho el campo de la poesía, como si no fuera muy más lato el de la ficción que el de la realidad; como si los hombres, *que son de escarcha para la verdad y de fuego para las mentiras*, carecieran nunca de objetos que los animasen y que los inflamasen. ¡Ah, pluguiera al cielo que sólo con el método y rigor geométrico habláramos de las verdades físicas y morales, que así atribuíamos al dominio de la poesía todo cuanto enardece la imaginación, y nos convenceríamos acaso de que las ideas que más nos acaloran no son más ciertas que las ficciones mitológicas de los antiguos poetas griegos!

Volvamos á Meléndez y á sus poesías filosóficas. Aunque muy superiores sus descripciones de los grandes fenómenos de la naturaleza á las de los poetas españoles de los pasados siglos, los cuales, á decir verdad, nunca cultivaron este género, no son nunca comparables con las de Thomson y Saint-Lambert, ni sus reflexiones con las de Pope y Voltaire. Con dificultad se podía encumbrar á la alteza que se requiere para delinear las vastas, ó tremendas, ó sublimes escenas que el espectáculo de la naturaleza presenta, el amable autor del sueño de la pastora del Zurguen; y más de cuatro veces hubo de decirle Apolo:

*Pastorem, Tytíre, pingues  
Pascere oportet oves, diductum dicere carmen.*

Con esto se añade que ya entonces había empezado á viciar su estilo con las locuciones afrancesadas que el primero introdujo en nuestra poesía, desterrando el poético, osado y armonioso idioma de Herrera, de Rioja y los Argensolas; defecto capital, que en sus imitadores ha llegado al último ápice, y que si por la oposición de los hombres de gusto fino no hubiera sido, hubiera dado al traste con la hermosa lengua castellana.

Entre los poemas filosóficos pueden colocarse las epístolas, en que casi todos nuestros poetas se han ejercitado. Los que más han sobresalido son indisputablemente los dos Argensolas, puesto que se han quedado muy atrás de Horacio, y que ni aun con Boileau son comparables. La epístola dirigida al célebre geómetra Lanz por un poeta moderno es de una nueva especie en este género; mas no estando aún impresa, no sabemos cómo pensará acerca de ella el público.

El autor de esta epístola, Meléndez y Quintana, puesto que el primero haya seguido en sus poesías principios muy distintos de los dos últimos, coinciden en que el blanco principal de sus versos ha sido desterrar las preocupaciones funestas, propagar las verdades útiles, y contribuir al triunfo de la razón y la libertad civil y religiosa. Despojadas las composiciones poéticas de Quintana, como las de M... (1), de cuantos arreos á la elocución y á la versificación deben, nunca desmerecerán la atención del filósofo, y en cualquier idioma que se viertan conservarán las altas y generosas ideas que á los hombres acostumbrados á profundas meditaciones embelesan... De estos dos autores, el uno está prófugo de su patria, el otro gime aherrojado en un calabozo. Un día la posteridad alzará un monumento á la

---

(1) El propio Marchena.

memoria de uno y otro, y condenará á ignominia perdurable la de sus perversos cuanto estúpidos opresores.

Hasta Iriarte y Samaniego ninguno de los poetas españoles se había ejercitado en la fábula, puesto que las que el primero intituló literarias más son preceptos de sana literatura, ó críticas de escritores so color de fábulas, que poemas semejantes á los que con este título Fedro, Lafontaine y Gay escribieron. Todavía es cierto que en ninguna de las demás obras de este poeta hay tanta poesía como en ésta. La excelente crítica de Iriarte, su fino gusto, una amenidad de estilo que en él se maridaba con cierta mordacidad exenta de malevolencia, un conocimiento profundo de las letras humanas y del idioma castellano, han dado á sus fábulas aquella originalidad que coloca á un escritor entre los clásicos, y que en todas las otras poesías suyas en balde se busca.

Samaniego se arrimó mucho más al género de Fedro y Lafontaine, y, si no igualó al último, se dejó muy atrás al primero. Sin manejar con la maestría del poeta francés todos los estilos, sin que haya en sus fábulas aquella inefable gracia, aquel natural donaire, aquel colorido y aquella verdad que dieron motivo á comparar á Lafontaine con un *fábulo* que daba fábulas como un avellano produce avellanas, no reina en sus composiciones la uniformidad que en las del liberto de Augusto, que con su continua elegancia y su castiza elocución no deja de aburrir al lector. Fedro es poco dramático; sus interlocutores todos hablan de un mismo modo: Samaniego varía los estilos según difieren los caracteres de cada uno, siguiendo las huellas de Lafontaine, puesto que á pasos muy más cortos. De éste se puede decir lo que de los dioses de Homero, que cuanto los ojos humanos alcanzan en un espacioso y despejado horizonte, tanto se dejan atrás de un solo paso los inmortales; mas si no puede competir Samaniego con el gran maestro, ninguno de cuantos se han probado en este género en España sufre

cotejo con él. Ni dudaría yo en darle la palma, si otros émulos que el inglés Gay ó el alemán Gellert no tuviese.

Réstannos las poesías sueltas, entre las cuales pondremos las jocosas. Ya hemos dicho que los más de nuestros autores pecaban en truhanes cuando querían ser chistosos, deduciendo de nuestra situación política algunas de las causas de este efecto. La principal razón de él es la forma de nuestro gobierno; el despotismo, que es su esencia, no admite aquellas chanzas finas, aquellos donaires que excitan una ligera y blanda sonrisa. Penden éstos las más veces de alusiones que por entre un semitransparente velo se columbran, y que eso más contento dejan al lector que, adivinando el enigma que encierran, acredita su propia sagacidad. Ningún pueblo presenta dechados tan perfectos de esta especie de chistes como los que viven regidos por una monarquía contrapesada con ciertas leyes y usos que no puede violar el monarca á su antojo, y en que cuerpos independientes le oponen insuperables estorbos cuando pretende salvar ciertas vallas. En España ningún cuerpo hay que pueda tener á raya al déspota, como el clero no sea; y éste, en vez de contribuir jamás á mantener los fueros de la nación, se pone siempre de parte del soberano, á menos que pretenda éste cercenar sus riquezas ó disminuir su influjo. Quien hubiera querido decir pullas con solapa de las más remotas alusiones acerca de la superstición, pensando tirar la piedra y esconder la mano, infaliblemente hubiera pagado tamaño atrevimiento en las hogueras de la Inquisición. Al ejemplo de este sangriento tribunal se ha conformado de tres siglos acá el Gobierno, y las burlas más inocentes han bastado á veces para causar la ruina de familias enteras. Los pueblos libres se explican con sumo vigor acerca de los que reputan por enemigos suyos; sus burlas son acerbos befas y escarnios infamantes; ese es el *humour* de los Ingleses, y las chanzas que de Catón, de Labieno y otros Romanos de aquel tiempo nos han quedado. Las na-



ciones esclavas ni á quejarse son osadas, y el susto que la idea de sus opresores en ellas infunde no les deja libertad para ridiculizarlos, ni aun envolviéndose en densas tinieblas, porque siempre temen que la perspicacia de la tiranía atine en ellas con sus víctimas. En las monarquías donde no se ha soltado de todos sus frenos el soberano; donde suele á veces la opinión corregir la arbitrariedad; donde, si es frecuente la violación de los derechos individuales, y comunes los agravios, no se vedan totalmente las reclamaciones y las quejas; donde descargan muchas veces el azote en el inocente, mas no le ponen una mordaza para estorbar sus gritos; en semejantes gobiernos, que llaman monarquías moderadas, fundándose sin duda en las propiedades que nombra Tácito regias, florece este chiste donoso. Empero la España desde el reinado de los Reyes Católicos, y más especialmente desde Carlos V, ha sido una monarquía tan absoluta como la de los sucesores de los Califas, ni por sus prendas personales han sacado muchas ventajas nuestros monarcas á los Mustafaes y Selines. Tan apocados ha tenido el miedo los ánimos, que el portentoso ingenio de Quevedo, poniéndose de intento á escribir donaires, ha figurado las bodas de la berza con el repollo:

Don Repollo y doña Berza,  
De una sangre y de una casta,  
Sinó caballeros rancios,  
Verdes fidalgos de España.

Á tamañas insulseces ha tenido que abajarse el numen de nuestros más ingeniosos escritores cuando se han esforzado á decir chanzas.

Pasemos á aquellos escritos en prosa de que aún no hemos hablado. Los diálogos filosóficos, ora alegóricos en que se introducen fantásticos personajes, como en el *Criticón* de Gracián, en la *Visita de los chistes* de Quevedo; ora sujetos reales como en *Los nombres de Cristo* del Maestro León, son los que primero examinaremos.

De los diálogos unos son jocosos, como los más de los de Quevedo; éstos adolecen de los vicios que hemos señalado como inherentes á las obras chistosas de nuestros autores. Á los diálogos de esta especie en tanto les asiste un mérito real, en cuanto llevan por blanco desterrar acreditados errores, ó hacer palpables verdades útiles que mira el vulgo como mentiras. El más perfecto modelo de estas composiciones son los diálogos de Luciano; en ningún escrito aparece la superstición más risible, más extravagante la mentira; su Menipo se encumbra tan alto, y abaja en tal manera á Júpiter, que no es posible que un lector racional no saque de esta lectura el desprecio más desdeñoso á los sueños de la superstición. Si en *El sueño de las calaveras*, ó en *La visita de los chistes* se hubiera probado Quevedo á escarnecer los errores y patrañas del papismo, no hubiera habido bastante leña en los montes de Sierra-Morena para reducirle en pavesas. Los dogmas de las religiones falsas son de todas las paparruchas las más ridículas, y una vena festiva encuentra en ellas una mina inagotable de risa cuando á ridiculizarlas se pone. El papismo, si es por una parte la más funesta de todas cuantas doctrinas ha abrazado el linaje humano, por otra es la más desatinada, la más inconsistente, y la que más á risa mueve. Precisados nuestros autores á respetar doctrinas tan despreciables, á venerar lo que hubieran debido escarnecer, á tributar adoración á cosas que son blanco de perpetua mofa para cuantos entendimientos no están ilusos, el más copioso manantial de chanzas finas cuanto chistosas estaba para ellos vedado, y mal se podían probar á imitar, no ya á Luciano, mas ni á Erasmo siquiera. ¿Á quién ve Quevedo en su visita á los infiernos? no á los tiranos que han esclavizado los pueblos, no á los clérigos que con sus imposturas los han engañado, no á los frailes que á la filosofía del primitivo Cristianismo han sustituido los antisociales dogmas de la curia romana, y sus propias socaliñas, mas sí á poetas que han abusado

del consonante, y que, habiendo puesto en un soneto *escudos*, habían hecho que siete maridos con mujeres honradas fueran *cornudos*. Tan mezquinos sujetos poco pueden interesar á los lectores.

Lástima es que la materia de *Los nombres de Cristo* sea en sí de tan poca importancia; que es innegable que cuanto puede el ingenio dar realce á las cosas que nada valen, tanto ha dado á su asunto el Maestro León. Mas si el platonismo convertido en religión dogmática es una inexhausta vena de sublimidad para el poeta, para el dialéctico lo es de contradicciones y sofismas, por la perpetua discordancia entre la inmensa elevación y magnitud del edificio y lo ruinoso y aéreo de sus cimientos. Es el platonismo una magnífica fantasmagoría; la imaginación cierra primero todos los portillos á la luz de la razón, y figura luego las más grandiosas, las más tremendas, ó las más deliciosas escenas: mas si un rayo de luz disipa la oscuridad, al punto se deshace el encanto. El Maestro León, precisado por la naturaleza de su obra en muchas partes á ventilar los fundamentos en que estriba esta doctrina, descubre su ninguna solidez. Verdad es que no es posible pintar con más vigor y elevación los más altos misterios del Cristianismo, y es tal la fuerza de convencimiento del autor y su estático raptó, que sus argumentos nunca concluyentes siempre son persuasivos, y, si no satisfacen el entendimiento, arrastran la voluntad.

En la forma de sus diálogos siguió este gran escritor á Cicerón; quiero decir que sus interlocutores no se preguntan y responden, antes disertan sucesivamente y asientan sus doctrinas. Este modo de tratar las materias filosóficas deja más campo á la elocuencia, y en el género serio me parece en todo preferible al método socrático, el cual más veces es fuente de paralogismos que medio adecuado para indagar la verdad.

Las disertaciones filosóficas son por consiguiente las que

más analogía con esta especie de diálogos tienen. Las que consagró Feyjóo á rebatir vulgares preocupaciones, son muchas veces notables por una dialéctica concluyente, por lo bien hilado de los argumentos, y la lucida colocación de las pruebas, que unas á otras se ilustran. Puesto que los errores que rebate son por lo común tan extravagantes que con el mero gusto de una mediana razón sobra para desprenderse de ellos; que no pocas veces sustituye mentiras á mentiras; que nunca asienta aquellas verdades fecundas en corolarios que las tinieblas del ánimo disipan; finalmente que tributa acatamiento á cuanto embuste la Inquisición y el despotismo abroquelan con su férreo impenetrable escudo, todavía fué no poco provechoso el *Teatro crítico* de este autor, no tanto por las patrañas que desterró, como porque dió documento y ejemplo de examen de proposiciones inculcadas en los ánimos por la autoridad, sin estar arraigadas en el convencimiento. La perpetua seriedad de estilo de Feyjóo, siempre puro, siempre correcto, las más veces noble, toca á veces en uniformidad, y engendra fastidio. Errores hay tan ridículos que no merecen un acometimiento serio, y que las veras parecen demás para rebatirlos. Mas no perdamos de vista las profundás tinieblas que envolvían la España cuando escribió Feyjóo, y confesaremos que es su obra modelo del modo como han de refutarse las mentiras universalmente admitidas.

De las obras ascéticas, las unas dan preceptos de vida devota, y otras enseñan á elevar la mente á Dios por la oración. Las últimas de nuestros autores son por lo común mezquinas y risibles, como no sean las que, como materia de meditaciones, el Maestro Fray Luis de Granada y Palafox nos han dejado. Aquí la religión se reviste de toda su venerable y tremenda majestad, porque no se deslindan los fundamentos de sus dogmas, mas se profundizan las consecuencias que de la verdad de ellos resultan. La muerte considerada como el umbral de la vida perdurable; el

alma citada á juicio ante su Criador, que de sus más ignoradas acciones, de sus pensamientos más recónditos, de sus más fugaces deseos le pide estrecha cuenta; los ojos de Aquel para quien son más claras las tinieblas del caos que los lucientes rayos del sol, escudriñando los senos de nuestro corazón; el cielo y los infiernos atentos al tremendo fallo; el mar sin fondo ni orillas de amargura perpetua volviendo por toda la eternidad en sus sonantes remolinos al precito, la gloria del justo para siempre á la fuente de felicidad, de luz y de verdad reunido; los mundos aniquilados, el voraz tiempo sumido en los abismos de la eternidad; el hombre resucitado sobre la tumba de los seres para recibir el premio ó la pena que sus obras han merecido: estas son las altas ideas de las meditaciones religiosas del cristiano, que con fuerza digna de su alteza ofrecen las meditaciones de Fray Luis de Granada. La armonía de estilo, la pureza de elocución, todas cuantas prendas constituyen un buen escritor se reunen en sus escritos, utilísimos para el que en ellos tome lecciones de elocuencia, no menos funestos para los espíritus melancólicos, ilusos y preocupados, en quien no pocas veces su continua lectura ha engendrado la demencia.

Las reglas de la *vía purgativa*, principio de la vida contemplativa hasta las de la *vía unitiva*, término de ella, forman tal cáfila de desatinos y extravagancias cual apenas se pudiera aguardar de la locura humana, y estas disparatadas paparruchas componen lo que llaman los doctores papistas *teología mística*. Muchos de los que van por esta senda, que es de todas la más segura y perfecta, son favorecidos con visiones de cosas celestiales, no menos bien compaginadas que cuantas vió D. Quijote en la cueva de Montesinos. El Padre Villacastín y Fray Luis de Granada con otros muchos nos han dejado los preceptos de devoción tan acendrada, y Santa Teresa corroboró sus máximas con su ejemplo. Las cartas de esta Santa, que en muchos parajes son

pauta del estilo epistolar, deslucidas con tanto adefesio, excitan la indignación y el desprecio en un trozo que sigue á otro que se ha leído con mucho gusto.

De nuestros sermones poco tenemos que decir: las misiones son títeres espirituales, y por lo general nuestros predicadores ni la más leve idea tienen de la elocuencia del púlpito.

Tal es el estado de nuestra literatura, tal la cultura del espíritu humano en España. Este Discurso es la respuesta corroborada con hechos á la cuestión, *si las buenas letras pueden prosperar en los gobiernos despóticos*. Contémplese el estado literario de nuestra nación, cotéjese con el político, y está el problema resuelto.

4 de Mayo de 1819.

EXORDIO  
Á LAS  
LECCIONES DE FILOSOFÍA MORAL  
Y ELOCUENCIA

TOMO II

52





## EXORDIO

---

### **Sobre el plan de estas Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia.**

**M**ENESTER es que confesemos que las más de las recopilaciones de trozos selectos que de los autores castellanos de más nota hasta ahora se han hecho, antes que metódicas colecciones merecen el dictado de centones de farrago y broza, en que el oro y las margaritas están enterrados. Sin duda la causa de este mal es la falta de tino, la carencia de acendrado gusto de los recopiladores, no menos que estos mismos achaques, de que casi todos nuestros mejores autores adolecen. No fueron solos Góngora y Jáuregui, Calderón y Lope, los escritores españoles que con un eminente ingenio juntaron el más depravado gusto; mácula casi universal es ésta en nuestra literatura; ni Solís ni el propio Cervantes se eximieron de ella. Requiere, por tanto, mucho pulso en la elección de los trozos que como dechados se presentan; que si bien no todos han de estar totalmente inmunes de yerros, han de ser éstos tales que los que en las nuevas colecciones quisieren beber saludables y limpias y dulces aguas, no hallen ponzoñosos charcos, con hediondo azufre y sales mortíferas inficionados. ¡Cuán fácil cosa fuera en la colección de poesías, con nom-

bre de *Parnaso español*, publicada por Sedano, en la de Escritores en prosa de Capmany, en la más moderna de Poesías selectas por Quintana, hallar repetidas pruebas de este vicio capital! ¿Qué es ver en la colección de poetas de don Ramón Fernández, junto con los Argensolas, Herrera, Rioja, y el Maestro León, un Diego Mejía colocado entre nuestros poetas clásicos, sin duda como Saúl entre los Profetas? Á nuestros lectores toca fallar si á esta nuestra puede achacarse el mismo yerro; nosotros lo que aquí pretendemos, es decir por qué principios nos hemos guiado.

En el prospecto dijimos qué causas nos habían movido á seguir en estas Lecciones el orden de materias, más antes que poner de seguida todo cuanto de un mismo autor copiamos, y fuera inútil tarea repetir razones que nos parecen inconcusas. Hemos, pues, formado un número de capítulos, á que hemos reducido las materias todas: hemos así evitado la confusión que de una división en más crecido número hubiera resultado, y los capítulos son los que bastan á desvanecer la oscuridad, sin originar la confusión. Hemos puesto largos trozos, en cuanto nos ha sido dable; más cortos nada enseñan, y engendran aburrimiento y hastío. Eso más es necesario que sean más largos los trozos de los escritores que citamos, que son éstos más castigados y elegantes; que ¿á quién se esconde que los primores de la sana elocuencia en la perfecta armonía y unidad de las partes se cifran, y que entonces resplandecen, cuando tiene el todo la conveniente magnitud? Hermosísima por sí sola es sin duda la pintura de la blanda paz de la naturaleza en una serena y sosegada noche del cuarto libro de la *Eneida*; empero lo que más realce le da es la natural oposición del descanso de todo lo criado con las tormentas que el pecho de la desventurada Dido furiosamente embaten. La belleza literaria no menos que la física se aviene mal con la suma pequeñez, y si no están las Gracias enteramente refinadas con lo diminuto, nunca la verdadera beldad puede figurarse

enana. Fuera de que no es nuestro intento presentar máximas, reflexiones, ó imágenes hermosas, que en tal caso algunas hubiéramos encontrado al espacio de uno ó pocos renglones ceñidas, mas sí descripciones, pinturas, razonamientos que requieren un conjunto de partes artificiosamente distribuidas.

No hemos hacinado los escritores, porque, como ya dijimos, no es esta obra aborto de una impertinente indigesta erudición, antes parto de una acendrada crítica. Quevedo, Lope, Feijóo, Hurtado de Mendoza, Mariana, Solís, el Maestro León, Cervantes, son casi los únicos escritores en prosa que nos han dado los trozos que insertamos: si los autores de nuestro tiempo no han tenido parte en ella, excusado es que digamos el porqué, ni creemos que á ninguno de nuestros lectores se le esconda.

Extrañaráse acaso que tan poco sea lo que de Fray Luis de Granada copiamos. Nadie más que nosotros está persuadido del soberano mérito de este escritor; ni nos hemos movido por razones literarias á excluir de él mil y mil elocuentes razonamientos y acabadas pinturas. Mas no nos hemos olvidado de que no son éstas meramente *Lecciones de literatura*, que también lo son *de moral*, y esto nos ha retraído de acotar más los escritos de tan bien cortada pluma. Es la materia de casi todos ellos *la religión*, y acerca de los dogmas y moral religiosa nos hemos conducido por los principios que voy á manifestar.

Compónense todas las religiones positivas de asertos de tres especies distintas. Son los unos verdades inconcusas, cuales por ejemplo la brevedad de la vida humana, lo deleznable de nuestros contentos, la inmensidad de la naturaleza, lo inacabable del tiempo, los embelesos y utilidades de la virtud, la fealdad y estragos del vicio. Los segundos son más ó menos verisímiles, sin que ninguno pueda evidenciarse: en esta división se colocan la existencia de una ó muchas naturalezas increadas, distintas de la materia, y

señoras de ella; la multiplicidad de sustancias en el sér humano; la incorruptibilidad de unas, cuando se corrompen las otras: proposiciones todas que sujeta la sana filosofía al cálculo de probabilidades, graduando el asenso que se merecen por la suma de las que en su abono presentan. Son las terceras aquellas cuya falsedad es demostrable; cuales son las que atribuyen á las acciones humanas un mérito ó demérito independiente de su moralidad natural, ora mandando un culto externo y exclusivo, ora vedando lo que no defiende la razón, suponiendo siempre que ha podido y querido comunicarse la Divinidad á los mortales por otro conducto que el de la razón humana. Los que llaman dogmas revelados son todos de esta última especie, sin que pueda existir uno cuya falsedad *à priori* no se demuestre.

Y como sea la verdad único estable cimiento de la sana moral, claro es que cuanto en mentiras se apoye, no es dable que pueda mirarse como reglas éticas de la vida humana. No es mi ánimo establecer que este ó aquel sistema religioso sea incompatible con la más escrupulosa conducta y las costumbres más irreprehensibles; lo que sí sustento, es que moral fundada en una religión positiva no es la moral de la naturaleza, y por tanto no es la sana moral. Avénganse cuanto quieran los preceptos religiosos con los morales, mas no aspiren á ser su sustentáculo y norma, que en tal caso sólo veo desorden, confusión y ruina. Pues cabalmente esto es lo único que en todos sus voluminosos y elocuentes escritos ha hecho Fray Luis de Granada. ¿Y cuáles han sido las resultas? Arredrar á los hombres del trato con los humanos, incitándolos á perpetua oración, esto es á continuas conferencias con imaginarios y fantásticos seres; raros y nunca vistos coloquios en que pregunta la locura y responde la necesidad. Lejos de pretensos moralistas de este jaez las exhortaciones á las altas y varoniles virtudes, que al linaje humano tanto encumbran y enaltecen: ¿que cómo se sacrificará por esta patria terrenal y perecedera el que

no tiene otra patria que la Jerusalén celestial, no otros conciudadanos que los monjes de la Tebaida, los mártires de Alejandría? ¿Cómo se preñará de los embelesos de la libertad civil y política el que á ninguna otra libertad aspira que á la de la divina Gracia, avasallando la parte irascible y concupiscible de su naturaleza? ¿Á cuál dará la palma, á la incontrastable resignación del esclavo Epicteto y á la igualdad de ánimo del emperador Marco Aurelio, ó á las desatinadas mortificaciones del ermitaño Hilarión, y los deliquios místicos del fundador de frailes Francisco de Asís? ¿No llama el propio Fray Luis de Granada *ximios de virtudes* á cuantos dechados de vida humana la antigua Grecia y Roma nos dejaron como inestimables mandas, á Sócrates y Foción, y Timoleón, y ambos Cipiones, y ambos Brutos, y ambos Catones? ¿Qué importa al varón espiritual que modere Trasíbulo la república, ó que la aherrujen y ensangrienten los treinta tiranos, si los únicos tiranos que él ha de combatir son los enemigos del alma, sus únicas prisiones temibles las mazmorras cuyas puertas de diamante tiene eternamente cerradas el Príncipe de las tinieblas?

Y si esto es así, como lo es, ¿era conveniente atestar de tan perniciosas y soñadas máximas una obra destinada no menos á presentar modelos de elocuencia, que dechados de verdaderas virtudes? El tiempo, dice Tulio, que acaba con las ficciones de la opinión, fortalece las máximas de la naturaleza. Salgan nuestros lectores más justos, más tolerantes y mejores de la escuela de estas Lecciones, aficiónense con ella á la libertad, á la razón, á las leyes iguales y justas, y saldrán ciertamente más instruídos en la oratoria, la cual no es otra que el arte de hablar bien, junto con la práctica de bien obrar.

En las poesías hemos admitido no pocos trozos de las que llaman sagradas, sin creer por eso que de nuestros principios nos apartábamos. Una verdad hay filosófica, y otra

poética; preside aquélla á los escritos en prosa, ésta es lo que los escolásticos llamaban *forma esencial* del poema. Nadie acude á los poemas por averiguar qué ha de creer, ni menos qué creía el poeta; que cierto ni estaba Virgilio persuadido de la verdad del vaticinio de Celeno, ni Horacio de la aparición de Baco, ni de ninguna de sus transfiguraciones Ovidio. Desatino fuera colegir de la *oda á Cristo crucificado* del autor de este artículo, la cual en nuestras poesías insertamos, que estuviese persuadido de las opiniones de los teólogos cristícolos acerca de la redención del linaje humano: la verdad poética está satisfecha cuando no desdican punto las ideas del poema de las que establece el sistema de filosofía ó religión en que va fundado. Tan arregladas están con la mitología gentílica las odas de Horacio á Venus, Mercurio y Baco, como conforme con los dogmas de la teología cristiana la oda á Cristo crucificado. ¿Pues en qué se diferencian verdades de naturaleza tan diversa? en esto:

La verdad filosófica es la exacta conformidad de una proposición con la existencia real del objeto, ora físico, ora moral, ora intelectual. El sistema de Newton es verdadero porque realmente se ejerce, como él lo dijo, la atracción en razón inversa del cuadrado de las distancias. Tucídides, Polibio, Hurtado de Mendoza son historiadores verídicos, porque, como ellos cuentan los acontecimientos, así sucedieron; y Locke ha escrito verdades en su *Ensayo sobre el entendimiento*, porque efectivamente proceden nuestras ideas y raciocinios del modo que lo observó este profundo ideólogo. Mas la verdad de los poemas de Homero, de Virgilio y de Ariosto no se cifra en que saliera Tetis de la mar á consolar á Aquiles, en que hiriera Diómedes á Venus y á Marte; no en que Minerva enviara dos sierpes á despedazar á Laocoonte con sus hijos; ni menos en que montado Astolfo en su hipógrifo trajera del orbe de la Luna el perdido juicio de Orlando. Empero estos tres admi-

rables poemas casi nunca se apartan de la verdad poética, porque en las costumbres las pintan tales cuales en la realidad eran en el tiempo que sus héroes vivían; porque las fábulas que imaginan no se apartan en los dos primeros de la índole de la mitología griega, ni en el último de la creencia de las hadas y magos que á Europa trajeron los bárbaros del Setentrión que de ella se apoderaron, y que, amalgamada con la teología cristiana, estaba universalmente admitida en Italia y Francia cuando imperaba Carlo Magno; en fin, porque los actores de la *Iliada* y la *Odysea*, como los del *Orlando furioso*, jamás se olvidan de su carácter, el cual en las dos primeras es conforme al que les señalaban las tradiciones populares perpetuadas por los rapsodas cíclicos, como en el postrero al que les suponían las antiguas leyendas de caballerías.

Pues la verdad poética de las religiones judáica y cristiana, que tanto en los salmos y en otros cánticos del Viejo Testamento resplandece, luce fulgidísima en el Maestro León, en el himno *A la batalla de Lepanto* de Herrera, y en no pocos poemas líricos de otros autores españoles. El autor de la *Índole poética del Cristianismo*, en esta materia como en todas cuantas su rara y estrambótica pluma ha tratado, se engaña *de la cruz á la fecha* (como dice el vulgar adagio) en cuanto de ella dice: y no es cosa extraña, pues acometió y dió cima á su obra sin entender palabra de teología cristiana, sin examinar los libros de los primeros escritores de esta doctrina religiosa, sin conocer el idioma que hablaron Moisés y los Profetas, en cuyos libros fundaron los cristianos los suyos; creyendo sin duda que le bastaba hojear la versión de Homero por Bitaubé y Madama Dacier, y la *Historia del pueblo de Dios* del jesuíta Berruyer, para fallar *ex tripode* acerca del carácter poético del cristianismo. Así su pretense poema de *Los Mártires* es una ensalada compuesta de mil y mil yerbas, acedas aquéllas, amargas éstas, saladas estotras, y que juntas forman

el más asqueroso y repugnante manjar que gustar pudo el paladar humano. Entre el poema de *Los Mártires* y la oda *Á Cristo crucificado* media esta diferencia: que Chateaubriand no sabe lo que cree, y cree lo que no sabe, y el autor de la oda sabe lo que no cree, y no cree lo que sabe.

Con no poco sentimiento nos hemos visto precisados á excluir de nuestra colección cuanto con ciencias naturales y físicas dice relación. No ignoramos cuánto luce una valiente pluma en estas materias; sabemos que Plinio entre los antiguos y Buffón entre los modernos son escritores de primera nota. Mas en España padecemos total carencia de autores de esta especie, por lo poco ó nada que estas ciencias se han cultivado. Apenas es dable figurarse cuántas paparruchas, cuando de las costumbres de los animales, de su organización, etc., hablan, hacinan nuestros autores. De la *Introducción al símbolo de la Fe* de Fray Luís de Granada quisimos poner algo de lo que de historia natural dice, empero es todo ello tal cáfila de desaciertos y patrañas, que en breve desistimos de nuestra idea. La ideología, la buena física, la sana política, la economía civil, la filosofía de la jurisprudencia ni se han cultivado, ni podídose cultivar en España; por consiguiente nada hemos podido insertar que con ellas tuviera conexión.

No se presume el lector que hallará todos cuantos trozos hacen parte de esta colección totalmente inmunes de los vicios de estilo de que adolecen los más de nuestros autores, puesto que serán muy contados, ó acaso ninguno, aquellos en que no encuentre muy apreciables dotes. Fatalidad nuestra es que, en saliendo de Fray Luís de León y Fray Luís de Granada, apenas se hallan en otros autores pedazos que se puedan ofrecer como verdaderos dechados. Mariana y Hurtado de Mendoza son los que á estos dos se siguen; mas aquél, siempre puro, es no pocas veces desaliñado; éste raya en oscuro á poder de afectar en su *Historia de los Moriscos* sentenciosa concisión. Permítasenos en este



lugar hacer un cotejo de aquellos dos grandes autores; los estudiosos de las letras humanas fallarán si el juicio que de uno y otro hemos formado se acerca á la verdad.

Puesto que las similitudes que entre los grandes ingenios se descubren son siempre en extremo defectuosas, porque, guiados todos ellos del impulso de su alta inteligencia, cada uno vuela por regiones distintas, todavía es cierto que entre los clásicos franceses el que más á Granada se asemeja es Bossuet, como Massillon al Maestro León. León y Granada fueron ambos versadísimos en la antigua literatura eclesiástica y profana; ambos desterraron de su estilo los muelles y afeminados adornos, los retruécanos, las argucias y las sutilezas; ambos manejaron con indecible maestría el habla castellana; ambos la pulieron y perfeccionaron: Granada se deleitó más en la literatura sagrada que en la profana, la cual empero en alto grado poseía: León hallaba más embeleso en la imitación de los modelos de los siglos de Augusto y de Pericles. El idioma en el Maestro León es más terso y más cadente; en Fray Luís de Granada más osado y más vigoroso. En aquél luce más el buen tino y el acendrado gusto; en éste campea el alto ingenio y la vasta imaginación. La inteligencia del primero es más valiente; la razón del segundo más fuerte, más consiguiente y más metódica. Granada arrastra con su elocuencia, cual desatado raudal sin márgenes ni vallas; León, semejante á un purísimo y caudaloso río que por amenos prados se desliza, plácidamente nos lleva adonde van sus corrientes. El robusto estilo del primero linda á veces con la aspereza; la blandura del segundo nunca degenera en afeminada mollicie. La pluma del Maestro Granada corría más suelta por las pinturas tremendas de las venganzas de la justicia divina, de la fealdad del pecado, de las grandezas de Dios, de la nada del sér humano: la del Maestro León se complacía en celebrar las misericordias de la redención, el infatigable afán del buen Pastor, el cariño del Padre univer-

sal, la mansedumbre del Príncipe de paz, la benignidad del Rey del siglo futuro. Aquél sólo de vida cristiana y devota da reglas; éste enseña en uno las obligaciones de la civil: aquél dedicó sus escritos al monarca; éste nunca mentó á los reyes en los suyos que para censurarlos ó reprenderlos no fuese. Ambos se grangean el respeto de los lectores; pero mezclado con cierto involuntario temor el primero, con cariñoso afecto el segundo. En suma, la meditación de los libros de ambos y su continúa lectura son acaso el estudio más provechoso para los que quisieran escribir dignamente en el idioma castellano.

Y aquí conviene rebatir el yerro de los que piensan que el estudio de los mejores dechados contribuye poco, cuando no perjudique, á la elocuencia. El arte de decir le dicta, según ellos, la naturaleza, y más vale escuchar sus preceptos que los de los retóricos; seguir sus impulsos que imitar á los escritores famosos, los cuales por eso mismo lo fueron que aprendieron de aquella gran maestra. Y si nosotros somos, como ellos, dóciles á sus inspiraciones, también como ellos cobraremos eterna gloria; ¿donde no, qué nos vale estudiar sus obras? Demóstenes no escribió reglas de elocuencia forense, ni Tucídides de historia, ni de epopeya Virgilio, ni de poesía pastoril Teócrito, ni Sófocles de tragedias. ¿Quién sabe si hubiera sido Quintiliano un buen orador? Corta la imitación los vuelos al ingenio, y los que en la lectura de los grandes escritores se ejercitan, rara vez traspasan el coto de la medianía.

¿Mas quién no ve la vaciedad de estos sofismas, que ni aun con el dictado de especiosos merecen alzarse? Sin duda los preceptos de la retórica no son otros que los de la naturaleza, aquél es más perfecto escritor que más atento ha seguido sus inspiraciones; empero por eso mismo se han de seguir con más escrúpulo las huellas de los que por la vía por ella indicada se han encaramado al templo de la inmortalidad. Decir que un autor no escribió la teórica de

los escritos en que sobresalió, no es para colegir que no meditó en las reglas de ellos porfiadamente. ¿Y cuánto no hubo Demóstenes de aplicarse al arte de decir y escribir, pues sabemos que copió varias veces de su propio puño las historias de Tucídides? ¿No es Cicerón el mejor autor de preceptos de elocuencia que nos dejó la antigüedad, y Horacio el que con más tino dió reglas de poética?

Sin duda el imitador falto de ingenio y entendimiento sólo el esqueleto de sus modelos representa; mas el verdadero arte de imitación no es el copiar lineamentos, á guisa del muchacho de la escuela que sigue hasta los perfiles del seguidor que le dan para pauta, mas sí ver cuáles son las hermosuras y dotes peculiares de cada escritor, no estorbando esto aficionarse á uno más que á otro. San Crisóstomo leía sin cesar á Aristófanes, sin que en su estilo se eche de ver lo empapado que estaba en las comedias de este poeta. La imitación liberal (si se me permite usar aquí esta voz) no quita que sea original un autor; y de otro modo imitan Canova y Micael Ángel á los escultores antiguos, que un principiante que modela en yeso para vender á cientos las copias del Apolo de Belvedere.

Baste lo que hemos dicho para exordio ó prólogo de estas *Lecciones*; ahora dirá el lector si hemos errado ó acertado en la elección de materias.





# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
Introducción, por el Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.	v

## POESÍA

Traducción del poema <i>De la naturaleza de las cosas</i> , de T. Lucrecio Caro.—Libro I. . . . .	3
Libro II. . . . .	45
Libro III. . . . .	91
Libro IV. . . . .	135
Libro V. . . . .	187
Libro VI. . . . .	249

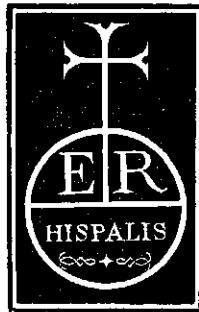
## OPÚSCULOS EN PROSA

Discurso sobre la Literatura Española.—(Preliminar á las <i>Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia</i> .) . . . .	307
Exordio á las <i>Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia</i> . . . .	409

---



POR INICIATIVA Y Á EXPENSAS  
*del Excmo. Sr. Marqués de San Marcial y de Jibaja*  
*(q. s. g. h.) fueron impresas por primera vez las*  
OBRAS DE D. JOSÉ MARCHENA *en Sevilla,*  
*en la tipografía de E. Rasco Sanromán,*  
*Bustos Tavera 1. Se acabaron de*  
*imprimir en Fieles 31 días*  
*del mes de Diciembre del*  
*año de 1896.*







COMPROBACIÓN DE LA TIRADA

---

Se han impreso 250 ejemplares.—De ellos solamente 100  
se destinan á la venta.



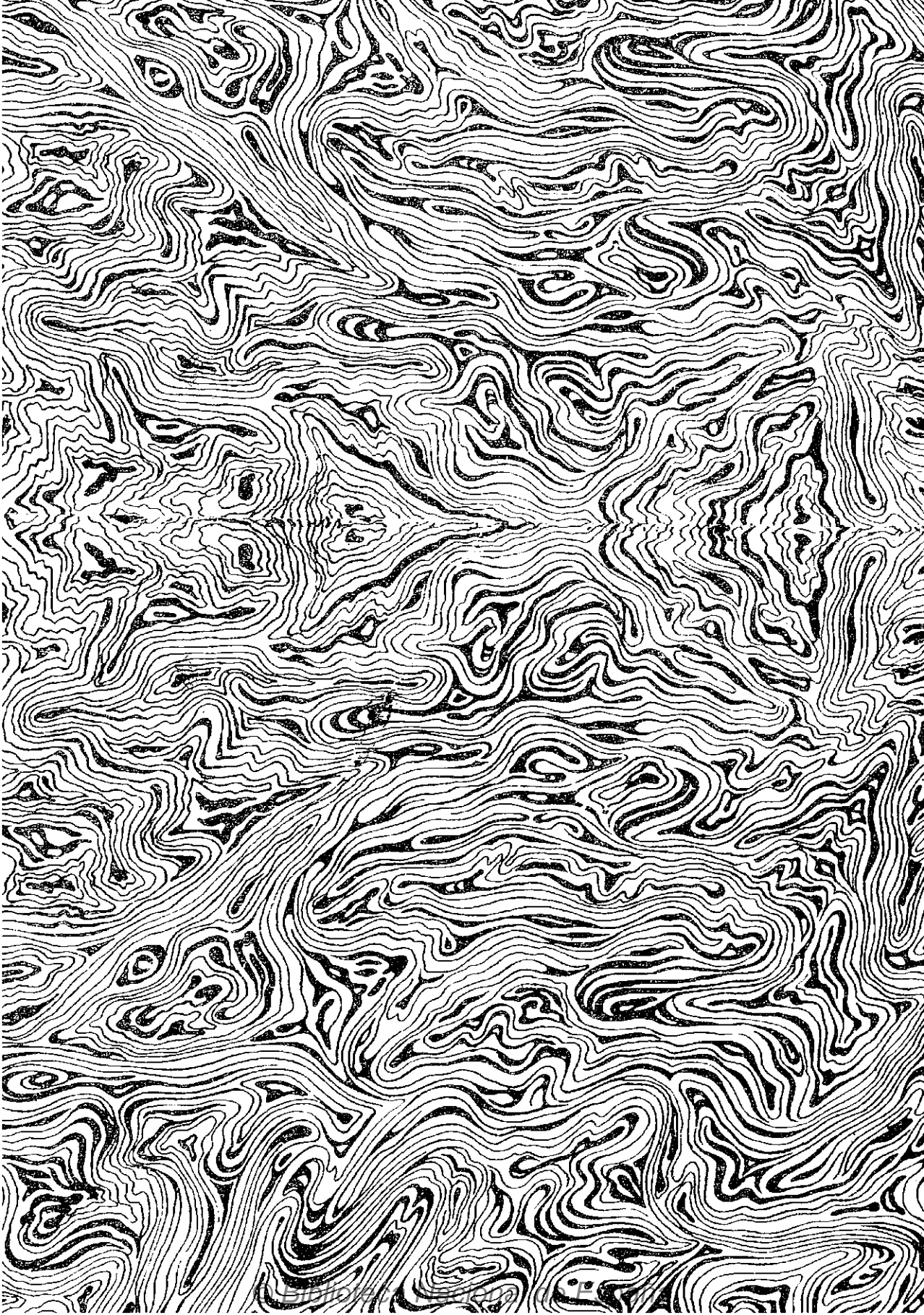














BIBLIOTECA  
NACIONAL  
BN



1002222528